

La reina Victoria

Lytton Strachey



Lectulandia

Este libro no es solo la mejor biografía que jamás se ha escrito sobre la reina Victoria de Inglaterra, sino además una de las obras maestras del género, uno de los grandes e imprescindibles libros de la literatura inglesa del siglo xx. Miembro del llamado grupo de Bloomsbury, Lytton Strachey fue sobre todo un refinado y viperino ensayista, provocador, incisivo y capaz de enfrentarse sin complejos a las consagradas figuras de la historia política, intelectual y social de Inglaterra.

En este caso, eligió biografiar al gran mito de la sociedad de su tiempo: la reina Victoria, la monarca que reinó a lo largo de casi todo el siglo xix. Desde la niñez hasta su ascenso al trono en 1830, pasando por el matrimonio con su adorado príncipe Alberto, su amarga y prematura viudez, su maternidad o la relación con los distintos primeros ministros, Lytton Strachey, con un estilo minucioso y elegante, traza el retrato de toda una era, moldeada al gusto de esa mujer pequeña, tiránica, que pasó los últimos cuarenta años de su vida vestida de riguroso luto, intransigente y autoritaria, Victoria I, reina del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda y emperatriz de la India.

Lectulandia

Lytton Strachey

La reina Victoria

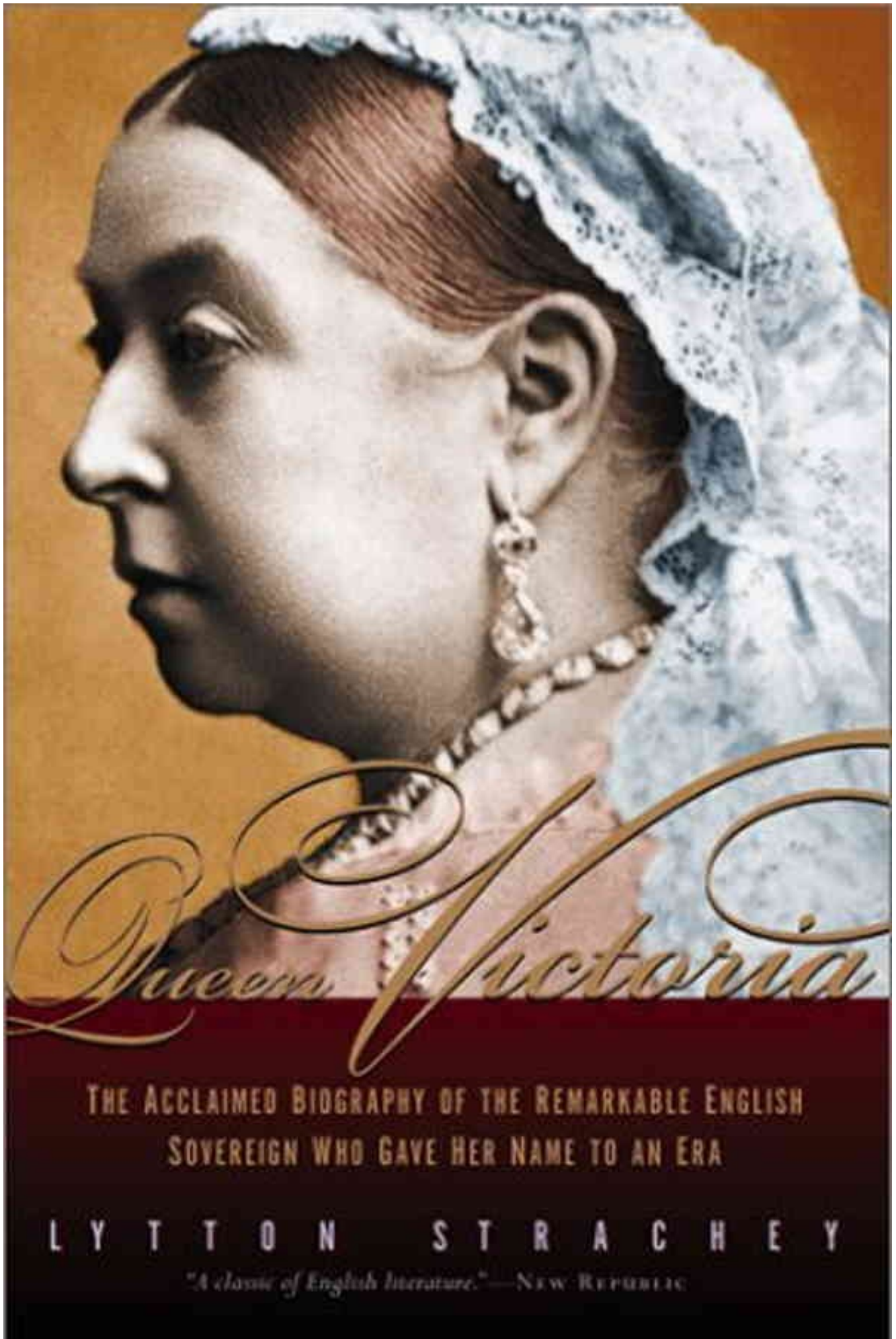
ePub r1.1

Titivillus 09.09.16

Título original: *Queen Victoria*
Lytton Strachey, 1921
Traducción: Silvia Pons Pradilla

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



La reina Victoria



I

Antecedentes

I

El 6 de noviembre de 1817 murió la princesa Carlota, hija única del príncipe regente y heredera de la Corona de Inglaterra. En su corta vida había gozado de pocas alegrías. Impulsiva por naturaleza, caprichosa y apasionada, siempre anheló la libertad y nunca llegó a alcanzarla. Criada en un ambiente de violentas discusiones familiares, desde muy niña fue separada de su madre, mujer excéntrica y licenciosa, para pasar a manos de su padre, hombre también licencioso y egoísta. Cuando la princesa cumplió los diecisiete años su padre decidió casarla con el príncipe de Orange, a lo que ella asintió en un primer momento, hasta que de repente se enamoró del príncipe Augusto de Prusia y rompió el compromiso. Esta no era su primera aventura amorosa; con anterioridad había mantenido correspondencia clandestina con el capitán Hess. El príncipe Augusto ya había celebrado un matrimonio morganático, pero la princesa no lo sabía y él tampoco se lo dijo. En junio de 1814, cuando ella estaba dando largas a las negociaciones con el príncipe de Orange, los soberanos aliados llegaron a Londres para celebrar su victoria. Entre ellos, en el séquito del emperador de Rusia, estaba el joven y distinguido príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo, quien hizo reiterados intentos para atraer la atención de la princesa, pero ésta tenía el corazón puesto en otra persona y no le hizo caso. Al mes siguiente, el príncipe regente descubrió que su hija se veía en secreto con el príncipe Augusto e inmediatamente tomó cartas en el asunto. Despidió a todos los sirvientes de la princesa y la condenó a vivir en el más estricto retiro en Windsor Park. «¡Dios Todopoderoso, dame paciencia!», exclamó la princesa cayendo de rodillas, presa de una gran agitación. Después, se puso en pie de un salto, corrió escaleras abajo por la puerta de atrás, salió a la calle, cogió un taxi precipitadamente y se fue a Bayswater, a casa de su madre. Fue descubierta, asediada y, finalmente, accediendo a los ruegos de sus tíos, los duques de York y Sussex, y a los del obispo de Salisbury, volvió a Carlton House a las dos de la mañana. La princesa estuvo encerrada en Windsor, y no volvió a oír hablar del príncipe de Orange. El príncipe Augusto también desapareció. Así, por fin, el príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo tenía el camino abierto.

Este príncipe fue lo suficiente inteligente como para ganarse los favores del regente, impresionar a los ministros y hacerse amigo de uno de los tíos de la princesa, el duque de Kent. Aprovechando las influencias del duque se puso en contacto con la princesa, que ahora confesó que necesitaba al príncipe para lograr su felicidad.

Estando Leopoldo en París, después de la batalla de Waterloo, el edecán del duque les servía de mensajero y cruzaba el Canal constantemente llevando y trayendo sus cartas. En enero de 1816 el príncipe fue invitado a Inglaterra, y en mayo se celebraba el matrimonio.

El carácter del príncipe Leopoldo contrastaba sorprendentemente con el de su mujer. Hijo menor de un príncipe alemán, tenía veintisiete años y ya se había distinguido en la guerra contra Napoleón, había demostrado grandes dotes diplomáticas en el Congreso de Viena y ahora se disponía a emprender la ardua tarea de domar a una princesa rebelde. De modales fríos y formales, reposado al hablar, prudente en su forma de actuar, pronto dominó a la arisca, impetuosa y generosa criatura que tenía a su lado. Descubrió en ella muchas cosas que le resultaban intolerables: era inquisitiva, impaciente, de risa estrepitosa, carecía de ese autodomino que una princesa necesita, y sus modales resultaban odiosos. Él sabía mucho de modales, ya que se había movido, como él mismo explicó a su sobrina muchos años después, entre la más selecta sociedad europea, la llamada en francés *de la fleur de pois*. La pareja tenía roces constantes y todas las escenas terminaban de la misma manera: ella de pie frente a él, con cara de niño rebelde con enaguas, el cuerpo inclinado hacia adelante, las manos atrás, las mejillas rojas y los ojos encendidos, y confesando, por fin, que estaba dispuesta a hacer lo que él quisiera. «Haré lo que tú desees», decía; y él contestaba invariablemente: «No quiero nada para mí, cuando trato de imponerte algo es porque tengo la convicción de que es en tu propio interés y por tu bien».

Entre la servidumbre de Claremont, cerca de Esher, donde la pareja real fijó su residencia, se encontraba el joven médico alemán Christian Friedrich Stockmar, que era hijo de un juez de poca categoría de Coburgo. Stockmar había servido en la guerra como oficial médico y después había ido a ejercer su carrera a su ciudad natal, donde conoció al príncipe Leopoldo. Este quedó tan impresionado por sus conocimientos y habilidad que, después de su matrimonio, se lo llevó a Inglaterra como médico particular. Cuando el joven aceptó el puesto desconocía las numerosas y variadas sorpresas que el destino iba a depararle: influencia, poder, misterio, desdicha y sufrimiento. La posición que tenía en Claremont era muy humilde, pero la princesa se encaprichó con él; le llamaba «Stocky» y jugueteaba con él por los pasillos. Aunque de constitución dispéptica y temperamento melancólico, el joven médico se mostraba a veces muy alegre y en Coburgo se le conocía por su ingenio. También era una persona justa y miraba con aprobación a la pareja real. Así, escribía en su diario: «Mi señor es el mejor marido del mundo, y su mujer siente por él un amor tan inmenso que sólo puede compararse con la deuda exterior de Inglaterra». Poco tiempo después, Stockmar demostró otra de sus cualidades: la prudente sagacidad que iba a caracterizar toda su vida. En la primavera de 1817, cuando se supo que la princesa estaba esperando un hijo, le fue ofrecido el puesto de uno de sus médicos privados, pero él tuvo el buen sentido de rechazarlo. Presentía que sus

compañeros le tendrían mucha envidia, que probablemente no tomarían en cuenta sus opiniones y que, si algo salía mal, sin duda sería al médico extranjero a quien le echarían la culpa. Stockmar en seguida se dio cuenta de que el escaso régimen alimenticio y las continuas sangrías a que estaba sometida la pobre princesa eran un error. Habló con el príncipe a solas y le rogó que comunicara su opinión a los médicos ingleses, pero su esfuerzo fue en vano. La princesa continuó durante varios meses con el mismo régimen deficiente, que estaba entonces de moda, hasta que el 5 de noviembre a las nueve de la noche, después de más de cincuenta horas de parto, dio a luz un niño muerto. Hacia la media noche su mermada resistencia iba cediendo. Entonces Stockmar accedió por fin a verla. Cuando entró en el cuarto la encontró agonizante mientras los médicos insistían en darle vino. Ella le cogió la mano y se la apretó mientras le decía: «Me están poniendo chispa». Un poco después se fue, y estando en la habitación de al lado oyó que ella le llamaba a voces: «¡Stocky!». Cuando entraba apresuradamente en la habitación, de la garganta de la enferma salían los últimos estertores y su cuerpo sufría violentas convulsiones; de repente encogió las piernas y todo terminó.

El príncipe, después de muchas horas de contemplar a la princesa, había salido de la habitación para descansar un poco y ahora Stockmar tenía que darle la noticia de que su mujer había muerto. Al principio, el príncipe no podía dar crédito a lo ocurrido. De camino a la habitación se desplomó en una silla mientras Stockmar permanecía arrodillado a su lado: todo era un sueño, no podía ser cierto. Cuando llegó junto a la cama, se arrodilló y besó las manos frías de su mujer. Después, levantándose, exclamó: «Estoy completamente desolado. Prométeme que nunca me abandonarás», y se echó en los brazos de Stockmar.

II

La tragedia ocurrida en Claremont tuvo importantes consecuencias. El caleidoscopio real había cambiado de repente y nadie sabía cómo se iba a formar otro nuevo. La sucesión al trono, que había sido tan satisfactoriamente resuelta, era ahora una incógnita que requería urgente solución.

Jorge III vivía todavía en Windsor, pero, anciano y demente, permanecía totalmente ajeno al mundo exterior. El más joven de sus siete hijos era ya más que de mediana edad, y ninguno había tenido descendencia legítima. Por tanto, las perspectivas eran muy inciertas. Parecía poco probable que el príncipe regente, que desde hacía poco se había visto obligado a abandonar el corsé y presentaba una grotesca figura de licenciosa obesidad, pudiera algún día ser padre de familia otra vez, ni siquiera en el caso de que se divorciara de su mujer y se casara de nuevo. Además del duque de Kent, que requiere un tratamiento aparte, los otros hermanos,

por orden de edades, eran los duques de York, Clarence, Cumberland, Sussex y Cambridge. Sus situaciones y perspectivas merecen una breve descripción.

El duque de York, que en el pasado había tenido muchos problemas debido a sus escapadas con Mrs. Clarke y a su estancia en el ejército, ahora repartía su vida entre Londres y una casa de campo lujosamente dispuesta y extremadamente incómoda, donde ocupaba su tiempo con las carreras de caballos, el *whist* y algunas historias indecentes. Sobresalía entre sus hermanos por una razón: era el único de ellos (según informaciones de buena tinta) que tenía la sensibilidad de un caballero. Había estado casado muchos años con la princesa de Prusia, mujer que muy raramente se acostaba y que estaba siempre rodeada de gran número de perros, loros y monos. No tuvieron hijos.

El duque de Clarence había vivido durante muchos años en el más completo anonimato con la actriz Mrs. Jordan en Bushey Park. Tenían familia numerosa y, al parecer, debían de estar casados porque, de repente, el duque pidió la separación para contraer matrimonio con Miss Wykeham, mujer bastante chiflada y poseedora de una gran fortuna, que no le hizo ningún caso. Poco después, la señora Jordan moría en París en penosas circunstancias.

El duque de Cumberland era probablemente el hombre más desacreditado de Inglaterra. Feísimo, con un ojo torcido, tenía mal genio y era vengativo en privado; tremendamente reaccionario en política, también se sospechaba que había asesinado a su ayuda de cámara y había estado envuelto en un lío amoroso bastante inmoral. Recientemente se había casado con una princesa alemana, pero hasta la fecha no tenían hijos. El duque de Sussex tenía cierta afición a la literatura y coleccionaba libros. Estuvo casado con lady Augusta Murray, con la que tuvo dos hijos; pero el matrimonio, conforme al Decreto de Matrimonios Reales, fue declarado nulo. A la muerte de lady Augusta se casó con lady Cecilia Buggin, quien cambió su apellido por el de Underwood; pero este matrimonio también fue declarado nulo.

Del duque de Cambridge, el pequeño de los hermanos, se conoce muy poco; sólo que vivía en Hanover, permanecía soltero, llevaba una peluca rubia y era hablador e inquieto.

Jorge III, además de sus siete hijos, tenía cinco hijas, de las cuales dos estaban casadas y sin descendencia: la reina de Wurtemberg y la duquesa de Gloucester. Las tres princesas solteras eran Augusta, Isabel y Sofía, todas de más de cuarenta años.

III

El cuarto hijo de Jorge III era Eduardo, el duque de Kent. Tenía ahora cincuenta años y era alto, corpulento, enérgico, siempre muy colorado, con pobladas cejas y casi calvo; el poco pelo que le quedaba lo llevaba cuidadosamente teñido de negro

brillante. Vestía con pulcritud y en su aspecto había un aire de severidad que no se contradecía con su carácter. Había pasado sus años jóvenes en el ejército en Gibraltar, Canadá y las Antillas, y bajo el influjo de la instrucción militar se convirtió primero en un ordenancista y después en un rigorista. En 1802 fue enviado a Gibraltar para restablecer el orden en una guarnición amotinada y fue destituido por su exceso de celo, llegando así al final de su carrera activa. Desde entonces se había dedicado por completo a poner en orden sus negocios con toda exactitud; ocupaba su tiempo con los asuntos de sus numerosos subordinados, diseñando relojes y esforzándose en arreglar su economía, porque a pesar de ser *reglé comme du papier à musique*, según le definió alguien que le conocía bien, y pese a tener unos ingresos de veinticuatro mil libras esterlinas al año, sus deudas eran enormes. Estaba enfrentado con la mayoría de sus hermanos, de forma especial con el príncipe regente, y como consecuencia se había afiliado al partido de la oposición y se había convertido en pilar de los *whigs* (partido inglés que sostenía los derechos del Parlamento frente a la autoridad monárquica). No se sabe con certeza cuáles eran realmente sus ideas políticas. Con frecuencia se ha afirmado que era liberal, o incluso radical, y si tenemos que creer a Robert Owen, era un socialista y determinista. Su relación con Owen —el perspicaz, crédulo, altruista, obstinado, ilustre y descabellado padre del socialismo y cooperativismo— era curiosa y peculiar. El duque de Kent habló de visitar las fábricas textiles de New Lanark y, de hecho, presidió una de las reuniones públicas de Owen; también mantuvo correspondencia con él de forma confidencial, e incluso después de muerto (así lo asegura Owen) volvió a la tierra, desde «la esfera de los espíritus», para alentar a los owenitas. «Tengo que expresar de manera especial —decía Owen— la inquietud del espíritu de su Alteza Real el difunto duque de Kent (que con anterioridad me había informado de que no existían títulos en el mundo de los espíritus en el que él había entrado) para favorecer en el futuro no a una determinada clase social, a una secta, a un partido político o a un país, sino a toda la humanidad». «Todas sus apariciones han sido maravillosas para mí —continúa diciendo Owen—; concertaba una cita conmigo y su espíritu siempre aparecía en el minuto indicado». Pero Owen era muy optimista. También contó entre sus prosélitos al presidente Jefferson, al príncipe Metternich y a Napoleón, de modo que es bastante razonable que todavía persistan dudas acerca de las ideas del duque de Kent. Sin embargo, no hay ninguna sobre este otro aspecto: Robert Owen prestó a su Alteza Real, en varias ocasiones, diversas sumas de dinero que ascendían a un total de varios cientos de libras esterlinas, y que nunca le devolvió.

Al morir la princesa Carlota, indudablemente era importante, por muchas razones, que el duque de Kent se casara. Para la nación, debido a la falta de herederos en la familia real, este paso resultaba poco menos que obligatorio, y para el duque era sin duda muy conveniente, ya que contraer matrimonio por obligación pública para asegurar la sucesión real merecería alguna clase de agradecimientos por parte del país. Cuando el duque de York contrajo matrimonio había recibido una remuneración

de veinticinco mil libras esterlinas al año. ¿Y por qué el duque de Kent no podía esperar ahora la misma cantidad? Pero la situación no era fácil: había también que contar con el duque de Clarence, que era el hermano mayor y, si se casaba, tendría sin duda derecho preferente. Por otro lado, si el duque de Kent se casaba, no hay que olvidar que lo haría a costa de un sacrificio, ya que había una mujer por medio.

El duque, mientras reflexionaba sobre todos estos asuntos, al mes más o menos de la muerte de su sobrina, hizo un viaje a Bruselas y se enteró de que Mr. Creevey estaba allí. Mr. Creevey era íntimo amigo de los más destacados *whigs* y un chismoso empedernido, y al duque se le ocurrió que él podía ser el mejor medio de difusión para hacer llegar sus puntos de vista sobre la situación a los círculos políticos ingleses. Por lo visto no pensó que Mr. Creevey era una persona bastante maliciosa y bien podría escribir un diario para la posteridad. Así, le mandó llamar con un pretexto trivial y entre ellos tuvo lugar una conversación importante.

Después de referirse a la muerte de la princesa, a las pocas probabilidades de que el regente pidiera el divorcio, al hecho de que el duque de York no tuviera hijos y a la posibilidad de que el duque de Clarence se casara, el duque comentó su posición: «Si el duque de Clarence no se casa, el siguiente príncipe para la sucesión soy yo, y aunque confío que siempre estaré dispuesto a obedecer cualquier llamada de mi país, cuando pienso que es mi obligación contraer matrimonio, sólo Dios sabe el sacrificio que ello supondría para mí. Hace veintisiete años que Madame St. Laurent y yo vivimos juntos; tenemos la misma edad y hemos estado siempre unidos, en las alegrías y en las tristezas, y como Vd. bien puede imaginarse me causaría un gran dolor tener que separarme de ella. Póngase Vd. en mi lugar, si tuviera que separarse de su mujer... En cuanto a Madame St. Laurent, confieso que no sé lo que será de ella si yo me veo obligado a contraer matrimonio; ya está muy nerviosa por los acontecimientos». El duque pasó a describir lo ocurrido una mañana, a los dos o tres días de la muerte de la princesa Carlota, a causa de un artículo aparecido en el periódico *Morning Chronicle* en el que se apuntaba la posibilidad de su matrimonio. Aquella mañana había recibido el periódico y el correo a la hora del desayuno y «según era mi costumbre, pasé el periódico a Madame St. Laurent y empecé a abrir y a leer la correspondencia. Pasados unos minutos, oí un ruido tremendo y fuertes convulsiones que salían de la garganta de Madame St. Laurent. Por un momento temí por su salud. Cuando se recuperó, le pregunté qué le había ocasionado tal ataque; su contestación fue señalarme el artículo del *Morning Chronicle*».

El duque volvió de nuevo al tema del duque de Clarence: «Mi hermano el duque de Clarence es el hermano mayor, y tiene, por supuesto, todo el derecho a casarse si así lo decide, y no seré yo el que interfiera en ello de ninguna manera. Si desea ser rey, estar casado y tener hijos, ¡pobre hombre, qué Dios le ayude!, y que haga según su voluntad, En cuanto a mí, soy un hombre sin ambiciones y sólo deseo quedarme como estoy... La Semana Santa, como sabe, cae muy pronto este año el 22 de marzo; si para esa fecha el duque de Clarence no ha tomado ninguna decisión, tengo que

encontrar un pretexto para que Madame St. Laurent se resigne a que yo vaya a Inglaterra por unos días. Una vez allí, me será fácil consultar con mis amigos sobre los pasos a dar. Si el duque de Clarence no ha hecho nada hasta esa fecha, indudablemente estaré obligado a tomar cartas en el asunto». El duque citó dos nombres que habían sido mencionados en relación con este asunto: el de la princesa de Baden y el de la princesa de Sajonia-Coburgo. Esta última, pensaba él, sería quizá la mejor de las dos, ya que el príncipe Leopoldo era muy querido por la nación. Pero antes de dar otros pasos, confiaba en que se hiciera justicia a Madame St. Laurent. «Ella —decía el duque— es de una familia muy buena, de excelente virtud, y yo soy la primera y la única persona con la que ha vivido. Nunca se ha mostrado interesada y siempre ha sido fiel. Cuando vino a mí por primera vez recibía cien libras esterlinas al año, más tarde esta cantidad subió a cuatrocientas y, por último, llegó a mil; pero cuando mis deudas absorbían la mayor parte de mis ingresos, Madame St. Laurent insistió en que su remuneración fuera nuevamente de cuatrocientas libras esterlinas al año. Si Madame St. Laurent tiene que volver a vivir entre su gente, debe ser con la condición de que tenga independencia absoluta, para que así la estimen como se merece. No exigiré demasiado para ella, pero unos cuantos sirvientes y un vehículo son imprescindibles». En cuanto a su propia remuneración, el duque señaló que esperaba que el matrimonio del duque de York se tomara como precedente. «Ese fue un matrimonio para la sucesión —dijo— y se estipularon unos ingresos de veinticinco mil libras esterlinas sólo por el matrimonio, sin contar todos sus otros haberes. Yo me contentaré con lo mismo, no pediré nada extra para compensar la diferencia del valor del dinero entre 1792 y la actualidad. En cuanto al pago de mis deudas, tampoco tengo tantas. Además, la nación será mi deudora». En este punto el reloj dio la hora y parece que le recordó al duque que tenía una cita. Se puso en pie y Mr. Creevey se fue.

¿Quién podía guardar tal información en secreto? Por supuesto, Mr. Creevey no. Se apresuró a contárselo al duque de Wellington, que se divirtió muchísimo con el relato, y escribió una larga crónica a lord Sefton, quien recibió la carta muy oportunamente cuando un cirujano le estaba sondeando la vejiga para averiguar si tenía piedras en ella. Lord Sefton escribió en su respuesta: «Nunca he visto a nadie tan asombrado como al cirujano cuando me vio reír nada más terminar la operación. No puede haber nada tan extraordinario como la real ingenuidad de Eduardo. Uno no sabe que admirar más, si la delicadeza de su cariño por Madame St. Laurent, sus refinados sentimientos por el duque de Clarence, o su total desinterés por los asuntos pecuniarios».

Resultó que los dos hermanos decidieron casarse. El duque de Kent eligió como esposa a la princesa de Sajonia-Coburgo y el matrimonio se celebró el 29 de mayo de 1818. El 11 de junio el duque de Clarence hacia lo propio con una hija del duque de Sajonia-Meiningen. Pero los dos sufrieron una gran decepción en cuanto a sus expectativas económicas, porque aunque el gobierno presentó una moción para

incrementar sus subvenciones, junto con la del duque de Cumberland, la moción fue derrotada en la Cámara de los Comunes. Al duque de Wellington no le sorprendió la decisión y comentó: «¡Por Dios!, hay mucho que hablar sobre esto. Esa gente es una carga para cualquier gobierno. Han insultado —insultado personalmente— a las dos terceras partes de los caballeros ingleses. ¿Tiene algo de extraño que ahora se venguen de ellos en la Cámara de los Comunes? Es la única oportunidad que tienen y sinceramente pienso que están en su derecho al aprovecharla». Más tarde, sin embargo, el Parlamento incrementó la renta anual del duque de Kent en seis mil libras esterlinas.

De la vida posterior de Madame St. Laurent no se sabe nada.

IV

La nueva duquesa de Kent, Victoria María Luisa, era hija de Francis, duque de Sajonia-Coburgo-Saalfeld, y hermana del príncipe Leopoldo. Se trataba de una familia muy antigua, una rama de la gran Casa de Wettin, que desde el siglo XI había reinado en la zona de Meissen, a orillas del Elba. En el siglo XV la Casa de Wettin se había dividido en dos ramas: la albertina y la Ernestina. De la primera descendían los reyes de Sajonia, y la segunda, que gobernaba en Turingia, se dividió a su vez en cinco ramas, una de las cuales era la correspondiente al ducado de Sajonia-Coburgo. Este ducado era muy pequeño, tenía sólo unos sesenta mil habitantes, pero gozaba de independencia y soberanía propia. En los azarosos años que siguieron a la Revolución Francesa su existencia se vio muy comprometida. El duque era muy excéntrico y abrió las puertas a las multitudes de refugiados que huían hacia el este por Alemania, a medida que los franceses iban avanzando. Entre ellos estaba el príncipe de Leiningen, un dandi entrado en años, a quien los franceses habían arrebatado sus dominios en el Mosela, siéndole concedido en compensación el territorio de Amorbach, en la Baja Franconia. En 1803 se casó con la princesa Victoria cuando ésta contaba diecisiete años de edad. Tres años más tarde el duque moría completamente arruinado. El arado de Napoleón arrasó Sajonia-Coburgo. El ducado fue tomado por los franceses y la familia ducal quedó reducida a la más absoluta miseria. Al mismo tiempo, el pequeño principado de Amorbach era devastado por los ejércitos franceses, rusos y austríacos que avanzaban libremente por todo el territorio. Durante varios años apenas hubo vacas en el país y la hierba existente no era suficiente para alimentar a una bandada de gansos. Tal era la desesperada situación de la familia que una generación después lograría establecerse en la mitad de las casas reinantes en Europa.

El arado de Napoleón había hecho, sin duda, su trabajo; se había plantado la semilla, pero la cosecha recogida hubiera causado gran sorpresa al propio Napoleón.

El príncipe Leopoldo, abandonado a su suerte cuando tenía quince años, hizo su carrera y se casó con la heredera de Inglaterra. La princesa de Leiningen, luchando en Amorbach contra la pobreza, las demandas militares y un marido inútil, desarrolló un carácter independiente y una tenacidad que le resultarían muy valiosos en el futuro. En 1814 murió su marido y se quedó con dos hijos y con la regencia del principado. Cuando su hermano se casó con la princesa Carlota, se le propuso a ella que se casara con el duque de Kent, pero se negó a hacerlo alegando que la tutoría de sus hijos y la administración de sus dominios le impedían aceptar otros compromisos. Sin embargo, la muerte de la princesa Carlota le hizo cambiar de idea, y cuando el duque de Kent renovó su propuesta matrimonial, ella la aceptó. Tenía entonces treinta y dos años, y era baja, robusta, con el pelo y los ojos castaños, mejillas sonrosadas, alegre y locuaz, y siempre elegantemente ataviada con preciosas sedas y luminosos terciopelos.

Afortunadamente, era una persona muy resignada y de buena disposición, ya que a lo largo de su vida su paciencia se había visto puesta a prueba en muchas ocasiones. Su segundo matrimonio le ofrecía unas perspectivas muy oscuras y, al principio, todo parecía indicar que sería una fuente de problemas y malestares. El duque, alegando que era demasiado pobre para vivir en Inglaterra, anduvo sin rumbo fijo por Bélgica y Alemania, presenciando desfiles e inspeccionando cuarteles, siempre tocado con una gorra militar muy pulcra, mientras los personajes ingleses le miraban con desdén y el duque de Wellington le llamaba el Caporal. «¡Maldita sea! —decía el duque de Wellington a Mr. Creevey—, ¿sabe cómo le llaman sus hermanas? Le llaman Don Nadie». En Valenciennes, con ocasión de un gran banquete, la duquesa se presentó con una dama de honor vieja y fea, y al duque de Wellington se le planteó un gran problema, y repetía: «¿Quién demonios va a escoltar a la dama de honor?». Al fin encontró la solución. «Por Dios, Freemantle, busca al alcalde y que sea él». Así, el alcalde de Valenciennes fue requerido a tal efecto y, según Mr. Creevey, «fue una de las figuras más destacadas de la fiesta».

En Bruselas, unos días después, Mr. Creevey tuvo una desgraciada experiencia durante la inspección de una escuela militar, una mañana temprano antes del desayuno. La compañía se reunió y todo estaba en el más perfecto orden, pero el duque de Kent examinaba las cosas con tal detalle y hacía incesantemente preguntas tan rebuscadas, que Mr. Creevey ya no aguantó más y susurró al oído de su compañero que tenía un hambre del demonio. El duque de Wellington lo oyó y le dijo: «Le aconsejo que siempre que vaya por la mañana con la familia real, y especialmente con el Caporal, desayune antes». Él y su gente habían tenido la precaución de hacerlo así y el duque de Wellington se divirtió muchísimo mientras que las preguntas reales se sucedían ininterrumpidamente, entre ocasionales comentarios dirigidos a Mr. Creevey: «*Voilà le monsieur qui n'a pas déjeuné!*».

Instalado por fin en Amorbach, el duque no sabía en qué emplear su tiempo. La casa era pequeña, el país indigente, e incluso el hacer relojes, tarea con la que en otro

tiempo disfrutaba, le empezaba a resultar tedioso. A pesar de su devoción, el duque era algo supersticioso y estaba obsesionado por el vaticinio que le había hecho un gitano en Gibraltar: pasaría muchas calamidades, iba a morir feliz y su único descendiente sería una gran reina.

En seguida se supo que la duquesa estaba esperando un hijo y el duque decidió que debía nacer en Inglaterra. Carecían de medios para el viaje, pero él tenía el propósito firme de hacerlo. Confesó que, pasara lo que pasase, su hijo tenía que ser inglés de nacimiento. Se alquiló una carroza y el mismo duque cogió las riendas. Dentro iban la duquesa, su hija Feodora de catorce años, criadas, niñeras, perrillos falderos y canarios. Emprendieron camino por Alemania y Francia, y ni las malas carreteras por las que viajaron ni las baratas pensiones en que se alojaron afectaron al rígido duque y a la afable y opulenta duquesa. Cruzaron el Canal y llegaron sanos y salvos a Londres. Las autoridades les proporcionaron habitaciones en el palacio de Kensington, donde, el 24 de mayo de 1819, nació una niña.

2

Infancia

I

La niña, que llegó al mundo en circunstancias no muy espectaculares, recibió escasa atención. No había razón alguna que permitiera imaginar su futuro. La duquesa de Clarence había dado a luz dos meses antes una niña que murió a los pocos minutos de su nacimiento; pero había muchas probabilidades de que tuviera más descendencia, como así ocurrió. Además, la duquesa de Kent era todavía joven y el duque era fuerte y, quizá, no tardando mucho, tendrían otro hijo varón, que anularía las remotas posibilidades de sucesión de la recién nacida.

A pesar de todo, el duque tenía esperanzas: había profecías... En cualquier caso, bautizaría a la niña con el nombre de Isabel, nombre de felices augurios. Pero no había contado con el regente, quien anunció que estaría presente en el bautizo e indicó también que uno de los padrinos sería el emperador Alejandro de Rusia. En el bautizo, cuando el arzobispo de Canterbury, que oficiaba la ceremonia, preguntó qué nombre se le iba a poner a la niña, el regente contestó: «Alejandrina». El duque se atrevió a sugerir que también se le podían añadir otros nombres. «Por supuesto —dijo el regente—. ¿Georgina?». «¿O Isabel?», dijo el duque. Hubo una pausa, mientras la cual el arzobispo, con la niña en sus brazos, miraba con desasosiego a uno y otro príncipe. «Bien —decidió por fin el regente—, que reciba el nombre de su madre. Pero Alejandrina debe ser su primer nombre». Así, para disgusto de su padre, la niña fue bautizada con el nombre de Alejandrina Victoria.

Este no era el único motivo de disgusto que tenía el duque. La precaria subvención que recibía del gobierno estaba lejos de solucionar su desesperada situación económica. Era de temer que sus servicios no iban a ser valorados por la nación. Sus deudas seguían creciendo. Durante muchos años había vivido con siete mil libras esterlinas al año, pero ahora sus gastos ascendían al doble, pese a que los había reducido al máximo; de hecho, no había un sólo sirviente en la casa que tuviera un minuto de ocio en todo el día. En una larga carta a Robert Owen le abrió su corazón y le contó todas sus penas, sabiendo que éste le compadecería de una manera práctica. «Confieso con toda franqueza —escribía— que después de haber estudiado el problema desde todos los ángulos, me he convencido de que para poder seguir viviendo en Inglaterra, incluso como lo he venido haciendo hasta ahora, sin lujos y sin boato, necesitaría, por lo menos, el doble de las siete mil libras esterlinas, PUES YA

NO PUEDO RESTRINGIR MÁS MIS GASTOS». El último recurso sería vender su casa por 51 300 libras esterlinas; si esto fallaba, se iría a vivir al continente. «Si mis servicios son útiles para mi país, los que tienen el poder tienen la obligación de ayudarme a justificar mi lícita petición, por las enormes privaciones que pasé mientras servía en las colonias durante mi carrera en activo; y si no puedo conseguirlo, será una prueba contundente de que no me están agradecidos y, de ser así, no tendré ningún escrúpulo en reanudar mi retiro en el extranjero, a su debido tiempo, cuando mi esposa y yo hayamos finalizado nuestra obligación de establecer el nacimiento inglés de nuestra hija, y de darle el alimento materno en el suelo de la Vieja Inglaterra; y haremos lo mismo otra vez, si la Providencia quiere que tengamos más hijos».

Entre tanto, decidió pasar el invierno en Sidmouth «para que la duquesa disfrute de los baños tibios del mar —decía a Owen— y nuestra infanta del aire fresco de la atractiva costa de la región de Devon, en esos meses que son tan detestables en Londres». En diciembre se trasladaron allí. Al llegar el año nuevo, el duque recordó otra profecía que le había dicho un adivino: en 1820 morirían dos miembros de la familia real. ¿Quiénes serían? El duque se pasaba el tiempo especulando sobre las diversas posibilidades: era evidente que el rey no podía vivir mucho más, y la duquesa de York había padecido una enfermedad mortal. Probablemente serían el rey y la duquesa de York; o quizá, el rey y el duque de York; o el rey y el regente. En cuanto a él, era uno de los hombres más sanos de Inglaterra. «Mis hermanos —decía— no están tan fuertes y sanos como yo; he llevado una vida muy metódica, y viviré más que ellos. La Corona será para mí y para mis hijos». Al día siguiente salió a dar un paseo y volvió con los pies mojados; no se preocupó de cambiarse de calzado y cogió un catarro que degeneró en pleuresía, y el 22 de enero era un hombre moribundo. Por una extraordinaria casualidad, el joven doctor Stockmar se encontraba pasando unos días en la casa; dos años antes, había estado junto al lecho de muerte de la princesa Carlota; ahora se encontraba presente en la agonía del duque de Kent. Stockmar apuntó la conveniencia de que se hiciera un testamento, y con toda precipitación así se hizo. Las posesiones del duque eran lo de menos; lo importante era que la tutoría de la inocente niña, cuya suerte estaba ahora cambiando, fuera confiada a la duquesa. Cuando el testamento estuvo preparado, el duque se encontraba a punto de perder la lucidez; apenas tuvo tiempo de entender el documento, poner su firma y preguntar si su escritura era clara, y en seguida quedó inconsciente; a la mañana siguiente expiró. A los seis días, se cumplía la segunda parte de la profecía del gitano: la larga, desgraciada y vergonzosa vida de Jorge III de Inglaterra llegaba a su final.

II

El estado de confusión en Sidmouth era grande y la duquesa carecía de medios para volver a Londres. El príncipe Leopoldo acudió a Sidmouth con prontitud y él mismo trasladó a Kensington a su hermana y a su familia en un lento y penoso viaje de varias jornadas. La pobre viuda, rigurosamente enlutada, necesitó toda su entereza para seguir adelante. Su futuro era ahora más incierto que nunca. Contaba con seis mil libras esterlinas al año, pero las deudas de su marido eran una amenaza siempre presente. Poco después se enteró de que la duquesa de Clarence iba a tener otro hijo. ¿Qué podía esperar ella de Inglaterra? ¿Qué hacía en un país extranjero, entre extraños, sin poder hablar su lengua ni entender sus costumbres? Sin duda, sería mejor volver a Amorbach y allí, entre su gente, educar a su hija en la más absoluta penuria. Pero era optimista por naturaleza; se había pasado la vida luchando y no se podía acobardar ahora. Además, tenía el aliciente de su hija, a la que adoraba: «*C'est mon bonheur, mes délices, mon existence*», decía ella; y la criatura debería ser educada, a toda costa, como una princesa inglesa. En esta situación, el príncipe Leopoldo le ofreció generosamente una ayuda de tres mil libras esterlinas al año, lo cual hizo posible que la duquesa permaneciera en Kensington.

La niña era extremadamente gorda y se parecía mucho a su abuelo. «*C'est l'image du feu Roi*», decía la duquesa; y sus damas de honor añadían: «*C'est le Roi Georges en jupons*», mientras la criatura se movía andando como un pato e iba con dificultad de una persona a otra.

Algún tiempo después, las cosas empezaron a cambiar de color para la niña de Kensington y su futuro parecía más prometedor. Lo fue todavía más cuando, a principios de 1821, la segunda hija de la duquesa de Clarence, la princesa Isabel, moría a los tres meses de nacer. La cuna real parecía asediada por fuerzas ocultas y sometida a feroces enfrentamientos. Era una época de luchas airadas, de violenta represión y de profundo malestar.

Un fuerte movimiento, que durante mucho tiempo había estado frenado por circunstancias adversas, se extendía por todo el país. Había ahora nuevas pasiones y nuevos deseos, o, mejor dicho, viejas pasiones y viejos deseos reencarnados en una nueva fuerza: una mezcla de amor a la libertad, odio a la injusticia y esperanza en el futuro del hombre. Los más fuertes todavía permanecían asentados con orgullo en sus puestos administrando su antigua tiranía, pero en la oscuridad se estaba fraguando una tormenta y los relámpagos ya comenzaban a verse en el cielo. Sin embargo, los cambios más profundos se realizan con frágiles instrumentos humanos: parecía como si durante muchos años la gran causa del liberalismo inglés hubiera estado dependiendo de la niña de Kensington. Ella sola estaba entre el país y su repugnante tío, el duque de Cumberland, que era la horrible personificación del reaccionario. Lógicamente, la duquesa de Kent defendía el partido de su marido. Dirigentes *whigs* y radicales rebeldes se reunían en torno a ella; mantuvo relaciones íntimas con el audaz lord Durham y tenía buena amistad con el terrible O'Connell. En una ocasión recibió la visita de Wilberforce, aunque no se arriesgó a invitarle a tomar asiento.

Declaró públicamente que ella ponía su fe en «las libertades del pueblo». Ciertamente la joven princesa sería educada de esta forma, aunque detrás, junto al trono, esperando, estaba el siniestro duque de Cumberland. Brougham, examinando el futuro con su acostumbrada insolencia, apuntó terribles posibilidades y, cuando supo que Jorge IV había caído enfermo, escribió: «Nunca había rezado con tanta devoción por un príncipe. Si muriera, todos los problemas de estos traidores [los ministros *tories*] habrán desaparecido y tendrán en Federico [el duque de York] al hombre adecuado mientras viva... Pero él [Federico I] tampoco viviría mucho. El otro príncipe de canallas, su hermano Guillermo, es tan mala persona como él; entonces, siguiendo este camino marcado por la naturaleza terminaremos siendo asesinados por el rey Ernesto o el regente Ernesto [el duque de Cumberland]». Brougham no era el único que pensaba así; la indignación era general y se dejó sentir constantemente durante mucho tiempo: incluso un año antes de su ascensión al trono, los periódicos radicales sugerían a todas horas que la princesa Victoria estaba amenazada por las maquinaciones de su malvado tío.

Sin embargo, ningún eco de estos conflictos y presagios llegaba a la pequeña Drina (así la llamaban en la familia) mientras jugaba con sus muñecas, correteaba por los pasillos o paseaba por los jardines de Kensington montada en el burro que su tío York le había regalado. Las niñeras, las señoritas de compañía de la duquesa y su hermana Feodora adoraban a la niñita rubia y de ojos azules; y, a pesar de lo estricta que era su madre, durante unos años existió el peligro de que la niña se maleducase con tantos mimos. De vez en cuando se encolerizaba, daba una patada en el suelo con su piecillo y desafiaba a cualquiera; podían decir lo que quisieran, ella no aprendería la letras, y no las aprendería. Después de una escena así, se arrepentía y se echaba a llorar, pero seguía sin aprender las letras.

No obstante, cuando cumplió cinco años se produjo un gran cambio con la llegada de Fraülein Lehzen. Esta señorita, que era hija de un clérigo de Hannover y había sido antes la institutriz de la princesa Feodora, no tardó en hacerla cambiar. Al principio, se sintió horrorizada por el genio de la princesita y sus fuertes rabietas. Confesaba que nunca en su vida había visto un niño tan indomable y travieso. Después, se dio cuenta de que la niña era extremadamente sincera: jamás decía una mentira aunque supiera el castigo que la esperaba. La nueva institutriz era muy severa, pero también muy inteligente, y comprendió que de nada le serviría todo el rigor del mundo mientras no consiguiera ganarse el cariño de Drina. Así lo hizo, y nunca tuvo más problemas. Drina aprendió las letras fácilmente y muchas cosas más. La baronesa de Spath le enseñaba a hacer cajitas de cartón y a decorarlas con oropel y flores pintadas, y su madre le daba clases de religión. Todos los domingos por la mañana se veía a la niña de seis años sentada en la iglesia, sin perder detalle de los interminables sermones del cura, pues por la tarde tendría un examen sobre su contenido. La duquesa estaba decidida a que su hija tuviera, desde su tierna infancia, la preparación idónea para ocupar su distinguido puesto en la sociedad, de tal forma

que fuera elogiada entre las gentes más respetables. Su clara, sobria y gran inteligencia alemana sentía repugnancia por las desvergonzadas fiestas de Carlton House. A Drina no le estaba permitido olvidar ni por un sólo instante virtudes tales como la sencillez, el orden, el decoro y la devoción. Pero, afortunadamente, la niña necesitaba pocas lecciones al respecto, ya que era sencilla y ordenada por naturaleza, devota sin esfuerzo y tenía gran sentido del decoro. Entendía perfectamente su posición. En una ocasión, lady Jane Ellice, una niña de seis años, fue con su abuela al palacio de Kensington y estuvo jugando con la princesa Victoria, que tenía la misma edad. La pequeña visitante, ajena a todo protocolo, empezó a jugar libremente con los juguetes por el suelo de una manera un poco descuidada, y rápidamente fue advertida: «No debes tocar esos juguetes, son míos; recuerda que yo te puedo llamar a ti Jane; pero tú no me puedes llamar a mí Victoria». La niña que con mayor frecuencia compartía los juegos de la princesa también se llamaba Victoria y era hija de sir John Conroy, el mayordomo de la duquesa. Las dos niñas se querían mucho y a menudo se las veía paseando, cogidas de la mano, por los jardines de Kensington. Pero la pequeña Drina comprendía perfectamente que ella era la causa de que un gigantesco lacayo completamente vestido de rojo las siguiera a una distancia prudencial.

La princesa era afectuosa y sensible, y adoraba a su querida Lehzen, a su querida Feodora, a su querida Victoria, a su querida baronesa de Spath. A su querida mamá..., por supuesto también la adoraba, era su obligación; sin embargo, y no sabía por qué, era mucho más feliz cuando estaba en Claremont con su tío Leopoldo. Allí, Mrs. Louis, que años atrás había servido a su prima Carlota, ahora le daba a ella todos los caprichos que quería. Su tío también era amable y encantador; tenían conversaciones serias y la trataba como a un adulto. Ella y Feodora siempre lloraban cuando tenían que dejar la casa de su tío para volver a las monótonas obligaciones y a la constante supervisión de Kensington. A veces, cuando su madre tenía compromisos que atender, le permitían ir a pasear sola con su querida Feodora y su querida Lehzen, y entonces podía hablar y vestir a su gusto, lo cual era maravilloso.

La princesa visitaba Claremont con bastante frecuencia; pero un día, cuando tenía siete años, recibió una invitación para hacer una visita muy especial y mucho más emocionante: el rey la invitó a ir a Windsor con su hermana y su madre. Jorge IV, que había contagiado su mal genio a su cuñada y a su familia, ya estaba cansado de su continuo mal humor y había decidido ser agradable. El viejo libertino, orondo y gotoso, provisto de peluca y exageradamente adornado, con su enjoyada querida al lado y rodeado de su engalanada corte, recibió a la criatura que iba a ocupar un día, en esos mismos salones, un lugar muy diferente. «Dame tu manita», le dijo, y dos épocas se juntaron. A la mañana siguiente, cuando viajaba en su faetón con la duquesa de Gloucester, el rey encontró en el parque a la duquesa de Kent y a la niña. «Subidla», fueron sus órdenes, obedecidas inmediatamente para terror de la madre y deleite de la hija. Se fueron apresuradamente al lago Virginia donde había una gran

barcaza llena de lores y damas pescando, y otra con una banda de música. El rey echó a Feodora una mirada insinuante y elogió el comportamiento de la niña; después se volvió hacia ella y le preguntó: «¿Cuál es tu canción favorita? La banda la tocará para ti». «Dios guarde al rey, señor», contestó sin titubeos. La respuesta de la princesa ha sido siempre alabada como uno de los primeros ejemplos de su sentido de la oportunidad, que sería después famoso. Pero no hay que olvidar que era una niña muy sincera y quizá lo dijese de corazón.

III

El duque de York, que a la muerte de su mujer había tratado de resarcirse de su pérdida sirviéndose de la benevolencia de la duquesa de Rutland, murió en 1827, dejando tras de sí la colosal Stafford House sin terminar y deudas por valor de doscientas mil libras esterlinas. Tres años después murió Jorge IV, y el duque de Clarence reinó en su lugar. Para entonces resultaba evidente que la nueva reina tenía remotas probabilidades de ser madre otra vez; por lo tanto, la princesa Victoria fue reconocida por el Parlamento como la probable heredera al trono, y la pensión anual de la duquesa de Kent, que ya había sido doblada cinco años antes, ahora se incrementó en diez mil libras esterlinas para mantener a la princesa. Asimismo, la duquesa fue nombrada regente en caso de que el rey muriera antes de que su hija alcanzara la mayoría de edad. Al mismo tiempo, se produjo una gran convulsión en la constitución del Estado. El poder de los *tories*, que habían dominado Inglaterra por más de cuarenta años, de repente empezaba a debilitarse. En las tremendas luchas que siguieron parecía como si la tradición de muchas generaciones fuera a romperse, como si la tenacidad ciega de los reaccionarios y la resuelta violencia de sus enemigos no pudieran tener otro resultado más que la revolución. Pero se llegó a un acuerdo y se aprobó el proyecto de Ley de Reforma. El centro de gravedad de la Constitución se había desplazado ahora hacia la clase media. Los *whigs* subieron al poder y el gobierno tomó un matiz liberal. Una de las consecuencias de este nuevo estado de cosas fue un cambio en la posición de la duquesa de Kent y de su hija. Dejaron de ser las *protégées* de una camarilla de la oposición y se convirtieron en patrimonio político de la mayoría oficial de la nación. La princesa Victoria fue en lo sucesivo el símbolo viviente de la victoria de la clase media.

Sin embargo, el duque de Cumberland sufrió el correspondiente eclipse: la Ley de Reforma le había obligado a esconder las garras. Se convirtió en una persona insignificante y casi inofensiva, aunque igualmente desagradable; seguía siendo el tío malvado, pero ahora era sólo el tío malvado de un cuento.

El liberalismo de la duquesa no era muy profundo. Seguía los pasos de su marido, repitiendo con convicción los tópicos utilizados por los inteligentes amigos del duque

y los lugares comunes del también inteligente Leopoldo, su hermano. Ella pretendía ser inteligente; apenas comprendería nada de la ley de asistencia pública, del comercio de esclavos o de economía política; su máxima aspiración era cumplir con su deber, y deseaba de todo corazón que pudiera decirse lo mismo de Victoria. Sus concepciones pedagógicas eran las del doctor Arnold, que estaban entonces empezando a penetrar en la sociedad. El primero y principal objetivo que el doctor Arnold perseguía con sus alumnos era convertirlos «en personas cristianas, en el más amplio y verdadero sentido de la palabra»; los refinamientos intelectuales vendrían después. Así, la duquesa estaba convencida de que su suprema obligación en la vida era asegurarse de que su hija se preparara para ser una reina cristiana; a esta tarea dedicaba todas sus energías y, según se iba haciendo mayor la niña, se sentía satisfecha porque sus esfuerzos no eran inútiles.

Cuando la princesa cumplió once años, su madre quiso que los obispos de Londres y Lincoln examinaran a la niña y redactaran un informe con los resultados. La duquesa les escribió una carta de su puño y letra diciéndoles: «Creo que ha llegado el momento de comprobar lo que se ha hecho hasta ahora, y si, por error, algo se ha hecho mal, enmendarlo a tiempo, así como considerar y revisar el plan para el futuro. Yo misma estoy presente en la mayoría de sus clases y, como la señorita de compañía de la princesa es una persona muy competente, la ayuda a preparar sus deberes en diversas materias, ya que decidí hacerlo de esta forma para ser yo misma su institutriz... Cuando tuvo la edad adecuada empezó a asistir regularmente conmigo a los servicios divinos, y estoy convencida de que lleva la religión en el corazón y de que está moralmente formada hasta el punto de que, por sus profundos sentimientos, se encuentra menos expuesta al error que una niña capaz de reflexionar». Y continuaba la duquesa: «Tiene una gran capacidad intelectual, asimila información con suma facilidad y hace juicios justos con extraordinaria rapidez sobre cualquier asunto respecto al que se requiera su opinión. La sinceridad es una de sus características más destacadas y tengo la seguridad de que ese baluarte no se derrumbará nunca en ninguna circunstancia». Los obispos realizaron los exámenes en el palacio y los resultados fueron inmejorables. Sus informes decían: «La princesa ha respondido a un extenso y variado número de preguntas y ha demostrado tener conocimientos muy precisos de los aspectos fundamentales de la Historia Sagrada y de las verdades y preceptos más importantes de la religión cristiana, según la enseña la Iglesia de Inglaterra, así como conocimientos de cronología y de los principales acontecimientos de la historia inglesa, insólitos en una niña de su edad. Sus respuestas fueron igualmente satisfactorias en otros temas, como geografía, aritmética y gramática latina». Opinaban que no se podía incluir mejora alguna en el plan de educación de la duquesa; esta misma opinión satisfactoria fue compartida por el arzobispo de Canterbury, al que se le consultó posteriormente.

Sin embargo, todavía quedaba pendiente un paso importante. Hasta ahora, según la duquesa explicó a los obispos, la princesa ignoraba el puesto que probablemente un

día ocuparía. «Ella es consciente de sus obligaciones y de que un soberano debe vivir para los demás; de esta manera, cuando su inocente persona reciba la noticia de su futuro, tendrá una idea formada del papel que tiene que desempeñar, y es de esperar que tenga unos principios lo suficientemente arraigados como para no dejarse deslumbrar por el puesto que ha de ocupar». Al año siguiente, se decidió informar a la princesa a este respecto. La conocida escena se desarrolló así: la clase de historia, el árbol genealógico de los reyes de Inglaterra que la institutriz había deslizado de antemano en el libro, la sorpresa de la princesa, sus preguntas y, por fin, la comprensión de los hechos. Cuando la niña lo asimiló todo, se quedó callada por un momento y después exclamó: «Seré buena». Sus palabras eran más que una simple afirmación, mucho más que la expresión de un deseo impuesto; en su sencillez y en su intensidad, en su egoísmo y en su humildad, eran un resumen espontáneo de las cualidades más importantes de una vida. «Me costó muchas lágrimas la noticia», dijo la reina muchos años después. Mientras hubo gente delante, incluida su querida Lehzen, la niña se controló muy bien; pero después se escabulló de su madre para estar sola y calmar con un pañuelo su corazón agitado por esa profunda y desconocida emoción.

Su madre no la perdía de vista ni un sólo momento; por la mañana, por la tarde, de día y de noche, le resulta difícil escapar de la exhaustiva vigilancia materna. La niña se hizo adolescente, la adolescente se convirtió en una mujer, pero todavía dormía en la habitación de su madre y no tenía un sitio donde poder trabajar o simplemente estar sola sin hacer nada. Una extraordinaria vigilancia asediaba cada uno de sus pasos; hasta el día de su subida al trono, nunca bajó las escaleras sin que una persona la llevara cogida de la mano. La casa estaba regida por la monotonía y la precisión: las horas, los días, los años pasaban lentos y sin ningún atractivo. Las innumerables muñecas se arrinconaron, todas pulcramente vestidas y meticulosamente catalogadas, para dar paso a otras actividades como la música y el baile. Taglioni se ocupó del baile y Lablache de la música. El deán de Chester, el preceptor oficial, continuaba sus interminables enseñanzas de Historia Sagrada, mientras la duquesa de Northumberland, la institutriz oficial, presidía siempre las clases con gran solemnidad. Sin duda fue en idiomas en lo que más destacó la princesa en sus años escolares. El alemán fue, naturalmente, la primera lengua con la que se familiarizó, seguida inmediatamente después por el inglés y el francés, y así se hizo prácticamente trilingüe, aunque no llegó a dominar la gramática inglesa. También adquirió conocimientos básicos de italiano y algunas nociones de latín. Por el contrario, la lectura no era una ocupación que le interesara demasiado, en parte, quizá, porque los libros que tenía a su alcance o bien eran de sermones, enormemente aburridos, o bien de poesías que le resultaban incomprensibles. Tenía terminantemente prohibido leer novelas. Lord Durham convenció a su madre para que le comprara algunas de las historias de Miss Martineau, que servían para enseñar principios de economía política; las historias en sí la encantaron porque eran algo

nuevo y suponían un respiro en sus lecturas, pero no puso ningún interés en la teoría del cambio o de la renta.

Durante su adolescencia tuvo la desgracia de estar rodeada de un ambiente casi exclusivamente femenino. No había un padre ni hermanos que rompieran la delicada monotonía diaria con un poco de brusquedad o rudeza, o con risas estrepitosas, y trajeran ráfagas de libertad del mundo exterior. La princesa nunca escuchó una voz fuerte y dura que la llamara, ni sintió nunca una mejilla firme y áspera contra la suya tersa y fina, ni nunca compartió sus juegos con niños. Las excursiones a Claremont, maravillosas escapadas al mundo masculino, se terminaron cuando cumplió once años y el príncipe Leopoldo dejó Inglaterra para convertirse en rey de Bélgica. La princesa adoraba a su tío, «*Il mio secondo padre*, o, mejor dicho, mi único padre, porque él es mi padre de verdad, ya que no tengo otro», decía; pero ahora ese cariño paterno le iba a llegar de forma más débil e indirecta: por correspondencia. En lo sucesivo iba a estar completamente acorralada por obligaciones femeninas, por la elegancia femenina, por el entusiasmo femenino; y entre todas esas paredes no penetraría en su espíritu el humor y la imaginación, sin los cuales no hay vida que pueda realmente florecer.

La baronesa de Lehzen (Jorge IV, antes de morir, la había ascendido a este rango en la nobleza de Hannover) era el verdadero centro del mundo de la princesa. Cuando Feodora se casó y el tío Leopoldo se fue a Bélgica, la baronesa se quedó sin competencia. La princesa tenía a su madre respeto y obediencia, pero Lehzen se había ganado su afecto. La locuaz e inteligente hija del pastor de Hannover, dedicada por entero a su real puesto, había obtenido como recompensa una confianza infinita y un cariño apasionado. La niña hubiera ido al fin del mundo por su «querida Lehzen», la «mejor y más sincera amiga» que había tenido, según afirmaba la princesa. A los trece años empezó a escribir su diario, donde reflejaba día a día todas las pequeñas incidencias de sus quehaceres y de sus sentimientos, y no había una página en la que no se dejara ver la influencia omnipresente de la baronesa. La criatura que se vislumbra a través de ese diario, autorrepresentada con ingenua claridad, con su sinceridad, su sencillez, su aguda sensibilidad y sus piadosos propósitos, bien podría ser la hija de un pastor alemán. Lo que la divertía y lo que admiraba solía escribirlo subrayado, en mayúsculas o entre admiraciones: «¡Fue un paseo a caballo fabuloso! ¡Fuimos a medio galope durante mucho tiempo! ¡LA ENCANTADORA ROSY se portó MARAVILLOSAMENTE! Volvimos a casa a la una y cuarto... A las siete menos veinte nos fuimos a la Opera... Rubini cantó muy bien una canción de *Ana Bolena*. Volvimos a casa a las once y media». En los comentarios que escribía de sus lecturas se adivinaba claramente la mentalidad de la baronesa. Un día, por error, se le permitió leer una biografía de Fanny Kemble: «Desde luego es un libro muy grosero y está escrito de una manera muy extraña. Por el estilo del libro uno se imagina que la autora debe ser una persona descarada y de mala educación, a juzgar por las muchas expresiones vulgares que aparecen. Es una pena que una persona dotada de gran

talento, como realmente lo está Mrs. Butler, lo malgaste publicando un libro lleno de tonterías, que es una basura y que sólo la puede perjudicar. Me acosté a las nueve y veinte». Las cartas de Madame de Sévigné que la baronesa le leía le merecían otra opinión: «¡Qué estilo más elegante y natural tiene! Está lleno de *naiveté*, inteligencia y amenidad». Pero su máxima admiración estaba reservada para la Exposición del Evangelio según San Mateo, del obispo de Chester: «Es un libro excelente, justo de los que a mí me gustan; es sencillo y fácil de entender, y todo en él es verdad y ternura. No es uno de esos libros eruditos en los que uno encuentra objeciones en casi todos los párrafos. Me lo regaló Lehzen el domingo que tomé la comunión». Unas semanas antes había recibido la confirmación, y lo describía así: «Sentí que mi confirmación era uno de los acontecimientos más solemnes e importantes de mi vida y que tendría un efecto saludable sobre mi espíritu. Me arrepentí profundamente de todo lo que hubiera hecho mal y confié en Dios Todopoderoso para que fortaleciera mi corazón y mi mente, y me ayudara a renegar del mal y a abrazar el bien. Fui con la firme decisión de convertirme en una verdadera cristiana para tratar de consolar a mi querida madre en su dolor, adversidades y preocupaciones, y ser una hija dócil y cariñosa, y también para ser obediente con mi querida Lehzen que tanto ha hecho por mí. Llevaba un vestido de encaje blanco, con tocado de crespón blanco y una corona de rosas blancas alrededor. Fui en la carroza con mi querida mamá, y los demás en otra detrás». Parece como si uno tuviera en la mano una piedra de cristal pequeña y suave, sin ninguna imperfección y sin ninguna brillantez, pero tan transparente que se puede ver su interior de una sola mirada.

Aunque, quizá, después de todo, para un perspicaz observador esa pureza no fuera absoluta. Un explorador meticuloso podría detectar en el suelo virgen los indicios apenas perceptibles de una inesperada veta. En esa existencia monótona las visitas eran un acontecimiento muy emocionante, y como la duquesa tenía muchos familiares en Alemania, con frecuencia venían tíos y primos para pasar unos días en la casa. En una ocasión, cuando la princesa tenía catorce años, quedó encantada por la visita de dos chicos de Wurtemberg, los príncipes Alejandro y Ernesto, hijos de la hermana de su madre y del duque reinante en aquella ciudad. Y anotó en su diario: «Son los dos muy altos. Alejandro es muy guapo, y Ernesto tiene una expresión muy agradable. Son los dos EXTREMADAMENTE simpáticos». Sintió mucho su marcha: «Les vimos subir en la barcaza y nos quedamos en la playa un buen rato siguiéndolos con la vista según se iban alejando mar adentro. Eran personas muy afables y su presencia en casa resultaba muy grata, siempre estaban contentos y de buen humor. Alejandro se ocupaba mucho de mí cuando me bajaba de la barca, y montaba a caballo a mi lado, y Ernesto lo mismo». Dos años después llegaron otros dos primos, los príncipes Fernando y Augusto, y la princesa escribió: «Fernando ha acaparado la admiración de todo el mundo... No es nada afectado y tiene un aspecto y un porte muy distinguidos. Son dos jóvenes muy amables y encantadores. Augusto es también muy afable y, cuando se le trata un poco, demuestra ser muy inteligente». En otra ocasión,

«Fernando vino y se sentó a mi lado y me habló con mucha ternura y sensatez. Le quiero mucho. Augusto se sentó a mi lado y habló conmigo; también él es un joven muy tierno, y es muy guapo». Le resultaba difícil decidir cuál de los dos era más guapo, y terminaba así: «Creo que Fernando es más guapo que Augusto, tiene los ojos preciosos y una expresión muy alegre e inteligente; son muy atractivos; Fernando tiene algo muy especial cuando habla y cuando sonrío, y es muy bueno». Pero tal vez fuera mejor decir que eran «los dos muy guapos y muy encantadores».

Sin embargo, un poco después llegaron otros dos primos que eclipsaron a todos los demás. Se trataba de los príncipes Ernesto y Alberto, hijos del hermano mayor de su madre, el duque de Sajonia-Coburgo. En esta ocasión la princesa fue más concreta en sus comentarios: «Ernesto es tan alto como Fernando y Augusto; tiene el pelo oscuro y unos hermosos ojos oscuros, lo mismo que las cejas, pero la nariz y la boca no son muy atractivas; su rostro posee una expresión muy agradable de sinceridad e inteligencia y, además, tiene muy buena figura. Alberto, que es tan alto como Ernesto, aunque más corpulento, es guapísimo; su pelo es del mismo color que el mío; sus ojos son grandes y azules y tiene una nariz preciosa y una boca dulce con unos dientes muy bonitos; pero su principal encanto reside en la expresión, que es maravillosa; está lleno de bondad y de dulzura y es muy hábil e inteligente». Y añadía: «Mis dos primos son muy buenos y amables; son mucho más maduros y tienen mucho más mundo que Augusto; hablan inglés muy bien y conversamos juntos. Ernesto cumple dieciocho años el 21 de junio y Alberto diecisiete el 26 de agosto. El querido tío Ernesto me regaló un *lory* encantador; está tan domesticado que se deja coger sin ningún reparo y hasta le puedes meter el dedo en el pico, o hacerle lo que quieras, que no intenta morderte. Es más grande que el loro gris de mamá». Y un poco más adelante: «He estado sentada en el sofá entre mis dos primos viendo sus dibujos. Los dos dibujan muy bien, especialmente Alberto, y los dos adoran la música y tocan muy bien el piano. Cuanto más los veo, más encantada estoy con ellos y más los quiero... Su compañía es maravillosa y les gusta estar siempre ocupados; son un buen ejemplo para cualquier joven». A las tres semanas, los dos muchachos y su padre tenían que regresar a Alemania y el momento de la separación fue muy triste: «Fue nuestro último desayuno FELIZ, FELIZ, con este tío tan querido y estos queridísimos y amados primos, a quienes quiero MUY, MUY sinceramente; mucho más sinceramente que a ningún otro primo en el mundo. Con tanto como quiero a Fernando y también al bueno de Augusto, quiero a Ernesto y a Alberto aún más que a ellos, ya lo creo, MUCHO más... Los dos saben muchísimo y son inteligentes, inteligentes por naturaleza, especialmente Alberto, que es el más reflexivo de los dos; y les gusta mucho hablar de cosas serias e instructivas y, sin embargo, son muy, muy alegres y divertidos, como debe ser la gente joven. Alberto siempre tenía alguna broma o algo gracioso que contar en el desayuno, o en cualquier momento. También le gustaba acariciar y jugar con Dash... Mi queridísimo Alberto estaba tocando el piano cuando bajé. A las once, mi querido tío, mis

queridísimos y amados primos y Carlos se marcharon acompañados por el conde Kolowrat. Abraza a mis dos amadísimos primos con efusión, y lo mismo a mi querido tío. Lloré amargamente, muy amargamente». La princesa repartía su éxtasis y sus notas en cursiva entre los dos, pero resulta bastante claro en quien recae secretamente su preferencia: «¡Especialmente Alberto!». Tenía sólo diecisiete años y fue muy profunda la huella que el encanto del joven, su bondad y su talento dejaron en esta persona en ciernes; sin olvidar sus grandes ojos azules, su preciosa nariz y su dulce boca y bonitos dientes.

IV

El rey Guillermo sentía gran antipatía por su cuñada, sentimiento que era correspondido por la duquesa. Hubiera sido necesario mucho tacto y mucha paciencia por parte de los dos para evitar roces y hostilidades; pero, de hecho, la duquesa tenía muy poco tacto y el rey ninguna paciencia. Al eufórico, arrebatado y maduro caballero, siempre con cara de ir a dar órdenes, con ojos redondos y con la cabeza como una piña, la repentina subida al trono, después de cincuenta y seis años de estar sumido en el más absoluto anonimato, le había vuelto medio loco. Su euforia natural siempre estaba en evidencia, se precipitaba de un lado a otro haciendo cosas absurdas y de la forma más rara, creando diversión y pánico por donde pasaba, y hablando sin parar. La lengua que usaba era indudablemente de Hannover, con sus repeticiones, sus tópicos —«¡Eso es otra cosa!, ¡eso es otra cosa!»—, su endiablada rapidez y su altisonante indiscreción. Sus discursos, pronunciados siempre en los momentos más inoportunos, consistían en soltar atropelladamente todas las fantasías y furias que en ese momento bulleran en su cabeza, y causaban gran consternación entre los ministros. La gente decía que tenía una parte de canalla y tres de bufón, pero los que le conocían mejor le querían y afirmaban que sus intenciones eran buenas, que era afable y bondadoso, si se le sabía llevar bien; de lo contrario, era probable que se desencadenase una tormenta en cualquier momento, como pudo comprobar la duquesa de Kent.

La duquesa no tenía ni idea de cómo tratarle ni le entendía en absoluto. Pendiente de su posición, de sus obligaciones y de su hija, no podía prestar atención a la irritable susceptibilidad de un viejo desacreditado y necio. Ella era la madre de la heredera de la Corona de Inglaterra y él tenía que reconocerlo y concederle la posición adecuada, dándole la categoría de viuda del príncipe de Gales y pasándole una importante anualidad de los fondos personales del monarca. La duquesa no se daba cuenta de que tales pretensiones podían mortificar a un rey que no tenía descendencia legítima y que todavía no había abandonado por completo la esperanza de tener un hijo. A pesar de todo, la duquesa siguió adelante con energía para llevar a

cabo el plan que tenía marcado, incitada por su consejero personal, sir John Conroy, un irlandés carente de sentido crítico y muy vanidoso. Era conveniente que Victoria se familiarizase con las diferentes partes del país, y para ello le organizaron, durante los veranos, diversos viajes al oeste, al centro y a Gales. Se trataba de una idea excelente, pero su puesta en práctica fue muy desafortunada. Los viajes, anunciados en la prensa, atraían a multitudes de entusiastas y, con todo su aparato de recepciones oficiales, se convirtieron en auténticas marchas reales. Algunos ciudadanos leales pronunciaban discursos, a los que la duquesa, envuelta en majestuosas plumas y anulando por completo a la diminuta princesa, correspondía leyendo en voz alta con su acento alemán efusivas respuestas, preparadas de antemano por sir John, quien en su ridículo ajeteo parecía estar confundiendo los papeles de mayordomo y primer ministro. Naturalmente, el rey echaba chispas cuando leía los periódicos en Windsor. «¡Esa mujer es insoportable!», exclamaba. La pobre reina Adelaida, aunque decepcionada, hizo todo lo posible para allanar dificultades y escribió cariñosas cartas a Victoria, pero no sirvió de nada. A los pocos días llegó la noticia de que la duquesa de Kent, que estaba navegando por el Solent, había insistido en que siempre que su yate apareciese debería ser recibido por todos los buques de guerra con saludos reales. Acto seguido, el rey decidió que había que poner fin a esos continuos cañonazos, y habló con el primer ministro y con el ministro de Marina, quienes escribieron una carta confidencial a la duquesa rogándole que renunciase a sus derechos; pero ella no se dio por enterada y sir John Conroy se mostró inexorable. «Como asesor privado de Su Alteza Real —decía—, no puedo aconsejarla que ceda en este caso». Por fin, el rey promulgó una orden especial prohibiendo que se dispararan salvas a ningún barco, excepto a los que llevaran a bordo al soberano reinante o a su consorte.

Cuando el rey Guillermo discutió con los ministros del partido *whig*, la situación empeoró todavía más, ya que la duquesa, a sus muchas otras faltas, añadió ahora la de ser partidaria de los enemigos del rey.

En 1836 el soberano intentó preparar el terreno para casar a la princesa Victoria con uno de los hijos del príncipe de Orange y, a la vez, trató de evitar las visitas de los jóvenes príncipes de Coburgo a Kensington. Ambas tentativas fueron un fracaso y lo único que consiguieron fue levantar la ira del rey de Bélgica, que, olvidando por un momento su discreción real, escribió a su sobrina una carta sobre el tema en la que decía: «Estoy realmente asombrado del comportamiento de tu tío el rey; esa invitación al príncipe de Orange y a sus hijos, esa forma de imponérselos a los demás, es algo extraordinario... Ayer mismo recibí una comunicación semioficial de Inglaterra en la que se me insinuaba que sería muy aconsejable que la visita de tus parientes no se celebrase este año. ¿Qué piensas tú de esto? Sin embargo, los familiares del rey y de la reina, hasta Dios sabe qué grado de parentesco, acudirán en tropel a gobernar el país mientras a sus familiares les va a estar prohibida la entrada en él; y todo esto cuando, como tú sabes, todos tus parientes han sido siempre muy

obedientes y respetuosos con el rey. Sinceramente, nunca he visto ni oído nada semejante, y espero que no permanezcas indiferente. Ahora que incluso en las colonias británicas se ha abolido la esclavitud, no puedo alcanzar a comprender por qué has de ser tú la única que tenga que estar como una pequeña esclava blanca en Inglaterra, por el capricho de una Corte que nunca te compró, que yo sepa, y cuando el rey jamás ha gastado ni un penique en tí... ¡Oh, dónde están la lógica y la honradez política!».

Poco después, el rey Leopoldo visitó Inglaterra, y su acogida no pudo ser más fría en Windsor ni más cálida en Kensington. La princesa escribía en su diario: «Oír hablar a mi querido tío, sobre cualquier tema, es como leer el más instructivo de los libros; su conversación es ilustrada y clara. Está universalmente reconocido como uno de los primeros políticos del momento. Cuando habla de política lo hace de una forma apacible, pero firme e imparcial. Mi tío me dice que Bélgica es un modelo por su organización, por su industria y por su prosperidad, y que su economía es sumamente perfecta. Sus súbditos belgas le aman y reverencian tanto, que debe sentir recompensados todos sus esfuerzos». Sin embargo, su otro tío no compartía en absoluto tales sentimientos. No podía soportar, decía, a un bebedor de agua, y el rey Leopoldo no probaba el vino. Con ocasión de una cena, Guillermo le preguntó: «¿Qué estáis bebiendo, señor?». «Agua, señor». «¡Maldita sea, señor! —fue la contestación—. ¿Por qué no bebéis vino? Nunca permito que nadie beba agua en mi mesa».

Era evidente que se estaba avecinando una gran tormenta, y se produjo en los calurosos días de agosto. La duquesa y la princesa habían salido hacia Windsor para asistir a la fiesta del cumpleaños del rey, y éste, que ese día estaba en Londres para asistir a la reapertura del Parlamento, fue a visitar el palacio de Kensington en su ausencia. Allí se encontró con que la duquesa, en contra de las órdenes que él expresamente había dado, se había adueñado de diecisiete habitaciones para su uso personal. Se enojó mucho y cuando volvió a Windsor, después de saludar cariñosamente a la princesa, reprendió a la duquesa, en público, por lo que había hecho. Pero esto no fue nada en comparación con lo que ocurrió después. Al día siguiente se celebraba el banquete de cumpleaños al que asistirían unos cien invitados; la duquesa de Kent se sentó a la mesa a la derecha del rey y la princesa Victoria enfrente. Al terminar la cena, y en contestación al brindis a la salud del rey, éste se puso en pie y pronunció un largo y apasionado discurso, casi gritando, en el que dio rienda suelta a toda la ira que tenía acumulada contra la duquesa. Declaró que ésta le había insultado grosera y continuamente, que había mantenido a la princesa alejada de él de la forma más intolerable, que estaba rodeada de consejeros perversos y que era incompetente para desempeñar el alto puesto que ocupaba; pero ya no aguantaría más esa situación, la haría enterarse de que él era el rey y estaba decidido a que su autoridad se respetase por encima de todo. En lo sucesivo la princesa asistiría a todas las funciones de la Corte con absoluta regularidad, y lo único que

pedía a Dios era que le diera otros seis meses de vida para evitar la catástrofe de una regencia y hacer posible que las funciones de la Corona pasasen directamente a la presunta heredera en lugar de a las manos de «la persona que ahora está a mi lado», en cuya conducta y capacidad no se podía tener ninguna confianza. La lluvia de injurias parecía interminable, mientras la reina enrojecía, la princesa rompía a llorar y los cien invitados permanecían inmóviles en sus asientos. La duquesa no pronunció palabra hasta que la parrafada terminó y los invitados se retiraron. Entonces, en un acceso de ira y de humillación, pidió su carroza y anunció que regresaba a Kensington inmediatamente. Con gran dificultad se consiguió convencer a la iracunda dama para que pospusiera su partida hasta la mañana siguiente.

Sin embargo, no dejó atrás sus problemas cuando abandonó Windsor toda ofendida. En su propia casa la perseguían el rencor y los disgustos. Las estancias de Kensington eran un hervidero de odios, envidias y hostilidades, agudizadas por los muchos años de vivir en proximidad acumulando rencores.

Sir John Conroy y la baronesa Lehzen se tenían un odio mortal. Pero no era sólo eso. La duquesa sentía un cariño muy especial por su mayordomo. Le trataba con mucha familiaridad, y un día la princesa Victoria se dio cuenta de ello. Confió lo que había visto a la baronesa y a su querida aliada, Madame de Spath. Desgraciadamente, ésta no se pudo callar y cometió la locura de reprender a la duquesa, por lo cual fue despedida de inmediato. Deshacerse de la baronesa no era tan fácil, ya que se trataba de una persona prudente, reservada y de conducta irreprochable. Su puesto estaba bien asegurado, pues se las había arreglado para ganarse el apoyo del rey, y sir John se dio cuenta de que no podía hacer nada contra ella. A partir de entonces, la casa estuvo dividida en dos bandos. La duquesa, naturalmente, estaba del lado de sir John con toda la fuerza de su autoridad; pero la baronesa tenía a su favor un partidario nada despreciable. La princesa Victoria no se pronunciaba, pero había estado muy unida a Madame de Späth y adoraba a su querida Lehzen. La duquesa sabía muy bien que en este horrible embrollo su hija estaba en contra suya. Se sentía asediada por el dolor, el enojo y la reprobación moral, y trataba de encontrar consuelo en la cariñosa locuacidad de sir John o en las punzantes observaciones de una de sus damas de honor, lady Flora Hastings, que odiaba a la baronesa. El asunto acabó adquiriendo un matiz satírico, ya que la hija del pastor, con todos sus aires de superioridad, tenía costumbres que delataban su origen. Por ejemplo, tenía una pasión incontrolable por las semillas de alcaravea y periódicamente se las enviaban desde Hannover. Las ponía en casi todas las comidas, en el pan con mantequilla, en el repollo e incluso en la carne asada. Lady Flora no pudo resistir hacer un mordaz comentario al respecto, comentario que no tardó en llegar a oídos de la baronesa; esta frunció los labios en un gesto de exasperación y las hostilidades aumentaron.

El rey había pedido a Dios que le diera vida hasta que su sobrina tuviera edad para reinar, y unos días antes de que la princesa cumpliera los dieciocho años — mayoría de edad legal— cayó repentinamente enfermo y estuvo a punto de morir. Pero afortunadamente se recuperó, y la princesa pudo celebrar su cumpleaños como lo tenía previsto, con un baile de gala y una recepción. «El conde Zichy —escribió en su diario— está muy guapo de uniforme, pero no de paisano. El conde Waldstein está increíblemente atractivo con su bonito uniforme húngaro». Le hubiese gustado bailar con este último, pero existía un problema insuperable: «Él no sabía bailar cuadrillas y yo, por el puesto que desempeño, desgraciadamente no puedo bailar el vals ni el galop, así que no pudimos bailar juntos».

El regalo de cumpleaños que le hizo el rey fue muy agradable, aunque trajo consigo una penosa escena familiar. A pesar de la indignación que le suponía a su tío belga, Victoria mantenía buenas relaciones con su tío inglés. Este siempre había sido muy amable con ella y el hecho de que hubiera discutido con su madre no era razón para detestarlo. Decía que su tío era «raro, muy raro y extraño», pero que «sus intenciones se han malinterpretado con mucha frecuencia». Ahora, con motivo de sus cumpleaños, su tío le escribió una carta ofreciéndole una pensión de diez mil libras esterlinas al año para que la tuviera a su completa disposición, totalmente independiente de su madre. Lord Conyngham fue el encargado de entregar la carta en mano a la propia princesa. Cuando llegó a Kensington fue presentado a la duquesa y a la princesa, y en cuanto mostró la carta la duquesa alargó la mano para cogerla. Lord Conyngham pidió perdón a Su Alteza Real y expresó las órdenes del rey. Acto seguido, la duquesa se retiró y la princesa se hizo cargo de la carta. Escribió inmediatamente a su tío aceptando su generosa propuesta. La duquesa estaba indignada y decía que cuatro mil libras esterlinas habrían sido más que suficientes para Victoria, y que las seis mil libras restantes deberían haber sido para ella.

El rey Guillermo, recuperado de su enfermedad, había vuelto a hacer su vida normal. De nuevo se reunía en Windsor el círculo real, compuesto por Sus Majestades, las princesas mayores y algunas desafortunadas embajadoras o mujeres de ministros. Se pasaban horas sentados alrededor de una mesa de caoba, mientras la reina hacía ganchillo y el rey dormitaba, despertándose de vez en cuando para decir: «Exactamente, señora, exactamente». Pero esta recuperación duró poco tiempo. El pobre hombre, de pronto, sufrió un colapso que le dejó extremadamente débil, y resultaba evidente que su muerte estaba cercana.

La princesa Victoria se convirtió en el centro de atención, pero todavía permanecía recluida en Kensington y no era más que una pequeña y desconocida figura ocultada por la gran sombra de su madre. El año anterior había sido, de hecho, muy importante para el desarrollo de su personalidad y para su formación; había abandonado el mundo infantil para introducirse en el mundo adulto. En este cambio, su tío Leopoldo jugó un papel importante. Cuando volvió a Bruselas reanudó la correspondencia con su sobrina, pero en un tono mucho más serio: le contaba detalles

sobre la política exterior, le hablaba de las obligaciones de la monarquía y le señalaba la cantidad de insensateces que aparecían en los periódicos, escribiendo sobre este tema con gran esperanza: «Si todos los editores de periódicos de países donde existe libertad de prensa se reunieran, tendríamos un equipo al que no le podrías confiar ni un perro al que tuvieras alguna estima, y por tanto, mucho menos tu honor y tu reputación». En cuanto a las funciones de un monarca, sus ideas eran irreprochables. «El papel de la máxima figura de un pueblo —escribía— es, en mi opinión, actuar con imparcialidad y con espíritu de justicia para el bien de todos».

Los gustos de la princesa también se habían ido ampliando, y aunque todavía le apasionaba montar a caballo y bailar, ahora empezaba a gustarle de verdad la música y escuchaba con gran entusiasmo los gorjeos y las arias de la ópera italiana. Incluso disfrutaba leyendo poesía, por lo menos la de sir Walter Scott.

Cuando el rey Leopoldo se enteró de que la muerte del rey Guillermo era inminente, escribió a su sobrina varias cartas llenas de excelentes consejos. «En cada carta que te escriba —decía— voy a repetirte, como norma fundamental, que seas valiente, firme y honrada, como lo has sido hasta ahora». Por lo demás, no debía alarmarse por la crisis que se avecinaba, sólo confiar en su «buen sentido y en la sinceridad» de su carácter; no debería hacer nada apresuradamente, ni herir el amor propio de nadie, y seguiría manteniendo su confianza en la administración de los *whigs*. Pero, no satisfecho con las cartas, el rey Leopoldo decidió que la princesa necesitaba un consejero personal a su lado y le envió al leal amigo que, veinte años antes, en el lecho de muerte de Claremont, había conquistado su corazón. Así, una vez más, como cumpliendo una predestinación, la figura de Stockmar aparece inevitablemente presente en un momento trascendental.

El 18 de junio el rey se encontraba agonizante. El arzobispo de Canterbury estaba a su lado administrándole los auxilios de la Iglesia. Las sagradas palabras no iban dedicadas a un espíritu rebelde, ya que durante muchos años Su Majestad había sido un creyente fervoroso. «Si la memoria no me falla —dijo una vez en un banquete—, cuando era joven no creía nada más que en placeres y en locuras. Pero cuando fui al mar, se produjo una tempestad y vi las maravillas de la inmensas profundidades; entonces creí, y desde ese momento he sido un verdadero cristiano». Era el aniversario de la batalla de Waterloo, y el pobre moribundo la recordaba. Dijo que debería sentirse feliz por sobrevivir a ese día, y que ya no vería otra puesta de sol. «Espero que Su Majestad viva para ver muchas», dijo el doctor Chambers. «Oh, eso es otra cosa, eso es otra cosa», fue su respuesta. De hecho, sí que llegó a ver otra puesta de sol, pues murió a la madrugada siguiente. Era el 20 de junio de 1837.

Cuando todo terminó, el arzobispo y el lord chambelán pidieron un vehículo y se trasladaron con toda urgencia desde Windsor a Kensington. Llegaron al palacio a las cinco y, después de grandes dificultades, les fue permitido entrar. A las seis, la duquesa despertó a su hija y le comunicó que el arzobispo de Canterbury y lord Conyngham estaban allí y deseaban verla. Saltó de la cama, se puso la bata y fue, ella

sola, a la sala donde los dos mensajeros la estaban esperando. Lord Conyngham se arrodilló y le anunció oficialmente la muerte del rey; el arzobispo añadió algunos detalles personales. Nada más ver a los dignatarios inclinados y murmurando delante de ella supo que era la reina de Inglaterra. Ese día escribió en su diario: «Ya que la Providencia ha querido colocarme en este puesto, haré todo lo posible para cumplir mi obligación con mi país. Soy muy joven y quizá en muchas cosas me falte experiencia, aunque no en todas; pero estoy segura de que no hay muchas personas con la buena voluntad y el firme deseo de hacer las cosas bien que yo tengo». Pero apenas había tiempo para pensamientos y reflexiones. De golpe, se le amontonaban los asuntos. Stockmar fue a desayunar con ella y le dio algunos buenos consejos. Escribió una carta a su tío Leopoldo y una nota a su hermana Feodora. Llegó una carta del primer ministro, lord Melbourne, anunciando su inminente visita. Se presentó a las nueve, vestido con el traje de etiqueta de la Corte, y le besó la mano. Victoria se quedó con él a solas y le recitó la lección que, sin duda, el fiel Stockmar le había enseñado durante el desayuno: «Ha sido siempre mi intención mantener a su señoría y al resto del actual gabinete a la cabeza del gobierno». Después, lord Melbourne le besó la mano otra vez, y a los pocos minutos se marchó. A continuación, ella escribió una carta de pésame a la reina Adelaida. A las once, lord Melbourne volvió, y a las once y media Victoria bajó al salón rojo para celebrar su primer consejo. La gran asamblea de lores y personajes notables, obispos, generales y ministros vio cómo se abría la puerta para dar paso a una figura femenina menuda, vestida de luto riguroso, que se dirigía a su sitio, sola, con extraordinaria dignidad y elegancia. Los allí reunidos tenían ante ellos un rostro no hermoso, pero atractivo: pelo rubio, ojos azules saltones, nariz pequeña, la boca entreabierta mostrando los dientes superiores, la barbilla muy fina, la piel blanca y, sobre todo, una extraña mezcla de rasgos de inocencia, de solemnidad, de juventud y de aplomo. Después oyeron una voz potente y firme que leía en alto con perfecta claridad. Cuando la ceremonia terminó, los asistentes vieron cómo la pequeña figura se levantaba y, con la misma consumada elegancia y la misma extraordinaria dignidad, se dirigía hacia la puerta y salía, sola, como había entrado.

3

Lord Melbourne

I

La nueva reina era casi una desconocida para sus súbditos. En sus apariciones en público su madre siempre la había relegado a un segundo plano. Su vida privada había sido como la de una novicia en un convento: prácticamente no había hablado con ningún ser humano ajeno a su círculo y nadie, excepto su madre y la baronesa Lehzen, había estado con ella a solas en su habitación. De esta forma, no sólo era el pueblo el que lo ignoraba todo acerca de la reina; también los ministros, los personajes importantes y las damas de la alta sociedad se encontraban en la misma situación. Cuando emergió de repente de la profunda oscuridad en la que había estado sumida, la impresión que causó fue extraordinaria y profunda. Su forma de actuar en su primer consejo llenó a todos los reunidos de asombro y admiración; personas como el duque de Wellington, sir Robert Peel, e incluso el feroz Crocker y el impasible y mordaz Greville estaban llenos de entusiasmo. Todo lo que se publicaba sobre sus consejos posteriores parecía contener el mismo augurio feliz. Victoria tenía una gran sensibilidad, era muy prudente en sus decisiones y hablaba de forma discreta; asumía su papel real con extraordinaria facilidad. Entre la gente de la calle se extendía una ola de entusiasmo. El sentimentalismo y el romanticismo empezaban a estar de moda, y el espectáculo de la niña-reina, inocente, púdica, de pelo rubio y mejillas sonrosadas, a su paso por las calles de la capital, provocaba arrebatos de cariñosa lealtad en el corazón de los espectadores. Pero lo que más impresionaba a todos era el contraste entre la reina Victoria y sus tíos. Por fin, aquellos repugnantes viejos, viciosos y egoístas, testarudos y ridículos, siempre cargados de deudas, habían desaparecido como la nieve del invierno para dar paso a la radiante primavera. Lord John Russell se hizo eco del sentir popular en un elaborado discurso. Esperaba que Victoria fuese como Isabel, pero sin su tiranía, y como Ana, pero sin su falta de carácter. Pidió a Inglaterra que rezara para que la ilustre princesa que acababa de subir al trono con las más puras intenciones y los más justos deseos viera la esclavitud abolida, el crimen disminuido y la educación mejorada. Confiaba en que la fuerza del pueblo, su conducta y su lealtad, emanarían en lo sucesivo de principios morales cultos y religiosos; y así, bien fortificado, el reinado de Victoria podría ser celebrado por la posteridad en todos los países de la tierra.

Sin embargo, muy pronto hubo indicios de que el futuro tal vez no sería tan sencillo y optimista como el entusiasmo popular imaginaba.

Después de todo, en la «ilustre princesa» podía haber algo que no encajara con la idea fácil de la perfecta heroína de un cuento edificante. ¿Tenía la princesa las más puras intenciones y los más justos deseos? Sin duda, pero ¿era eso todo? Para los que la observaban de cerca, por ejemplo, podía haber algo amenazante en el curioso contorno de su boquita. Cuando a la salida de su primer consejo cruzó la antesala y encontró a su madre esperándola, le dijo: «Y ahora mamá, ¿soy la verdadera reina?». «Sí, hija mía, así es». «Entonces, querida mamá, espero que me concedas la primera petición que te hago como reina: déjame estar sola una hora». Durante una hora permaneció en soledad. Después reapareció y dio su primera orden importante: que sacaran su cama de la habitación de su madre. Este era el final de la duquesa de Kent. Después de tantos años de espera, la ilusión de su vida al fin se había hecho realidad: su hija era la reina de Inglaterra. Y en ese preciso momento comenzó su propio eclipse. Se dio cuenta de que estaba irremisiblemente excluida de cualquier posibilidad de influencia, de confianza o de dominio sobre su hija. Por supuesto estaba rodeada de muestras exteriores de consideración y respeto, pero sólo servían para poner de manifiesto su verdadera posición, y eso le resultaba insoportable. Nunca podría llegar a Victoria a través de las complejas formalidades del protocolo de la Corte y por sus obligaciones filiales. No podía esconder su decepción y su rabia, y confesaba constantemente a la señora Lieven: «*Il n'y a plus d'avenir pour moi; je ne suis plus rien*». («No hay futuro para mí; ya no soy nada»). Decía que durante dieciocho años su hija había sido la única razón de su vida, de sus pensamientos, de sus esperanzas, y ahora, ¡no podía ser!, no había consuelo para ella, había perdido todo, se sentía sumamente desgraciada. Navegando por las tempestades de la vida con tanta valentía y tenacidad, el majestuoso barco, con las velas y los pendones ondeando, había llegado por fin al puerto, para encontrar allí una tierra inhóspita y desierta.

Al mes de la subida al trono las realidades de la nueva situación empezaron a tomar forma. Toda la Casa Real se trasladó de Kensington al palacio de Buckingham, y en la nueva residencia a la duquesa de Kent se le asignaron habitaciones completamente separadas de las de la reina. Victoria recibió el cambio con entusiasmo, aunque a la hora de partir se emocionó y escribió en su diario: «Aunque tengo muchas razones para estar alegre al irme al palacio de Buckingham, también diré adiós para siempre con mucha pena a este lugar donde nací y me crié, y con el que me siento muy identificada». Por unos momentos recordó el pasado: la boda de su hermana, los agradables bailes, aquellos maravillosos conciertos y otras muchas cosas. Y terminaba así: «Aquí he tenido experiencias desagradables y dolorosas, es cierto, pero estoy muy encariñada con el viejo palacio».

Al mismo tiempo dio otro paso importante: estaba decidida a no ver más a sir John Conroy. Le concedió una generosa recompensa por sus servicios, el título de barón y una pensión de tres mil libras anuales, y le permitió quedarse como miembro de la Casa de la Duquesa, pero sus relaciones personales con la reina terminaron

tajantemente.

II

Estos cambios interiores, además de presagiar otros, sin duda marcaban definitivamente el triunfo de una persona: la baronesa de Lehzen. La hija del pastor presenciaba la ruina de sus enemigos y, discreta y victoriosa, dominaba la situación. Ahora más que nunca, permanecía al lado de su señora, su alumna y su amiga, y en lo más recóndito del palacio estaba siempre visible y omnipresente su misteriosa figura. Cuando los ministros de la reina entraban por una puerta, ella salía por otra; y cuando ellos se iban, volvía inmediatamente. Nadie supo, ni sabrá jamás, el exacto alcance y la naturaleza de su influencia. Ella misma declaró que nunca discutía asuntos públicos con la reina, que sólo se ocupaba de su correspondencia y de su vida privada en general. Sin duda, su efecto está latente en toda la correspondencia de Victoria cuando era niña. El diario está escrito en un estilo infantil, pero las cartas no tanto; se nota que son de una niña, pero que están revisadas —con mínimos aunque perceptibles cambios— por una institutriz. Y la institutriz sabía bien lo que hacía. Podía ser intransigente, envidiosa, provinciana; pero era una mujer inteligente y enérgica que con su peculiar intuición había conseguido una capacidad de influencia también peculiar. Y estaba decidida a mantenerla. Es cierto que, en sentido estricto, no tomó parte en asuntos públicos, pero la diferencia entre lo público y lo privado es muy sutil, y en el caso concreto de una soberana, como lo demostraron los años posteriores, dicha diferencia muchas veces es sólo imaginaria. Teniendo en cuenta todo esto —el carácter de las personas y las características de la época—, tenía que existir algo más que un simple interés particular para que la habitación de la baronesa en el palacio de Buckingham estuviera al lado de la habitación de la reina.

Pero aunque la influencia que ejercía la baronesa pudiera parecer absoluta dentro de su ámbito, no era exclusiva; también había otras fuerzas actuando. El joven Stockmar, por ejemplo, había fijado su residencia en el palacio. Durante los veinte años transcurridos desde la muerte de la princesa Carlota, Stockmar había tenido muy variadas e importantes experiencias. El desconocido consejero de un principillo fracasado había llegado paulatinamente a ocupar un puesto de importancia europea. La dedicación a su señor había sido no sólo incondicional, sino también prudente y acertada. Stockmar fue quien aconsejó al príncipe Leopoldo que permaneciera en Inglaterra durante los críticos años que siguieron a la muerte de su mujer, asegurándole así el requisito indispensable de un *point d'appui* en su patria adoptiva. Fue Stockmar, con su tacto, el que allanó los conflictos que rodearon la inicial aceptación y posterior rechazo de la Corona griega por parte del príncipe. También fue él quien indujo al príncipe a convertirse en el soberano constitucional de Bélgica.

Pero, sobre todo, fueron su tacto, su honradez y su habilidad diplomática, puestos de manifiesto en una serie de arduas y complicadas negociaciones, los que garantizaron la neutralidad de Bélgica frente a las grandes potencias. Sus esfuerzos se habían visto recompensados con un título alemán de barón y con la más absoluta confianza del príncipe Leopoldo. No era sólo en Bruselas donde se le trataba con gran respeto y se escuchaban sus consejos con suma atención, sino que también en Inglaterra hombres de Estado como lord Grey, sir Robert Peel, lord Palmerston y lord Melbourne habían aprendido a valorar su integridad e inteligencia. «Es una de las personas más inteligentes que he visto; el hombre más discreto, más crítico y más desapasionado», decía lord Melbourne; y lord Palmerston le consideraba el único hombre desinteresado con que se había tropezado en su vida. Por fin, el barón Stockmar pudo ir a Coburgo y disfrutar por unos años de la compañía de su mujer y de sus hijos, a quienes hasta entonces su intenso trabajo sólo le había permitido visitar de tarde en tarde y durante un mes o dos cada vez. Pero en 1836 se le había confiado de nuevo otra negociación importante, que llevó a cabo con gran éxito, y que culminó con el matrimonio del príncipe Fernando de Sajonia-Coburgo, un sobrino del rey Leopoldo, con la reina María II de Portugal. La Casa de los Coburgo estaba empezando a extenderse por toda Europa. El afincamiento del barón en el palacio de Buckingham, en 1837, iba a ser el preludio de otro y más trascendental logro.

La historia del rey Leopoldo y su consejero constituye un interesante ejemplo de la curiosa variedad de las ambiciones humanas. Las aspiraciones del hombre son muy diferentes, pero no lo son menos los medios de que se vale para conseguirlas. Así es como funciona el mundo. La mente escrupulosa de Leopoldo suspiraba por el aparato de la realeza. El poder, sin más, no hubiera tenido atractivo para él; él tenía que ser rey, el rey de un pueblo; y no sólo eso, sino que le resultaba fundamental ser reconocido por su pueblo. Toda la grandeza con la que soñó estuvo en la realidad rodeada de las circunstancias más propicias. Ser rey, ser primo de soberanos, casarse con una Borbón por motivos diplomáticos, mantener correspondencia con la reina de Inglaterra, ser muy ceremonioso y muy puntual, fundar una dinastía, aburrir a las mujeres de los embajadores con su conversación, estar en la cumbre del poder y vivir una vida ejemplar dedicada al servicio del pueblo: tales eran sus objetivos y tales fueron, en efecto, sus logros. El «*Marquis Peu-à-Peu*», como le llamaba Jorge IV, consiguió lo que anhelaba. Pero lo había logrado porque las ambiciones de Stockmar eran exactamente complementarias a las suyas. El barón buscaba un poder que no apareciera en primer plano. La satisfacción de su vida era estar en la oscuridad, ser invisible, pasar inadvertido por una puerta trasera y llegar a la cámara central del poder, sentarse allí tranquilamente en silencio y tirar de las cuerdas del mecanismo que pone en marcha al mundo entero. Sólo unos cuantos elegidos sabían que el barón Stockmar era una de las personas más importantes, y para él eso era suficiente. Los destinos del señor y del criado se correspondían tan íntimamente que ascendieron juntos. La secreta habilidad del barón había dado a Leopoldo su impecable reino, y

Leopoldo, a cambio, poco a poco, fue dando al barón más y más llaves de puertas traseras.

Stockmar se estableció en el palacio en cierto modo como emisario del rey Leopoldo, pero principalmente como amigo y consejero de una reina que era casi una niña e indudablemente necesitaría consejos y amistad. Sería un error suponer que alguno de estos dos hombres estaba actuando simplemente por egoísmo. Lógicamente, el rey sabía muy bien por dónde se andaba; en su vida, repleta de aventuras y altibajos, había adquirido muchos conocimientos y era un experto en el funcionamiento del mundo, y ahora estaba en la posición idónea para usar esos conocimientos, consolidar su posición y propagar su influencia. Estaba seguro de que cuanto más firme fuera su posición y más amplia su influencia, mejor le iría a Europa. Además, era un monarca constitucional, y sería inmoral que un monarca constitucional tuviera algún objetivo meramente personal o ruin. En cuanto a Stockmar, una de sus principales características era la forma desinteresada con que actuaba, como ya había observado Palmerston. Cualquiera intrigante es siempre optimista, pero Stockmar, atormentado por su dispepsia y obsesionado con oscuros presagios, era melancólico por naturaleza. Era, sin duda, un intrigante, pero intrigaba con desinterés, con displicencia, para hacer bien. ¡Para hacer bien! ¿Hay otro fin más noble por el que un hombre pueda hacer intrigas? Sin embargo, en general, intrigar es arriesgado.

Victoria no estaba desamparada: Lehzen supervisaba minuciosamente su conducta, Stockmar estaba siempre en la habitación de al lado, lleno de buena voluntad y experiencia, y las cartas de su tío llegaban constantemente desbordantes de aliento, de reflexiones generales y de consejos valiosísimos. Aunque no hubiera tenido otras fuentes para guiar su política, con éstas le habría bastado. Pero de hecho sí tenía otras fuentes porque todas estas influencias palidecían delante de una nueva estrella de primera magnitud que, tras surgir de repente en su horizonte, inmediatamente dominó su vida.

III

William Lamb, vizconde de Melbourne, tenía cincuenta y ocho años y había sido primer ministro de Inglaterra durante los tres últimos. Nacido entre riqueza, brillantez y poder, exteriormente era uno de los hombres más afortunados de la tierra. Su madre, mujer encantadora e inteligente, era una destacada dama *whig*, y él se había criado como un miembro de esa radiante sociedad que en el último cuarto del siglo XVIII había concentrado en torno suyo la máxima perfección de un siglo de triunfante aristocracia. Tenía que agradecer a la naturaleza su belleza y su talento. La repentina muerte de su hermano le proporcionó riqueza, un título nobiliario y la posibilidad de

un ascenso. En el círculo privilegiado en que se movía, por muy pocas dotes que uno tuviera, era difícil fracasar; en su caso, habida cuenta de sus cualidades, el éxito era poco menos que inevitable. Sin apenas esfuerzo consiguió ser un político importante. Con el triunfo de los *whigs* se convirtió en uno de los dirigentes del gobierno, y cuando lord Grey dejó el puesto de primer ministro, discretamente subió a ocupar su lugar. Pero su buena fortuna no se limitaba a los aspectos externos. Destinado a triunfar, y a hacerlo fácilmente, poseía unas cualidades tan extraordinarias que llegó a convertirse en la personificación del éxito. Su inteligencia, superdotada y flexible, y su temperamento, sensible y afable, le permitían no sólo trabajar, sino vivir con gran facilidad e intensamente. En sociedad era un conversador extraordinario, un compañero delicioso y un hombre encantador. Observándole detenidamente saltaba a la vista que no era una persona corriente, que sus conversaciones picantes, sus modales despreocupados, sus preguntas bruscas, su forma de repanchingarse en el asiento, sus palabrotas... eran algo más que divertidos adornos: las manifestaciones exteriores de una personalidad muy especial.

Resultaba muy difícil precisar la naturaleza exacta de este personaje: era extraño, complejo, incluso contradictorio. Ciertamente existía un irónico desajuste entre la historia personal de este hombre y su innegable fortuna. Todo lo que tenía se lo debía a su cuna, y su cuna era vergonzosa; todo el mundo sabía que su madre había estado locamente enamorada de lord Egremont y que lord Melbourne no era su padre. Su matrimonio, que parecía que iba a colmar sus pasiones juveniles, resultó ser un duradero y desesperado fracaso: la increíble lady Caroline,

*... With pleasures too refined to please,
With too much spirit to be e'er at ease,
With too much quickness to be euer taught,
With too much thinking to haue common thought,*

estuvo a punto de destruir su vida. Cuando después de algún tiempo se recuperó de la angustia y de la confusión causada por la locura, la extravagancia, la ira y la desesperación de su mujer, William Lamb se quedó solo, con los recuerdos de una época mezcla de farsa y de tragedia, y con un hijo anormal. Pero le debía algo más a lady Caroline. Mientras ella se divertía con Byron paseando su frenético amor por todos los lugares de moda, él con una increíble capacidad de tolerancia, pasaba el tiempo en casa, ocupando su soledad con la lectura. Fue así como adquirió su hábito de estudio, su deseo de aprender, y los amplios y profundos conocimientos de literatura antigua y moderna que formaban parte de su bagaje cultural. Desde entonces, nunca abandonó su pasión por la lectura, e incluso siendo primer ministro siempre encontraba tiempo para estar al tanto de todas las nuevas publicaciones importantes. Por una incongruencia característica en él, sus libros favoritos eran los de teología. Era un consumado estudioso de los clásicos y tenía conocimientos muy

profundos de los Padres de la Iglesia; examinaba con escrupulosa diligencia pesados tomos de comentarios y exégesis y no era raro encontrarle hojeando la Biblia. A sus damas preferidas les prestaba obras eruditas sobre la Revelación, llenas de notas al margen que él mismo había añadido, o las *Observaciones sobre los errores de los judíos acerca de la conversión de María Magdalena*, de Lardner. Las lectoras más piadosas tenían grandes esperanzas de que estos estudios acabarían llevándole por el buen camino, pero en sus conversaciones de sobremesa no había indicios de que fuera así.

La paradoja de su carrera política no fue menos sorprendente. Aristócrata por temperamento, conservador por convicción, llegó al poder como dirigente del partido popular, el partido del cambio. No le gustaba nada el proyecto de Ley de Reforma y, al final, sólo lo aceptó como un mal necesario; sin embargo, el proyecto de Ley de Reforma supuso la verdadera raíz de la existencia y del significado de su gobierno. Era demasiado escéptico para creer en cualquier tipo de progreso. Las cosas estaban mejor como estaban, o mejor dicho, eran menos malas. «Es mejor no tratar de hacer las cosas bien, —solía decir—, así no te verás en apuros». La educación, en general, le parecía inútil y la educación de las masas positivamente peligrosa. ¿Niños trabajando en fábricas? «¡Oh, haced el favor de dejarlos en paz!». El comercio libre era un engaño, el derecho al voto una tontería, la democracia algo imposible. Sin embargo, no era un reaccionario; era simplemente un oportunista. Según él, la obligación del gobierno consistía en «evitar el crimen y mantener las cosas como están». La mayor ambición de todos debía ser mantenerse igual. Él mismo se mantuvo igual de una forma increíble, con continuos compromisos, con fluctuaciones y contradicciones, con veleidades de todo tipo; pero también con perspicacia, con dulzura, incluso con rectitud para controlar a las personas y los acontecimientos. Dirigía las transacciones comerciales con extraordinario aplomo. En ocasiones, tenía citas con personas importantes para mantener entrevistas trascendentales; cuando llegaban, las recibía tumbado en la cama, con libros y papeles esparcidos por todas partes, o a medio afeitarse en el vestidor; pero cuando los visitantes pasaban a la sala donde iba a celebrarse la reunión, se daban cuenta de que habían sido sometidos previamente a un interrogatorio informal. Cuando tenía que recibir a una delegación importante no podía hacerlo con solemnidad. Los respetables delegados de la asociación de fábricas de velas, o de la Sociedad para la Abolición de la Pena de Muerte, se quedaban atónitos y avergonzados cuando, en medio de sus discursos, veían al primer ministro embelesado soplando una pluma, o interrumpiéndoles con un chiste indecoroso. Después de esto, ¿cómo podían imaginar que el primer ministro se había pasado la noche anterior preparando y estudiando atentamente sus casos? Al contrario que la mayoría de los ministros, odiaba los patronazgos y las citas. «En cuanto a los obispos —exclamaba— estoy plenamente convencido de que se mueren para llevarme la contraria». Pero cuando concertaba una cita, lo hacía de buen grado. Sus colegas observaron en él otro detalle que les tenía confundidos, pues no sabían si

achacarlo a su irresponsabilidad o a su sabiduría: lord Melbourne se dormía en los consejos. Si este hombre hubiera nacido un poco antes, probablemente hubiera sido una persona más sencilla y más feliz; pero era un hijo del siglo XVIII y le tocó vivir en una época difícil y falta de comprensión. Era una rosa de otoño. A pesar de su afable carácter, de su buen humor, de su aire despreocupado, estaba dominado por una profunda inquietud. Cínico sentimental, creyente escéptico, en el fondo se sentía insatisfecho y melancólico. Pero, sobre todo, nunca fue una persona inflexible; sus delicados pétalos temblaban con el más ligero soplo de aire. Entre las muchas virtudes y defectos que se le podrían achacar, hay algo indiscutible: lord Melbourne fue siempre humano, sumamente humano, tal vez demasiado humano.

Y ahora, en la vejez, su vida daba un giro inesperado, nuevo y sorprendente. En un abrir y cerrar de ojos se convirtió en consejero privado y asiduo compañero de una joven que había saltado de la cuna al trono. Al igual que todo en su vida, sus relaciones con mujeres habían sido muy ambiguas. Nadie fue capaz de calibrar los cambios y la complejidad emocional de su vida matrimonial; lady Caroline desapareció, pero él mantuvo siempre su peculiar susceptibilidad. Necesitaba la compañía femenina de una u otra forma, y no se privaba de ella; siempre pasaba la mayor parte del día entre mujeres. Tenía un elemento femenino que hacía fácil, natural e inevitable su amistad con numerosas mujeres, pero el elemento masculino también era muy fuerte en él. En tales circunstancias era también fácil, incluso natural, quizá inevitable, que en tales relaciones fuera algo más que un amigo. Existían muchos rumores y especulaciones al respecto. Lord Melbourne fue el cómplice de la demandada en dos peticiones de divorcio, y en ambas ocasiones ganó el litigio. La ley exoneró a la encantadora lady Brandon y a la desdichada e inteligente Mrs. Norton... Después, se corrió un tupido velo.

En cualquier caso, era evidente que con ese historial la posición del primer ministro en el palacio de Buckingham tenía que ser sumamente delicada. Pero como él estaba acostumbrado a delicadezas, afrontó la situación con rotundo éxito, y desde el primer momento su comportamiento fue ejemplar. En su trato con la joven reina se mezclaban el cuidado y el respeto del hombre de Estado y del cortesano con una tierna preocupación paternal. Era a la vez respetuoso y cariñoso, el sirviente y el consejero. Sus costumbres también dieron un cambio radical: los días fáciles y desorganizados se sometieron a la inalterable rutina del palacio; nunca más volvió a tumbarse en un sofá, ni se le volvió a escapar un «maldita sea». Al hombre de mundo que había sido amigo de Byron y del regente, al orador cuyas paradojas habían embelesado a los asiduos a Holland House, al cínico cuyas obscenidades habían avivado tantas reuniones nocturnas, al amante cuyas palabras tiernas habían congregado en torno suyo tanta belleza, tanta pasión y tanto ingenio; a ese mismo hombre se le podía ver ahora, noche tras noche, erguido en medio del silencio y la rigidez de la etiqueta de la Corte, hablando con extremada finura a una colegiala.

IV

Victoria, por su parte, quedó inmediatamente fascinada por lord Melbourne. Los buenos informes de Stockmar sin duda habían preparado el terreno; Lehzen también compartía esa fascinación; la primera impresión, altamente favorable, que de él tuvo la reina nunca desapareció. Le encontraba perfecto y, en su opinión, siempre permaneció perfecto. Esta adoración absoluta y no disimulada era muy natural. ¿Qué inocente y joven criatura hubiera resistido, en cualquier circunstancia, el encanto y la lealtad de semejante hombre? Pero en la situación de Victoria existía un factor especial que le proporcionaba una sensación de bienestar muy peculiar. Después de muchos años de una vida vacía, sombría y llena de represiones, se encontraba ahora, de repente, en el apogeo de su juventud, rodeada de libertad y de poder. Era dueña de sí misma, de grandes dominios y de palacios: era la reina de Inglaterra. Naturalmente, tenía grandes responsabilidades y dificultades enormes, pero la felicidad que sentía dominaba y absorbía cualquier otro sentimiento. Disfrutaba con todo, estaba alegre de la mañana a la noche. En una ocasión, Mr. Creevey, ya anciano y en el final de sus días, la vio de refilón en Brighton y se divirtió mucho, a su manera, con la ingenua alegría de la «pequeña Vic», y comentaba: «Nunca se podrá contemplar a una criatura más sencilla, si se encuentra a gusto, y resulta evidente que ahora lo está cada vez más. Se ríe verdaderamente con ganas, abriendo toda la boca y enseñando unas encías no demasiado bonitas... Su apetito no es menor, y hasta diría que engulle la comida... Se ruboriza y se ríe a cada instante de una forma tan natural que desarma a cualquiera». Pero Victoria no sólo se divertía cuando reía o cuando comía; desempeñar sus obligaciones oficiales le producía una intensa satisfacción. «Realmente, tengo muchísimo que hacer», escribía en su diario unos días después de su subida al trono. «Recibo gran cantidad de comunicados de mis ministros, pero estoy muy contenta». Y una semana más tarde: «Repito lo que ya he dicho, que tengo gran cantidad de asuntos de los ministros que atender y contestar y, además, debo firmar muchos papeles cada día, así que estoy siempre muy ocupada. Estoy encantada con este trabajo». En la inmadurez de la niña se estaban abriendo paso, a gran velocidad y con notable fuerza, los enérgicos gustos de la mujer.

Un detalle especial de su feliz situación merece ser comentado. Aparte del esplendor de su posición social y de la trascendencia de su responsabilidad política, Victoria era una persona poseedora de gran riqueza. Tan pronto como se reunió, el Parlamento le concedió una anualidad de 385 000 libras esterlinas. Una vez deducidos los gastos de la Casa Real, le quedaban 68 000 libras para ella sola. Además, disponía de los ingresos procedentes del ducado de Lancaster, que ascendían a más de 27 000 libras al año. Lo primero que hizo con el dinero fue pagar las deudas de su padre. En los asuntos económicos, como en los demás, estaba decidida a actuar con corrección. Tenía el instinto de un hombre de negocios y no

soportaría mantener una falsa posición económica.

Rebosante de juventud y felicidad, pasaba los días llena de alegría. Cada vez dependía más de lord Melbourne. Su diario muestra con toda claridad la vida de una joven soberana durante los primeros meses de su reinado: una vida agradable y metódica, llena de asuntos interesantes; una vida de sencillos placeres, principalmente físicos: montar a caballo, comer, bailar; una vida fácil, sin ningún tipo de sofisticación, pero completa. La luz de la mañana se proyecta sobre su vida y en su prometedor resplandor emerge la figura de «lord M.», glorificada y suprema. Si ella es la heroína de la historia, él es el héroe; pero realmente son más que el héroe y la heroína, porque en su historia no hay más personajes que ellos. Lehzen, el barón y el tío Leopoldo son meras sombras, simples comparsas de la obra. Su paraíso estaba poblado sólo por dos personas, y era suficiente. Se les ve todavía juntos, como una pareja curiosa, extrañamente unida en esas páginas sencillas, bajo la mágica iluminación de aquellos amaneceres de entonces: el distinguido y refinado caballero de pelo y patillas blancas, de pobladas y oscuras cejas, de labios expresivos y de ojos grandes y vivos; y a su lado, la diminuta reina, rubia, delgada, elegante y activa, con un sencillo vestido infantil y un pequeño pañuelo al cuello, mirándole hacia arriba, con sus ojos azules y saltones, y con la boca abierta, con seriedad y adoración. Así aparecen en cada página del diario; en todas ellas está presente lord M.: lord M. está hablando, lord M. es divertido, instructivo, maravilloso y cariñoso a la vez, mientras Victoria se bebe sus dulces palabras, se ríe enseñando las encías, se esfuerza por tomar buena nota de todos los detalles, y en cuanto se queda sola corre a escribirlos. En sus largas conversaciones abordan multitud de temas: lord M. criticaba libros, comentaba algún aspecto de la Constitución británica, hacía observaciones generales sobre la vida humana y contaba, una tras otra, historias sobre los grandes personajes del siglo XVIII. Después hablarían de negocios, quizá lord M. leería un comunicado enviado por lord Durham desde Canadá, no sin dar antes alguna explicación: «El dice que debo saber que, inicialmente, Canadá pertenecía a los franceses y hasta 1760 no fue cedido a los ingleses, después de ser tomado en una expedición al mando de Wolfe, “una osada empresa”, dice él. Hasta entonces Canadá era completamente francés, y los ingleses fueron allí después. Lord M. me explicó todo esto con mucha claridad (mucho mejor de lo que yo lo he hecho) y con muchos más detalles. Después me leyó el comunicado de Durham que es muy largo y le llevó una media hora. Lo leyó maravillosamente, con esa voz suave y refinada que tiene, y con mucha entonación; así que no tengo ni que decir lo interesante que me resultó». Después, la conversación derivaría a temas más personales y lord M. le contaría su adolescencia; así se enteró de que «llevó el pelo largo, como todos los chicos de su época, hasta que tuvo diecisiete años (¡qué guapo tenía que estar!)». También se enteraría de sus gustos raros y de sus costumbres, como, por ejemplo, la de no llevar nunca reloj, lo que le parecía muy extraño. «Lord M. dice: “siempre pregunto la hora al criado, y entonces él me dice la que quiere”». Otra cosa de la que se enteró es de que cuando

los grajos revoloteaban alrededor de los árboles «de una forma que presagiaba lluvia», él se sentaba a mirarlos durante una hora. «Se sorprendió mucho de que a mí no me gusten... Lord M. dice: “los grajos me encantan”».

La rutina de cada día era prácticamente invariable, ya estuvieran en Londres o en Windsor. La mañana estaba dedicada a los negocios y a lord Melbourne, y por la tarde toda la Corte iba a montar a caballo. La reina, vestida con su traje de montar de terciopelo y un sombrero de copa con un velo cubriendo el ala, abría la cabalgata con lord Melbourne a su lado. El alegre grupo galopaba deprisa e iba bastante lejos, lo que deleitaba a Su Majestad. Al regresar a palacio, todavía quedaba tiempo para divertirse un poco antes de la hora de la cena, quizá jugando un partido de badminton o correteando por las galerías con algunos de los niños. Con la cena llegaban las ceremonias, que se desarrollaban de forma rigurosa. Los caballeros de más categoría se sentaban a la derecha de la reina, y a su izquierda —costumbre que pronto adquirió rango de ley— se situaba lord Melbourne. Una vez que las damas abandonaban el comedor, a los caballeros no les estaba permitido permanecer allí bebiendo por mucho tiempo, lo que al parecer, o al menos así se rumoreó, dio lugar a una de las pocas discusiones de la reina con su primer ministro; pero ganó la firmeza de la reina y desde entonces las borracheras después de la cena empezaron a caer en desuso. Cuando todos los comensales estaban reunidos en el salón, la etiqueta era estricta. La reina conversaba con cada uno de sus invitados por riguroso turno, y en estos breves e incómodos coloquios se ponía claramente de manifiesto la aridez de la realeza. Una noche se encontraba entre los invitados Mr. Greville, secretario del Consejo Privado, hombre de mediana edad y de aspecto severo; cuando le llegó su turno mantuvo con la reina la siguiente conversación: «¿Ha montado a caballo hoy, Mr. Greville?». «No, Alteza, no he montado». Y la reina continuó: «Ha hecho un día muy agradable». «Sí, Alteza, un día muy agradable». «Aunque ha hecho frío», dijo la reina. «Ha hecho bastante frío, Alteza». «Creo que su hermana, lady Francis Egerton, monta a caballo, ¿no?», prosiguió la reina. «Sí, monta a caballo a veces, Alteza». Hubo una pausa, después de la cual Mr. Greville se aventuró a llevar las riendas de la conversación, aunque sin atreverse a cambiar de tema; preguntó: «¿Ha montado a caballo hoy Su Majestad?». «Oh, sí, he dado un paseo muy largo», contestó la reina con entusiasmo. «¿Tiene Su Majestad un buen caballo?». «Oh, sí, un caballo excelente», dijo Victoria. Y la conversación terminó con una sonrisa y una inclinación de cabeza de la reina y una marcada referencia de Mr. Greville, pasando el turno al siguiente caballero. Cuando todos los invitados habían sido despachados, la duquesa de Kent empezaba a jugar al *whist* y el resto de los asistentes se dispersaba por la mesa redonda. Lord Melbourne se sentaba al lado de la reina y hablaba sin parar —con frecuencia sobre los grabados de alguno de los muchos álbumes que había sobre la mesa— hasta las once y media, que era la hora de retirarse a dormir.

De vez en cuando hacían alguna salida nocturna a la ópera o al teatro, y a la mañana siguiente la reina escribía cuidadosamente sus impresiones: «Vimos la

tragedia *Hamlet*, de Shakespeare; llegamos nada más empezar. Charles Kean (hijo del viejo Kean) interpretaba el papel de Hamlet, y debo decir que lo hacía maravillosamente. Su concepción de este personaje tan difícil, y casi puedo decir que incomprensible, es admirable; su dicción es impecable, todos sus movimientos y posturas son extremadamente elegantes, aunque no es nada guapo de cara... Salí nada más terminar la obra». En otra ocasión fue a ver a Macready en *El rey Lear*. La historia era nueva para ella, no había oído nada sobre la obra, y al principio le resultó muy poco interesante y no prestó mucha atención a lo que pasaba en el escenario, prefiriendo charlar y bromear con el jefe de la Casa Real. Pero a medida que la obra avanzaba, su actitud cambió, su atención se centró en el escenario, y no se rió más. Pero estaba muy confusa, le parecía muy extraña, algo horrible. ¿Qué pensaría lord Melbourne? Lord Melbourne pensaba que era una obra muy buena, y sin embargo decía: «Una obra burda y grosera escrita para aquella época, con personajes exagerados», y añadió: «Me alegro de que la hayáis visto».

Pero, sin duda, las noches en que más disfrutaba la reina era cuando había baile en palacio. Siempre estaba dispuesta a mandar organizar alguno, y aprovechaba la mínima oportunidad —la llegada de algunos primos, un cumpleaños o una reunión de gente joven— para hacerlo. En cuanto la orquesta empezaba a tocar y veía las figuras de los invitados moviéndose al ritmo de la música, al igual que ella misma, rodeada de gente llena de juventud, se sentía desbordante de felicidad, sus ojos chispeaban de alegría y así continuaba hasta altas horas de la mañana. En aquellos momentos incluso se olvidaba de lord Melbourne.

V

Los meses pasaban volando. El verano terminó: «El mejor verano que JAMÁS he pasado en mi vida. Nunca olvidaré este primer verano de mi reinado». Con increíble rapidez, se presentó otra vez el verano. La coronación llegó y pasó; fue como un extraño sueño. La anticuada, intrincada e interminable ceremonia se desarrolló de la mejor manera posible; era como poner en marcha una gigantesca y compleja maquinaria ya un poco deteriorada. La diminuta figura central siguió todos los pasos establecidos: se sentó, paseó, rezó y llevó un orbe tan grande que apenas si podía sujetarlo. El arzobispo de Canterbury le colocó con gran esfuerzo el anillo en un dedo que no debía y casi la hizo llorar de dolor. El pobre lord Rolle se pisó la capa y rodó por las escaleras cuando estaba rindiendo honores. La reina fue conducida a una capilla lateral cuyo altar estaba cubierto con un mantel y lleno de bocadillos y botellas de vino; cuando se dirigía, ya coronada, a sentarse en el trono de Eduardo III el Confesor, divisó a Lehzen en uno de los palcos e intercambió con ella una sonrisa. «Siempre recordaré este día como el más orgulloso de mi vida», anotaba en su diario.

Pero el orgullo pronto se diluyó entre la juventud y la sencillez. Cuando, por fin, volvió al palacio de Buckingham, no sentía ningún cansancio, corrió a sus habitaciones privadas, se despojó de todas las galas y bañó a su perro Dash.

La vida se deslizaba de nuevo con la calma habitual, aunque, por supuesto, esa calma se interrumpía en algunas ocasiones. Por ejemplo, con el lamentable comportamiento del tío Leopoldo. El rey de los belgas no había podido resistir la tentación de intentar hacer uso de su posición familiar, con miras a sus asuntos diplomáticos. Pero ¿por qué no podía hacerlo? ¿Acaso no era esa una forma normal de actuar, simplemente *selon les règles*? ¿Para qué servían los matrimonios reales, sino para permitir a los soberanos controlar la política extranjera, a pesar de todos los obstáculos de las constituciones? Con los fines más nobles, por supuesto. La reina de Inglaterra era su sobrina —más que su sobrina, casi su hija— y su agente confidencial estaba viviendo en la Corte de su sobrina, ocupando un puesto que gozaba de toda la confianza real. En tales circunstancias, sería absurdo, absolutamente ilógico, perder la oportunidad de conseguir lo que quería mediante su influencia personal, a espaldas de los ministros ingleses y de la política exterior de Inglaterra.

Leopoldo trazó su plan de acción con las debidas precauciones. En sus cartas continuó dando a su sobrina consejos admirables. A los pocos días de su subida al trono recomendó a la joven reina que aprovecharse cualquier oportunidad para poner énfasis en que era inglesa de nacimiento, y que dedicara grandes elogios a la nación; «también te aconsejo que tengas muy en cuenta a la Iglesia establecida, que la alabes en todo lo posible, pero sin particularizar sobre un tema concreto». Y continuaba: «Antes de que tomes cualquier decisión importante me gustaría que consultases conmigo; esto también será mejor para ti, porque tendrás más tiempo para pensar». Nada era más perjudicial que precipitarse y tomar decisiones equivocadas. Su sobrina contestó la carta en seguida con su acostumbrado afecto y cariño, pero escribió muy precipitadamente y quizá también con ambigüedad. «Tus consejos son siempre muy valiosos para mí», le decía.

¿Había ido él quizá demasiado lejos? No lo sabía. Tal vez estuviera atosigando demasiado a Victoria. Pero de todas formas, tendría cuidado; iba a cejar por *mieux sauter*, se dijo a sí mismo sonriendo. En las cartas siguientes no hizo ninguna alusión a que le consultara; sencillamente insistió en la importancia de no tomar en general decisiones trascendentales de forma precipitada. Hasta ahora la reina había seguido sus consejos, y siempre que se le planteaba un problema, de cualquier tipo que fuera, raramente daba una contestación en el acto. Así lo hacía incluso con lord Melbourne: cuando éste le pedía una opinión, su contestación era que lo pensaría y al día siguiente le daría la respuesta.

Los consejos del rey Leopoldo se sucedían. En su opinión, la princesa Lieven era una mujer peligrosa, y le constaba que intentaría meterse en lo que no era de su incumbencia. Quiso que Victoria fuera consciente de ello: «No me cansaré nunca de

repetirte que tengas como norma no permitir nunca que la gente hable de ti o de tus asuntos sin que sea tu deseo expreso que así lo hagan». Si esto ocurriera, «cambia de conversación y da a entender a quien fuere que ha cometido un error». Este consejo también fue útil, ya que, como el rey había vaticinado, Mrs. Lieven solicitó una audiencia y estuvo todo el tiempo tratando de temas que rayaban en lo privado; mientras tanto, la reina, ligeramente azorada, sólo hablaba de trivialidades. Sin duda, la dama se dio cuenta de su error.

El siguiente consejo del rey era importante. Indicaba que las cartas eran casi siempre leídas en las oficinas de correos, lo que, por supuesto, era inmoral, pero también, una vez conocido, tenía sus ventajas. «Te voy a poner un ejemplo: nosotros estamos todavía atormentados con Prusia respecto a esas plazas fuertes y ahora debemos informar al gobierno prusiano de muchas cosas, pero no nos gustaría hacerlo oficialmente; así que el ministro va a escribir un comunicado a nuestro hombre en Berlín y va a mandarlo por correo; los prusianos lo leerán y así se enterarán de lo que nosotros queremos que sepan». Circunstancias análogas se podían dar también en Inglaterra. «Te explico el truco —continuaba diciendo el rey— para que puedas defenderte contra él». Tal era la astucia de la soberanía constitucional.

Parecía que ya era el momento oportuno de dar otro paso adelante en la correspondencia, y la siguiente carta del rey estaba dedicada por completo a la política exterior: la situación de España y Portugal, el carácter de Luis Felipe, etc. Recibió una contestación favorable. Victoria empezaba diciendo que había enseñado a lord Melbourne la parte de su carta que hablaba de política, y después pasaba a discutir sobre los asuntos exteriores. Parecía que estaba dispuesta a cambiar impresiones al respecto con su tío. Pero el rey Leopoldo todavía actuaba con cautela; aunque era evidente la existencia de una crisis en su diplomacia, se resistía a dar el paso definitivo. Sin embargo, llegó un momento en el que no pudo guardar silencio por más tiempo. En los asuntos que se traía entre manos con Francia y Holanda era de vital importancia para él contar con el apoyo de Inglaterra, o por lo menos dar esa impresión. Sin embargo, el gobierno inglés adoptó una postura neutral. Para él era terrible. No estar a su favor suponía estar contra él. ¿No lo veían ellos así? Quizá no estaban muy seguros, y si Victoria les presionaba un poco todo se arreglaría. Decidió presentar el caso a su sobrina de una forma delicada pero enérgica: «Todo lo que deseo de Su Graciosa Majestad es que, de vez en cuando, expreses a tus ministros, y en especial al bueno de lord Melbourne, que siempre que sea compatible con los intereses de tus propios dominios, no desees que tu gobierno se comprometa en unas medidas que en breve podrían llevar a este país a la destrucción, así como a tu tío y a su familia». El resultado de esta súplica fue totalmente inesperado: durante más de una semana hubo un silencio absoluto. Cuando por fin llegó la carta de Victoria, era pródiga en afecto: «Por supuesto, queridísimo tío, estarías muy equivocado si pensaras que mi gran afecto y apego por ti pueden cambiar; nada los cambiaría jamás». Pero en sus comentarios sobre política exterior, aunque eran extensos y

estudiados, se abstuvo claramente de comprometerse a nada; estaban hechos de forma casi oficial y diplomática. Decía que sus ministros eran de la misma opinión que ella, y se hacía cargo de la difícil posición de su querido tío; afirmaba que podía estar seguro de «que tanto lord Melbourne como lord Palmerston estaban siempre deseosos de que Bélgica gozara de prosperidad y bienestar». Eso fue todo. El rey, en su respuesta, le decía que estaba encantado y se hacía eco de las mismas manifestaciones de afecto que su sobrina: «Mi queridísima y amada Victoria: me has escrito una carta muy larga y entrañable que me ha proporcionado gran placer y satisfacción». Naturalmente, no admitía que había sufrido una decepción.

Unos meses más tarde estalló la crisis y el rey Leopoldo resolvió dar un audaz paso y ganarse a Victoria, en esta ocasión con un despliegue de energía real y de autoridad familiar. En una carta lacónica e imperativa, presentó una vez más su caso a su sobrina: «Tú sabes por experiencia que nunca te pido nada... pero, como ya he dicho con anterioridad, si no andamos con pies de plomo nos veremos obligados a sufrir unas consecuencias que nos afectarían prácticamente a todos, y en esto tenemos que centrar al máximo nuestra atención. Sigo siendo, mi querida Victoria, tu querido tío Leopoldo R.». La reina pasó la carta inmediatamente a lord Melbourne y éste compuso un borrador eligiendo con mucha habilidad palabras muy rimbombantes pero carentes de significado, y sugirió a la reina que se lo enviase a su tío. Así lo hizo. Copió la elaborada epístola al pie de la letra, pero la salpicó toda de expresiones afectuosas y la acabó con «cariñosos abrazos para la tía Luisa y los niños». El rey Leopoldo se vio obligado a reconocer los hechos, y en su siguiente carta no hacía la más mínima alusión a cuestiones políticas: «Me alegro mucho de que lo hayas pasado en Brighton mejor que el año pasado. Es una ciudad muy agradable en esta época del año, antes de que empiecen a soplar los vientos del este. Además, no se puede negar que el palacio es muy cómodo. Allí fue donde conocí al regente antes de casarme; después, Carlota también estuvo allí con la vieja reina Carlota. ¡Qué lejos parece todo y, sin embargo, qué presente lo tengo siempre en la memoria!». Al igual que la pobre Mrs. Lieven, Su Majestad se dio cuenta de que había cometido un error.

Pero se resistía a perder del todo las esperanzas. Se le ofreció una nueva oportunidad e hizo otro esfuerzo, aunque no muy convencido, e inmediatamente fue derrotado de nuevo. La reina le decía: «Mi querido tío, muchas gracias por tu última carta, que recibí el domingo. Aunque parece que no te desagradan mis chispas políticas, creo que es mejor que no eche más, no sea que al final salten y prendan fuego, especialmente desde que me he dado cuenta de que, por desgracia, no compartimos las mismas ideas sobre este tema. Así pues, me voy a limitar a expresarte mis más sinceros deseos de bienestar y prosperidad para Bélgica». Después de esto, estaba muy claro que no había nada más que hablar. En lo sucesivo, se percibía en las cartas del rey una artificiosa nota elegíaca: «Mi queridísima Victoria, acabo de recibir tu encantadora carta y ha penetrado en mi corazón como una flecha. Sí, mi querida Victoria, te quiero con mucha ternura... Te quiero por ti

misma, y lo que más quiero en ti es a la simpática niña por cuyo bienestar velé con tanta ternura». Él había sufrido mucho, pero si es verdad que la vida tenía desdichas, también tenía satisfacciones: «Poseo los máximos honores que pueda tener una persona y políticamente tengo una posición muy sólida». Pero, además de la política, su corazón tenía aspiraciones románticas. «El único anhelo que todavía tengo es ir al Oriente, donde quizá un día terminaré mi vida, y así, habiendo nacido en el oeste moriré en el este». En cuanto al afecto que sentía por su sobrina, nunca podría terminar: «Nunca te he impuesto ni mis servicios ni mis consejos, aunque debo decir que, gracias a la extraordinaria suerte que el destino me ha deparado, tengo una gran experiencia, tanto de la vida política como de la privada. Recuerda que estoy siempre a tu disposición para ayudarte cuando y donde lo necesites, y te repito que fodo lo que quiero a cambio es tu cariño sincero».

VI

La correspondencia con el rey Leopoldo revela muchos aspectos del carácter de Victoria que hasta entonces habían permanecido ocultos. Su actitud hacia su tío no se había debilitado ni por un momento. Todas las insinuaciones que él le hizo las recibió con absoluta inflexibilidad. No era ella sola la que tenía que decidir sobre la política exterior de Inglaterra, sino que debía contar con sus ministros; en consecuencia, las alusiones, las súplicas y los esfuerzos de su tío no servían de nada, y él debía entenderlo así. Esta rigidez en su forma de actuar era todavía más sorprendente por ir acompañada de un profundo respeto y cariño. Desde el principio hasta el final, la implacable reina no se dejó conmover por su querido tío. El mismo Leopoldo debió de envidiar tal rectitud de comportamiento, aunque lo que podía ser admirable en un hombre de Estado maduro resultaba alarmante en una doncella de diecinueve años, y así opinaban las personas que la rodeaban. La insólita mezcla de candorosa alegría e inmutable determinación, de franqueza y reticencia, de ingenuidad y orgullo, parecía augurar un futuro complejo y lleno de peligros. Con el paso del tiempo, las cualidades menos agradables que componían esta curiosa mezcla fueron poniéndose de manifiesto cada vez con más frecuencia y rigidez. Eran indicios claros de un genio arrogante y autoritario, de un egotismo acusado y severo. Resultaba evidente que la etiqueta de palacio, lejos de relajarse, se hacía mucho más inflexible. Algunos lo achacaban a la influencia de Lehzen, y aunque esto podía ser cierto, no lo era menos que Lehzen tenía una alumna que la aventajaba, porque la más mínima infracción de las glaciales normas de orden y respeto era invariable e inmediatamente castigada por la mirada penetrante y altiva de la reina. Pero aunque los ojos de Su Majestad podían ser terribles, no lo eran tanto como su boca. La terquedad representada por los dientecillos salientes y por la barbilla que se confundía con el cuello producía más

consternación que una poderosa mandíbula. Tenía una voluntad imperturbable, impenetrable e irrazonable; una voluntad peligrosamente cercana a la obstinación. Y la obstinación de los monarcas no es la de una persona cualquiera.

A los dos años de su ascensión al trono, las tormentosas nubes que habían estado rondando el horizonte se acumularon, y se desencadenó la tormenta. Las relaciones de Victoria con su madre no habían mejorado en absoluto. La duquesa de Kent, rodeada todavía por las irritantes apariencias del respeto filial, permanecía en el palacio de Buckingham como una figura marginada, sin voz ni voto. Sir John Conroy, aunque alejado de la presencia de la reina, aún presidía la Casa de la duquesa, y las hostilidades de Kensington proseguían en la nueva residencia. Lady Flora Hastings continuaba contando sus maliciosos chistes y la animosidad de la baronesa todavía no estaba apaciguada. Y como la risa va por barrios, un día lady Flora se enteró de que ella estaba siendo objeto de chistes y habladurías. A principios de 1839, viajando en el séquito de la duquesa, regresó desde Escocia en el mismo vehículo que sir John. A raíz de este viaje, su silueta cambió y el hecho se convirtió en el tema de una broma de mal gusto. Las malas lenguas se recrearon, y la broma se hizo seria. Se rumoreó que lady Flora estaba esperando un hijo, y su estado de salud parecía confirmar las sospechas. Consultó con el médico real, sir James Clark, quien después de la consulta también dio rienda suelta a la lengua, con lo que el escándalo tomó enormes proporciones. Todo el mundo daba su opinión: la baronesa no se sorprendió; la duquesa se apresuró a defender a su dama; la reina fue informada de la situación. Por fin, se recurrió a un reconocimiento médico extraordinario, durante el cual, según lady Flora, sir James se comportó de una forma muy grosera, mientras que un segundo doctor lo hizo muy educadamente. Los dos médicos firmaron un certificado exculpando a la dama. Pero, por supuesto, el asunto no terminó ahí. La familia Hastings, muy poderosa socialmente, se lanzó a la batalla con toda la furia de su orgullo ultrajado y de su ofendida inocencia. Lord Hastings insistió en tener una audiencia con la reina, escribió a los periódicos y exigió el despido de sir James Clark. La reina expresó su sentimiento a lady Flora, pero sir James Clark no fue despedido. La corriente de opinión cambió violentamente contra la reina y sus consejeros; la alta sociedad sentía repugnancia por todos estos trapos sucios del palacio de Buckingham, y la mayoría de la gente estaba indignada por el mal trato de que había sido objeto lady Flora. A finales de marzo, la deslumbrante popularidad con que la joven reina comenzara su reinado había desaparecido por completo.

Es innegable que la Corte demostró una gran falta de discreción al permitir que chismes maliciosos, que deberían haber sido cortados de raíz, tomaran proporciones desmesuradas. El mismo trono se había visto envuelto en las maliciosas intrigas personales existentes en palacio. Una de las cuestiones más difíciles era la de la actitud a tomar respecto a sir James Clark. Consultado sobre este punto, el duque de Wellington, a quien era costumbre recurrir en casos delicados y de gran dificultad, opinó que, al resultar imposible quitar de en medio al doctor Clark sin una

investigación pública, debía quedarse donde estaba. Quizá el duque tuviera razón, pero el hecho de que el inmoral doctor continuara al servicio de la reina enemistó definitivamente a la familia Hastings y produjo una penosa impresión de obstinación en el error ante los ojos del pueblo. En cuanto a Victoria, no se la podía culpar por no haber controlado una situación tan extremadamente difícil como la que se había presentado; era todavía muy joven y le faltaba mucha experiencia. Esa era una tarea propia de lord Melbourne. Él era un hombre de mundo, y con desvelo y prudencia debería haber apagado discretamente el fuego cuando aún estaba empezando a arder. Pero no lo hizo así: frente a su indolencia y despreocupación, la baronesa fue persistente y él no le prestó ninguna atención. Era indudable que su posición no era fácil: los ánimos estaban muy exaltados en palacio y Victoria unía a su extremada juventud una gran tenacidad. ¿Poseía él la brida mágica que pudiera dominar a tan fogoso corcel? No estaba seguro. Poco después, de repente, otra violenta crisis le hizo ver con más claridad que nunca la naturaleza de la persona con la que trataba.

VII

La reina llevaba mucho tiempo obsesionada con la terrible idea de que algún día tendría que separarse de su ministro. Desde la aprobación de la Ley de Reforma, el gobierno *whig* había ido perdiendo prestigio paulatinamente. En las elecciones generales de 1837 obtuvo una pequeña mayoría en la Cámara de los Comunes, y desde entonces tuvo que hacer frente a continuos problemas, tanto internos como en el extranjero y en Irlanda. El grupo radical había aumentado sus hostilidades, y era muy dudoso que los *whigs* pudieran mantenerse mucho más tiempo en el poder. La reina observaba el desarrollo de estos acontecimientos con gran preocupación. Ella había nacido y se había educado en el seno de los *whigs*, y todos sus contactos, públicos y privados, habían sido con ellos. Pero aunque tales lazos no hubieran existido, el mero hecho de que lord Melbourne fuera el líder de los *whigs* sería suficiente para determinar sus ideas políticas. La caída de los *whigs* supondría un triste choque para lord Melbourne, pero tendría una consecuencia todavía más desastrosa: el primer ministro se vería obligado a abandonarla. La presencia diaria y permanente de lord M. se había vuelto imprescindible en la vida de la reina. Seis meses después de su subida al trono había escrito en su diario: «Sentiré muchísimo perderle, incluso por una noche»; y esta sensación de dependencia personal respecto a su ministro creció constantemente. En tales circunstancias, era natural que se hubiera convertido en seguidora de los *whigs*. Desconocía el verdadero alcance de los asuntos políticos. Todo lo que veía era que sus amigos ocupaban puestos en el gobierno, que estaban a su alrededor, y que sería terrible que tal situación cambiara. Cuando iba a tener lugar una votación decisiva en el Parlamento, escribía: «No puedo expresar

(aunque estoy segura de nuestro éxito) lo deprimida y lo triste que me siento cuando pienso en la POSIBILIDAD de que este hombre tan excelente y sincero pueda dejar de ser mi ministro. ¡Pero confío fervorosamente en que QUIEN tanto me ha protegido en múltiples dificultades no me abandonará ahora! Me hubiera gustado expresar a lord Melbourne mi inquietud, pero todo el tiempo que he estado con él tenía las lágrimas tan a flor de piel que, si hubiera intentado decirle algo, las palabras se me habrían atragantado». Lord Melbourne se daba perfecta cuenta de que tal estado de ánimo era impropio de una soberana constitucional que en cualquier momento podía ser requerida para recibir a los dirigentes del partido de la oposición en calidad de ministros. Hizo todo lo que pudo para calmar su vehemencia, pero fue en vano.

En realidad, él mismo había contribuido con su actitud a ese desagradable estado de cosas. Desde el momento de su subida al trono, había rodeado a la reina de damas *whigs*. Normalmente, la reina nunca se entrevistaba ni se relacionaba con ningún *tory*, y como resultado, finalmente, expresó su deseo de que no quería ver nunca a ninguno. Detestaba a toda la tribu y no lo disimulaba. Y detestaba de una forma especial a sir Robert Peel, que sería, casi con toda certeza, el próximo primer ministro. En opinión de la reina, sus modales eran aborrecibles, y además quería poner en la calle a lord Melbourne. En cuanto a sus seguidores, todos, sin excepción, eran tan detestables como él, y entre ellos estaba sir James Graham, al que no podía soportar tener ante sí: le parecía una copia exacta de sir John Conroy.

El episodio de lady Flora no favoreció nada la situación, y los rumores en contra del partido crecían cada vez más. Los Hastings eran *tories* y lord Melbourne y la Corte fueron atacados por la prensa *tory* de una forma y con un lenguaje desmesurados. El entusiasmo del partido de la reina creció en la misma proporción, pero la fatídica hora se acercaba sin remedio. A principios de mayo los ministros se mostraban visiblemente nerviosos. En una cuestión de vital importancia política no pudieron alcanzar la mayoría deseada en la Cámara de los Comunes, y decidieron presentar la dimisión. Cuando Victoria se enteró de la noticia, rompió a llorar. ¿Era posible que todo hubiera terminado, que estuviera a punto de ver a lord Melbourne por última vez? Lord Melbourne fue a despachar con ella, y resulta curioso que la reina, incluso en ese supremo momento de aflicción y perturbación, pudiera anotar con precisión la hora de llegada y partida de su amado ministro. La conversación fue larga y conmovedora, y concluyó con la decisión de que la reina debía ponerse en contacto con el duque de Wellington. A la mañana siguiente, cuando habló con el duque, éste la aconsejó que mandara llamar a sir Robert Peel. Ella estaba en un «espantoso estado de aflicción», pero se tragó las lágrimas y con real firmeza se preparó para afrontar la odiosa entrevista.

Peel era reservado, orgulloso y tímido por naturaleza. Su modales no eran perfectos, y él lo sabía; se azoraba fácilmente y, cuando esto ocurría, se volvía más estirado y formal que de costumbre y movía los pies rítmica y automáticamente, como si estuviera bailando. Ahora estaba tan preocupado por congraciarse con la

reina, que la misma preocupación dificultaba la consecución de su objetivo. No logró hacer progreso alguno en presencia de la altiva y hostil joven. Ella anotó con frialdad en su diario que Peel parecía estar inquieto y «alterado», y que verle de pie, con una rigidez angustiosa, con el tacón clavado en el suelo y el pie con la punta hacia arriba, moviéndolo torpemente, hacía que el alma se le cayera a los pies ante tales modales. «¡Oh, que diferencia, qué tremenda diferencia con lord Melbourne, tan franco, tan abierto, tan natural y con unos modales tan refinados!». A pesar de todo, la audiencia transcurrió sin grandes problemas. Sólo en un momento se produjo un leve asomo de discrepancia, cuando Peel indicó que sería necesario hacer algunos cambios entre los miembros de la Casa Real, porque pensaba que la reina no debía estar rodeada exclusivamente por las mujeres y las hermanas de sus oponentes, y que en cualquier caso, algunas de las camareras debían ser simpatizantes de su gobierno. Cuando se abordó este punto, la reina dio a entender que deseaba que su Casa permaneciera como hasta entonces, a lo que sir Robert contestó que esa cuestión se trataría más adelante, y poco después se retiró a organizar todos los detalles de su gabinete. Mientras Peel estuvo presente, Victoria, según sus propias palabras, se mantuvo «muy sosegada, cortés y sin mostrar nerviosismo»; pero nada más quedarse sola, se desmoronó. Inmediatamente después se recuperó para escribir una carta a lord Melbourne e informarle de todo lo que había ocurrido y de su abatimiento. «La reina —decía— piensa que lord Melbourne comprenderá cómo se siente ella entre los enemigos de sus amigos más queridos y, lo peor de todo, privada de la presencia de lord Melbourne, a la que estaba tan acostumbrada».

Lord Melbourne le contestó con una carta muy acertada. Intentaba calmar a la reina e inducirla a aceptar la nueva situación con elegancia, al tiempo que dedicaba elogios a los dirigentes *tories*. En cuanto a las damas de la Casa Real, la reina —decía— debe expresar con firmeza sus deseos, especialmente tratándose de un tema que la afecta de forma muy personal, «pero —añadía—, si sir Robert no accede, no debe zanjar el asunto, sino posponer su discusión».

Sin duda, lord Melbourne llevaba razón en ese punto. Era una cuestión muy difícil y delicada que no se había planteado nunca; pero posteriores prácticas constitucionales han demostrado que una reina debe acceder a los deseos de su primer ministro en lo que se refiere al personal femenino de su Casa. Sin embargo, los prudentes consejos de lord Melbourne no tuvieron ningún efecto sobre la reina, ni la calmaron ni, mucho menos, los siguió. Era indignante que los *tories* quisieran privarla de sus damas, y aquella noche decidió que sir Robert podía decir lo que quisiera, que ella no aceptaría, bajo ningún concepto, cambiar ni a una sola. Así, cuando a la mañana siguiente llegó Peel, la reina estaba preparada para la lucha. Peel empezó informándole con detalle de los nombramientos del gabinete y después añadió: «Ahora, Majestad, hablemos de las damas de honor». La reina le interrumpió de forma cortante y dijo: «No puedo prescindir de ninguna de mis damas». «¿Cómo, Majestad? —dijo sorprendido sir Robert—. ¿Quiere decir Su Majestad que se queda

con todas?». «Todas», respondió la reina. A sir Robert se le demudó el semblante y no pudo ocultar su nerviosismo. Por fin se atrevió a articular palabra y precisó: «¿Se refiere a las doncellas y camareras?». «Todas», respondió de nuevo Su Majestad. Fue inútil que Peel rogara y argumentara, que hablara, cada vez más enfático y turbado, de la Constitución, de la figura de la reina y del interés público; en vano que sus pies se lanzasen a bailar el conmovedor minué. La reina se mostró inexorable, y él tampoco manifestó, a pesar de su azoramiento, ningún indicio de darse por vencido. Cuando Peel se marchó, no habían decidido nada: la formación del gobierno estaba completamente en el aire. Una gran excitación se apoderó de Victoria y en el estado en que se encontraba pensaba que sir Robert había tratado de engañarla, de quitarle sus personas de confianza, de imponerle su propia voluntad; y no era sólo eso: se había dado cuenta, de repente, cuando el pobre hombre estaba moviéndose todo nervioso delante de ella, de una cosa que anhelaba con desesperación, un pretexto para evadirse. Cogió la pluma y rápidamente escribió a lord Melbourne: «Sir Robert se ha comportado muy mal —le decía—. Insistió en que prescindiera de mis damas, a lo que yo he contestado que nunca aceptaré, y nunca he visto a un hombre con tal cara de susto... Yo estaba tranquila, pero firme; creo que a usted le hubiera agradado mi compostura y firmeza. La reina de Inglaterra no se rendirá ante semejante artimaña. Esté preparado porque quizá pronto sea requerido». No había hecho más que terminar, cuando le anunciaron la visita del duque de Wellington. «Bien, Majestad —dijo según entraba—, siento mucho que haya surgido este problema», a lo que la reina contestó, casi sin dejarle terminar: «Oh, él lo provocó, no yo». Era consciente de que ahora tenía que ser muy firme. Y lo fue. La táctica del venerable vencedor de Napoleón estaba siendo superada por la implacable ecuanimidad de una joven que todavía no había cumplido los veinte años. No pudo hacer cambiar de opinión a la reina en lo más mínimo. Por último, Victoria se aventuró a gastar una broma, y preguntó: «¿Es sir Robert una persona tan débil que hasta las damas tienen que ser de su misma opinión?». En este punto el duque hizo una breve y humilde protesta y, con una marcada reverencia, salió.

¿Había ganado ella? El tiempo lo diría. Mientras especulaba, garabateaba otra carta: «Lord Melbourne no debe pensar que la reina se comporta de forma imprudente... La reina piensa que esto ha sido una prueba para ver si ella se deja dirigir y manejar como una niña». Los *tories*, además de crueles, eran absurdos. Según entendió ella, Peel había expresado su deseo de cambiar sólo a los miembros de la Casa Real que estuvieran en el Parlamento, y ahora también ponía reparos a sus damas. «Me gustaría saber —exclamaba con jubiloso desdén— si piensa dar a las damas escaños en el Parlamento».

El final de la crisis se estaba aproximando. Sir Robert volvió para comunicarle que si seguía insistiendo en quedarse con todas sus damas, él no podía formar gobierno. La reina contestó que le enviaría por escrito su decisión final. A la mañana siguiente se reunió el anterior gabinete *whig*. Lord Melbourne leyó la carta de la reina

y el grupo de políticos de edades ya avanzadas se mostró triunfante y envuelto en una ola de entusiasmo. Sabían muy bien que la reina, al actuar de esta manera, no lo había hecho en estricto acuerdo con la Constitución ni con los consejos de lord Melbourne y que, en realidad, no había ninguna razón pública para que ellos se retractaran de su decisión de dimitir. Pero tales consideraciones se desvanecían al ver la ardiente vehemencia de Victoria. La intensidad de su resolución los arrastró. Decidieron por unanimidad que «era imposible abandonar a semejante reina y a semejante mujer». Olvidándose de que ya no eran los ministros de Su Majestad, se tomaron la inaudita libertad de escribir una carta a la reina aconsejándole que zanjase las negociaciones con Robert Peel. La reina así lo hizo, y todo terminó. Victoria había triunfado. Aquella noche se celebró un baile en el palacio con la asistencia de todo el mundo. «Peel y el duque de Wellington tenían cara de estar muy molestos». Ella estaba rebosante de alegría: lord Melbourne volvía a ser el primer ministro y estaría de nuevo a su lado.

VIII

Con lord Melbourne había vuelto la felicidad, pero era una felicidad empañada por la confusión. Los embrollos domésticos no habían cesado y al final hubo que recurrir al duque, rechazado como ministro, en su calidad de doctor de las enfermedades morales de la familia. Se dio un paso adelante cuando, finalmente, el duque persuadió a sir John Conroy para que abandonara su puesto al servicio de la duquesa de Kent y dejara el palacio para siempre. También se consiguió convencer a la reina para que escribiera una cariñosa carta a su madre. Todo parecía indicar que el camino estaba abierto para una reconciliación, pero la duquesa, aún muy alterada, no llegó a creerse que Victoria hubiese escrito la carta. El duque le aseguró que la carta era auténtica y le rogó que olvidase el pasado. Pero no fue fácil. «¿Qué debo hacer si lord Melbourne viene a hablarme?», decía la duquesa. «Nada, señora, recibirle con amabilidad». Bueno... tendría que hacer un gran esfuerzo... «Pero ¿qué debo hacer si Victoria me pide que dé la mano a Lehzen?». «Nada, señora, abrazarla y darle un beso». «¿Qué?». A la duquesa se le pusieron los pelos de punta y después se echó a reír. «No, señora, no —dijo el duque, riendo también—; no me refiero a que abrace y bese a Lehzen, sino a la reina».

El duque podría haber tenido éxito si todos sus intentos de reconciliación no se hubieran visto afectados por un trágico acontecimiento: se descubrió que lady Flora venía padeciendo desde hace tiempo una terrible enfermedad que ahora empeoraba de forma alarmante. No había prácticamente ninguna duda de que estaba a punto de morir. Las antipatías que provocaba la reina alcanzaron entonces límites inusitados. En más de una ocasión fue insultada públicamente. Cuando aparecía en el balcón de

palacio le gritaban «Mrs. Melbourne», y en una ocasión, en Ascot la duquesa de Montrose y lady Sarah Ingestre la silbaron al pasar. Lady Flora murió. Todo el escándalo estalló de nuevo con mayor intensidad; a partir de entonces, los dos bandos de palacio estuvieron separados por una muralla infranqueable.

Por lo menos lord Melbourne estaba allí otra vez, y cualquier problema se suavizaba con el encanto de su presencia y su conversación. También él lo había pasado muy mal, y su angustia era mayor al ser consciente de sus propios defectos. Se daba perfecta cuenta de que, si hubiera intervenido a su debido tiempo, el escándalo de los Hastings podría haberse evitado; y en la crisis de las camareras sabía que había permitido que su opinión fuera rechazada y que en su conducta habían influido sentimientos personales y el ímpetu de Victoria. Pero no era una persona que sufriera profundos remordimientos de conciencia. A pesar de la monotonía y de la formalidad de la Corte, su amistad con Victoria se había convertido en el punto culminante de su vida. Verse privado de ella le hubiera resultado muy doloroso; gracias a Dios, se había podido evitar y estaba otra vez instalado a su lado, con cierto aire de triunfo. Dejémosle que disfrute al máximo de estas efímeras horas. Protegido por los favores de una soberana y estimulado por el amor de una joven, la «rosa de otoño» floreció de manera espectacular en aquellos meses otoñales de 1839. Sus pétalos se abrieron de forma sorprendente por última vez. Por última vez, en esta relación inesperada, incongruente y casi increíble, el viejo gastrónomo saboreó la exquisitez de la aventura sentimental. Era muy agradable observar, enseñar, dominar, alentar a la joven criatura real que tenía a su lado; pero lo era mucho más sentir en tan continua intimidad el impacto de su cariño espontáneo, de su radiante vitalidad. Pero quizá lo mejor de todo era dejar pasar el tiempo en agradable contemplación, cotillear, hacer chistes insulsos; en definitiva, soñar. La fuente de su sensibilidad, escondida en lo más íntimo de su persona, se estaba desbordando. Con frecuencia, cuando se inclinaba a besar la mano de Victoria no podía impedir que sus ojos se llenasen de lágrimas.

En cuanto a Victoria, a pesar de su impenetrabilidad, era inevitable que, más tarde o más temprano, tal compañía produjera su efecto. Ya no era la sencilla colegiala de hacía dos años y el cambio se manifestaba incluso en su conducta en público. Su expresión, en otro tiempo «ingenua y serena», ahora, a los ojos de un perspicaz observador, era «audaz y displicente». Había aprendido mucho sobre los placeres del poder y también sobre los sufrimientos, pero eso no era todo. Lord Melbourne, con sus apacibles enseñanzas, se había esforzado en conducirla por el camino de la prudencia y la moderación, pero, inconscientemente, su carácter la había hecho oscilar en una dirección muy diferente. La gema fuerte y transparente de antaño, sometida durante tanto tiempo y tan constantemente a esa envolvente e insidiosa inestabilidad, había sufrido una extraña corrosión; de hecho, parecía que poco a poco se iba ablandando y perdiendo su transparencia. La filantropía y la capacidad de equivocarse son «enfermedades» contagiosas, pero ¿era posible que la escrupulosa

alumna de Lehzen estuviera afectada por esos males, que estuviera empezando a escuchar voces de sirenas, que los secretos impulsos de autoafirmación e incluso de autocomplacencia estuvieran dominando su vida? Por un momento, la niña de una nueva generación parecía mirar al pasado y dirigir sus pasos hacia el siglo XVIII. Estaba en el momento crucial de su carrera. Si esas influencias hubieran durado, el desarrollo de su carácter y la historia de su vida habrían cambiado por completo.

¿Y por qué no podían durar? Ella estaba deseosa de que así fuera. ¡Qué duren para siempre! Estaba rodeada de *whigs*, era libre de hacer lo que quería, tenía a lord Melbourne; no podía imaginar mayor felicidad. Cualquier cambio sería para peor, y el peor de todos los cambios... No, no quería ni oír hablar de ello; sería insoportable, trastocaría todo... si se casara. Y, sin embargo, parecía que era lo que todo el mundo deseaba: el pueblo, los ministros, sus familiares de la Casa Sajonia-Coburgo, todos hablaban del mismo tema. Por supuesto, ella era consciente de que había razones de peso para que así fuera, porque si no tenía hijos y moría joven, el sucesor al trono de Inglaterra sería su tío el duque de Cumberland, que era ahora el rey de Hannover. Ese acontecimiento sería terrible, y ella compartía esa opinión con cuantos querían evitarlo. Pero no tenía prisa; naturalmente, terminaría casándose, pero todavía no; esperaría cuatro o cinco años. Lo que le resultaba molesto es que su tío Leopoldo hubiera decidido no sólo que se tenía que casar, sino también que su primo Alberto tenía que ser su marido. Era una actitud muy propia de su tío, al que le gustaba meterse en todo; además, era cierto que hacía muchísimo tiempo, incluso antes de su subida al trono, ella había escrito a su tío una carta que quizá fuera la que le dio la idea. Le decía entonces que Alberto tenía «todas las cualidades que ella podía desear para ser feliz», y había rogado a su queridísimo tío que se ocupara de una persona «ahora tan querida para mí, y tómale bajo tu especial protección»; y añadía: «Espero y confío en que todo vaya bien en este asunto que es para mí tan importante». Pero esto lo había escrito hacía muchos años, cuando era sólo una niña; y a juzgar por la forma en que estaba redactada, incluso es posible que le hubiera dictado la carta Lehzen. En cualquier caso, sus sentimientos y las circunstancias habían cambiado por completo. Ahora, Alberto apenas le importaba.

La reina declaró muchos años después que nunca se le había pasado por la imaginación casarse con nadie que no fuera su primo, pero sus cartas y su diario dicen otra cosa diferente. El 26 de agosto de 1837 escribía en su diario: «Hoy cumple mi queridísimo primo Alberto dieciocho años, ¡y pido al cielo que le colme de bendiciones!». En años sucesivos, por el contrario, la fecha le pasó inadvertida. Se había decidido que Stockmar acompañara al príncipe a Italia y el fiel barón se marchó del lado de la reina para cumplir esta misión. Stockmar escribió varias cartas a la reina describiendo de forma muy favorable a su joven acompañante; sin embargo, ella lo tenía muy claro: le gustaba y admiraba mucho a Alberto, pero no quería casarse con él. En abril de 1839 decía a lord Melbourne: «Por ahora ni se me ha pasado por la imaginación la idea de casarme; no creo que lo haga nunca».

Cuando terminó la gira de su primo por Italia comenzó a ponerse un poco nerviosa; sabía que, según un compromiso pendiente desde hacía mucho tiempo, su próximo viaje sería a Inglaterra. Probablemente llegaría para el otoño, y en julio su intranquilidad era ya visible. Decidió escribir a su tío con el fin de dejar bien clara su posición. «Quiero que se entienda —decía— que no hay ningún compromiso entre nosotros». Aún en el caso de que le gustara Alberto, no podría «hacer ninguna promesa definitiva para este año ya que, como muy pronto, tal acontecimiento no tendría lugar hasta dentro de dos o tres años». Decía que sentía «gran repugnancia» cuando pensaba que tenía que cambiar su situación actual y que, si él no le gustaba, esperaba «de todo corazón que no se la culpara de romper ninguna promesa porque ella nunca había prometido nada». Con lord Melbourne fue más explícita y le dijo que no tenía ningún deseo de ver a Alberto, porque todo este asunto le resultaba odioso; detestaba tener que tomar una decisión al respecto y repetía una vez más que ver a Alberto sería «una cosa desagradable». Pero no tenía escapatoria. La visita iba a tener lugar y ella debía recibirle. El verano pasó rápidamente y se presentó el otoño, y con él, la tarde del 10 de octubre, llegó Alberto a Windsor, acompañado de su hermano Ernesto.

Con la llegada de Alberto, toda la estructura de la existencia de Victoria se derrumbó como un castillo de naipes. Era muy guapo, decía con voz entrecortada, y no podía pensar en nada más. Entonces, en un instante, se le revelaron miles de misterios; el pasado y el presente la asaltaron con un significado nuevo; las ideas equivocadas de años atrás fueron desechadas, y una extraordinaria e irresistible certidumbre surgió de repente, a la luz de esos ojos azules y la sonrisa de esa bonita boca. Las horas que siguieron las pasó en éxtasis. Pudo observar algunos detalles más como «la exquisita nariz», el «delicado bigote y la leve patilla» y «la atractiva figura, ancho de hombros y espigado de cintura». Montó a caballo con él, bailó con él, habló con él, y no encontró más que perfección. No tenía ni una sombra de duda. El príncipe había llegado el jueves por la tarde, y al domingo siguiente la reina le dijo a lord Melbourne que «su opinión en cuanto a casarse había cambiado bastante». A la mañana siguiente, le dijo que había decidido casarse con Alberto. Un día después mandó llamar a su primo. Le recibió sola, y «transcurridos unos minutos, le dije que pensaba que debía saber por qué quería que viniera a visitarme y que me haría inmensamente feliz si accediera a mis deseos (a casarse conmigo)». Después, «nos abrazamos, y fue muy amable y muy cariñoso». Ella decía que no le merecía, y él murmuraba que le haría muy feliz «*das Leben mit dir zuzubringen*» («finalizar la vida contigo»). Se separaron, y ella se sentía «la persona más feliz del mundo» cuando lord Melbourne llegó. La reina empezó hablando del tiempo y de temas banales, dando muchos rodeos. Se encontraba un poco nerviosa ante su viejo amigo. Por fin, consiguió armarse de valor y dijo: «Ya lo he hablado todo con Alberto». «¿Ah, sí?», contestó lord Melbourne.

Matrimonio

I

Indudablemente, fue un matrimonio entre parientes cercanos. El príncipe Francisco Carlos Augusto Alberto Manuel de Sajonia-Coburgo-Gotha —este era su nombre completo— había nacido sólo tres meses después que Victoria y la misma comadrona atendió los dos partos. La abuela de los niños, la duquesa viuda de Coburgo, había deseado este matrimonio desde el primer momento y, según fueron creciendo, los duques de Kent y el rey Leopoldo llegaron a compartir el mismo deseo. Desde su más tierna infancia, el príncipe nunca pensó en casarse con nadie más que con Victoria, pues cuando tenía tres años ya le decía su niñera que un día «la florecilla de mayo inglesa» sería su mujer. Cuando, por fin, el propio barón Stockmar dio su asentimiento, el asunto pareció acordado definitivamente.

El duque tenía otro hijo, el príncipe Ernesto, un año mayor que Alberto y que sería el heredero del ducado. La duquesa era una mujer alegre y muy hermosa, con el pelo rubio y los ojos azules; Alberto se parecía mucho a su madre y era de dominio público que ésta mostraba gran preferencia por él. Pero cuando Alberto cumplió cinco años fue separado de su madre para siempre. La Corte ducal no se destacaba por su estricta moral. El duque era un hombre muy inclinado a las aventuras amorosas, y se rumoreaba que la duquesa seguía el ejemplo de su marido. Hubo varios escándalos al respecto, en uno de los cuales se vio envuelto un chambelán de la Corte, hombre encantador y culto, de origen judío; el desenlace de la historia fue, primero, una separación, y después el divorcio. La duquesa se marchó a París, donde murió en 1831 en una situación muy lamentable. Alberto guardó siempre un recuerdo muy cariñoso de su madre.

Alberto era un niño muy guapo, inteligente y alegre. Generalmente se comportaba muy bien, pero a veces era violento; tenía un carácter muy fuerte y no lo escondía. Su hermano mayor, en cambio, era menos apasionado, menos resuelto, y cuando se peleaban siempre era Alberto el que quedaba encima. Los niños pasaban la mayor parte del tiempo en alguna de las casas de campo que poseía el duque, rodeados de hermosas montañas, bosques y ríos, y siendo todavía muy pequeños —Alberto no tenía aún cuatro años— fueron separados de sus niñeras y confiados a un preceptor que los tuvo a su cargo hasta que fueron a la universidad. La educación que recibieron fue muy sencilla y nada ostentosa, pues el duque era pobre y el ducado pequeño e insignificante. Alberto demostró en seguida que era un muchacho modelo.

Inteligente y concienzudo, estaba muy influido por la formalidad de su generación y a los once años dejó sorprendido a su padre cuando le dijo que confiaba en hacerse «un hombre de provecho». A pesar de todo, no era excesivamente serio y, aunque quizá le faltaba un poco de sentido del humor, era muy divertido, gastaba muchas bromas y era un buen imitador. Físicamente no estaba mal dotado, disfrutaba mucho de la vida al aire libre y montaba a caballo, cazaba, practicaba esgrima y le gustaba dar largos paseos por el campo con su hermano por caminos agrestes, en los alrededores de su amado Rosenau, para acechar a los ciervos, admirar el paisaje y volver a casa cargado con todo tipo de ejemplares para su colección de historia natural. Además era un enamorado de la música. Había algo en lo que no se parecía en absoluto a su padre: sentía una acusada aversión por el sexo opuesto, quizá debido a las peculiares condiciones en que se crió, o a causa de su carácter. Cuando tenía cinco años, en un baile infantil armó una pataleta tremenda cuando alguien le llevó a una niña para que fuera su pareja, y aunque cuando se hizo mayor se esforzaba en esconder tales inclinaciones, seguía sintiendo lo mismo.

Los dos hermanos eran muy queridos en Coburgo, y cuando llegó el día de su confirmación, a la ceremonia preliminar, que de acuerdo con una tradición antigua tenía lugar en público en el «Salón de los Gigantes» del castillo, asistió un nutrido grupo de funcionarios, clérigos, delegados procedentes de los distintos pueblos del ducado y otros espectadores diversos. Entre los asistentes se contaban también, además del duque y la duquesa viuda, los príncipes Alejandro y Ernesto de Wurtemberg, el príncipe Leiningen, la princesa Hohenlohe-Langenburg y la princesa Hohenlohe-Schillingsfürst. El doctor Jacobi, capellán de la Corte, presidía la ceremonia en un altar sencillo pero debidamente decorado, que se había colocado a tal efecto al fondo del salón; el acto comenzó con el himno «Ven, Espíritu Santo», cantado por el coro. Después de una pequeña introducción, el doctor Jacobi dio comienzo al cuestionario. Según se dice en un relato contemporáneo, «la solemnidad y el decoro de los príncipes, su estricta atención a las preguntas y la franqueza, la decisión y la corrección de sus respuestas, produjeron una profunda impresión entre los numerosos asistentes». Sus respuestas causaron gran impacto porque daban muestras de sentimientos profundos y de su íntimo poder de convicción. Las preguntas del capellán era formuladas de tal forma que no se podían contestar con un simple «sí» o «no»; estaban pensadas para que el auditorio pudiera formarse una clara opinión de las ideas y de la forma de pensar de los jóvenes príncipes. Uno de los momentos más conmovedores de la ceremonia fue cuando el capellán preguntó al príncipe heredero si estaba resuelto a atenerse a la Iglesia Evangélica, y el muchacho respondió no sólo con un contundente «sí», sino que añadió con tono firme: «Mi hermano y yo estamos profundamente decididos a permanecer siempre fieles a la verdad». El interrogatorio duró una hora, después de lo cual el doctor Jacobi dedicó unas observaciones finales, se rezó una oración, se cantaron el segundo y el tercer verso del himno con que se abrió el acto y concluyó la ceremonia. Cuando bajaron

del altar, el duque y la duquesa viuda abrazaron a los príncipes, y a continuación los leales habitantes de Coburgo se dispersaron muy satisfechos de haber presenciado el acontecimiento. El desarrollo intelectual de Alberto seguía adelante, ahora muy rápidamente. Cuando cumplió diecisiete años inició un estudio riguroso de la literatura y la filosofía alemanas. Dijo a su preceptor que se había embarcado en la tarea de «estudiar el pensamiento del gran Klopstock en toda su profundidad, aunque la mayoría de las veces —añadía con modestia— no tengo mucho éxito». Escribió un ensayo sobre «La manera de pensar del pueblo alemán» y un esbozo de «La historia de la civilización alemana», «haciendo uso —decía en su introducción general— de las divisiones que el tratamiento del tema requiere» y terminando con «un estudio retrospectivo de los defectos de nuestro tiempo, con una llamada de atención a todos para que cada uno corrija sus propios defectos y, así, dar buen ejemplo a los demás». Alberto pasó unos meses en Bruselas con el rey Leopoldo y llegó a dejarse influir mucho por un catedrático de matemáticas, Adolphe Quetelet, que estaba especialmente interesado en la aplicación de las leyes de probabilidad a los fenómenos políticos y morales; el príncipe se sintió muy atraído por el tema, y la amistad que empezó así duró hasta el final de sus días. Desde Bruselas pasó a la Universidad de Bonn, donde rápidamente destacó tanto por sus actividades intelectuales como por sus relaciones sociales. Dedicaba su tiempo y su energía a la metafísica, el derecho, la economía política, la música y la esgrima, y formó parte de un grupo de teatro de aficionados. Treinta años después sus compañeros recordaban con placer los ataques de risa que habían sufrido a causa de la mímica del príncipe Alberto, sobre todo la gracia con que su Alteza Serenísima imitaba la voz y los gestos de uno de los catedráticos que, señalando a una fila de casas en una foto de una calle de Venecia, hacía la observación: «Ese es el Ponte Realte»; y a otro que, mientras participaba en una carrera, se cayó y perdió las gafas y se tuvo que parar a buscarlas.

Después de pasar un año en Bonn, había llegado el momento de hacer una gira por el extranjero, y el barón Stockmar llegó desde Inglaterra para acompañar al príncipe a un viaje por Italia. Dos años antes el rey Leopoldo había consultado al barón su opinión sobre el proyectado matrimonio de Victoria y Alberto. Su respuesta fue extraordinaria. Con su previsión característica, con su falta de optimismo también característico y teniendo en cuenta los elementos morales de la situación, Stockmar señaló cuáles eran, a su juicio, las condiciones fundamentales para que el matrimonio fuera un éxito. Alberto, decía el barón, era un muchacho, maduro para su edad, con unas cualidades muy positivas y valiosas; y era probable que en unos años se convirtiera en un hombre fuerte y guapo, de porte amable y sencillo, pero solemne. «De modo que su apariencia posee todo lo que le gusta al sexo opuesto, y eso siempre y en todos los países gustará». Por lo tanto, dando por hecho que Victoria estuviera a favor del matrimonio, la siguiente cuestión era si las cualidades mentales de Alberto serían las requeridas para encajar como marido de la reina de Inglaterra. A este respecto, continuaba el barón, parecía que tenía muchas cosas a su favor; se decía que

el príncipe era discreto e inteligente, pero todos esos juicios eran, naturalmente, muy parciales y el barón prefería reservarse su opinión hasta que pudiera llegar a una conclusión fidedigna, basada en la observación personal. Y después añadía: «Pero todo esto no es suficiente. El joven debe tener no sólo gran habilidad, sino también la ambición adecuada y, por supuesto, una gran fuerza de voluntad. Para ejercer durante toda la vida una carrera política tan difícil, se requiere algo más que simple energía e inclinación; se necesita también un estado de ánimo fervoroso, dispuesto a sacrificar los placeres por cosas de verdadero provecho. Si el futuro no le satisface después de ser consciente de haber alcanzado uno de los puestos de más influencia en Europa, ¡cuántas veces se arrepentirá de la aventura! Si desde el principio no lo acepta como una carrera de gran responsabilidad, de cuyo eficiente desempeño dependen su honor y su felicidad, hay muy pocas probabilidades de que tenga éxito».

Tal era la opinión de Stockmar en cuanto a las cualidades necesarias para el debido cumplimiento de la función que la familia de Alberto le había señalado. Stockmar confiaba en que durante el viaje a Italia podría llegar a la conclusión exacta de hasta qué punto él príncipe poseía dichas cualidades. Alberto, por su parte, tuvo una impresión muy grata del barón, al que había visto con anterioridad, aunque durante breves momentos; también entabló amistad, por primera vez en su vida, con un joven inglés, el teniente Francis Seymour, que había aceptado el compromiso de acompañarle y al que encontró *sehr liebenswürdig* («muy amable»), llegando a mantener una estrecha relación con él. Se deleitó con las galerías de arte y con el paisaje de Florencia, pero Roma no le llamó tanto la atención. «Excepto algunos palacios muy hermosos —decía—, el resto es como cualquier ciudad de Alemania». En una entrevista con el papa Gregorio XVI aprovechó la ocasión para lucir su erudición, y cuando el papa hizo la observación de que los griegos habían copiado su arte de los etruscos, Alberto respondió que, en su opinión, habían adoptado el arte de los egipcios; Su Santidad asintió cortésmente. Donde quiera que fuera, el príncipe siempre estaba dispuesto a enriquecer sus conocimientos. En un baile en Florencia se le vio conversando animadamente con el erudito Signor Capponi. El gran duque de Toscana, que estaba a su lado, comentó: «*Voilà un prince dont nous pouvons être fiers: la belle danseuse l'attend, le savant l'occupe*». («Aquí tenemos a un príncipe del que podemos sentirnos orgullosos: aunque una hermosa bailarina le espera, su atención la ocupa un sabio»).

De regreso a Alemania, las impresiones que Stockmar transmitió al rey Leopoldo eran todavía muy críticas. Decía que Alberto era inteligente, amable y bondadoso, que estaba lleno de las mejores intenciones y de los más nobles propósitos y que sus criterios sobre muchas cosas eran los de una persona de más edad. Pero la excesiva dedicación le repugnaba; parecía que estaba muy dispuesto a no escatimar esfuerzo alguno y, sin embargo, con demasiada frecuencia sus buenas intenciones le abandonaban por el camino. Resultaba particularmente lamentable que no le interesara lo más mínimo la política y que nunca leyera un periódico. En cuanto a sus

modales, también había aspectos que se podían mejorar. «Siempre tendrá —decía el barón— más éxito con hombres que con mujeres, por las que muestra muy poco interés y con las que es demasiado retraído». Otra faceta que no escapó al ojo observador del viejo médico fue que el príncipe no era de constitución fuerte. A pesar de todo, en general estaba a favor del proyectado matrimonio. Pero por ahora el principal obstáculo parecía venir de otra parte. Victoria, aparentemente, no estaba decidida a comprometerse a nada. Así, cuando llegó a Inglaterra, Alberto había decidido abandonar por completo la idea; confesó a un amigo que no estaba dispuesto a que se le tuviera en reserva, entretenido, que terminaría con el asunto de una vez. El recibimiento de que fue objeto en Windsor iluminó la situación con una luz completamente nueva. La rueda de la fortuna giró con increíble rapidez, y Alberto encontró en los brazos de Victoria la irrevocable certeza de su irresistible destino.

II

Alberto no estaba enamorado de Victoria. Sentía cariño, gratitud, las reacciones naturales frente la incondicional dedicación de una prima joven y alegre que, además, era reina; pero no sentía el ardor de una pasión recíproca. Aunque pronto se daría cuenta de que quería mucho a Victoria, lo que en un primer momento le preocupó de su extraña posición no fue tanto ella como él mismo. Deslumbado y entusiasmado, mientras montaba a caballo, bailaba, cantaba o reía en el esplendor de Windsor, fue consciente de un nuevo impulso: la ambición bullía en su corazón. Su posición sería, sin duda, alta y envidiable. Acto seguido le asaltó otro pensamiento: las enseñanzas religiosas, los consejos de Stockmar, sus más profundas creencias, todo giraba en torno a lo mismo. Él no ocuparía su elevada posición para complacerse a sí mismo, sino por razones muy diferentes: para hacer bien. Tendría que ser «noble, varonil y magnífico en todos los aspectos», tendría que «vivir y sacrificarse en beneficio de su nuevo país», «usar su energía y esfuerzos con un gran fin: fomentar el bienestar del prójimo». Graves pensamientos se sucedían en su mente. La riqueza y la actividad de la Corte inglesa resultaban de momento maravillosas, pero su corazón, después de todo, estaba en Coburgo. En una carta a su abuela decía: «Aunque no escatimaré trabajo y esfuerzo para el país al que he de pertenecer en el futuro y al que he sido llamado para ocupar un puesto de tal prestigio, nunca dejaré de ser *ein treuer Deutscher, Coburger, Gothaner zu sein*». ¡Y ahora tenía que abandonar Coburgo para siempre! Circunspecto y triste, buscaba consuelo en la compañía de su hermano Ernesto; los dos jóvenes se encerraban en una habitación y, sentados al piano, se evadían del presente y del futuro con los dulces, alegres y familiares acordes de un dúo de Haydn.

Volvieron a Alemania, y mientras Alberto disfrutaba por última vez de unos

meses de felicidad en casa, Victoria, también por última vez, reanudaba su antigua vida en Londres y en Windsor. Mantenía correspondencia diaria con su futuro marido, en una mezcla de inglés y alemán, pero, por lo demás, seguía la rutina de siempre: el trabajo y las diversiones del día no experimentaron ninguna alteración; lord Melbourne volvía a estar constantemente a su lado y los *tories* seguían tan insoportables como antes; incluso mucho más, ya que en los últimos momentos las viejas enemistades se habían reanudado con intensificada furia. La impetuosa reina se dio cuenta, con pena, de que podía resultar inconveniente ser la enemiga declarada de uno de los grandes partidos de la nación. En dos ocasiones los *tories* habían hecho que se frustrara un asunto en el que ella había puesto el corazón: deseaba que el rango de su marido se fijara de acuerdo con la ley, pero la oposición no lo aceptó; quería también que su marido recibiera de la nación una subvención de cincuenta mil libras al año, pero los *tories* tampoco lo aceptaron y sólo se le concedieron treinta mil. Fue terrible. Cuando se discutió el tema en el Parlamento se alegó que la mayoría de la población vivía en la miseria y que treinta mil libras era la totalidad de los ingresos de Coburgo; pero a su tío Leopoldo se le había concedido, en su día, una suma de cincuenta mil libras y sería monstruoso destinarle menos a Alberto. Sir Robert Peel, como era de esperar, había tenido el descaro de votar por la cantidad más baja. La reina estaba furiosa y decidió vengarse no invitando a su boda ni a un sólo *tory*, a excepción de lord Liverpool. Se negó incluso a invitar al duque de Wellington. Cuando alguien le hizo la observación de que la ausencia del duque en la boda daría lugar a un escándalo nacional, se enfureció más que nunca, y parece ser que exclamó: «¿Qué? ¿Ese viejo rebelde? De ninguna manera». Al fin lograron convencerla para que le mandara una invitación, pero lo hizo con mucha frialdad y sin esconder lo que sentía; además, el duque estaba perfectamente informado de todo lo que había ocurrido.

Pero no eran sólo los *tories* los que le producían irritación. A medida que se iba acercando la boda, se le iba agudizando el mal genio y se mostraba cada vez más intransigente. No aguantaba a la reina Adelaida: la correspondencia del rey Leopoldo le resultaba «grosera». «Nuestro querido tío —le decía a Alberto— se ha creído que puede gobernar en todas partes. Sin embargo —añadía con aspereza—, no tiene por qué ser así». El propio Alberto tampoco era perfecto: absorbido por los asuntos de Coburgo, no entendía la complejidad de los de Inglaterra. Había problemas en cuanto a su Casa. Pensaba que no tenía por qué estar rodeado de *whigs* violentos, y quizá llevaba razón, pero lo que no entendía era que la única alternativa a estar rodeado de *whigs* violentos era estarlo de *tories* igualmente violentos, y sería absurdo que se descubriera que sus lores y gentileshombres votaban en contra de los de la reina. Quería nombrar a su secretario particular; pero ¿cómo podía elegir él a la persona adecuada? Sin duda, lord Melbourne estaba mejor cualificado para hacer el nombramiento, y éste había decidido que su secretario particular, George Anson, un *whig* incondicional, pasaría a ser el secretario particular del príncipe. Alberto protestó

por el nombramiento, aunque no le sirvió de nada; Victoria le anunció escuetamente que Anson había sido designado su secretario y ordenó a Lezhen que enviase al príncipe una explicación detallada sobre el caso. Después, Alberto escribió de nuevo manifestando su inquietud sobre la necesidad de mantener impecable la pureza moral de la Corte. La discípula de lord Melbourne consideraba que su querido Alberto era un poco remilgado, y redactó rápidamente una misiva angloalemana en la que expuso sus ideas: «A mí me gusta mucho lady A. —le decía— aunque es un poco estricta y especial, y demasiado severa para con los demás, y eso no está bien; pienso que uno debe ser siempre indulgente con el prójimo. Considero igualmente que si a nosotros no se nos hubiera educado debidamente, quizá también nos habríamos equivocado. Esa es mi impresión. Sin embargo, siempre está bien manifestar nuestro desagrado por lo que, a todas luces, está mal hecho; pero es muy peligroso ser demasiado severo y, tengo la seguridad de que, por lo general, los que así obran siempre lamentan no haber sido en su juventud tan cuidadosos como deberían haber sido. He explicado y he escrito todo esto muy mal, tan mal que me temo que no vas a entenderlo».

También se mantuvo firme en otro tema: desde que se produjeron los acontecimientos relacionados con lady Flora Hastings, a sir James Clark se le había vuelto la suerte muy adversa y su buena fama había decaído casi por completo, hasta el punto de que nadie quería nada con él. Pero la reina se mantenía fiel a sir James y demostraría al mundo entero lo poco que le importaban sus reproches. Así, quiso que «el pobre Clark» fuera el médico particular de Alberto. Este obedeció órdenes, pero el nombramiento no resultó muy acertado.

El día de la boda estaba fijado, y había llegado el momento de que Alberto abandonase a su familia y los lugares donde había transcurrido su infancia. Con gran dolor de su corazón volvió a visitar sus rincones favoritos, los bosques y los valles donde había pasado tantas horas felices cazando conejos y coleccionando ejemplares botánicos. Sumido en una terrible depresión, asistió a los banquetes de despedida dados en su honor en el palacio y escuchó el *Freischütz* tocado por la orquesta nacional. Finalmente llegó la hora de partir. Las calles estaban abarrotadas de gente. Por unos momentos su espíritu se alegró viendo tantas caras amigas alemanas y escuchando sus voces. Se detuvo para dar el último adiós a su abuela. Fue un momento conmovedor: «¡Alberto, Alberto!», gritó ella con desesperación, y hubo de ser sostenida por sus sirvientes mientras veía alejarse la carroza que se llevaba a su nieto.

Alberto fue conducido con toda rapidez a su destino. En Calais le esperaba un barco a vapor y, junto con su padre y su hermano, embarcó totalmente abatido. Poco después su abatimiento se acentuaría aún más. Las aguas del canal estaban encrespadas y la travesía fue mala; el duque se retiró apresuradamente abajo, mientras que los dos príncipes, según nuestras informaciones, se tumbaron uno a cada lado de la escalera del camarote «en un estado casi indefenso». En el muelle de Dover les esperaba una gran multitud y «el príncipe que había estado mareado hasta

el último momento antes de llegar a tierra, con un tremendo esfuerzo se levantó para saludar a las personas allí reunidas». Su sentido del deber triunfó. Tuvo un presagio curioso: nada más pisar suelo inglés se le prefiguró toda su vida en Inglaterra.

Entre tanto Victoria, cada vez más alterada, era víctima del mal genio y de los nervios. Empezó a tener fiebre y, al fin, sir James Clark diagnosticó que iba a tener el sarampión. Pero, una vez más, el diagnóstico de sir James era equivocado. No estaba enferma de sarampión, sino de algo muy diferente: de pronto le había asaltado el temor, el pesar y la duda. Desde hacía dos años era la dueña y señora de sí misma y había vivido, sin lugar a dudas, los dos años más felices de su vida. Y ahora ¡todo estaba a punto de terminar! Iba a ser dominada por un extranjero y tendría que prometer que respetaría y obedecería... a alguien, a una persona que podría, después de todo, estorbarla y oponerse a sus ideas; y ¡qué horroroso sería eso! ¿Por qué se había embarcado en esa peligrosa aventura? ¿Por qué no se había contentado con lord Melbourne? De que amaba a Alberto no había duda, pero también amaba el poder. En cualquier caso, una cosa era cierta: sería la mujer de Alberto, pero nunca dejaría de ser la reina de Inglaterra. Cuando él se presentó, vestido con su impecable uniforme, sus dudas se desvanecieron como la niebla ante la presencia del sol. El 10 de febrero de 1840 se celebró la boda. Los recién casados se fueron a Windsor, pero, no solos, por supuesto; les acompañaban sus séquitos y dos personas muy especiales: el barón Stockmar y la baronesa Lehzen.

III

Alberto había previsto que su vida de casado no sería una balsa de aceite, pero no había imaginado, ni mucho menos, las complicaciones y las dificultades a las que tendría que hacer frente. Políticamente era un cero a la izquierda. Lord Melbourne era no sólo el primer ministro, sino también el secretario particular de la reina, de forma que controlaba toda la vida política de ésta. El marido de la reina era una entidad desconocida en la Constitución británica. En los asuntos de la nación parecía no haber un sitio para él, y Victoria tampoco parecía muy dispuesta a buscarlo. Antes de la boda se planteó la conveniencia de conceder al príncipe un título nobiliario, y en esa ocasión Victoria le dijo: «Los ingleses se muestran muy suspicaces ante cualquier extranjero que interfiera en el gobierno de su país, y ya han expresado en la prensa su deseo de que tú no lo hagas. Aunque sé que nunca lo harías, lo cierto es que si fueras un lord todo el mundo diría que el príncipe quiere intervenir en política». La reina había dicho «sé que nunca lo harías», pero en realidad no estaba tan segura de ello. Por eso, había querido darle a entender claramente a Alberto sus ideas. Él sería —al menos eso esperaba— un marido perfecto; pero, en cuanto al gobierno del país, tenía que comprender que entre ella y lord Melbourne podían resolverlo todo muy bien sin

necesidad de su ayuda.

Sin embargo, el príncipe pronto descubrió que no era sólo en política donde tenía asignado un papel insignificante. Se dio cuenta de que, incluso como marido, sus actuaciones iban a estar extremadamente limitadas. En lo tocante a la vida privada de Victoria, la baronesa era quien lo disponía todo, y resultaba evidente que no permitiría ver menguado ni en un ápice su poder. Desde la subida de Victoria al trono, el poder de la baronesa se había incrementado mucho. Además de la notable e imprecisa influencia que ejercía en la correspondencia privada de la reina, ahora era la superintendente de la Casa Real y controlaba la importante oficina de gastos privados de la reina. Alberto se dio cuenta en seguida de que no era el amo de su propia casa. No había ni el más mínimo aspecto de su vida privada ni de la de su mujer que no fuera supervisado por una tercera persona: no podían dar un paso sin que Lehzen diera su consentimiento previo. Y Victoria, que sentía pasión por Lehzen, no veía nada anormal en tal situación.

El ambiente en el que se movía tampoco satisfacía al príncipe. En cualquier caso, era muy poco probable que un joven extranjero y tímido, que se sentía incómodo en compañía femenina, inexpresivo y terco, hubiera tenido éxito en sociedad. Además, su aspecto físico tampoco le acompañaba mucho. Aunque para Victoria era la imagen de la belleza varonil, sus súbditos, menos influidos por la apariencia teutónica, no eran de la misma opinión. A ellos —y en particular a las damas y caballeros de la aristocracia que, naturalmente, eran los que más se relacionaban con él—, lo que más les llamaba la atención, al tiempo que les disgustaba, de la cara y de la figura de Alberto y de su conducta en general, era su aire tan poco inglés. Sin duda, sus facciones eran correctas, pero tenían algo de blandura y presunción; era alto, pero en conjunto resultaba desgarbado y andaba arrastrando los pies ligeramente. En su opinión, el joven, más que nada, parecía un tenor extranjero. Alberto tenía todo esto en contra suya, y la actitud que adoptó desde el primer momento de su llegada estaba muy lejos de ser la más adecuada para cambiar la opinión que se tenía de él. Debido en parte a su natural torpeza, y en parte al temor a actuar con excesiva familiaridad y al deseo de ser extremadamente correcto, lo cierto es que sus modales estaban impregnados de una rigidez y formalidad fuera de lugar. Siempre que se mostraba en público parecía estar cercado por un tupido seto de espinosa etiqueta. Nunca se mezclaba con la gente corriente; nunca andaba por las calles de Londres; cuando iba en coche o montaba a caballo, invariablemente le acompañaba un caballerizo. Pretendía que su conducta fuera irreprochable, y le tenía sin cuidado si al actuar así se ganaba enemistades. Además, los ingleses no le merecían una opinión excepcional; por lo que él había visto, sólo les importaba la caza del zorro e ir a la iglesia los domingos. Pasaban de la excesiva frivolidad a la excesiva melancolía, y si se les hablaba con amistosa alegría miraban fijamente sin articular palabra. Tampoco entendían las escuelas de pensamiento alemán ni el ingenio de las universidades alemanas. Ya que era evidente que tenía muy poco en común con tales gentes, no veía

la necesidad de alterar por ellas sus costumbres. En la intimidad, el príncipe podía mostrarse muy natural y encantador. Seymour y Anson le adoraban y él les pagaba con la misma moneda; pero ellos eran sólo subordinados, los depositarios de sus confidencias y los agentes de su voluntad. No contaba en absoluto con el consuelo y el apoyo de un verdadero compañerismo.

A decir verdad, sí tenía un amigo, o más bien un mentor: el barón. Stockmar, afincado una vez más en la residencia real, estaba dispuesto a trabajar con tanto entusiasmo desinteresado por el príncipe como lo había hecho por su tío veinte años antes. Sin embargo, la situación de entonces y la de ahora, aunque parecidas en muchos aspectos, eran completamente diferentes. Quizá las dificultades eran igualmente grandes en ambos casos, pero los problemas actuales resultaban mucho más complejos e interesantes. El joven doctor, desconocido e insignificante, cuyas únicas riquezas eran su propio talento y la amistad con un príncipe de poca categoría, se había convertido en el consumado confidente de reyes y ministros, maduro ahora en edad, en reputación y con la sabiduría que le proporcionaba su vasta experiencia. Podía tratar a Alberto con la autoridad cariñosa de un padre, pero Alberto no era Leopoldo. El barón se daba cuenta de que su actual discípulo carecía de la firme ambición que poseía su tío y de su desmesurada tendencia a conseguir grandeza personal. Era virtuoso y bienintencionado, inteligente e instruido, pero la política no le interesaba lo más mínimo y no había en él nada que denotara ninguna fuerza dominante en su carácter. Si se le hubiera dejado solo, se habría sumergido, casi con toda seguridad, en una inactividad altruista, diletante, sin propósitos, atraído únicamente por la cultura; se hubiera convertido en un mero accesorio del palacio sin voz ni voto. Pero no estaba solo: Stockmar se encontraba allí para evitarlo. La sombra del barón, siempre al lado de su discípulo, le empujaba sin cesar para que siguiera adelante por el mismo sendero por el que había caminado Leopoldo hacía tantos años. Pero en esta ocasión la meta final era más significativa que la mediocre realeza que Leopoldo había alcanzado. El premio que Stockmar había fijado para Alberto, con toda su energía y desinteresada dedicación, era un premio verdaderamente importante.

El comienzo de la empresa resultó ser la parte más difícil. A Alberto le deprimía la situación en que se hallaba. ¿De qué valía luchar para desempeñar un papel que le aburría y que, además, estaba muy claro que nadie, excepto el querido barón, tenía ningún deseo de que desempeñase? Era mucho más sencillo, y se ahorraría muchos disgustos, si dejaba que las cosas siguieran su curso. Pero Stockmar no lo aceptaba. Constantemente hacía hincapié en dos aspectos: el sentido del deber de Alberto y su orgullo personal. ¿Había olvidado el príncipe los nobles fines a los que su vida iba a estar dedicada? ¿Iba a permitir que la baronesa Lehzen le gobernara a él, a su mujer y a su familia toda la vida? Era este un punto fuerte. Alberto no estaba acostumbrado a ceder, y hacerlo ahora sería mucho más humillante que en cualquier otro momento del pasado. La posición de la baronesa en la Casa Real le producía constante

exasperación, pero había otra causa de inquietud todavía más seria: sabía muy bien que intelectualmente era superior a su mujer y, sin embargo, veía que había parcelas de su mente sobre las que él no ejercía ninguna influencia, lo que le molestaba sobremanera. Cuando, a instancias del barón, intentaba entablar discusiones sobre política con Victoria, ésta eludía el tema, comenzaba a hablar de generalidades y acababa desviando la conversación por completo. Se comportaba con él como lo había hecho en el pasado con su tío Leopoldo. Cuando Alberto, sin poder contenerse ya, protestaba, Victoria le explicaba que actuaba así sólo por indolencia, porque cuando estaba con él no quería atormentarse con un tema tan aburrido como la política. La excusa fue peor que el error: ¿acaso era él la mujer y ella el marido? Daba esa impresión. Pero el barón aseguraba que toda la culpa la tenía Lehzen, que aconsejaba a la reina que tuviera secretos; y todavía peor, minaba la natural espontaneidad de Victoria y la inducía a que diera —inconscientemente, sin duda— razones falsas para explicar su conducta.

Ciertas pequeñas discrepancias empeoraban las cosas todavía más. La pareja real tenía gustos diferentes. Alberto, criado en un régimen de espartana sencillez y poco acostumbrado a trasnochar, encontraba agotadoras las grandes funciones de la Corte, y comenzaba invariablemente a dar cabezadas en su sillón en cuanto llegaban las diez y media de la noche; por el contrario, la diversión favorita de la reina era bailar durante toda la noche y después ir hasta el pórtico del palacio para ver salir el sol por detrás de San Pablo y de las torres de Westminster. A Victoria le encantaba Londres; Alberto, en cambio, lo odiaba. Windsor suponía un respiro para el príncipe, pero tampoco estaba exento de terrores: aunque por el día podía pintar, pasear y tocar el piano, después de la cena un nubarrón de tedio descendía sobre él irremisiblemente. Le hubiera gustado requerir la presencia de distinguidos científicos y literatos para que expusieran sus puntos de vista sobre determinados aspectos del arte y del saber y, a la vez, exponer él los suyos; pero Victoria, por desgracia, «no tenía ningún deseo de estimular la asistencia de tales personas»; como sabía que estaba en inferioridad de condiciones para tomar parte en sus conversaciones, insistió en que la rutina de las noches permaneciera como estaba: el intercambio normal de lugares comunes con los asistentes oficiales iría seguido, como siempre, por la mesa redonda y los libros de grabados, mientras el príncipe, con tres de sus acompañantes, jugaba una partida de ajedrez tras otra.

Era natural que en una situación tan extraña como ésta, en la que los elementos de poder, pasión y orgullo estaban tan asombrosamente distribuidos, se produjeran a veces más que simples ocasiones de enfado; era una lucha entre dos personalidades fuertes e irritables. Ni Victoria ni Alberto estaban acostumbrados a desempeñar un papel secundario. La reina tenía un carácter muy impulsivo y perdía la paciencia con facilidad. Su vitalidad, su obstinación, la arrogante idea de su posición podían haber vencido la superioridad y la posición de Alberto. Pero luchaba con desventaja porque, de hecho, ya no era dueña de sí misma; una profunda preocupación la dominaba,

apoderándose de sus más íntimas intenciones con los más extraordinarios propósitos. Estaba locamente enamorada. Nosotros desconocemos los pormenores de estas curiosas batallas libradas entre la pareja, pero el príncipe Ernesto, que permaneció unos meses en Inglaterra con su hermano, las observó con ojos entre cordiales y alarmados. Entre las muchas historias que se contaban, hay una, tal vez falsa, que sin embargo resume muy bien la situación. Un día en que el príncipe, en un ataque de ira, se había encerrado en su habitación y Victoria, no menos iracunda, fue a llamar a la puerta, aquél preguntó: «¿Quién es?». «La reina de Inglaterra», fue la respuesta. Él no se inmutó, y la llamada se repitió, esta vez mucho más fuerte. Las mismas preguntas y las mismas respuestas se sucedieron varias veces; después hubo una pausa, seguida por un ligero golpecillo en la puerta y por la implacable pregunta, una vez más: «¿Quién es?»; pero esta vez la respuesta fue muy diferente: «Tu mujer, Alberto». Y la puerta se abrió al instante.

Paulatinamente la posición del príncipe cambió. Empezó a encontrar el estudio de la política más interesante de lo que había imaginado; leía a Blackstone y recibía clases de derecho inglés; de vez en cuando asistía a las reuniones que la reina tenía con sus ministros y, siguiendo las sugerencias de lord Melbourne, se le mostraba toda la información relacionada con Asuntos Exteriores. En ocasiones escribía informes en los que expresaba sus opiniones y se los leía al primer ministro, quien los escuchaba con toda amabilidad y cortesía, aunque rara vez hacía algún comentario. Antes del nacimiento de la princesa real se dio un paso muy importante para el príncipe: se le nombró regente, sin la más mínima oposición por parte del Parlamento, en caso de que muriera la reina. Stockmar, a quien se debió este feliz acontecimiento, tras utilizar su influencia entre los *tories*, se sentía ahora libre para ir a pasar unas vacaciones con su familia en Coburgo. Pero la preocupación por su discípulo no disminuía a pesar de la distancia, como ponen de manifiesto innumerables cartas. En una de ellas le decía: «Querido príncipe, las noticias que me has enviado me llenan de satisfacción. Los errores, los malentendidos y los obstáculos que representan una fastidiosa oposición para nuestras ideas hay que tomarlos siempre como lo que son, es decir, fenómenos naturales de la vida que señalan sólo un lado, su lado negativo. Para superarlos con dignidad, hay que ejercitar, entrenar la mente, y así el carácter adquiere la fuerza, la perseverancia y la firmeza necesarias». Hasta ahora el príncipe había respondido muy bien, pero tenía que continuar por el buen camino; lo que tenía que hacer sobre todo era «no renunciar nunca». «Nunca renuncies a poner tu magnanimidad a prueba; nunca renuncies a discernir lo que es sublime y esencial de lo que es trivial y sin importancia; nunca renuncies a mantener criterios sólidos con la firme determinación, diariamente renovada, de ser consistente, tolerante y valiente». Era un programa muy duro para un joven de veintiún años, pero, sin embargo, tenía algo que le llegaba a Alberto a lo más profundo de su alma. Aunque entre suspiros, notaba cómo la voz del director espiritual le inspiraba con la verdad divina. «Las estrellas que necesitas ahora y quizá durante algún tiempo más —continuaba la voz—

son Amor, Honradez y Verdad. Todos aquellos que poseen mentes pervertidas o están privados de sentimientos honestos tenderán a inducirte a error y a convencerse ellos mismos y al mundo entero de que no eres el hombre que eres o, al menos, que serás... Por lo tanto, permanece alerta, mantén los ojos bien abiertos y mira en todas las direcciones... Yo deseo que mi príncipe tenga un corazón grande, noble, afectuoso y sincero, para servir de base sólida y fecunda a las ideas de la humanidad, y que posea la más firme intención de desarrollarlas».

El momento decisivo no se hizo esperar mucho. La fecha de las elecciones generales se acercaba y no había duda de que los *tories*, por fin, llegarían al poder. La reina los detestaba tanto como antes, pero, con una significativa mayoría en la Cámara de los Comunes, estarían en situación de pedir que se atendieran sus deseos. Lord Melbourne fue el primero en darse cuenta de la importancia de llevar a cabo la inevitable transición con el menor número de roces posible, y con su consentimiento, el príncipe, siguiendo la reconciliación que había comenzado como resultado de la Ley de Regencia, entabló negociaciones a través de Anson con sir Robert Peel. En una serie de reuniones secretas, llegaron a un acuerdo sobre el delicado y complejo asunto de las camareras de la reina. Se acordó que el tema se trataría desde un punto de vista constitucional, pero que, al formarse el gobierno *tory*, las principales damas *whigs* tendrían que salir y sus puestos serían ocupados por otras nombradas por sir Robert. Así, de hecho, aunque no en la forma, la Corona renunciaba a las demandas de 1839, que desde entonces no han vuelto a ser propuestas. La negociación marcó el momento crítico en la carrera del príncipe. Había tramitado un asunto muy importante con habilidad y tacto; había mantenido relaciones muy estrechas y en muy buenos términos con el primer ministro; era evidente que tenía ante sí un brillante futuro político. Victoria estaba muy impresionada y profundamente agradecida, y decía al rey Leopoldo: «Mi querido Alberto es un ángel, supone un verdadero alivio para mí. Se interesa muchísimo por todo lo que está pasando, comparte mis sentimientos, pero se abstiene, como debe ser, de influirme en una u otra dirección, aunque nosotros hablamos ampliamente sobre todos los temas y, como tú bien dices, tiene buen criterio». La reina necesitaba el consuelo y la ayuda de su marido. Lord Melbourne estaba a punto de marcharse y ella sola apenas podía hablar con Peel. Sí, ¡ahora discutiría todos sus problemas con Alberto!

Stockmar, de vuelta en Inglaterra, contemplaba la salida de lord Melbourne con satisfacción. Si todo iba bien, el príncipe ejercería ahora una extraordinaria influencia política sobre Victoria. Pero ¿iría todo bien? Un inesperado acontecimiento puso al barón en intenso estado de alerta. Cuando al fin llegó el fatal momento, la reina, angustiada, se despidió de su querido ministro y los dos acordaron que, si bien no sería aconsejable verse muy a menudo, podían continuar manteniendo correspondencia. Nunca se pusieron de manifiesto con tanta claridad las veleidades del carácter de lord Melbourne como a partir de entonces. Mientras estuvo en el poder, su actitud hacia Peel había sido irreprochable; había hecho todo lo posible para

facilitar el cambio de gobierno e incluso había transmitido privadamente, a través de varios intermediarios, consejos a su triunfante rival sobre la mejor manera de ganarse el favor de la reina. Sin embargo, tan pronto como pasó a la oposición, sus buenas intenciones se desvanecieron. No podía soportar la idea de renunciar por completo al privilegio y al placer de dar consejos a Victoria, de estar aislado del poder y de la intimidad que había disfrutado por tanto tiempo y en tan gran medida. Aunque había confesado que sería discreto en sus cartas, no pudo evitar aprovecharse de la oportunidad que le brindaban. Trataba con todo detalle de asuntos públicos y, sobre todo, aconsejaba a la reina demasiado sobre nombramientos, y Victoria seguía sus consejos sin titubear. Lord Melbourne recomendó a lord Heytesbury, que en su opinión era un hombre muy capacitado, para ocupar el cargo de embajador en Viena; una semana después, la reina escribió al ministro de Asuntos Exteriores instándole a que diera a lord Heytesbury, de quien ella opinaba que era un hombre muy capacitado, «alguna misión importante». Stockmar se sentía alarmado. Escribió un memorándum en el que apuntaba la naturaleza inconstitucional de los procedimientos de lord Melbourne y la difícil posición en que se podía encontrar la reina si Peel los descubría, y mandó a Anson que hiciera llegar este escrito al ex primer ministro. Lord Melbourne, acomodado en un sofá, lo leyó con los labios apretados y, cuando terminó, dijo: «Es una opinión absolutamente gratuita». Cuando Anson se aventuró a ir más lejos e indicó que era indecoroso por parte del líder de la oposición mantener una relación tan estrecha con la reina, el viejo perdió la paciencia. «¡Maldita sea! — exclamó saltando del sofá y andando a enormes zancadas por la habitación—. Esto es más de lo que un ser humano puede aguantar». Hizo caso omiso de la advertencia y continuó escribiendo a la reina como antes. Fueron necesarios otros dos violentos bombardeos por parte del barón para que lord Melbourne recapacitara. A partir de entonces, sus cartas se fueron distanciando cada vez más y contenían menos alusiones a asuntos públicos, hasta que por fin fueron completamente inofensivas. El barón sonreía: lord Melbourne había aceptado lo inevitable.

El gobierno *whig* dimitió en septiembre de 1841 y en el lapso de un año tuvo lugar otro cambio tan vital como aquél: la destitución de Lehzen. Al fin, la misteriosa institutriz fue vencida. Se desconocen los pasos que se siguieron para inducir a Victoria a aceptar su retirada con calma, quizá con alivio; pero es evidente que con la llegada de los niños la posición de Alberto en la casa tuvo que consolidarse mucho. Al nacimiento de la princesa real siguió el del príncipe de Gales en noviembre de 1841 y, un poco tiempo después, la reina esperaba otro niño. La baronesa, a pesar de todo su cariño, participaba en muy escasa medida de esas alegrías familiares. Era evidente que había perdido terreno. Se observó como detalle muy sintomático que en una o dos ocasiones en que la Corte salió de viaje ella se quedó en Windsor. El príncipe llevó el tema con mucho tacto. Cuando cambió el gobierno, lord Melbourne le aconsejó que eligiera ese momento para llevar a cabo una acción decisiva, pero él consideró que sería más prudente esperar. El tiempo y la urgencia de las inevitables

circunstancias le favorecieron; cada día, y cada noche, su predominio se consolidaba más. Por fin se dio cuenta de que no tenía motivos para dudar más, que todos sus deseos y sus caprichos eran los de Victoria con sólo que él hiciera la mínima insinuación. Así pues, habló con la baronesa, y la baronesa desapareció para siempre. Nunca más dominaría en el corazón de la reina y en los salones reales. Nunca más atisbaría desde las ventanas de Windsor a su discípula y soberana mientras paseaba por las terrazas entre la servil multitud con ojos de amor y triunfo. De vuelta a Hannover, su ciudad natal, se instaló en Bückeberg, en una casa pequeña, pero confortable, cuyas paredes cubrió con retratos de Su Majestad. El barón, a pesar de su dispepsia, sonreía de nuevo: Alberto se quedaba sin rivales.

IV

Las desavenencias del principio habían quedado atrás, dando paso a una vida matrimonial en la más perfecta armonía. Victoria, asaltada por una nueva e inimaginable revelación, rindió el alma a su marido. Había comprobado que el encanto y la belleza que tan de repente la cautivaron al principio eran sólo las manifestaciones exteriores del verdadero Alberto. Tenía una belleza interior, una gloria interna que con su ceguera de entonces sólo había percibido muy tenuemente; pero ahora era consciente, en lo más profundo de su ser, de que ¡él era extraordinario, era grande! ¿Cómo se le podía haber pasado por la imaginación confrontar su voluntad con su sabiduría, su ignorancia con sus conocimientos, sus caprichos con sus sensatos gustos? ¿Le había gustado a ella realmente alguna vez Londres, trasnochar y la vida disipada? Ella, que ahora sólo se encontraba feliz en el campo, que se levantaba de la cama de un salto cada mañana, muy temprano, con Alberto, para dar un paseo antes del desayuno, ¡a solas con Alberto! ¡Qué maravilloso era aprender con él! Le recitaba el nombre de todos y cada uno de los árboles, y le contaba cosas sobre la vida de las abejas. Y después, Victoria se sentaba a hacer labores de punto de cruz mientras Alberto leía en voz alta la *Historia constitucional de Inglaterra*, de Hallam, o la deleitaba tocando el órgano («El órgano es el número uno de los instrumentos», solía decir él); o le cantaba una canción de Mendelssohn, poniendo gran esmero en los tiempos y en las pausas, aunque de vez en cuando se le escapaba una nota falsa. Y después de la cena, ¡él era fantástico y había dejado de jugar al ajedrez! Todos participaban en los juegos; sentados a la mesa redonda, o pasaban la velada de la forma más divertida que quepa imaginar, bailando y moviendo aros y fichas. Cuando nacieron los niños fue todavía más maravilloso. Pussy era una niña muy inteligente («¡Yo no soy Pussy! ¡Yo soy la princesa real!», había exclamado muy enfadada en una ocasión); y Bertie..., bueno, lo único que ella podía desear era que el pequeño príncipe de Gales, cuando fuera mayor, se pareciera

«a su angélico y querido padre en todos y cada uno de sus aspectos, tanto en su físico como en su forma de ser». Su querida mamá también había vuelto de nuevo a los círculos familiares, ya que gracias a Alberto había tenido lugar la reconciliación, y la partida de Lezhen había contribuido a borrar el pasado. Para Victoria la vida se había convertido en un idilio, pues si lo necesario para que exista idilio es felicidad, amor y sencillez, no había duda de que lo estaba viviendo, aunque era un tipo de idilio que hubiera desconcertado a Teócrito. Su majestad escribía en su diario: «Alberto trajo a la habitación a la encantadora Pussy con un precioso vestido de merino blanco ribeteado de azul, regalo de mamá, y un bonito sombrero; la sentó en la cama, a su lado, y Pussy se portó muy bien. Al sentarse mi preciado y valioso Alberto conmigo y poner a nuestro pequeño tesoro entre los dos, me sentí muy emocionada y llena de felicidad y gratitud a Dios».

El pasado —un pasado de hacía sólo tres años— le parecía algo tan remoto y ajeno, que sólo lo podía explicar como si hubiera sido alguna clase de ilusión, un desafortunado error. Hojeando uno de sus diarios de años atrás, se encontró con esta frase: «En cuanto a “la confianza de la Corona”, ¡Dios sabe que ningún ministro, ningún amigo la poseyó nunca de forma tan total como este excelente lord Melbourne posee la mía!». Sintió una terrible punzada, cogió una pluma y escribió en el margen: «Al leer esto de nuevo, no puedo evitar añadir qué felicidad tan artificial era la mía de entonces, y qué bendición es la felicidad verdadera que ahora tengo con mi querido marido, que ni la política, ni ningún revés mundano puede cambiar; aquella de entonces no podía durar mucho por que, a pesar de lo amable y excelente que era lord Melbourne y lo cariñoso que se mostraba conmigo, sólo era en sociedad donde yo me divertía, y vivía sólo en ese ambiente artificial ¡que se me antojaba entonces la felicidad! Gracias a Dios, esto ha cambiado, para mi propio bien y el de otros, y sé lo que es la verdadera felicidad. V. R.». ¿Cómo lo sabía? ¿Cuál es la diferencia entre una felicidad verdadera y una felicidad que se siente? Sería la pregunta que un filósofo, o quizá el mismo lord Melbourne, hubiera hecho. Pero ella no era filósofa y lord Melbourne era un fantasma; además, Alberto estaba a su lado y eso era suficiente.

Era realmente feliz, y quería que todo el mundo lo supiera. Sus cartas al rey Leopoldo estaban salpicadas de arrebatos: «Oh, mi queridísimo tío, estoy segura de que si supieras lo feliz, lo dichosa y lo orgullosa que me siento por poseer un ser tan perfecto como mi marido...»; tal éxtasis parecía emanar con efusión de su pluma y casi con espontaneidad propia. En una ocasión en que la reina hablaba con lady Lyttelton, ésta describió a alguien diciendo que era «tan feliz como una reina», y cuando se dio cuenta se turbó un poco. «No se preocupe, lady Lyttelton, no se corrija —dijo Su Majestad—; una reina es una mujer muy feliz».

Pero esta nueva felicidad no era un sueño relajante. Por el contrario, era más bien tonificante. Ella nunca había sentido antes con tanta intensidad la necesidad de cumplir con su obligación. Trabajaba mucho más metódicamente en los asuntos de la

nación; vigilaba a sus niños incansablemente; mantenía una amplia correspondencia; se ocupaba de su granja, especialmente de la leche, y de las más variadas tareas domésticas, de la mañana a la noche. Su cuerpecillo activo e inquieto, siguiendo con pasitos cortos pero ligeros las largas zancadas de Alberto por los pasillos y los paseos de Windsor, parecía la representación misma de su espíritu. En medio de la ternura de su carácter, del placer de su límpido júbilo, de las corrientes rebosantes de inagotable sentimentalismo, su innata firmeza estaba presente. Lady Lyttelton, que como institutriz real que era disponía de buenos medios de observación, decía que «una vena de hierro corre por su extraordinario carácter».

A veces había que interrumpir la agradable rutina doméstica. Era necesario ir de Windsor al palacio de Buckingham, abrir el Parlamento, entrevistarse con personajes oficiales y, alguna vez, recibir a huéspedes extranjeros en el castillo. Entonces la tranquila Corte se vestía de gala y soberanos de todo el mundo —Luis Felipe, o el rey de Prusia, o el rey de Sajonia— encontraban en Windsor una diversión real de verdad. Estaba admitido que pocos espectáculos en Europa producían un efecto tan majestuoso como el salón Waterloo de Windsor donde tenían lugar los banquetes. El salón estaba rebosante de invitados que lucían diamantes y lujosos uniformes, las paredes se hallaban adornadas con solemnes retratos de héroes y las mesas cubiertas con las magníficas vajillas de oro de los reyes de Inglaterra. Pero entre todo este esplendor y riqueza, el espectáculo más extraordinario de todos lo ofrecía la reina. La pequeña Hausfrau, que el día anterior se había dedicado a pasear con los niños, inspeccionar el ganado, practicar un poco al piano y llenar las páginas de su diario con amorosas descripciones de su marido, de repente, sin artificios, sin esfuerzo, sufría una espontánea transformación e irradiaba el brillo supremo de la majestad. El mismo zar de Rusia quedó profundamente impresionado. Victoria, por su parte, contempló con secreto pavor y respeto al inmenso Nicolás. «Su visita supone ciertamente un gran acontecimiento y un gran cumplido —decía a su tío—, y la gente aquí se siente muy halagada con ella. Es, sin duda, un hombre que infunde respeto, pero muy atractivo. Tiene un perfil muy bello y sus modales son solemnes y agraciados; es cortés en exceso, tanto que resulta alarmante, pues derrocha atenciones y finuras. La expresión de sus ojos es formidable; nunca he visto otra igual». La reina, Alberto y «el bueno del rey de Sajonia» —que dio la causalidad de que estaba allí, y del que la reina decía: «Le queremos mucho, es una persona muy modesta»— se juntaron como aves domesticadas en presencia del águila terrible. Cuando el zar se fue contrastaron opiniones sobre su aspecto, su desdicha y acerca del despótico poder que ejercía sobre millones de personas. Victoria no podía remediar el sentir pena de él, y daba gracias a Dios por ser la reina de Inglaterra.

Cuando llegaba el momento de devolver algunas de estas visitas, la pareja real partía en su yate, para gran satisfacción de Victoria. «Me encantan los barcos», exclamaba, y subía y bajaba las escaleras con gran agilidad y gastaba bromas a los marineros. El príncipe se mostraba más reservado. Visitaron a Luis Felipe en el

castillo de Eu y también al rey Leopoldo en Bruselas. Dio la casualidad de que por entonces estaba en la capital belga otra mujer inglesa todavía más notable, pero que pasó inadvertida. La reina Victoria, ajena a ello, cruzó ante la mirada fija de una de las profesoras del internado de M. Héger. Este fue el comentario que Charlotte Brontë hizo cuando la carroza real tirada por seis caballos pasó como un rayo por delante de ella, obligándola a pararse en la acera un momento y a interrumpir el curso de sus reflexiones: «Una señora pequeña, gorda y alegre, vestida con gran sencillez, sin mucha dignidad o pretensiones». Victoria estaba muy contenta y consiguió infundir un poco de alegría en la sombría Corte de su tío. El rey Leopoldo se encontraba feliz. Todos sus deseos se habían visto realizados, todas sus ambiciones satisfechas, y para el resto de su vida sólo le quedaba disfrutar en paz del trono, del respeto que merecía, de su primacía y del puntual desempeño de sus obligaciones. Pero, desgraciadamente, esta felicidad no se extendía a los que le rodeaban. Se rumoreaba que el ambiente de su Corte era tan lóbrego como el de un convento, y la más lúgubre de la comunidad era su mujer. «¡*Pas de plaisanteries, Madame!*», reprochó Leopoldo a la desafortunada sucesora de la princesa Carlota que en una ocasión, en los primeros días de su matrimonio, trató de gastarle una pequeña broma. ¿Es que no entendía que la consorte de un soberano constitucional no puede ser frívola? Por fin lo entendió y con creces, y cuando las sobrecogidas paredes de las habitaciones reales retumbaron con las charlas y las risas de Victoria, la pobre señora se dio cuenta de que casi se le había olvidado sonreír.

Otro año visitaron Alemania y Alberto hizo alarde de la belleza de su país. Cuando cruzaron la frontera Victoria estaba muy emocionada y también sorprendida. «Oír a la gente hablar en alemán —escribía en su diario— y ver a los soldados alemanes, etc., me parecía muy extraño». Una vez superada esta primera sensación, el país la fascinó. En todos los sitios fue muy agasajada, numerosos personajes reales de los alrededores acudieron a darle la bienvenida, y simpáticos grupos de niños campesinos, ataviados con la ropa de los domingos, le hicieron entrega de ramos de flores. El principado de Coburgo, con sus románticos paisajes y sus correctos habitantes, la deleitó muy especialmente; al despertarse una mañana y darse cuenta de que estaba en «el querido Rosenau, el lugar de nacimiento de mi Alberto», fue «como un sueño maravilloso». Cuando volvió a casa, en una carta al rey Leopoldo se explayó describiendo los placeres que le había reportado el viaje y puso especial énfasis en el cariño tan intenso que sentía por la tierra natal de Alberto. «Siento algo por nuestra querida Alemania que no puedo describir. Sentimiento que fue especialmente profundo en Rosenau. Es algo que me conmueve, que me llega al corazón y me produce ganas de llorar. Nunca había sentido en ningún otro sitio esa clase de placer triste y de paz que allí sentí. Temo que me guste demasiado».

Alberto no era tan feliz como su mujer. A pesar de que su situación había mejorado mucho, de que la familia seguía aumentando y de que Victoria le adoraba, todavía era un extranjero en tierra extraña y le faltaba serenidad espiritual. Sin duda podía considerar como un éxito la rapidez con que había dominado su nueva situación, pero no era suficiente; y además, incluso en ese dominio persistía algún resquicio de amargura. Victoria le idolatraba, pero lo que él ansiaba era entendimiento, no idolatría; ¿y hasta qué punto le entendía Victoria, a pesar de estar tan llena de él? ¿Hasta qué punto entiende el cubo al pozo? Se encontraba solo. Se iba al órgano e improvisaba con doctas modulaciones hasta que los sones altos y bajos de complicadas cadencias traían consuelo a su corazón. Después, con la flexibilidad de su juventud, corría a jugar con los niños, o a diseñar una nueva cochiguera, o a leer a Victoria la *Historia de la Iglesia en Escocia*, o a hacer piruetas delante de ella bailando de puntillas, como un bailarín de *ballet*, con una sonrisa estática, para demostrarle como se debía comportar en sus apariciones en público. Así sí que se divertía. Pero había una diversión a la que no se entregaba: nunca coqueteaba, ni siquiera con las damas más hermosas de la Corte. Cuando estaban prometidos, la reina había comentado a lord Melbourne, con orgullo, que el príncipe no se fijaba en ninguna otra mujer, a lo que el cínico lord contestó: «No, eso, por regla general, viene después». La reina le increpó con severidad y corrió a comentar con Stockmar lo que lord Melbourne había dicho. El barón la confortó; contestó que muchas veces solía ocurrir, pero que en el caso de Alberto no creía que sucediera. Y el barón tenía razón. Durante toda su vida matrimonial Victoria nunca tuvo el más leve asomo de celos causado por los encantos de alguna rival.

Lo que le absorbía cada vez más, proporcionándole un curioso aliciente, era su trabajo. Con el advenimiento de Peel empezó a tomar parte activa en los asuntos del Estado. Los dos hombres eran afines en más de un aspecto: en su inteligencia, en su moralidad e incluso en el formalismo inseguro de sus modales; había solidaridad entre ellos, y así Peel tenía buena predisposición para seguir los consejos de Stockmar e impulsar al príncipe a la vida pública. Estaba a punto de formarse una comisión real encargada de estudiar la posibilidad de aprovechar la reconstrucción de las casas del Parlamento para promover las Bellas Artes en el Reino Unido, y Peel, con gran perspicacia, pidió al príncipe que la presidiera. El trabajo le iba muy bien a Alberto: sentía amor por el arte, por el método, por estar en estrecho contacto con personas distinguidas; este puesto satisfaría todos esos deseos, y se dedicó a él con *amore*. Algunos miembros de la comisión se alarmaron un poco en el discurso de apertura cuando el príncipe señaló la necesidad de dividir los temas en «categorías»; la palabra, pensaron, recordaba peligrosamente a la metafísica alemana; pero recobraron la tranquilidad al comprobar que Su Alteza tenía buenos conocimientos del proceso de pintura al fresco. Cuando se suscitó la duda de si los motivos de las pinturas murales en el nuevo edificio debían o no tener fines morales, el Príncipe mantuvo con firmeza que sí. Hizo la observación de que, aunque muchas personas

sólo echarían una mirada rápida y sin prestar atención a la obra, el pintor no debía olvidar que otras muchas las contemplarían con ojos atentos. Este argumento convenció a la comisión y se acordó que se representarían temas de naturaleza didáctica. Los frescos se llevaron a cabo de acuerdo con las instrucciones de la comisión, pero, desgraciadamente, no pasó mucho tiempo antes de que se volvieran totalmente invisibles, incluso para los ojos más atentos. Parece que los conocimientos técnicos de Su Alteza Real sobre el proceso de la pintura mural eran incompletos.

La siguiente empresa en la que se embarcó el príncipe era más complicada: decidió reformar la organización de la Casa Real. Dicha reforma debía haberse llevado a cabo mucho tiempo antes. En los últimos años la confusión, el descontento, y la extravagancia en las casas reales, y en el palacio de Buckingham en particular, habían sido escandalosos. Bajo la autoridad de la baronesa no se había podido realizar reforma alguna, pero sus funciones eran ahora de la incumbencia del príncipe, y en 1844 afrontó el problema con energía. Tres años antes Stockmar, después de hacer un meticuloso estudio, había revelado en un elaborado informe un estado de cosas asombroso. Del informe se desprendía que el control de la Casa Real estaba dividido, de la manera más extraña, entre un número de autoridades, cada una independiente de las demás y en posesión de poderes imprecisos y fluctuantes, sin responsabilidades concretas y sin coordinación. A la cabeza de estas autoridades estaban el lord administrador y el lord chambelán, aristócratas de categoría y con importancia política, que cambiaban con el gobierno, que no residían en la Corte y tampoco tenían representantes eficaces en ella. La distribución de las respectivas funciones era dudosa y ambigua. En el palacio de Buckingham se creía que el lord chambelán estaba al cargo de la totalidad de las habitaciones, con excepción de la cocina, los fregaderos y las despensas, que eran competencia del lord administrador. El exterior del palacio no era responsabilidad de ninguno de estos dos funcionarios, sino de la Oficina Forestal, y así, mientras el interior de las ventanas lo limpiaba el personal dependiente del lord chambelán o, quizá en algunas ocasiones, el del lord administrador, la Oficina Forestal limpiaba el exterior de las mismas. En cuanto a los sirvientes, las amas de llaves, los pajes y las doncellas estaban a las órdenes del lord chambelán, mientras que el administrador de la cocina, los cocineros y los porteros lo estaban a las del lord administrador; sin embargo, los lacayos, los porteros de librea y los ayudantes de los mayordomos obedecían las órdenes de otra persona diferente, el caballero de la reina. Naturalmente, en estas circunstancias el servicio dejaba mucho que desear y la disciplina entre los sirvientes era vergonzosa. Se ausentaban cuando les parecía oportuno y por el tiempo que les apetecía, y como apuntó el barón, «si se fuma, se bebe o se comete cualquier otro tipo de irregularidades en los dormitorios, donde duermen diez o doce, nadie lo puede evitar». En cuanto a los huéspedes de Su Majestad, no había nadie que se ocupara de llevarlos a sus habitaciones, y con frecuencia pasaban horas deambulando por los complicados pasillos tratando de encontrarlas ellos mismos. La extraña división de la autoridad

afectaba tanto a las personas como a las cosas. La reina observó que la chimenea del comedor nunca se encendía y preguntó por qué. La respuesta fue: «El lord administrador prepara la chimenea y el lord chambelán la enciende». Como los subordinados de esos dos grandes hombres no se ponían de acuerdo, la reina se veía obligada a pasar frío en el comedor. Un sorprendente incidente puso ante los ojos de todos la confusión y la negligencia que reinaba en el palacio. Dos semanas después del nacimiento de la princesa real la enfermera escuchó un ruido sospechoso en la habitación contigua al dormitorio de la reina. Llamó a uno de los pajes, quien, tras inspeccionar la habitación, encontró acurrucada debajo de un gran sofá una figura «de aspecto repulsivo». Era «el muchacho Jones». Este enigmático personaje, cuyas aventuras acapararon la atención de la prensa en los meses sucesivos, y del que nunca se llegó a conocer con certeza ni sus móviles ni su carácter, era un muchacho de diecisiete años, de estatura por debajo de la normal e hijo de un sastre; al parecer, entró en el palacio saltando por el muro del jardín y colándose por una ventana abierta. Hacía dos años había hecho otra visita semejante haciéndose pasar por fumista. En esta ocasión confesó que había pasado tres días en el palacio escondido debajo de varias camas, que se había servido él mismo sopa y otros comestibles y que se había «sentado en el trono, había visto a la reina y había escuchado los lloros de la princesa real». Todos los pormenores de este extraño suceso fueron seguidos con avidez. El periódico *The Times* publicó que al joven Jones «desde su infancia le gustaba mucho leer» pero que «su comportamiento era sumamente insociable»; y añadía: «sabemos que el sofá debajo del cual el muchacho Jones se escondía cuando fue descubierto es un ejemplar muy costoso y delicado, hecho exclusivamente para acomodar a las visitas reales e ilustres que van a cumplimentar a Su Majestad». El delincuente fue enviado a un correccional durante tres meses. En cuanto salió, volvió al palacio de Buckingham. Se le descubrió y se le metió de nuevo en el correccional por otros tres meses, después de los cuales un teatro de variedades le ofreció cuatro libras a la semana por aparecer en sus escenarios. Rechazó esta oferta y, pasados unos días, la policía le encontró merodeando por los alrededores del palacio una vez más. Las autoridades tomaron medidas severas y, sin proceso ni juicio, el joven Jones fue enviado a trabajar en un barco. Al año siguiente su barco entró en Portsmouth para ser reparado, y él inmediatamente desembarcó y se fue andando a Londres. Fue arrestado antes de llegar al palacio y devuelto nuevamente al barco, el *Warspite*. En esta ocasión se pudo comprobar que «su aspecto personal ha mejorado mucho y está más corpulento». Después, se dejó de hablar de él, aunque más tarde, en 1844, se le mencionó por última vez, cuando se cayó al agua una noche entre Túnez y Argel. Fue rescatado, pero se sospechó, según explicó uno de los oficiales del *Warspite* en una carta al periódico *The Times*, que esta caída no había sido accidental, sino que se había tirado deliberadamente al Mediterráneo para «ver encendida la luz de la guindola salvavidas». ¿Qué otra cosa se podía esperar de un muchacho con tales antecedentes?

Pero el malestar y la inquietud no eran las únicas consecuencias de la mala administración de la casa; el despilfarro, el lujo desmedido y la malversación, que también provenía de lo mismo, eran incalculables. Había gastos ridículos y abusos de todo tipo. Por ejemplo, estaba en vigor la norma milenaria e inalterable de que una vela que se había encendido una vez nunca se debía volver a encender; lo que pasaba con las velas usadas nadie lo sabía. Examinando la contabilidad, el príncipe se quedó perplejo una vez más al comprobar un gasto semanal de treinta y cinco chelines en concepto de «vino para la habitación roja». Investigó este punto y con grandes dificultades descubrió que durante el reinado de Jorge III se había usado para la guardia una habitación que tenía tapices rojos, y se habían asignado treinta y cinco chelines al día para abastecer de vino a los oficiales. La guardia había dejado la habitación hacía ya mucho tiempo, pero el pago para «el vino de la habitación roja» continuaba, y el dinero lo recibía un oficial que estaba a medio sueldo y que ocupaba la posición puramente formal de ayudante de mayordomo.

El príncipe, después de una laboriosa investigación y de una tenaz lucha contra los innumerables intereses convertidos en ley por los muchos años de negligencia, llevó a cabo una reforma completa. Las diversas autoridades contradictorias se vieron obligadas a ceder sus poderes a una sola persona, el jefe de la Casa Real, que se convirtió en el único responsable de toda la administración de los palacios reales. Se hicieron grandes ahorros y se terminó con los inveterados abusos, entre ellos con el del desgraciado oficial a medio sueldo de la «habitación roja», a quien se dio a elegir, para sorpresa suya, entre renunciar a sus ingresos semanales o desempeñar de verdad las funciones de ayudante de mayordomo. Incluso las irregularidades entre los lacayos, etc., disminuyeron considerablemente. La situación provocó grandes protestas y el príncipe fue acusado de intromisión, de injusticia y de ahorrar velas, pero él siguió adelante con su plan, y, sin que pasara mucho tiempo, la admirable administración de la Casa Real fue reconocida como una prueba convincente de su perseverancia y capacidad.

Al mismo tiempo, la actividad del príncipe iba siendo mucho mayor en otra esfera todavía más importante. Se había convertido en el secretario particular de la reina, en su asesor confidencial, en su mano derecha. Ahora asistía siempre a las reuniones de Victoria con sus ministros. Al igual que la reina, se interesó especialmente por la política exterior, y no había asunto público en el que no se dejara sentir su influencia. Se estaba operando simultáneamente un doble proceso: por un lado, Victoria estaba sucumbiendo cada vez más al predominio intelectual de Alberto y, por otro, éste iba centrando su interés por completo en la maquinaria política, con las constantes y múltiples cuestiones de un gran Estado. Ya nadie le podía llamar diletante; trabajaba duro, era un personaje público, un hombre de grandes negocios. Stockmar observaba el cambio con júbilo, y escribía: «El príncipe se ha perfeccionado mucho últimamente. Es evidente que tiene talento para la política. También se ha vuelto mucho más independiente. Su actividad mental va en constante aumento y dedica

gustoso la mayor parte de su tiempo a asuntos políticos». «En cuanto a sus relaciones matrimoniales —añadía el barón—, son inmejorables».

La actitud de Victoria hacia Peel cambió por completo antes de que el mandato de éste terminara. Por un lado, el aprecio que Peel sentía por el príncipe había ablandado el corazón de la reina, y, por otro, ella se daba cuenta de que su naturaleza afectuosa y sincera en el trato privado con las personas que él deseaba complacer tenía el poder de disipar paulatinamente la torpeza de sus modales. Con el tiempo llegó a tenerle en gran estima y a sentir por él profundo respeto y adhesión. Hablaba de «nuestro respetable Peel», por quien decía sentir una «extrema admiración», afirmando que había demostrado ser «un hombre de una lealtad, un valor y un patriotismo infinitos, de pensamientos nobles»; y su conducta hacia mí, podría decir que ha sido casi la de un caballero. Ahora temía que Peel cesara en el gobierno con la misma intensidad que en otro tiempo había temido que lo hiciera lord Melbourne. Confesaba que sería una gran calamidad. ¿Qué hubiera dicho hacía seis años si un profeta la hubiera anunciado que llegaría un día en que se sentiría horrorizada por el triunfo de los *whigs*? Sin embargo, no había escapatoria; tenía que hacer frente a la vuelta al poder de sus viejos amigos. El príncipe jugó un papel trascendental en la crisis de gobierno de 1845 y 1846. Era de dominio público que él era el verdadero eje de las negociaciones, el que de hecho controlaba el poder y las funciones de la Corona. El proceso seguido hasta llegar a este punto había sido tan paulatino que pasó casi inadvertido; pero se puede asegurar, sin temor a equivocarse, que al término del gobierno de Peel, Alberto había pasado a ser el rey de Inglaterra.

VI

El triunfo definitivo del príncipe acarrió la caída, también definitiva, de lord Melbourne. Un año después de perder el poder tuvo un ataque de parálisis y, aunque aparentemente se había recuperado, perdió para siempre su elasticidad. Melancólico, desasosegado y triste, se le veía deambular como un fantasma por las calles de la ciudad prorrumpiendo en soliloquios en lugares públicos, o haciendo preguntas extrañas de repente, *à propos de bottes*. «Que me cuelguen si lo hago por ti, mi lord», se le oyó decir en un salón del Club Brook en una ocasión en que estaba allí, solo, de pie y echando discursos al aire, después de meditarlos mucho. En una cena en casa de lady Holland, aprovechando una pausa de la conversación e inclinándose hacia el centro de la mesa, preguntó de repente y de manera muy abrupta a uno de los comensales: «¿No cree Vd. que fue un acto detestable por parte de Enrique IV el que cambiara su religión para asegurarse la Corona?». Se pasaba las horas en casa, sentado, cavilando con tristeza y preocupación. Después reflexionaba sobre sus libros, sus clásicos y sus Testamentos, pero no le reportaban ningún consuelo.

Suspiraba por volver al pasado, por lo imposible, por la crueldad de Caro, por las insulsas conversaciones de Windsor, por no sabía qué. Sus amigos se habían apartado de él, y no es extraño —se decía con amargura—, porque el entusiasmo está muerto. Secretamente confiaba en volver al poder, escudriñaba el periódico con ansiedad y de vez en cuando daba un discurso en la Cámara de los Lores. Continuaba manteniendo correspondencia con la reina y a veces aparecía por la Corte; pero sólo era una sombra de lo que había sido. «El sueño —escribía Victoria— ha quedado atrás». En cuanto a sus ideas políticas, resultaban intolerables. El príncipe era un fervoroso defensor del librecambismo y, por lo tanto, la reina también. En una cena celebrada en Windsor, que coincidía con la revocación de las leyes para los cereales, lord Melbourne, para turbación de todos los asistentes, dijo de pronto: «Majestad, es un decreto-ley abominable y fraudulento». Su Majestad sonrió y trató de cambiar la conversación, pero sin éxito, porque lord Melbourne volvía a la carga una y otra vez: «Digo, Majestad, que es abominable y fraudulento», hasta que la reina le contestó: «Lord Melbourne, le ruego que no mencione más el tema por el momento»; y por fin se calló.

La reina era cariñosa con él, le escribía largas cartas y siempre recordaba el día de su cumpleaños; pero era un cariño distante, y él lo sabía. Ahora era «el pobre lord Melbourne». Vivía preso de una gran inquietud. Trató de poner sus cinco sentidos en la situación de la agricultura y en el «Movimiento de Oxford». Escribió un memorándum con una letra totalmente indescifrable. Estaba convencido de que había perdido todo el dinero y no podría, de ninguna manera, ser un Caballero de la Noble Orden de la Jarretera. Le daba muchas vueltas a todo: si Peel dejaba el gobierno, él podría ser requerido, ¿por qué no? Nunca lo fue. Los *whigs* le ignoraron, y la presidencia del partido pasó a lord John Russell. Cuando lord John llegó a primer ministro se comportó con exquisita corrección, pero lord Melbourne no fue requerido para formar parte del gabinete. Soportó el golpe con toda afabilidad y, al fin, comprendió que ese era el final.

Su vida se prolongó dos años más, durante los cuales fue perdiendo poco a poco la lucidez y sumergiéndose en la senilidad. A veces se incorporaba en la silla y se le oía murmurar, con inesperada oportunidad, las palabras de Sansón:

*So much feel my genial spirits droop,
My hopes all flat, nature within me seems
In all her functions weary of herself,
My race of glory run, and race of shame,
And shall shortly be with them that rest.*

Unos días antes de la muerte de lord Melbourne, cuando Victoria se enteró de que no había esperanza alguna de que se recuperara, se paró a pensar un poco en aquel hombre que había sido en otro tiempo su primer ministro. Escribió a su tío,

diciéndole: «Te afligirás al saber que nuestro querido viejo amigo Melbourne está a punto de morir... No se puede olvidar lo bueno, lo amable y lo afable que era, y su recuerdo me trae muchas cosas a la memoria, aunque nunca desearía, ¡bien lo sabe Dios!, que aquellos tiempos volvieran otra vez».

No había peligro de que así fuera. Los acontecimientos se movían ahora por derroteros muy diferentes. La seriedad de Alberto, la atención que los niños le exigían, sus propias inclinaciones y la evolución del mundo que la rodeaba se combinaban para instarla a seguir un apretado programa de obligaciones públicas y domésticas. La familia siguió aumentando constantemente. Cuando el príncipe de Gales tenía dieciocho meses nació la princesa Alicia; un año después, el príncipe Alfredo; luego, la princesa Elena y, dos años más tarde, la princesa Luisa, y todo parecía indicar que la preciosa ristra de infantes todavía no estaba completa. Los padres, cada vez más dedicados a la vida y la felicidad familiares, encontraban engorrosa la pompa de Windsor y deseaban un lugar más apartado donde poder gozar de mayor intimidad. Siguiendo los consejos de Peel, compraron la finca Osborne, en la isla de Wight. Con habilidad y buena administración habían podido ahorrar una importante cantidad de dinero que les permitió no sólo comprar el terreno, sino también construir y amueblar una casa a su gusto con un presupuesto de doscientas mil libras. En Osborne, al lado del mar y entre bosques que Alberto había mandado plantar cuidadosamente, con el recuerdo de Rosenau siempre vivo en su mente, la familia real pasaba todas las horas que podía robar a Windsor y Londres, maravillosos periodos de completo aislamiento y de trabajo en paz. El pueblo aprobaba esta forma de vida. Algunos aristócratas probablemente reían con desdén, pero entre la mayoría de la nación la reina gozaba otra vez de grandes simpatías. La clase media, en particular, estaba muy complacida. A sus miembros les encantaba ver a la pareja enamorada; les gustaba esta familia que combinaba los privilegios de la realeza y la virtud, y en la que ellos podían ver reflejadas, como en un resplandeciente espejo, las imágenes de sus propias vidas.

Así, su propia existencia, menos excelsa pero tan dulcemente parecida, adquiría una acrecentada excelencia desde el comienzo del día: la rutina, la comida sencilla, los juegos de salón, el rosbif y el budín Yorkshire, todo era como en Osborne. Se trataba, sin duda, de una Corte ejemplar. No sólo sus personajes centrales eran modelos de corrección, sino que, además, ni el más pequeño escándalo, ni sombra alguna de conducta indecorosa tenían cabida en sus alrededores. Porque Victoria, con todo el entusiasmo de una conversa, defendía ahora los valores morales con inflexibilidad, superando incluso la rigidez de Alberto. Se ruborizaba sólo de pensar que alguna vez había creído —y de hecho así se lo había dicho a él— que no era preciso ser excesivamente estricto y meticuloso en tales aspectos y que había que mostrarse indulgente con los pecados de los demás. Pero ella no era ya la discípula de lord Melbourne, sino la mujer de Alberto. Más todavía, era la personificación del triunfo de una nueva era en la historia de la humanidad. Los últimos vestigios del

siglo XVIII habían desaparecido; el cinismo y la astucia habían quedado trasnochados, y el deber, el trabajo, la moralidad y la vida doméstica triunfaban en su lugar. Incluso los muebles habían adoptado, en justa correspondencia, formas severas y sólidas. La era victoriana estaba en pleno apogeo.

VII

Sólo quedaba por hacer una cosa más: había que dar expresión física a los nuevos ideales y a las nuevas fuerzas para que así pudieran mostrar visiblemente su gloria ante los ojos de un mundo maravillado. Le correspondía a Alberto satisfacer esta necesidad. Reflexionando sobre el tema, le vino la inspiración: se le ocurrió la idea de la Gran Exposición.

Sin consultar con nadie, dio forma a todos los pormenores de su idea con minucioso esmero. Ya había habido otras exposiciones en el mundo, pero ésta tenía que superarlas a todas. Contendría muestras de “lo que cada país pudiera aportar en materias primas, en maquinaria e inventos mecánicos, en producción y en las artes aplicadas y plásticas”. Ahora bien, no tenía que ser sólo práctica y decorativa: debía contener una lección moral. Sería un monumento internacional a esos supremos adelantos de la civilización: paz, progreso y prosperidad. Desde hacía algún tiempo el príncipe venía dedicando gran atención a los problemas del comercio y de la industria. Era muy aficionado a todo tipo de maquinaria y en más de una ocasión había detectado, con la precisión de un experto, la falta de un diente en la rueda de cualquier complicado motor. Cuando visitó Liverpool para inaugurar un muelle que llevaría su nombre —el Muelle Alberto—, se quedó muy impresionado ante la grandeza de las modernas fuerzas industriales, aunque en una carta a Victoria en la que describía sus experiencias lo hacía con su acostumbrada jovialidad: «Mientras escribo —comentaba con humor— tú estarás retocándote como cada noche y no terminarás de arreglarte a tiempo para ir a cenar. Yo tengo que hacer lo mismo, pero no —eso espero— con el mismo resultado... La lealtad y el entusiasmo de los habitantes son enormes, aunque el calor es más enorme todavía. Estoy seguro de que si se hubiera pesado esta mañana a los habitantes de Liverpool y se les pesara ahora otra vez, pesarían muchos gramos menos. Los muebles son fabulosos y la cantidad de barcos increíble». Desde su adolescencia, el príncipe había estado muy interesado por el arte y las ciencias; con la reforma de la Corte había demostrado que tenía grandes dotes para la organización; así pues, reunía las cualidades idóneas para llevar a cabo la tarea que había emprendido. Una vez que hubo madurado sus planes, convocó un pequeño comité y presentó el esquema que tenía trazado. El comité lo aprobó y se dio comienzo sin demora a la gran empresa.

Pasaron dos años antes de que fuera terminada. Durante ese tiempo el príncipe

trabajó con incansable entusiasmo. Al principio todo fue sobre ruedas. Los fabricantes más importantes acogieron la idea con sumo interés; las grandes naciones extranjeras estaban deseosas de contribuir; se obtuvo el valioso apoyo de sir Robert Peel, y el gobierno autorizó que el recinto se instalara en Hyde Park, lugar que el príncipe había elegido. Entre los doscientos treinta y cuatro proyectos que fueron presentados para el edificio de la Exposición, el príncipe eligió el de Joseph Paxton, famoso diseñador de invernaderos gigantes. La obra estaba a punto de comenzar cuando surgieron una serie de problemas inesperados: en ciertas esferas, la oposición al proyecto se había mantenido latente y ahora, de pronto, salía a la luz. Se desencadenó una enérgica protesta, encabezada por el periódico *The Times*, en contra de la utilización del parque para la Exposición; en algún momento llegó a parecer que el edificio tendría que ocupar finalmente algún lugar en las afueras; pero, tras un airado debate en la Cámara de los Comunes, los defensores de que el edificio se levantara en el parque ganaron la batalla. Después resultó que el proyecto carecía de suficiente apoyo económico; sin embargo, este obstáculo también se superó, y al final se obtuvo una contribución de doscientas mil libras como fondo de garantía. El enorme edificio de cristal se alzaba cada vez más alto, cubriendo grandes extensiones de terreno y albergando bajo su techo imponentes olmos, lo que hizo que la furia de sus detractores llegara a su punto culminante. La alta sociedad, los conservadores, los proteccionistas, los religiosos, todos unieron sus voces contra el proyecto. Se hizo ver que la Exposición serviría de punto de reunión a todos los criminales de Inglaterra y a todos los revolucionarios de Europa, y que el día de su inauguración habría, con toda seguridad, disturbios y probablemente una revolución. Se afirmó que el techo de cristal era poroso y que los excrementos de cincuenta millones de gorriones destruirían por completo cualquier obra de arte que estuviese debajo. Los inconformistas declaraban que la Exposición era una iniciativa perversa e insolente, que provocaría, infaliblemente, el castigo de Dios sobre la nación. En el primer debate sobre el tema celebrado en el Parlamento el coronel Sibthorpe hizo rogativas para que rayos y pedriscos cayeran del cielo sobre el maldito edificio. El príncipe, con inflexible perseverancia e infinita paciencia, siguió adelante con su objetivo, a pesar de que su salud se estaba viendo seriamente afectada: padecía de insomnio permanente y sus fuerzas estaban al límite. Pero recordaba los mandatos de Stockmar y no cejaba en su empeño. Su trabajo se incrementaba cada día más: tomaba parte en comités, presidía reuniones públicas, pronunciaba discursos y mantenía comunicación con todos los rincones del mundo civilizado. Sus esfuerzos obtuvieron recompensa: el 1 de mayo de 1851, la reina inauguraba la Gran Exposición ante una nutrida concurrencia de público y entre escenas de deslumbrante brillantez y triunfante entusiasmo.

Victoria mostraba un estado de excitación que rozaba el delirio. Desempeñó su papel arrebatada de júbilo, de gratitud y de estupefacción, y cuando todo terminó sus sentimientos llovieron torrencialmente sobre su diario, hasta inundarlo: el día había

sido una sucesión interminable de glorias o, mejor dicho, una gloria inmensa, una inmensa radiación de Alberto. Todo lo que había visto, lo que había sentido u oído, había sido tan hermoso, tan maravilloso, que incluso los subrayados del diario real se rompían por el peso del énfasis, mientras su pluma, totalmente ajena, seguía plasmando detalles sin ningún orden, moviéndose de esplendor en esplendor: la gran multitud, de comportamiento ejemplar y leal; las banderas de todas las naciones ondeando; el interior del edificio tan inmenso, con miríadas de gente y el sol deslumbrante a través del techo; una pequeña habitación en un rincón, donde dejamos los chales; palmeras y maquinaria; mi querido Alberto; el edificio tan grande que apenas podíamos oír el órgano; todo gracias a Dios; una curiosa asamblea de políticos y de hombres distinguidos; la marcha de *Athalie*; ¡Dios bendiga a mi querido Alberto, Dios bendiga a mi querido país!; una fuente de cristal; el duque y lord Ánglesey paseando del brazo; una preciosa amazona en bronce, de Kiss; el señor Paxton, que puede estar bien orgulloso, y no era más que el ayudante de un simple jardinero; sir George Grey con lágrimas en los ojos, y todo el mundo asombrado y encantado...

Después de que el arzobispo de Canterbury rezara una breve oración, un coro de seiscientos voces rompió a cantar el *Aleluya* y se produjo un curioso incidente. En ese momento, un chino, vestido con el traje típico, salió en medio de la nave central y avanzando lentamente hacia el grupo real, tributó homenaje a Su Majestad. A la reina le causó honda impresión y dio por hecho que se trataba de un eminente mandarín; y cuando se formó el desfile final, como no había ningún representante del Celeste Imperio, se dieron órdenes para que él formara parte del cortejo diplomático. Así pues, el chino, con la mayor solemnidad, siguió a los embajadores. Más tarde desapareció, y las malas lenguas rumorearon que, lejos de ser un mandarín, se trataba de un vulgar impostor. Pero en realidad, nadie descubrió nunca la naturaleza de los comentarios que se escondían detrás de la incomparable impassividad de aquel rostro amarillo.

Unos días después del acontecimiento Victoria abrió su corazón a su tío. Le decía que el día de mayo fue «el día más grande de nuestra historia, el espectáculo más hermoso, majestuoso y conmovedor nunca visto, y el triunfo de mi amado Alberto... Fue el día más feliz y más orgulloso de mi vida y no dejó de pensar en él. El nombre querido de Alberto ha quedado immortalizado con esta grandiosa idea, nuestro querido país demostró que era digno de él. El triunfo es inmenso».

Lo fue, el entusiasmo fue universal; incluso los críticos más resentidos se convirtieron y se sumaron al coro de los elogios. Las felicitaciones de las corporaciones estatales se sucedían; la ciudad de París dio una gran fiesta al comité de la Exposición, y la reina y el príncipe hicieron una gira triunfal por el norte de Inglaterra. Los resultados económicos fueron igualmente extraordinarios. El beneficio total obtenido por la Exposición alcanzó la suma de ciento sesenta y cinco mil libras, que se destinaron a comprar un terreno en el sur de Kensington donde se levantaría un Museo Nacional permanente. Durante los seis meses que la Exposición

estuvo en Hyde Park la visitaron más de seis millones de personas y no hubo que lamentar ni un sólo accidente. Pero todas las cosas tienen un fin, y había llegado el momento de que el Palacio de Cristal fuera trasladado al saludable retiro de Sydenham. Victoria, triste pero resignada, lo visitó por última vez, y comentaba: «Estaba tan precioso que no me podía creer que fuera la última vez que iba a verlo. Un órgano, acompañado por un fino y potente instrumento de viento, estaba tocando, y casi me emocioné. Las lonas están muy sucias, las cortinas rojas están descoloridas y otras muchas cosas están también muy descuidadas; sin embargo, el efecto es tan nuevo y fresco como siempre, y hermosísimo. Ya habían quitado la fuente de cristal... y zapadores y minadores andaban moviendo cajas de un lado a otro, como lo habían hecho al principio. Todos nos pusimos muy melancólicos». Pero siguieron pensamientos más alegres. Cuando todo terminó, la reina escribió una ditirámica carta al primer ministro expresándole su infinita satisfacción. El nombre de su querido marido, decía, estaba inmortalizado para siempre, y que esto fuera universalmente reconocido por el país era para ella una fuente inmensa de felicidad y gratitud. Su Majestad concluía: «La reina tiene que estar agradecida a la Providencia por haberle permitido unirse a un príncipe tan grande, tan noble y tan excelente, y este año será siempre el más orgulloso y más feliz de su vida. El día de la clausura de la Exposición (a la que la reina lamenta muchísimo no haber podido asistir) era el duodécimo aniversario de su matrimonio con el príncipe, lo cual es una curiosa coincidencia».

5

Lord Palmerston

I

En 1851, la fortuna del príncipe alcanzó las más altas cotas. El éxito de la Gran Exposición mejoró enormemente su prestigio y pareció que iba a asegurarle en lo sucesivo un puesto destacado en la vida de la nación. Pero, además, antes de que terminara el año consiguió otro triunfo, esta vez en una esfera muy diferente. Este éxito, grande y de consecuencias decisivas, no era más que el resultado de una serie de complicadas circunstancias que se habían ido acumulando durante años hasta llegar a su punto culminante.

Las antipatías que cosechaba Alberto entre la alta sociedad no disminuían con el tiempo. Los aristócratas seguían mirándole con desaprobación, y él iba quedando relegado cada vez más a un segundo plano. Pero, de repente, pareció que la aversión de la aristocracia iba a convertirse en cordialidad. Se enteraron, con gran sorpresa, de que el príncipe había practicado la caza del zorro durante unos días pasados en el campo, y de que lo había hecho extraordinariamente bien. Siempre habían dado por sentado que sus conocimientos de equitación no eran de primera clase, porque procedían de un país extranjero, y ahora le tenían ahí, saltando cualquier obstáculo del camino y corriendo a toda velocidad detrás del zorro, con la destreza de una persona nacida y criada en el condado de Leicester. No se lo podían creer. ¿Sería posible que estuvieran equivocados y que Alberto, después de todo, fuera un buen muchacho? Si al príncipe le hubiera interesado que tuvieran esa opinión de él, seguramente se habría aferrado a aquella oportunidad, habría comprado varios caballos diestros en la caza y habría estado exhibiendo sus habilidades en la equitación constantemente. Pero no era ese su deseo; le caza le aburría y a Victoria la ponía nerviosa. Por lo tanto, continuó como antes, montando a caballo, como él mismo decía, porque era un buen ejercicio o por conveniencia, pero no por diversión. De esta forma quedó bien claro que el príncipe sabía montar, pero que no era un deportista.

Este era un asunto importante. No se trataba simplemente de que las refinadas damas se rieran de Alberto y de que los delicados caballeros se mofaran de él; no era simplemente que Victoria, que antes de casarse había tenido un papel en la sociedad, lo hubiera abandonado ahora completamente bajo la influencia de su marido. Desde Carlos II, todos los soberanos ingleses, excepto uno, habían llevado una vida muy anticuada, y el hecho de que la excepción fuera Jorge IV parece confirmar la regla.

Lo realmente preocupante no era que no estuvieran a la moda, sino que carecían de otras cualidades más importantes. Pero la hostilidad de la aristocracia era sintomática de un antagonismo más profundo. Lo que detestaban, en definitiva, era que el príncipe no tuviera nada típico de un inglés. Lord Palmerston también era un hombre anticuado, y tenía que sufrir la mirada desdeñosa de los grandes aristócratas *whigs*, que le toleraban como una desgracia deparada por el destino. Sin embargo, lord Palmerston era inglés hasta la médula, había algo en él que expresaba con extraordinario vigor las cualidades fundamentales de la raza inglesa. Y era la antítesis del príncipe. No obstante, por una de esas curiosas casualidades de la vida, este hombre tan típicamente inglés hubo de relacionarse con el príncipe de forma más directa que ningún otro hombre del país. Por ello, diferencias que en otras circunstancias más favorables podrían haber sido allanadas e incluso eliminadas, se acentuaron hasta alcanzar su punto máximo. Todas las fuerzas ocultas del alma de Alberto se lanzaron contra su adversario, dando lugar a un largo y violento conflicto en el que parecía estar luchando contra la misma Inglaterra.

Palmerston había pasado toda su vida en el gobierno del país. A los veintidós años fue ministro; a los veinticinco se le ofreció la cartera de Hacienda, responsabilidad que, debido a esa prudencia que formaba parte de su carácter, se había negado a aceptar. En el primer cargo que desempeñó en el gobierno se mantuvo veintiún años ininterrumpidamente. Cuando lord Grey llegó al poder, recibió la cartera de Asuntos Exteriores, cargo que ocupó, con dos intervalos, durante otros veintiún años. A lo largo de todo este periodo, su reputación se consolidó, y cuando en 1846 llegó a ser ministro de Asuntos Exteriores por tercera vez, su posición en el país podía equipararse casi a la del primer ministro, lord John Russell. Era un hombre de sesenta y dos años, alto y fuerte, con aire desenvuelto, cara larga, bigotes teñidos y el labio superior grueso y burlón. Su vida privada dejaba mucho que desear, aunque su puesto en la sociedad se había consolidado al casarse, ya mayor, con lady Cowper, hermana de lord Melbourne y una de las personas más influyentes entre los *whigs*. Poderoso, experimentado y con una gran confianza en sí mismo, Palmerston prestaba muy poca atención a Alberto. ¿Por qué tenía que prestársela? ¿Estaba el príncipe interesado en la política exterior? Bien, pues entonces que el príncipe se la prestara a él; a él, que había sido ministro cuando Alberto todavía estaba en la cuna, que era el dirigente elegido por una gran nación y que nunca en su vida había fracasado en nada que hubiera emprendido. No es que deseara, ni mucho menos, la atención del príncipe: por lo que había podido apreciar, Alberto no era más que un joven extranjero, cuyo defecto consistía en no tener ningún vicio y cuya única distinción era la de haber tenido la suerte de casarse con la reina de Inglaterra. Pero esta estimación, como pudo darse cuenta más tarde a costa suya, era equivocada. Alberto no era, ni mucho menos, una persona insignificante, y además, tras él había otra figura que tampoco lo era: el barón Stockmar.

Pero Palmerston, ocupado en sus planes, sus ambiciones y la dirección de un gran

departamento, dejó a un lado tales consideraciones. Actuaba por intuición, con mucha vista y mano dura; era un diestro gobernante que sabía superar cualquier crisis que se presentara y tenía un sexto sentido para detectar los elementos vitales de cada situación. Era muy audaz, y nada le emocionaba más que gobernar el barco de la nación con viento fuerte, en un mar bravío y con todas las velas desplegadas. Pero hay un punto a partir del cual la audacia se convierte en temeridad, y ese punto sólo es perceptible por la intuición, no por la razón; Palmerston nunca sobrepasó esa barrera. Podía ir lento, muy lento si era preciso, cuando veía que el caso lo requería. De hecho, toda su carrera, llena de intrépidas aventuras, fue, sin embargo, la magistral materialización del refrán francés «*Tout vient à point à qui sait attendre*». («Todo llega a tiempo para quien sabe esperar»). Pero, si decidía ir rápido, nadie le ganaba. Un día, cuando regresaba de Osborne a Londres, perdió el tren; pidió que se le pusiera uno especial, pero el jefe de estación le explicó que poner un tren extra en las vías a esa hora del día suponía un peligro que él no podía permitir. Palmerston insistió, alegando que tenía que resolver en Londres asuntos que no podían esperar. El jefe de estación, secundado por todos los oficiales, continuaba resistiéndose; decía que la compañía no podía contraer esa responsabilidad de ninguna manera. «¡Bajo mi responsabilidad, entonces!», dijo Palmerston, en su tono brusco y autoritario, tras lo cual, el jefe de estación pidió el tren y el señor ministro de Exteriores llegó a Londres a tiempo de atender su trabajo, sin accidente alguno. El caso es un ejemplo típico del valor con que dirigía tanto sus asuntos particulares como los de la nación. Solía decir: «Inglaterra es lo bastante fuerte como para aguantar las consecuencias». Y parece ser que bajo la dirección de Palmerston lo era. Mientras los funcionarios protestaban y temblaban de miedo, él les decía adiós con la mano, repitiéndoles su conocida frase «bajo mi responsabilidad», y llevaba al país velozmente por donde él quería, a un destino victorioso y sin ningún accidente. Su inmensa popularidad fue, en parte, el resultado de su éxito diplomático, y también el de su extraordinaria afabilidad personal, pero, sobre todo, el de la sincera intensidad con que respondía a las opiniones y defendía los intereses de sus compatriotas. El pueblo sabía que tenía en lord Palmerston no sólo a un maestro que era todo valor, sino también a un servidor fiel: era un hombre público en toda la extensión de la palabra. En una ocasión, cuando ya era primer ministro, observó que se había colocado una valla de hierro cercando el césped en Green Park; inmediatamente escribió una carta al ministro responsable en la que le ordenaba en términos muy severos que se quitara al instante, porque era «un estorbo insufrible», y le explicaba que la finalidad del césped era que «todos, jóvenes y viejos, lo pisen libremente y sin limitaciones, ya que los parques se mantienen para que ellos los disfruten». Y como ministro de Asuntos Exteriores velaba, con esa misma energía, por el bienestar de los ingleses en el extranjero. Los británicos estaban encantados con su actitud, pero los gobiernos de otros países no tanto; le tachaban de entrometido, exasperante y alarmista. En París hablaban aterrorizados de *ce terrible* milord Palmerston, y en Alemania le hicieron una

cancioncilla:

Hat der Teufel einen Sohn, so ist er sicher Palmerston.
(«El diablo tiene un hijo que se llama Palmerston»).

Pero todas sus quejas, amenazas y campañas eran en vano. Palmerston, con su labio superior burlonamente curvado, afrontaba las consecuencias y seguía su camino.

La primera crisis diplomática que surgió después de su vuelta al gobierno, aunque tuvo muy preocupados al príncipe y a la reina, pasó sin que hubiera serias discrepancias entre la Corte y el ministro. Hacía algunos años que un curioso problema confundía a las cancillerías extranjeras. España, víctima de revueltas civiles desde la época de Napoleón, había retornado durante algún tiempo a una relativa normalidad bajo la regencia de María Cristina, madre de la joven reina Isabel II. El matrimonio de Isabel, que llevaba algún tiempo siendo motivo de especulaciones diplomáticas, se convirtió en 1846 en un tema de palpitante actualidad. Había varios candidatos a su mano: dos primos suyos, otro príncipe español y el príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo, primo carnal de Victoria y Alberto. Sin embargo, por varias y diferentes razones, ninguno de estos jóvenes reunía todas las cualidades deseadas. Isabel no había cumplido aún los dieciséis años, y aunque era lógico pensar que el matrimonio podía posponerse algunos años más, esa posibilidad ni siquiera se contemplaba. «*Vous ne savez pas —decía un alto cargo— ce que c'est que ees princesses espagnoles; elles ont le diable au corps, et on a toujours dit que si nous ne nous hâtions pas, l'héritier viendrait avant le mari*». («No podéis imaginar cómo son las princesas españolas; tienen el diablo en el cuerpo, y siempre se ha dicho que, si no nos damos prisa, el heredero llegará, antes que el marido»). También era lógico suponer que el matrimonio de la joven reina fuera un asunto a resolver entre ella, su madre y el gobierno español; pero éste tampoco era el caso. Por el contrario, se había convertido en una cuestión de enorme importancia para la política exterior tanto de Inglaterra como de Francia. Durante varios años, Luis Felipe y su primer ministro, Guizot, habían estado madurando un plan muy sutil. El rey francés se había propuesto repetir el glorioso golpe de Luis XIV y abolir los Pirineos colocando a uno de sus nietos en el trono de España. Para llevar a cabo su objetivo, no se aventuró a sugerir que su hijo menor, el duque de Montpensier, se casara con Isabel, pues éste hubiera sido un paso demasiado evidente que habría levantado una oposición inmediata y difícil de superar. Por lo tanto, propuso que Isabel se casara con su primo, el duque de Cádiz, y que Montpensier se casara con la infanta Luisa Fernanda, hermana pequeña de Isabel. ¿Qué objeciones podrían hacerse a esto? El astuto y viejo rey cuchicheó al casto oído de Guizot la clave del secreto: sabía de buena tinta que el duque de Cádiz no podía tener hijos y, por tanto, los descendientes de Luisa Fernanda heredarían la Corona de España. Guizot se frotó las manos y comenzó inmediatamente a hacer las

gestiones necesarias, pero, como cabía esperar, el plan fue pronto descubierto y divulgado. El gobierno inglés adoptó una postura extremadamente seria en el asunto; el equilibrio de poder estaba claramente en peligro, y la maniobra francesa debía ser frustrada a toda costa. Se desencadenó una reñida lucha diplomática, y en algunos momentos pareció que estaba a punto de estallar en España una segunda guerra de Sucesión. La guerra se evitó, pero las consecuencias de este extraño embrollo fueron de gran alcance y muy diferentes de las que todas las partes interesadas podían esperar.

Durante las largas e intrincadas negociaciones, Luis Felipe trató con especial atención la candidatura del príncipe de Sajonia-Coburgo. Declaraba que la perspectiva de un matrimonio entre un príncipe Coburgo y la reina de España suponía, por lo menos, la misma amenaza para el equilibrio del poder en Europa que la de un matrimonio entre el duque de Montpensier y la infanta, afirmación totalmente discutible. La ruina en la que había caído la Casa de los Coburgo durante las guerras napoleónicas parecía que sólo hubiera servido para multiplicar su vitalidad, ya que la noble familia se había extendido por toda Europa de una forma extraordinaria: el rey Leopoldo estaba firmemente asentado en Bélgica; la reina de Inglaterra y su marido eran sobrinos suyos; otro estaba casado con la reina de Portugal; y un cuarto sobrino era el duque de Wurtemberg. ¿Hasta dónde iban a llegar? Parecía que existiera un «Monopolio Coburgo» dispuesto en todo momento a enviar a alguno de sus miembros a ocupar cualquiera de las vacantes producidas entre las familias que gobernaban Europa; incluso había indicios de que la infección podía propagarse allende los mares. Un estadounidense que visitó Bruselas había asegurado al rey Leopoldo que en Estados Unidos existía una acusada tendencia a favor de la monarquía, y le había sugerido, para deleite de Su Majestad, que alguna rama de la familia Coburgo podía ocupar el puesto. Tal vez éste fuera un peligro remoto, pero el peligro en España era inmediato; si el príncipe Leopoldo se casaba con la reina Isabel, Francia quedaría en una posición muy humillante. Tales eran las aseveraciones de Luis Felipe. El gobierno inglés no tenía interés en apoyar al príncipe Leopoldo, y aunque Alberto y Victoria habían abrigado alguna esperanza con el matrimonio, la sabiduría de Stockmar les indujo a desechar la idea. Por fin, el camino parecía estar abierto a una solución: Inglaterra adoptaría una postura razonable respecto a Leopoldo, si Francia hacía lo mismo con Montpensier. En el castillo de Eu, durante una serie de conversaciones entre el rey y Guizot, por un lado, y la reina, el príncipe y lord Aberdeen, por otro, se llegó a un acuerdo. Aberdeen, como ministro de Asuntos Exteriores, declaró que Inglaterra ni reconocería ni apoyaría la candidatura del príncipe Leopoldo a la mano de la reina de España, mientras que Luis Felipe prometió con toda solemnidad a Aberdeen y a Victoria que el duque de Montpensier no se casaría con la infanta Luisa Fernanda hasta que la reina se hubiera casado y tuviera descendencia. Todo marchaba bien y la crisis parecía haber pasado, cuando Palmerston, que había sucedido a Aberdeen en su ministerio, recomenzó la cuestión

de repente. En un despacho que el ministro inglés envió a Madrid, citaba al príncipe Leopoldo de Coburgo entre una lista de posibles candidatos a la mano de la reina Isabel, y aprovechaba además para denunciar, con un estilo mordaz, la tiranía y la incompetencia del gobierno español. Este comunicado, a todas luces indiscreto, lo fue infinitamente más al ser conocido por Guizot. Luis Felipe vio la oportunidad que se le ofrecía y se precipitó sobre ella. Aunque no había nada que indicara que Palmerston reconocía o apoyaba al príncipe Leopoldo, el rey dio por hecho automáticamente que los ingleses habían roto su compromiso y que, por tanto, él era libre de hacer lo mismo. A continuación, envió un comunicado a la reina madre en el que afirmaba que los ingleses estaban intrigando a propósito del matrimonio con el príncipe de Coburgo, resaltaba la hostilidad de Palmerston hacia el gobierno español y la instaba a que se evitara problemas y se asegurase la amistad de Francia casando a Isabel con el duque de Cádiz y a Luisa Fernanda con Montpensier. La reina madre, alarmada y furiosa, fue fácil de convencer. Ahora sólo quedaba una dificultad que salvar: Isabel odiaba la sola presencia de su primo. Pero esto se superó pronto; se celebró una cena en el palacio seguida de una extravagante fiesta en el curso de la cual se indujo a la joven a aceptar cualquier petición que se le hiciera. Sin que pasara mucho tiempo, y en el mismo día, se celebraron los dos matrimonios.

La noticia cayó como una bomba en el gobierno inglés, que veía con humillación cómo el astuto rey francés había sido más hábil. Victoria estaba furiosa. No sólo había recibido personalmente la promesa de Luis Felipe, sino que éste había sabido ganársela obsequiando al príncipe de Gales una caja de soldados y a la princesa real una preciosa muñeca parisiense que abría y cerraba los ojos. Así pues, al perjuicio se unía el insulto. La reina de Francia escribió a Victoria una carta muy ceremoniosa, anunciándole con mucha calma el acontecimiento familiar del que estaba segura que Victoria se alegraría, la boda de su hijo Montpensier, «*qui ajoutera à notre bonheur intérieur, le seul vrai dans ce monde, et que vous, Madame, savez si bien apprécier*». («Que contribuirá a nuestra felicidad interior, la única verdadera en este mundo, y que usted, Madame, tan bien sabe apreciar»). Pero la venganza de la reina de Inglaterra no se hizo esperar mucho tiempo. Al cabo de dieciocho meses, la monarquía de Luis Felipe, desacreditada, impopular y fatalmente debilitada por la retirada del apoyo inglés, fue arrinconada en la oscuridad, mientras él y su familia se arrojaban a los pies de Victoria suplicándole ayuda.

II

Durante el desarrollo de todo este asunto, la reina y el príncipe habían estado tan ocupados con las intrigas de Luis Felipe que no les había quedado ni tiempo ni ánimo para ocuparse de las de Palmerston; pero, por supuesto, en los puntos más

importantes, la actitud del ministro había estado en total acuerdo con la suya. Este fue un caso único, porque en el resto de las complicaciones surgidas con el extranjero — y hubo muchas en los años siguientes—, las diferencias entre la pareja real y el ministro de Asuntos Exteriores fueron serias y continuas. Tuvieron una acalorada discusión sobre Portugal, donde partidos violentamente hostiles se atacaban con furia unos a otros. Las simpatías reales estaban, naturalmente, del lado de la reina y su marido, un Coburgo, mientras que Palmerston apoyaba a los elementos progresistas del país. Sin embargo, hasta 1848 las tensiones no fueron verdaderamente serias. En ese año de revoluciones en que, por todas partes y con alarmante frecuencia, las coronas estaban desapareciendo de las cabezas reales, Alberto y Victoria se aterraban al comprobar que la política de Inglaterra estaba persistentemente encaminada —en Alemania, Suiza, Austria, Italia y Sicilia— a beneficiar a las fuerzas insurgentes. La situación era la ideal para Palmerston, justo de las que a él le gustaban: había emoción y peligro, necesidad de tomar decisiones, posibilidad de acción. Discípulo de Canning, sentía en lo más hondo de su corazón el desprecio y la antipatía del caballero inglés hacia los déspotas extranjeros, y le producía un infinito placer el espectáculo de las sublevaciones populares y de los opresores expulsados ignominiosamente de los palacios que habían deshonrado; y estaba decidido a dejar bien clara en todo el continente la postura de Inglaterra en esta gran lucha. No es que él tuviera la más mínima noción de radicalismo filosófico; de hecho, no tenía nociones filosóficas de ningún tipo. Estaba bastante satisfecho siendo inconsecuente: conservador en casa y liberal en el extranjero. Había razones de peso para que los irlandeses permanecieran donde estaban, pero ¿qué tenía eso que ver con lo demás? Lo que a él le repugnaba no era esto, sino la situación, por ejemplo, en las cárceles políticas de Nápoles. No quería la guerra, pero se dio cuenta de que, sin ella y haciendo uso del poder inglés con tacto y determinación, se podría llevar más lejos la causa de los liberales en Europa. Era un juego difícil y arriesgado, pero se lanzó a jugarlo con deleite. Y entonces, justo cuando necesitaba de todo su valor y de toda la libertad de acción posible, comprobó con indignación que estaba siendo limitado y acosado a cada paso por... la gente de Osborne. Palmerston se dio cuenta de lo que pasaba: la oposición era sistemática y coherente, y la reina por sí sola no hubiera sido capaz de algo así; por lo tanto, era evidente que el príncipe estaba detrás de todo el asunto. Esta situación resultaba sumamente molesta, pero Palmerston tenía prisa y no estaba dispuesto a que le entretuvieran; si el príncipe insistía en seguir entrometiéndose habría que darle de lado.

Alberto estaba muy indignado. Desaprobaba firmemente tanto la política como la forma de actuar de Palmerston. Era opuesto al absolutismo, pero, en su opinión, el proceder de Palmerston iba encaminado a sustituir el absolutismo en toda Europa por algo posiblemente peor: la anarquía de facción y la violencia de las masas. Los peligros de este elemento revolucionario eran graves; incluso en Inglaterra el cartismo estaba muy extendido, y este siniestro movimiento podía dar al traste en

cualquier momento con la Constitución y abolir la monarquía. Con tales peligros en casa, estaba claro que no era el momento más idóneo para estimular la violencia en el extranjero. Alberto, como era natural, mostraba especial interés por Alemania. Sus instintos, su cariño y su predisposición eran decididamente alemanes; Stockmar estaba metido de lleno en la política del país, y además tenía muchos parientes miembros de las familias gobernantes de Alemania que, desde el tumulto de la revolución, le escribían largas e inquietantes cartas una vez a la semana. Así, después de estudiar el futuro del país con todos sus pros y sus contras, llegó a la conclusión, bajo las directrices de Stockmar, de que el objetivo de toda persona amante de Alemania debía ser tratar de unificarla bajo la soberanía de Prusia. La situación era compleja en extremo y la incertidumbre de lo que cada hora podía deparar, tremenda. Y además, veía con horror que Palmerston, lejos de entender o preocuparse por los pormenores de este trascendental problema, se precipitaba a ciegas y tomaba decisiones a diestro y siniestro, sin orden ni concierto, en su opinión, e incluso sin motivo, a no ser la total e irrazonable desconfianza que le inspiraba el Estado prusiano.

Pero, en realidad, la discrepancia del príncipe con la política de Palmerston era sólo un síntoma de las profundas diferencias de carácter que existían entre los dos hombres. Para Alberto, Palmerston era un egotista grosero e imprudente, en el que se daba una mezcla de arrogancia e ignorancia que no tenía más remedio que degenerar en locura y desastre. Nada le resultaba más repulsivo que una persona con tan poca paciencia, tan poca reflexión, tan pocos principios y tan poca costumbre de razonar. A él le era imposible pensar las cosas con precipitación, tomar decisiones sin reflexionar, actuar por impulsos que no tuvieran explicación. Todo tenía que hacerse a su debido tiempo y bien premeditado; las premisas de la situación tenían que estar primero bien establecidas, y después llegar a la conclusión correcta siguiendo una serie de pasos lógicos y racionales. En cuestiones complicadas —¿y qué cuestiones estudiadas a fondo no lo eran?—, la forma más prudente de actuar era plasmar las ideas en el papel, y ésta era la línea que Alberto adoptaba invariablemente, por laboriosa que fuera. También era interesante escribir un informe razonado después de un acontecimiento, y haber hecho lo mismo antes; por consiguiente, de cualquier evento que ocurriera, siempre existía un documento redactado por el príncipe. En una ocasión resumió en seis folios el tema de una conversación confidencial que había mantenido con sir Robert Peel, y después de leérselo a él en voz alta le pidió que lo firmase; sir Robert, que no era muy amigo de comprometerse a nada, comenzó a ponerse nervioso, ante lo cual el príncipe, dándose cuenta de que tenía que seguir la corriente a los ingleses con sus extrañas susceptibilidades, arrojó con mucho tacto el documento al fuego. En cuanto a Palmerston, jamás daba a nadie la oportunidad de leer un informe; parecía que detestaba intercambiar opiniones, y antes de exponer la situación, acometía proyectos descabellados que incluso podían implicar una guerra europea.

Intimamente relacionado con la cauta y concienzuda sensatez de Alberto, estaba también su afán de examinar cualquier asunto con meticulosidad y desde todos los ángulos, llegar hasta la raíz y actuar de estricto acuerdo con principios bien definidos. Bajo la tutela de Stockmar, se ocupaba continuamente de ampliar sus perspectivas y se esforzaba en prever problemas vitales tanto desde un punto de vista teórico como práctico, ambos con exactitud y en profundidad. Para una persona con la mente estructurada de esta forma, las actividades empíricas de Palmerston, que no tenía ni idea de lo que significaba la palabra «principios», le recordaban los incoherentes caprichos de un niño fastidioso. ¿Qué sabía Palmerston de economía, de ciencias o de historia? ¿Qué le importaban a él la moral y la educación? ¿Cuánto tiempo, a lo largo de su vida, se había dedicado a pensar en la forma de mejorar las condiciones de la clase obrera y en perfeccionar, en general, a la humanidad? Las respuestas a tales preguntas eran evidentes, y también era fácil imaginar cuál hubiera sido el comentario desenfadado de Palmerston: «¡Ah!, Su Alteza Real está ocupado en delicados proyectos y en cálculos benéficos, ¡perfecto! Pues bien, yo, por mi parte, puedo decir que estoy muy satisfecho con el trabajo de esta mañana: se ha quitado la valla de hierro de Green Park».

Sin embargo, el exasperante Palmerston prefería no hacer comentarios y actuar con ese silencio típico de sus imperdonables modos. Importantes informes del Ministerio de Asuntos Exteriores eran presentados a la reina cuando ya no había tiempo de hacer ninguna corrección, o sencillamente no le eran presentados; o a veces, cuando ella no estaba de acuerdo con algún punto e insertaba alguna enmienda, se hacía caso omiso de la corrección y se enviaba el informe en su forma original. La reina protestó. El príncipe protestó. Ambos protestaron juntos. No sirvió de nada. Palmerston decía que lamentaba muchísimo lo ocurrido, que no podía entenderlo, que llamaría al orden a los empleados, que naturalmente los deseos de Su Majestad serían complacidos y que tal cosa no volvería a repetirse. Pero, por supuesto, en seguida se repitió, y las protestas reales se intensificaron. Las pasiones partidistas de Victoria se reavivaron con fuerza y rodeó sus protestas de una vehemencia personal que las de Alberto no tenían. ¿Se olvidaba lord Palmerston de que ella era la reina de Inglaterra? ¿Cómo podía tolerar un estado de cosas en el que se escribían despachos en su nombre y se mandaban al extranjero sin su aprobación y hasta sin su conocimiento? ¿Había algo más humillante para su posición que verse obligada a recibir indignadas cartas de los soberanos a quienes esos documentos iban dirigidos, cartas que no sabía cómo contestar porque estaba de acuerdo con ellas punto por punto? Se dirigió al primer ministro: «No hay reproche que surta efecto en lord Palmerston». «Lord Palmerston —dijo en otra ocasión— afirmó, como siempre, no haber tenido tiempo de presentar a la reina un borrador antes de mandar el despacho». Más tarde, Victoria requirió la presencia de lord John para descargar su indignación y, después, siguiendo los consejos de Alberto, escribió un informe de todo lo ocurrido: «Le dije que pensaba que lord Palmerston ponía con frecuencia en

peligro el honor de Inglaterra cuando adoptaba una actitud parcial y unilateral sobre un tema; que sus escritos eran siempre tan amargos como la hiél y hacían mucho daño [a lo que lord John asintió] y que yo me sentía, a menudo, enferma de preocupación». Después se dirigió a su tío: «La situación de Alemania —escribía en una extensa y desesperada crítica de la situación europea— es terrible, y uno se lamenta de que eso ocurra en un país en otro tiempo pacífico y satisfecho. Estoy segura de que todavía hay buena gente allí, pero permite que la manejen de una forma espantosa y vergonzosa. En Francia parece inminente una crisis. ¡Qué mal papel desempeñamos en esta discordia! Realmente, es bastante inmoral que, mientras Irlanda se estremece bajo nuestro control y se dispone a abandonar su lealtad en cualquier momento, empujemos a Austria a renunciar a sus legítimas posesiones. ¿Qué haríamos nosotros si Canadá, Malta, etc., empezaran a molestarnos? Me hace mucho daño todo esto». Pero ¿qué le importaba todo aquello a lord Palmerston?

La posición de lord John era cada vez más incómoda. No aprobaba el comportamiento que su colega tenía con la reina. Cuando le suplicó que actuase con más prudencia, la contestación que recibió fue que en un solo año pasaban por el Ministerio de Asuntos Exteriores veintiocho mil despachos y que si hubiera que someterlos todos a la crítica real, el retraso sería considerable; que, tal como se venía haciendo, la pérdida de tiempo y los problemas que acarreaba la presentación de los borradores al meticuloso examen del príncipe Alberto eran demasiado grandes para un ministro con una responsabilidad como la suya; y que, de hecho, ya había ocurrido que, al posponer importantes decisiones por esta causa, se habían producido consecuencias diplomáticas muy desagradables. Todas estas excusas hubieran impresionado más a lord John si él mismo no hubiera tenido que padecer negligencias similares. Muy a menudo, Palmerston no le comunicaba ni siquiera a él los asuntos más importantes. El ministro de Asuntos Exteriores se estaba convirtiendo en un poder independiente, actuando de acuerdo con su propia iniciativa y manejando la política de Inglaterra bajo su propia responsabilidad. En una ocasión, en 1847, había estado a punto de romper las relaciones diplomáticas con Francia sin consultar ni con el gabinete ni con el primer ministro. Tales incidentes se sucedían sin parar. Cuando el príncipe se enteró, se dio cuenta de que le había llegado la oportunidad de actuar. Si él pudiera romper el vínculo que unía a los dos hombres de Estado, si pudiera conseguir la alianza con lord John, el siguiente paso sería casi inmediatamente la destitución de lord Palmerston. Se dedicó de lleno a este asunto con la tenacidad que le caracterizaba. Tanto la reina como él presionaron al máximo al primer ministro. Escribieron, arengaron, volvieron a guardar un terrible silencio. Se les ocurrió que lord Clarendon, importante miembro del gabinete, podía ayudarles en este asunto. Le invitaron a cenar en palacio, y tan pronto como terminaron de comer, «la reina —según describió él después— estalló y empezó a hablar con gran vehemencia y enojo de la conducta de Palmerston, de los efectos que producía por todo el mundo y de sus propias opiniones y sentimientos al respecto». Cuando ella terminó, el príncipe

comenzó a hablar, menos excitado pero con la misma fuerza. Lord Clarendon se encontró en una situación muy difícil; detestaba la política de Palmerston, pero era su colega, y desaprobaba la actitud de sus reales anfitriones. En su opinión, estaban «equivocados al querer que los cortesanos dirigieran los asuntos del país en lugar de los ministros», y pensaba que «habían caído en el curioso error de creer que el Ministerio de Asuntos Exteriores era su departamento particular y que tenían derecho a controlar, si no a dirigir, la política exterior de Inglaterra». Por lo tanto, él, con la mayor cortesía, les dio a entender que no se comprometería en ningún sentido. Sin embargo, lord John no necesitó que le presionaran mucho. Acosado por su soberana e ignorado por su ministro de Asuntos Exteriores, llevaba una existencia bastante desdichada. Con la aparición del terrible asunto Schleswig-Holstein, el más complejo de toda la historia de la diplomacia europea, su posición se hizo definitivamente insoportable: estaba en medio y recibía golpes que le venían de todas partes. Ahora su único empeño, por encima de todo, era destituir a Palmerston de la cartera de Exteriores. Pero ¿y si él se negaba a irse?

En un informe escrito por el príncipe en aquellos días sobre una reunión que mantuvo con la reina y el primer ministro, se trasluce el estado de ánimo de estos tres importantes personajes: la preocupación y el enojo de lord John, la ardiente acritud de Victoria y la juiciosa hostilidad de Alberto, reunidos los tres bajo la sombra de una presencia invisible, causa de esa cólera celestial: el brillante y portentoso Palmerston. En un momento de la conversación lord John comentó que pensaba que el ministro de Asuntos Exteriores consentiría en cambiar la cartera. Lord Palmerston, dijo, es consciente de que ha perdido la confianza de la reina, aunque sólo en el terreno público, no en el personal. Pero en ese punto, según el príncipe anotaba, «la reina interrumpió a lord John para hacer la observación de que desconfiaba de él también en el terreno personal; pero yo puntualicé que, por lo menos hasta ahora, lord Palmerston había entendido que se había hecho desagradable para la reina no por su persona, sino por su conducta en asuntos políticos, a lo que la reina asintió». Después, el príncipe sugirió que existía el peligro de una crisis de gobierno tras la cual lord Palmerston podría volver, ocupando entonces el puesto de primer ministro. Ahí lord John fue tranquilizador: «Consideraba que lord Palmerston era demasiado viejo para poder hacer muchas cosas en el futuro (ya tiene más de sesenta y cinco años)». Por último se decidió que no se podía hacer nada por el momento, pero que se debía guardar el más estricto secreto. Y así terminó la reunión.

Por fin, en 1850, parecía que la liberación estaba próxima. Había indicios de que el pueblo se estaba cansando de los sobresaltos de la diplomacia de Palmerston; y cuando apoyó a Don Pacífico, súbdito británico, en una disputa con el gobierno griego —asunto que pareció que iba a envolver al país en una guerra, no sólo con Grecia sino también con Francia y, posiblemente, con Rusia—, una tormenta de desconfianza e indignación amenazó al ministro y a punto estuvo de desencadenarse sobre su cabeza. En la Cámara de los Lores se aprobó, por sustancial mayoría, una

moción en su contra. La cuestión sería discutida después en la Cámara de los Comunes, donde posiblemente obtendría otro voto adverso que acabaría de perder al ministro. Palmerston recibió el ataque con absoluto aplomo, y después, en el último momento, atacó. En un discurso de más de cuatro horas de duración, en el que las explicaciones, los improperios, los argumentos, la oratoria, la charla sencilla y la resonante elocuencia se mezclaron con consumado arte y extraordinaria oportunidad, Palmerston aniquiló a sus enemigos. La moción hostil fue derrotada y el ministro se convirtió, una vez más, en el héroe del momento. Simultáneamente, la misma Átropos conspiraba en su favor. A sir Robert Peel le tiró su caballo y le mató. Con esta trágica muerte, Palmerston vio apartado de su camino al único rival importante capaz de hacerle frente. Consideraba —y estaba en lo cierto— que era el hombre más popular de Inglaterra. Cuando lord John intentó que cambiase el Ministerio de Asuntos Exteriores por otra cartera, se negó en redondo.

Grande era la decepción de Alberto y grande la indignación de Victoria. «La Cámara de los Comunes —anotaba la reina— se está volviendo ingobernable y molesta». El príncipe, dándose cuenta de que Palmerston estaba más firmemente asentado en su puesto que nunca, decidió que era necesario tomar alguna medida drástica. Hacía cinco meses que el previsor Stockmar había redactado, para usarlo en caso de emergencia, un memorándum que había metido en un sobre cerrado y lacrado, dejándolo listo para su entrega. La emergencia ya se había presentado y era el momento de utilizar el memorándum. La reina copió lo que había escrito el barón y se lo envió al primer ministro, instándole a que enseñara la carta a Palmerston. «La reina piensa que es conveniente, para evitar posibles errores en el futuro, que se le expliquen brevemente los planes de su ministro de Asuntos Exteriores para saber a qué atenerse. La reina exige: 1. Que él exprese con toda claridad lo que se propone hacer en todos los casos, para que la reina pueda saber, con la misma claridad, a qué ha dado su aprobación real. 2. Que una vez que ella haya dado su aprobación a una medida, ésta no sea arbitrariamente alterada o modificada por el ministro; tal acto lo considerará como falta de lealtad a la Corona y dará lugar a que haga uso de su derecho constitucional de destituir a ese ministro». Lord John Russell obedeció órdenes e hizo llegar la carta de la reina a lord Palmerston. Ese trámite, que tenía gran trascendencia constitucional, pasó totalmente inadvertido al mundo exterior.

Si Palmerston hubiera sido un hombre susceptible, probablemente hubiera dimitido al recibir la misiva; pero lejos de poseer una gran sensibilidad, adoraba el poder, y en aquella época tenía más poder que nunca; su infalible instinto le dijo que no era el momento de marcharse. No obstante, la carta le perturbó mucho. Se dio cuenta por fin de que estaba luchando con un formidable adversario cuya destreza y fuerza, a menos que fueran apaciguadas, podrían causar daños irreparables en su carrera. Por lo tanto, escribió a lord John brevemente, asintiendo a los requerimientos de la reina: «He tomado buena nota del memorándum de la reina y no dejaré de cumplir las órdenes que contiene». Al mismo tiempo, solicitaba en la carta una

entrevista con el príncipe. Alberto le citó inmediatamente en palacio, y se quedó muy sorprendido al observar, según anotó en un informe, que cuando Palmerston entró en la sala, «estaba muy inquieto y desconcertado, y tenía lágrimas en los ojos, para conmoverme a mí, que siempre le había visto con una sonrisa inexpresiva en la cara». El viejo hombre de Estado fue pródigo en explicaciones y excusas; el joven, fríamente correcto. Por fin, después de una larga y poco convincente conversación, el príncipe, irguiéndose, le dijo que para dar a lord Palmerston «un ejemplo de lo que la reina quería, le haría una pregunta a quemarropa». Lord Palmerston esperó en respetuoso silencio mientras el príncipe continuaba así: «Usted es consciente de que la reina se ha opuesto al Protocolo sobre Schleswig y conoce los motivos por los que lo ha hecho. Sin embargo, su opinión no ha sido tenida en cuenta: el Protocolo consignando el deseo de las grandes potencias de ver la integridad de la monarquía danesa preservada se ha firmado, y con esto, el rey de Dinamarca ha invadido Schleswig, estallando así la guerra. Si Holstein es atacado también, que es lo más probable, no será posible disuadir a los alemanes de que acudan en su ayuda, y Rusia, por su parte, ha amenazado con intervenir en el conflicto si los de Schleswig triunfan. ¿Qué hará usted si se presenta esa emergencia (provocando casi con toda seguridad una guerra europea), que se presentará muy probablemente cuando nosotros estemos en Balmoral y lord John en otro lugar de Escocia? La reina confía en que usted haya contemplado esta posibilidad, y requiere una respuesta categórica de lo que haría en el supuesto evento». Puede resultar sorprendente, pero parece ser que el ministro de Exteriores fue incapaz de responder a esta pregunta a quemarropa. Dijo que todo aquel asunto era extremadamente complicado y que resultaba poco probable que se produjeran las contingencias apuntadas por Su Alteza Real. El príncipe insistió, pero fue inútil; durante una hora luchó por conseguir una respuesta categórica, hasta que al fin Palmerston, con mucha cortesía, se despidió y abandonó la sala. Alberto se echó las manos a la cabeza pasmado de asombro. ¿Qué se podía hacer con un hombre así?

Efectivamente, ¿qué se podía hacer? Porque, a pesar de todas sus excusas y de todas sus disculpas, al cabo de unas semanas el incorregible réprobo estaba otra vez haciendo de las suyas. El general austríaco Haynan, célebre por su severa represión de la rebelión en Hungría e Italia, y particularmente por maltratar a las mujeres, fue a Inglaterra y se le antojó visitar la fábrica de cerveza Barclay & Perkins. Los rasgos del «General Hiena», que tal era el nombre por el que se le conocía, y sobre todo su rostro ceñudo y su descomunal bigote blanco y negro gozaban de una fama espantosa; y dio la casualidad de que entre los empleados de la fábrica había un refugiado de Viena que había puesto al corriente a sus compañeros de los antecedentes del general. El embajador austríaco, sospechando lo que se avecinaba, rogó a su amigo que no apareciera en público o, si quería hacerlo, que se afeitase el bigote primero. Pero el general no aceptaba consejos. Nada más llegar a la fábrica fue reconocido y rodeado inmediatamente por varios grupos de acalorados trabajadores que le empujaron de un lado a otro, le insultaron, le dieron puñetazos en las costillas,

le tiraron del bigote, hasta que pudo echar a correr por un pasillo con la multitud pisándole los talones, blandiendo escobas y gritando: «¡Hiena!». Se las arregló para refugiarse en un bar, de donde salió custodiado por varios policías. El gobierno austríaco se ofendió y exigió explicaciones. Palmerston, que para sus adentros estaba entusiasmado con el incidente, contestó lamentándose de lo que había ocurrido, pero añadiendo que en su opinión el general había «demostrado falta de tacto al venir a Inglaterra en este momento», y envió la nota al embajador sin enseñársela previamente a la reina ni al primer ministro. Naturalmente, cuando se descubrió, se desencadenó una fuerte tormenta. El príncipe estaba especialmente indignado; veía la conducta de los trabajadores con repugnancia y temor, como «una muestra insignificante de lo que una masa de gente analfabeta e incontrolada podía hacer». Lord John pidió a Palmerston que retirara su nota y que la sustituyera por otra en la que se suprimiera toda la censura a la conducta del general. En este punto el titular de Exteriores amenazó con dimitir, pero el primer ministro se mantuvo firme. Por un momento, los reyes recobraron la esperanza, pero sólo para perderla poco después por la cruel condescendencia del enemigo. De repente, Palmerston, dócil como un cordero, mostró estar de acuerdo con todo. La nota fue retirada y retocada y la paz se restableció de forma provisional una vez más.

Duró un año, hasta octubre de 1851, fecha en la que Kossuth llegó a Inglaterra y con él, otra crisis. Lord John vetó a Palmerston su deseo de recibir al patriota húngaro en su casa de Londres. Una vez más se entabló una lucha acerba; una vez más, Palmerston, después de amenazar con dimitir, cedió. Pero aún así, el insubordinado ministro no cejaba. Unas semanas después, una delegación de radicales de Finsbury e Islington le visitaron en el ministerio y le presentaron un documento en el que se tachaba a los emperadores de Austria y Rusia de «asesinos odiosos y detestables» y de «tiranos y déspotas despiadados». El ministro, en su respuesta, al tiempo que desaprobaba levemente estas expresiones, permitió que afloraran sus verdaderos sentimientos con una total despreocupación diplomática. De inmediato, se produjo un gran escándalo y la Corte, encolerizada, se desbordó en vituperios. «Yo creo —decía el barón— que este hombre hace algún tiempo que está loco». Victoria, en una inquietante carta, instaba a lord John a que hiciera valer su autoridad. Pero lord John se daba cuenta de que en este asunto el ministro de Asuntos Exteriores contaba con el apoyo de la opinión pública, y consideró oportuno tomarse un tiempo.

No tuvo que esperar mucho. La culminación de la larga serie de conflictos, amenazas y exacerbaciones llegó antes de que terminara el año. El 2 de diciembre tuvo lugar en París el golpe de Estado de Luis Napoleón, y al día siguiente, Palmerston, sin consultar a nadie, expresó en una conversación con el embajador su aprobación a este hecho. Dos días después, el primer ministro, de acuerdo con una carta de la reina, le recordó que la política del gobierno inglés era mantener una postura de absoluta neutralidad hacia los asuntos de Francia. No obstante, en un despacho oficial al embajador inglés en París, Palmerston repitió su aprobación al

golpe de Estado, que ya había dado verbalmente al embajador francés en Londres. Este despacho no le fue presentado ni a la reina ni al primer ministro. La paciencia del lord John, como él mismo decía, «estaba consumida hasta la última gota». Destituyó inmediatamente a lord Palmerston.

Victoria estaba extasiada, y Alberto sabía que el triunfo era suyo incluso más que de lord John. El príncipe deseaba que lord Granville, un hombre joven al que consideraba manejable, fuera el sucesor de Palmerston. Y lord Granville fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores. Todo parecía indicar que en lo sucesivo el príncipe tendría el camino abierto para dirigir la política exterior. Después de muchos años de lucha y mortificación, el éxito le sonreía por doquier: su familia le adoraba; en el país, la Gran Exposición le había dado respeto y gloria; y ahora, en los escaños secretos del poder, había conseguido una nueva supremacía. Había luchado contra el terrible lord Palmerston, la personificación de todo lo que le era hostil en el espíritu de Inglaterra, y su formidable oponente había sido derrotado. ¡Inglaterra estaba a sus pies! Quizá fuera verdad; sin embargo... Se dice que los hijos de Inglaterra tienen una cualidad especialmente exasperante: nunca saben cuándo están vencidos. Era extraño, pero Palmerston seguía contento y feliz. ¿Era posible que, en su ciega arrogancia, todavía creyera que incluso la ignominiosa destitución de su cargo era algo que podía desdeñar?

III

El triunfo del príncipe no duró mucho. A las pocas semanas, y debido a la influencia de Palmerston, el gobierno fue derrotado en la Cámara de los Comunes, y lord John dimitió. Después de un corto intervalo, subió al poder una coalición de *whigs* y seguidores de Peel, con lord Aberdeen como primer ministro. Una vez más, Palmerston formaba parte del gobierno. Cierto es que no volvió a la cartera de Asuntos Exteriores, lo que no dejaba de ser una ventaja; se suponía que en el Ministerio del Interior sus actividades serían menos peligrosas y desagradables. Pero el ministro de Asuntos Exteriores ya no era el complaciente Granville, sino lord Clarendon, y el príncipe sabía que el nuevo ministro, aunque muy discreto y cortés, tenía sus propias ideas, y bien definidas.

Sin embargo, estos cambios sólo eran un presagio de otros más importantes. Por donde quiera que se mirase, los acontecimientos se encaminaban a la catástrofe. De repente, la nación se encontró bajo la negra sombra de una guerra inminente. Durante varios meses, entre los misteriosos cambios de la diplomacia y las confusas agitaciones de la política, la situación se hacía cada vez más incierta y terrible, mientras la buena disposición natural de la nación dejaba paso a una tensión que amenazaba con llegar al límite. En el momento más crítico de las largas y

amenazadoras negociaciones se anunció que lord Palmerston había dimitido. Entonces fue cuando la furia reprimida de la gente se desencadenó. Durante los terribles y complejos acontecimientos que se estaban sucediendo, el pueblo tenía la impresión de que sus dirigentes eran débiles y estaban desconcertados, pero les tranquilizaba saber que en el centro del poder había un hombre fuerte, con carácter, con determinación y en el que podían confiar. Ahora se enteraban de que ese hombre ya no se contaba entre sus líderes. ¿Por qué? En su furor, su inquietud y su creciente desconcierto, trataban con desesperación de encontrar alguna horrible y oculta explicación a lo que había ocurrido. Sospechaban conspiraciones, olían a traición en el ambiente. Era fácil adivinar el blanco sobre el que descargaban su exaltación. ¿No había un extranjero en la cumbre, un extranjero cuya hostilidad hacia su adorado campeón era implacable y abierta? Nada más conocerse la dimisión de Palmerston se produjo una gran protesta general, y una enorme tempestad de indignación y odio estalló con incomparable violencia sobre la persona del príncipe.

Por todas partes se pensaba y afirmaba que el marido de la reina era un traidor al país, un instrumento de la Corte rusa que, influido por ésta, había obligado a Palmerston a abandonar el gobierno, y que estaba dirigiendo la política exterior inglesa en beneficio de los enemigos de Inglaterra. Durante muchas semanas, estas acusaciones llenaron la prensa, se repitieron sin cesar en mítines, se ampliaron y reelaboraron en conversaciones privadas y circularon por todo el país, haciéndose cada vez más exageradas e inverosímiles. Mientras los periódicos respetables lanzaban sus serios y graves improperios, se vendían por las calles de Londres panfletos de medio penique que se hacían eco de los mismos sentimientos y de las mismas sospechas en coplas de mal gusto. Finalmente, se empezaron a divulgar los rumores más descabellados.

En enero de 1854 se rumoreó que el príncipe había sido detenido, que se le había declarado culpable de alta traición y que iba a ser encarcelado en la Torre de Londres. Algunos afirmaban incluso que la propia reina había sido arrestada y que una gran masa de gente se había congregado en torno a la Torre de Londres para presenciar el encarcelamiento de los sinvergüenzas reales.

Estas fantásticas alucinaciones eran resultado de la atmósfera febril que preludiaba la guerra. La causa de la dimisión de Palmerston permanece envuelta en la oscuridad, aunque es posible que se debiera a las continuas hostilidades de la Corte. Pero las suposiciones de que Alberto había usado su influencia para favorecer a Rusia carecían realmente de todo fundamento. Como ocurre con frecuencia en tales circunstancias, el gobierno había estado balanceándose entre dos políticas incompatibles: la de no interferencia y la de amenazas respaldadas por la fuerza. Cualquiera de las dos, mantenida con constancia, podría haber tenido un resultado satisfactorio y pacífico, pero juntas sólo podían llevar a la guerra. Alberto, con su escrupulosidad característica, intentó abrirse paso en el complicado laberinto de la diplomacia europea y, al final, se perdió en la confusión. Lo mismo le ocurrió al

gobierno, y cuando llegó la guerra, la disposición antirrusa de Alberto era tan fuerte como la de los ingleses más belicosos.

Sin embargo, aunque las más graves acusaciones dirigidas contra el príncipe carecían ciertamente de fundamento, existían elementos subyacentes en la situación que explicaban, si no justificaban, el estado de ánimo popular. Era cierto que el marido de la reina era un extranjero, criado en una Corte extranjera, impregnado de ideas extranjeras y relacionado íntimamente con multitud de príncipes extranjeros.

Evidentemente, este estado de cosas, aunque quizá inevitable, era indeseable, y las objeciones que se le hacían tampoco eran meramente teóricas; de hecho, se habían producido importantes circunstancias desagradables. Los ministros ingleses se lamentaban constantemente de las inclinaciones alemanas del príncipe; todos, lord Palmerston, lord Clarendon, lord Aberdeen, contaban la misma historia, y era necesario combatir continuamente, al discutir cuestiones trascendentales de política interior, los puntos de vista de una Corte en la que las ideas y el sentir alemán tenían una importancia desmesurada. Palmerston, cuando se mencionaba este tema, se desenfrenaba y daba rienda suelta a su lengua. En un momento de excitación, a raíz de su destitución, afirmó rotundamente que él había sido víctima de intrigas extranjeras. Después se moderó en esta acusación, pero el mero hecho de que tal persona pudiera siquiera pensar en semejantes insinuaciones ponía de manifiesto las desafortunadas consecuencias que podían traer el nacimiento y la educación extranjera de Alberto.

Pero eso no fue todo. Surgió una cuestión constitucional sumamente importante relacionada con la posición del príncipe en Inglaterra. Su presencia hizo que un viejo problema adquiriese una nueva magnitud: la definición exacta de las funciones y de los poderes de la Corona. El príncipe se había arrogado, de hecho, esas funciones y esos poderes, y ¿qué uso estaba haciendo de ellos? Sus ideas en cuanto al lugar de la Corona en la Constitución son fáciles de averiguar, ya que eran las ideas de Stockmar, y se da la circunstancia de que poseemos un informe detallado que recoge la opinión del barón sobre este asunto en una extensa carta que dirigió al príncipe durante la crisis, justo antes de que estallara la guerra de Crimea. Según el barón, la monarquía constitucional había sufrido un eclipse desde la aprobación del proyecto de Ley de Reforma. Ahora está «en peligro constante de convertirse en un puro gobierno parlamentario». La vieja raza de *tories* que «tenía un gran interés en mantener la prerrogativas de la Corona» había desaparecido, y los *whigs* no eran «nada más que republicanos, más o menos conscientes de su republicanismo, que guardaban con el trono la misma relación que el lobo guarda con los corderos». Existía una norma que hacía inconstitucional introducir «el nombre y la persona del soberano» en debates parlamentarios sobre asuntos constitucionales; esto era «una ficción constitucional que, aunque sin duda existente desde hacía mucho tiempo, estaba llena de peligros»; y el barón advertía al príncipe que «si la Corona inglesa permite que cualquier ministerio *whig*, sin excepción, ponga en práctica esta norma, no debe sorprenderse si

algún tiempo después se da cuenta de que la mayoría de la gente piensa que el rey, a los ojos de la ley, no es más que la figura de un oficial pomposo que tiene que asentir o denegar con la cabeza, según les plazca a sus ministros». Para evitar que esto ocurriera, decía el barón, era de suma importancia «no perder ninguna oportunidad de justificar la legítima posición de la Corona. Y esto no es difícil de hacer —añadía—, y nunca puede desconcertar a ningún ministro cuando se trata de personajes tan francos y leales como son la reina y el príncipe». En su opinión, en las Prerrogativas Reales se debía incluir como mínimo «el derecho que asiste al rey a ser el presidente permanente de su gobierno». El soberano debe tener «la posición de un primer ministro permanente, que esté por encima del líder temporal del gobierno y que ejerza suprema autoridad en asuntos de disciplina». El soberano «debe tomar parte incluso en el inicio y desarrollo de las medidas gubernamentales, ya que no sería justo esperar que al rey, una persona tan capacitada, experta y patriota como el mejor de sus ministros, se le impidiera hacer uso de estas cualidades en las deliberaciones de su gobierno. El prudente ejercicio de estos derechos —concluía el barón—, que en efecto requiere una mente excepcional, no sólo sería la mejor garantía para una monarquía constitucional, sino que la elevaría hasta unas cotas de poder, estabilidad y armonía que nunca se han alcanzado».

Quizá esta interpretación de la Constitución sea posible, aunque es difícil entender cómo puede ser compatible con la doctrina fundamental de la responsabilidad ministerial. Guillermo III presidía su gobierno y era un monarca constitucional, y parece que Stockmar tenía en mente una concepción de la Corona según la cual ésta poseía en la Constitución un lugar semejante al que ocupaba en tiempos de Guillermo III. Pero es evidente que tal teoría, que investiría a la Corona incluso de más poder del que tenía con Jorge III, se oponía a todo el desarrollo de la vida pública inglesa desde la Revolución. Y el hecho de que así lo creyera Stockmar tenía gran importancia, porque había inculcado estas doctrinas a Alberto y había razones para creer que el príncipe no sólo creía en ellas en teoría, sino que estaba intentando continuamente ponerlas en práctica. La historia de la lucha entre la Corona y Palmerston proporciona elocuentes evidencias de que así era. Esta lucha alcanzó su momento culminante cuando, de acuerdo con el memorándum de Stockmar de 1850, la reina hizo valer su «derecho constitucional» para destituir al ministro de Asuntos Exteriores si éste alteraba algún despacho que ella hubiera aprobado. El memorándum era, de hecho, una declaración evidente de que la Corona tenía la intención de actuar con independencia del primer ministro. Lord John Russell, deseoso a toda costa de fortalecer su posición en contra de Palmerston, aceptó el memorándum, y de ese modo aceptó también implícitamente la demanda de la Corona. Todavía más: después de la destitución de Palmerston, entre las razones que lord John dio en la cámara de los Comunes para justificarla, el memorándum de 1850 ocupaba un lugar preeminente. Se puso de manifiesto que el descontento de la soberana podía ser motivo suficiente para destituir a un ministro poderoso y popular.

Desde luego, todo parecía indicar que, bajo las directrices de Stockmar y Alberto, la monarquía constitucional podía en realidad estar elevándose «hasta unas cotas de poder, estabilidad y armonía que nunca se han alcanzado».

Pero esta nueva evolución en la posición de la Corona, tan importante como era, se hacía particularmente inquietante dadas las circunstancias poco corrientes que la rodeaban, ya que las funciones de la Corona eran ejercidas ahora, de hecho, por una persona desconocida para la Constitución, que influía en la soberana de forma ilimitada. El hecho de que esa persona fuera el marido de la reina, aunque su influencia era explicable, e incluso casi inevitable, no restaba importancia a la situación. Una figura ambigua y prepotente había venido a perturbar el antiguo y sutil equilibrio de la Constitución inglesa que tan celosamente se había mantenido. Tal había sido el inesperado resultado del experimental y pusilánime comienzo de la vida política de Alberto. El mismo no intentaba minimizar las múltiples funciones que desempeñaba o la importancia que éstas entrañaban. Consideraba que era su obligación, según le dijo al duque de Wellington en 1850, «olvidar su propia existencia individual en solidaridad con la de su mujer..., no asumiendo responsabilidades por sí solo ante el pueblo, sino haciendo que su puesto fuera parte del de su mujer y actuando como una sola persona. Llenar todos los vacíos que, como es natural, dejaría la reina como mujer en el ejercicio de sus funciones reales; vigilar continuamente todos y cada uno de los aspectos relacionados con los asuntos públicos, para poder aconsejarla y ayudarla siempre que se le presentara algún problema entre las múltiples y difíciles obligaciones que le incumbían, ya fueran internacionales, políticas, sociales o personales. Además de ser el legítimo cabeza de familia, el superintendente de su Corte, el administrador de sus asuntos particulares, su exclusivo consejero confidencial en política y su único ayudante en los contactos con los ministros, también era el marido de la reina, el tutor de los infantes, el secretario particular de la soberana y su ministro permanente». Sin duda, el discípulo de Stockmar había llegado lejos y había aprendido con creces. ¡El discípulo de Stockmar!, eso era exactamente. El pueblo, dolorosamente consciente del predominio de Alberto, también lo era, con inquietud, de que el maestro de Victoria tenía, a su vez, un maestro propio. En la más profunda oscuridad se revelaba la figura del barón. ¡Otro extranjero! Decididamente, había elementos en la situación que fueron demasiado lejos y que explicaban la alarma popular. Un barón extranjero controlaba a un príncipe extranjero, y el príncipe extranjero controlaba la Corona de Inglaterra. Y el poder de la Corona estaba aumentando amenazadoramente; la prueba estaba en que, cuando así lo habían estimado oportuno el barón y el príncipe, un gran ministro querido por todos había caído. ¿En qué iba a terminar todo eso?

Unas semanas después, Palmerston retiró su dimisión y la exaltación del pueblo se calmó con la misma rapidez con que había surgido. Cuando se reunió el Parlamento, los líderes de los dos partidos pronunciaron en las dos Cámaras discursos a favor del príncipe, afirmando su derecho a asesorar a la reina en todos los asuntos

de Estado. Victoria estaba encantada: «La posición de mi querido lord y maestro — decía al barón— ha sido definida de una vez para siempre, y sus méritos han sido reconocidos por todos como debía ser. Había una inmensa multitud de gente cuando fuimos a la Cámara de los Lores, y todos fueron muy cariñosos». Inmediatamente después, el país se sumergió en la guerra de Crimea. En la lucha que siguió, el patriotismo de Alberto no dejó lugar a dudas, y las hostilidades del pasado se olvidaron por completo.

Pero la guerra trajo otra consecuencia menos grata para la pareja real: la coronación de la ambición de lord Palmerston. En 1855, el hombre al que cinco años antes lord Russell juzgara «demasiado viejo para poder hacer muchas cosas en el futuro» se convertía en el primer ministro de Inglaterra, puesto en el que permanecería, con un pequeño intervalo, durante diez años.

6

Los últimos años del príncipe consorte

I

Aquel joven de voluntad débil, al que la política no le interesaba lo más mínimo y que nunca leía un periódico, se había convertido en un hombre de una determinación inflexible, que concentraba incansablemente su inagotable energía en los difíciles asuntos del gobierno y en las altas cuestiones de Estado. Ahora estaba ocupado de la mañana a la noche. En invierno, antes de amanecer, se le veía sentado en su escritorio trabajando a la luz de la lámpara de mesa verde que se había traído de Alemania y que él mismo había mejorado mediante un ingenioso dispositivo. Victoria también se levantaba temprano, pero no tanto como Alberto, y cuando en el frío de la mañana todavía oscura llegaba a su escritorio, que estaba al lado del de su marido, siempre se encontraba allí una ordenada pila de papeles dispuestos para su inspección y firma. El día empezaba así y continuaba con un trabajo infatigable. Con el desayuno llegaban los periódicos —los en otro tiempo odiados periódicos— y el príncipe se absorbía en su lectura y no atendía a preguntas. Si algún artículo le llamaba especialmente la atención, lo leía en voz alta. Después del desayuno había que recibir a los ministros y a los secretarios, atender una copiosa correspondencia y escribir numerosos informes. Victoria, recreándose en cada palabra de Alberto e interesándose por cada carta, era toda oídos y obediencia. Alberto, en ocasiones, pedía su consejo. Le consultaba sobre su inglés, y le decía: «*Lese recht aufmerksam, und sage wenn irgend ein Fehler ist*». («Lee esto con cuidado y dime si hay algún error»). O, al entregarle un informe para firmar, le hacía la observación: «*Ich hab' Dir hier ein Draft gemacht, lese es mal! Ich dâchte es wâre recht so*». («Este es un borrador que te he hecho. Léelo. Yo creo que vale»). Y así, con esa diligencia y esa escrupulosidad, y totalmente absorbidos en el trabajo, pasaban las horas. Cada vez dedicaban menos tiempo a las diversiones y al asueto. Los compromisos sociales se fueron reduciendo al mínimo posible, e incluso así los atendían a regañadientes. Ahora, acostarse pronto no era un lujo, sino una imperiosa necesidad para poder levantarse temprano a la mañana siguiente. Los importantes y absorbentes asuntos del gobierno, que al final se convirtieron en la preocupación dominante de Alberto, no afectaron, sin embargo, a sus viejos gustos y aficiones; seguía interesado y dedicado al arte, a las ciencias, a la filosofía y a otra multitud de actividades diversas que ponían de manifiesto su inagotable energía. Siempre que la obligación lo requiriera, el príncipe estaba alerta. Con infatigable perseverancia abría museos, ponía las primeras piedras de hospitales, pronunciaba

discursos en la Real Sociedad de Agricultura y asistía a reuniones de la Asociación Británica. Dedicaba un interés especial a la Galería Nacional, y redactó meticulosas normas para la colocación de los cuadros por escuelas, intentando, aunque en vano, trasladar la colección completa a South Kensington.

Feodora, ahora princesa de Hohenlohe, después de una visita a Inglaterra, expresó a Victoria en una carta su admiración por Alberto, tanto en el terreno privado como en el público. Y esa no era sólo su opinión: «Tengo que reproducir —decía— lo que el señor Klumpp me escribió hace unos días, y con lo que estoy completamente de acuerdo: “El príncipe Alberto es uno de los pocos personajes reales capaz de cambiar de principios (tan pronto como ha comprobado que los nuevos son buenos y nobles), mientras que otros, debido a su estrechez mental o a prejuicios de su categoría, se mantienen ciegamente aferrados a ellos”. Hay mucho de verdad en esto —añadía la princesa—, y también de humano y justo, lo que supone gran consuelo para mis sentimientos, tantas veces dañados y perturbados por lo que veo y oigo».

Victoria, desde lo más hondo de su corazón, aprobaba todos los elogios de Feodora y de Mr. Klumpp, si bien le parecía que no eran suficientes. Cuando veía a su querido Alberto, después de haber trabajado durante muchas horas en los documentos del Estado y las funciones públicas, dedicar cada momento libre a las obligaciones domésticas, a la contemplación del arte y a enriquecerse intelectualmente; cuando le oía contar chistes en el almuerzo, o interpretar a Mendelssohn al órgano, o señalar los méritos de los cuadros de sir Edwin Landseer; cuando le acompañaba mientras daba instrucciones sobre la crianza del ganado, o decidía que los cuadros de Gainsborough se debían colgar más altos para que los de Winterhalters se pudieran ver bien, entonces, estaba totalmente segura de que no había existido otra mujer que tuviera un marido semejante. Tenía una cabeza capaz de todo, y Victoria no se sorprendió al enterarse de que había hecho un importante descubrimiento para la conversión de las aguas residuales en abono agrícola. El principio del esquema, según lo explicaba él, consistía en filtrar desde abajo hacia arriba, a través de un medio adecuado que retuviera los sólidos y soltara los residuos líquidos para el riego. «Todos los planes anteriores —decía— hubieran costado millones; el mío no cuesta prácticamente nada». Por desgracia, debido a un pequeño error de cálculo, el invento no prosperó; pero la inteligencia de Alberto era irrefutable, y se lanzó, con el ardor acostumbrado, a hacer un extenso estudio sobre los rudimentos de la litografía.

Sin embargo, como era natural, los intereses privados de Victoria y Alberto se centraban, con más fuerza que en ningún otro tema, en sus hijos. No había indicios de que las habitaciones reales dedicadas a los infantes se fueran a quedar vacías. Al nacimiento del príncipe Arturo, en 1850, siguió, tres años después, el del príncipe Leopoldo, y en 1857 nació la princesa Beatriz. Cualesquiera que sean las circunstancias, una familia de nueve hijos acarrea serias responsabilidades, y el príncipe era consciente de que los altos destinos de sus hijos exigían intensificar su

atención de padres. Era inevitable que Alberto creyera profundamente en la importancia de la educación, ya que él mismo era producto de ella. Stockmar había hecho de él lo que era; ahora le tocaba a él el turno de ser un Stockmar —incluso más que un Stockmar— para las criaturas que había traído al mundo. Victoria le ayudaría en la tarea, aunque indudablemente no era ni parecida a Stockmar; pero estaría constantemente alerta, sabría combinar rigidez y cariño, y siempre podría dar un buen ejemplo. Estas consideraciones, afectaban sobre todo a la educación del príncipe de Gales. ¡Qué tremendo significado tenía hasta la más pequeña influencia en la formación del futuro rey de Inglaterra! Alberto empezó a trabajar en ello con tesón. Pero observando con Victoria los detalles más insignificantes de la formación física, intelectual y moral de sus hijos, pronto se dio cuenta de que, por desgracia, había algo que no iba bien en el desarrollo de su hijo mayor. La princesa real era una niña extremadamente inteligente, pero Bertie, aunque era una persona afable y apacible, parecía sentir una gran aversión por todo lo que supusiera un esfuerzo mental. La situación era muy lamentable, pero el remedio era evidente: el esfuerzo de los padres tenía que intensificarse; había que multiplicar las horas de clase; no se podía regatear el más mínimo esfuerzo en materia docente. En consecuencia, se seleccionaron más preceptores, se revisó el plan de estudios, se preparó un nuevo horario, se escribieron informes muy detallados que contemplaban cualquier eventualidad. Había que procurar, por encima de todo, evitar la vagancia. «El trabajo —decía el príncipe— tiene que ser el trabajo». Y lo era de verdad. El muchacho creció entre incesantes sucesiones de paradigmas, de ejercicios sintácticos, fechas, árboles genealógicos y listas de ríos y cabos. El príncipe, la reina y los preceptores intercambiaban sin cesar cuestionarios e informes que se guardaban cuidadosamente como punto de referencia para el futuro. Además, era de vital importancia proteger al heredero del trono de la más remota posibilidad de contaminación del mundo exterior. El príncipe de Gales no era un niño cualquiera; a veces se le permitía invitar a los hijos de algunos nobles, muchachos de buen carácter, para que jugaran con él en el jardín del palacio de Buckingham; pero, incluso entonces, su padre supervisaba con una precisión alarmante todos sus juegos. En resumen, se tomaban las precauciones más inauditas y se hacían los esfuerzos más inverosímiles. Sin embargo, sorprendentemente, el resultado de toda esa vigilancia y atención, lejos de ser satisfactorio, parecía empeorar a pasos agigantados. Era realmente extraño: cuanto más deberes tenía Bertie, menos hacía; y cuanto más cuidado se ponía en protegerle de excitaciones y frivolidades, más deseoso se mostraba de simples diversiones. Alberto estaba profundamente afligido y Victoria a veces se enfadaba mucho; pero la aflicción y el enfado no produjeron mejores efectos que las supervisiones y los nuevos horarios. A pesar de todo, el príncipe de Gales se hizo adulto sin el menor asomo de «fidelidad o perseverancia respecto al plan de estudios y de vida» que su padre le había preparado con tan extraordinaria previsión.

II

Osborne les había proporcionado por algún tiempo un agradable refugio en donde protegerse de las engorrosas preocupaciones de la política, del aburrimiento de las fiestas de sociedad y de la ostentosa publicidad de las ceremonias del Estado; pero muy pronto, incluso Osborne pareció estar insuficientemente aislado del mundo. Después de todo, el canal de Solent era una barrera muy frágil. La pareja real suspiraba por un lugar alejado, por un rincón casi inaccesible, donde, en verdadera intimidad doméstica, pudiera gozar de sus vacaciones casi como cualquier otra familia. Desde que visitara Escocia con Alberto en los primeros años de casados, Victoria sentía que su espíritu se identificaba con las altas tierras escocesas. Había vuelto allí algunos años después y su pasión había aumentado. ¡Qué románticas eran! ¡Y, además, cómo disfrutaba Alberto! Se le levantaba el espíritu cuando se veía entre las montañas y las coníferas. «Me llena de felicidad verle», escribía: «¡Ay, nada puede igualar la belleza de la naturaleza! —apuntaba en su diario durante una de estas visitas—. ¡Cuánto se disfruta! Alberto disfruta muchísimo; está extasiado». «Alberto —anotaba al día siguiente— dice que la principal belleza de los paisajes de montaña radica en los cambios tan frecuentes que en ellos se producen. Volvimos a casa a las seis». Después hicieron la excursión más larga, a la cumbre de una alta montaña. «Era muy romántico. Estábamos solos, únicamente con los montañeses que nos seguían para cuidar de los pequeños caballos (porque nos bajamos de los caballos dos veces y vagamos por ahí)... Llegamos a casa a las once y media; ha sido el paseo a pie y a caballo más maravilloso y más romántico que he dado en mi vida. Nunca había subido a una montaña tan alta, y además el tiempo era ideal». Los montañeses también eran una gente asombrosa. «Nunca ponen ninguna pega —anotaba— y siempre están de buen humor, felices y contentos, y dispuestos a andar, a correr y a hacer cualquier cosa». En cuanto a Alberto, «los apreciaba muchísimo porque decía que eran afables, sencillos e inteligentes, lo que hacía que fuese un placer hablar con ellos, e incluso resultaba instructivo». «Teníamos la costumbre de charlar con los montañeses, con los que uno trata mucho más en las tierras altas de Escocia». A Victoria le gustaba todo lo relacionado con ellos: sus costumbres, sus trajes, sus bailes, incluso sus instrumentos musicales. Después de pasar unos días con lord Breadalbane, escribía: «Había nueve gaiteros en el palacio; a veces tocaba uno solo, otras, tocaban tres. Siempre tocaban hacia la hora del desayuno, después otra vez en el curso de la mañana, durante el almuerzo, y siempre que entrábamos o salíamos; y de nuevo por la noche, antes y durante casi toda la cena. Los dos nos hemos aficionado mucho a las gaitas».

Era muy difícil no desear volver a disfrutar de tales placeres, y en 1848 la reina alquiló Balmoral House, una pequeña residencia cerca del pueblo de Braemar, en las soledades del condado de Aberdeen. Cuatro años después compró la casa. Ahora ya

podía ser realmente feliz cada verano; podía llevar una vida sencilla y estar a gusto; podía disfrutar del romanticismo de cada noche y adorar a Alberto el día entero sin ninguna interrupción. El hecho de que la casa fuera pequeña le añadía todavía más encanto. Resultaba muy divertido vivir en dos o tres cuartos de estar pequeños, con los niños amontonados en el piso de arriba, y el ministro de servicio en un dormitorio diminuto donde también tenía que trabajar. Y además poder entrar y salir a capricho, y dibujar, y pasear, y observar a los ciervos que llegaban hasta muy cerca de la casa ¡para visitar a los veraneantes! Y, de vez en cuando, se podía ser aún más aventurero e ir a pasar una o dos noches a *Alt-na-giuthasach*, donde había simplemente un par de cabañas «con un anexo de madera», ¡y un grupo de sólo once personas! Y había montañas que escalar y mojones que construir con solemne ritual. «Por último, cuando el mojón, que tiene, creo, siete u ocho pies de altura, estuvo terminado, Alberto se subió a la cima y puso la última piedra, después de lo cual se dieron vítores. Fue una escena alegre, bonita y emotiva; yo sentí ganas de llorar. La vista que ofrecían mis queridas montañas era maravillosa y el tiempo magnífico; todo *gemüthlich*». Y por la noche había bailes escoceses.

Pero Alberto había decidido tirar la vieja casita y construir en su lugar un castillo que él mismo diseñaría. Con gran ceremonial y de acuerdo con un memorándum que el príncipe había escrito a tal efecto, se colocó la primera piedra del nuevo edificio, y en 1855 ya pudo ser habitado. El castillo, amplio, construido en granito según el estilo escocés, con una torre de cien pies de altura y pequeños torreones y tejados almenados, estaba tan diestramente orientado que dominaba las más extraordinarias vistas de las montañas de los alrededores y del cercano río Dee. En cuanto a la decoración del interior, Victoria y Alberto la llevaron a cabo con esmero exquisito. Las paredes y los suelos eran de madera de pino y estaban cubiertos con tartán especialmente fabricado para ellos. El tartán de Balmoral, rojo y gris, diseñado por el príncipe, y el tartán de Victoria, con una raya blanca, diseñado por la reina, estaban en todas las habitaciones: había cortinas de tartán, sillas tapizadas en tartán y hasta linóleos con los mismos dibujos que el tartán. En algunos sitios aparecía el tartán real de Stuart, ya que Su Majestad mantenía siempre que era una ferviente jacobita. En las paredes había acuarelas pintadas por Victoria, junto con innumerables cornamentas de ciervos y cabezas de jabalíes que Alberto había cazado en Alemania. En el vestíbulo, en un hueco de la pared, estaba colocada una estatua de tamaño natural de Alberto con el traje regional escocés.

Victoria afirmaba que allí todo era perfecto. «Cada año —escribía— mi corazón se siente más arraigado a este paraíso, y mucho más ahora que todo es creación propia de Alberto, su propio trabajo, su propio edificio, su propio plan... y su excelente gusto; ha dejado su impronta por todas partes».

Verdaderamente, allí pasó la reina sus días más felices. Años después, cuando miraba hacia atrás, una especie de gloria, un resplandor sobrenatural parecía brillar y envolver aquellas áureas horas. Todos aquellos momentos supremos despuntaban

claros, hermosos, imborrables. Porque todas las experiencias que allí vivió, ya fueran sentimentales, trascendentales o triviales, habían calado en ella con especial intensidad, como un destello de luz maravillosa: Alberto cazando al acecho, aquel paseo una tarde que se perdió, Vicky sentada en un nido de avispas, un baile a la luz de una linterna... ¡Con qué fuerza esas cosas y otras muchas semejantes se grabaron en su ilusionada mente! ¡Y cómo se apresuraba a escribirlas todas en su diario! ¡Qué momento el de la noticia de la muerte del duque de Wellington! Estaba dibujando, después de una merienda a la orilla de un lago en las solitarias montañas, cuando le entregaron la carta de lord Derby, y se enteró de que «el orgullo de Inglaterra, o mejor dicho de Gran Bretaña, su gloria, su héroe, el hombre más grande que había dado, había dejado de existir». Tales eran las opiniones de la reina sobre «el viejo rebelde» del pasado. Pero ese pasado estaba completamente borrado, no quedaba ni el más vago recuerdo. Durante muchos años había admirado al duque como a una figura casi sobrehumana. ¿No había sido él uno de los seguidores del bueno de sir Robert? ¿No había pedido a Alberto que le sucediera como jefe supremo? ¡Y qué orgullosa se había sentido ella cuando apadrinó a su hijo Arturo, nacido el día que él cumplía ochenta y un años! Así, ahora llenó una hoja de su diario con panegíricos: «Su posición era la más alta que nunca haya ostentado un ciudadano; estaba por encima de los partidos; admirado por todos, venerado por la nación entera, amigo de la Soberana... ¡La Corona nunca tuvo, y me temo que nunca tendrá, un súbdito tan leal y fiel, un defensor tan incondicional! Para nosotros su pérdida es irreparable... A Alberto le demostró gran cariño y absoluta confianza... No habrá en todo el país una sola persona que no llore por él». Estos eran pensamientos profundos; pero pronto dieron paso a otros, no por triviales menos conmovedores; eran acontecimientos igualmente imposibles de olvidar: el sermón de Mr. MacLeod sobre Nicodemo, el regalo de una enagua roja de franela a Mrs. P. Farquharson, y otra a la vieja Kitty Kear...

Pero, sin duda alguna, lo más memorable y encantador de todo eran las excursiones: expediciones insólitas y emocionantes de varios días de duración a montañas remotas, atravesando extensos ríos y parajes inexplorados. Con sólo dos personas, Grant y Brown, que hacían las veces de ayudantes de caza y sirvientes, y con nombres ficticios... parecía más bien una aventura de cuento que de la vida real. «¡Decidimos llamarnos lord y lady Churchill y su grupo!, lady Churchill también podía llamarse Miss Spencer, y el general Grey, Dr. Grey. En una ocasión, cuando yo estaba subiendo al carruaje, Brown se olvidó de todo esto y me llamó “Su Majestad”, y Grant en otra ocasión se dirigió a Alberto como “Alteza Real”, lo que nos provocó a todos una carcajada, pero nadie lo notó». Dinámica, enérgica, entusiasmada, parecía que llevaba la suerte con ella (los escoceses afirmaban: «Le acompaña la suerte»). Encontraba atractivo en todo: en las subidas escabrosas y en el paisaje, en los contratiempos, en las ventas de mala muerte, con su tosca comida, donde Brown y Grant servían la mesa. Así podría haber seguido toda su vida, completamente feliz,

con Alberto a su lado y Brown al lado de su caballo. Pero desgraciadamente llegó el momento de volver a casa, el momento de regresar a Inglaterra. Le resultaba insoportable. Se sentaba en su habitación, al lado de la ventana, y miraba caer la nieve. ¡El último día! ¡Si se pudiera quedar allí, incomunicada por la nieve!

III

La guerra de Crimea trajo consigo nuevas experiencias, y la mayoría fueron agradables. Era agradable ser patriota y pugnaz, buscar las oraciones apropiadas para leer en la iglesia, recibir noticias de gloriosas victorias y saberse, con más orgullo que nunca, la representante de Inglaterra. Con la espontaneidad que la caracterizaba, Victoria expresó efusivamente su emoción, su admiración, su compasión, su cariño por sus «queridos soldados». Cuando les entregó las medallas, su júbilo era inmenso. «¡Nobles hombres! —le decía en una carta al rey de Bélgica—. Me afecta como si se tratara de mis propios hijos; mi corazón late por ellos como por mi ser más querido. Estaban tan emocionados, tan contentos; me he enterado de que muchos de ellos lloraron y no consintieron dejar las medallas para que les grabaran los nombres por temor a que no les devolvieran la misma que yo les había dado en la mano, lo cual es muy emotivo. Algunos venían mutilados, en un estado lastimoso». La reina y los soldados sentían lo mismo. Ellos pensaban que la reina les había hecho espléndidos honores, y ella, con toda sinceridad, compartía sus sentimientos. La actitud de Alberto era diferente; había una austeridad en él que no le dejaba expresar sus emociones. Cuando el general Williams volvió de la heroica defensa de Kars y fue presentado en la Corte, le recibió con una rápida, rígida y distante reverencia que dejó de piedra a los espectadores. Todavía era un extranjero.

Pero tenía otras cosas de que ocuparse, seguramente más importantes que las impresiones personales de los militares y de la gente que iba a la Corte. Estaba dedicado de lleno —y en ello trabajaba sin cesar— a la enorme empresa de dirigir la guerra para que terminara victoriosamente. Redactaba un abrumador torrente de documentos oficiales, despachos y memorandos. Entre 1853 y 1857 llenó, de su puño y letra, cincuenta tomos de tamaño folio con comentarios sobre los acontecimientos en el Este. Nada le inducía a dejar de escribir. Los ministros, abatidos, se tambaleaban bajo el peso de sus informes, pero éstos se sucedían, apilándose en sus escritorios según iban surgiendo a raudales de una valija tras otra. No obstante, eran advertencias dignas de tener en cuenta. El talento administrativo que había reorganizado los palacios y planeado la Gran Exposición se reafirmaba ahora en las arduas complejidades de la guerra. Una y otra vez, las sugerencias del príncipe, en principio rechazadas o no tenidas en cuenta, se adoptaban cuando la circunstancia era extrema, y resultaban muy valiosas. Invenciones y logros tales como la formación de

una legión extranjera, el establecimiento de una base para las tropas en Malta, la institución de informes y estadísticas periódicas sobre la situación del ejército en Sebastopol surgieron de su infatigable cerebro. Fue todavía más lejos: confeccionó un amplio proyecto en el que trazó las líneas para hacer una reforma radical de toda la administración del ejército. El proyecto como tal era prematuro, pero la propuesta de que se debía «crear un campamento de instrucción» donde las tropas pudieran concentrarse y adiestrarse fue el germen del campamento militar de Aldershot.

Mientras tanto, Victoria había hecho nuevas amistades: de repente, Napoleón III la había cautivado. En otro tiempo había sentido gran antipatía hacia él. Le consideraba un aventurero de mala fama que había usurpado el trono al pobre Luis Felipe, y además, él y lord Palmerston eran uña y carne. Durante mucho tiempo, aunque Napoleón era su aliado, se resistió a recibirle, pero al fin se organizó la visita del emperador y de la emperatriz a Inglaterra. Tan pronto como apareció en Windsor, la aversión que Victoria sentía hacia él empezó a desvanecerse. Se quedó maravillada por sus ademanes reposados, por su voz suave y dulce, y por la agradable sencillez de su conversación. La buena disposición de Inglaterra era vital para la posición del emperador en Europa, y éste se había propuesto fascinar a la reina. Y lo consiguió. Victoria tenía en su interior algo que la hacía responder inmediata y vehementemente a las personas de carácter diferente al suyo. Su adoración por lord Melbourne estaba íntimamente entretejida con su semiconsiente aprecio de la abismal falta de afinidad entre ella y el sofisticado, astuto y aristocrático caballero. La falta de afinidad con Napoleón era de naturaleza muy diferente, pero no por ello menos marcada. Así, la reina, por detrás de la inmensa solidez de su respetabilidad, de su convencionalidad, de su arraigada felicidad, se asomaba a curiosear con un placer extraño y delicioso ese desconocido objeto extranjero que brillaba con luz misteriosa, moviéndose tan meteóricamente delante de ella; un ser ambiguo, voluntarioso y con futuro. Y descubrió con gran sorpresa que donde temía encontrar antagonismo sólo había solidaridad. Según la reina, Napoleón III era «tan apacible, tan sencillo, *naïf* incluso, tan dispuesto a recibir información sobre cosas que no sabía, tan amable, tan lleno de tacto, de dignidad y de modestia, tan atento con nosotros, sin decir nunca una palabra o hacer una cosa que pudiera molestarme... Hay en él algo fascinante y melancólico que le hace irresistible, pese a cualquier prevención que uno pueda tener en contra suya, y ello sin la ayuda de ningún atractivo físico, aunque a mí me gusta su cara». También hacía la observación de que montaba a caballo «muy bien, resultaba muy elegante sentado en el caballo». Y que bailaba «con gran dignidad y brío». Pero sobre todo, escuchaba a Alberto; le escuchaba con suma atención y respeto; mostraba, en efecto, lo dispuesto que estaba «a recibir información sobre cosas que no sabía»; más tarde se le oyó decir que no había conocido a nadie comparable a Alberto. En una ocasión —pero sólo en una— pareció que se estaba impacientando verdaderamente. En una conversación diplomática «me extendí un poco en el análisis de la cuestión Holstein —escribía el príncipe en un memorandum—», lo que pareció aburrir al

emperador por ser «*très compliquée*».

Victoria también intimó mucho con la emperatriz, cuya apariencia y elegancia admiraba sin el menor asomo de envidia. Eugenia, en la plenitud de su belleza, vestida con gran exquisitez con miriñaques parisienses que realizaban su alta y esbelta figura, bien podría haber despertado algunos celos en el corazón de su anfitriona; parecía difícil que ésta, bajita, más bien gorda, sin atractivo alguno, vestida con colores chillones y ropa anticuada, pudiera encontrarse muy a gusto en tal compañía.

Pero Victoria no se sentía incómoda. No le preocupaba que la cara se la pusiera roja con el calor, ni que el sombrero morado que llevaba estuviera pasado de moda, mientras que Eugenia, con su aspecto fresco y moderno, flotaba a su lado envuelta en un mar de volantes. Ella era la reina de Inglaterra, ¿no era eso bastante? Ciertamente parecía serlo.

La verdadera majestad era suya, y ella lo sabía. En varias ocasiones en que ambas aparecieron juntas en público, la mujer que tenía poco que agradecer a la naturaleza y al arte eclipsó por completo, con la sola fuerza de su grandiosidad innata, a su acicalada y bella compañera.

Cuando llegó el momento de la despedida hubo lágrimas y Victoria se sintió «bastante *wehmüthig*» al ver a sus huéspedes alejarse de Windsor. Pero sin que pasara mucho tiempo, Alberto y ella devolvieron la visita a Francia, donde todo fue maravilloso, y la reina de Inglaterra paseó de incógnito por las calles de París con «un sombrero corriente» y vio una obra en el teatro de St. Cloud. Una noche, en una gran fiesta que el emperador dio en su honor en el palacio de Versalles, habló con un caballero prusiano de aspecto muy distinguido: se llamaba Bismarck. Las habitaciones donde Victoria se alojaba estaban amuebladas tan a su gusto que afirmó que, si no fuera por que no estaba allí su perrito, pensaría que estaba en su propia casa. No se hizo ningún comentario, pero a los tres días, cuando la reina entraba en sus habitaciones, la recibió su perrito con unos ladridos de bienvenida. El emperador, sin escatimar esfuerzo ni dinero, se había encargado él mismo de organizarlo todo para darle tan encantadora sorpresa. Tales fueron sus atenciones. Victoria volvió a Inglaterra más embelesada que nunca. «¡Realmente son extraños los designios y los caminos de la Providencia!», exclamaba.

La alianza prosperó y la guerra fue acercándose al final. Es cierto que tanto la reina como el príncipe estaban muy preocupados por el hecho de que pudiera firmarse una paz prematura. Cuando lord Aberdeen quiso empezar las negociaciones, Alberto le atacó en una carta «*geharmischten*», y Victoria, a caballo, pasó revista a las tropas. Por fin, Sebastopol fue conquistado. La noticia llegó a Balmoral a altas horas de la noche, y «a los pocos minutos, Alberto y todos los caballeros salieron apresuradamente con los atuendos más variados, seguidos por todos los sirvientes, y poco a poco se les unieron los habitantes del pueblo, guardabosques, ayudantes de cazadores, trabajadores, etc., y todos subieron a la cumbre donde estaba el mojón». Se encendió una hoguera, se tocó la gaita y se dispararon unos cuantos tiros. «Unos

tres cuartos de hora después, Alberto volvió y dijo que la escena había sido fantástica y emocionante. La gente había brindado con *whisky* y se mostraba muy entusiasmada». Quizá el «entusiasmo» sería sustituido a la mañana siguiente por otro estado de ánimo, pero, en cualquier caso, la guerra había terminado, aunque su final parecía tan difícil de explicar como su principio. Los designios y los caminos de la Providencia seguían siendo extraños.

IV

Una inesperada consecuencia de la guerra produjo un cambio total en las relaciones entre la pareja real y Palmerston. La hostilidad que el príncipe y el ministro tenían en común hacia Rusia les unió, y así cuando Victoria requirió la presencia de su viejo enemigo para formar gobierno, lo hizo sin ninguna reserva. El cargo de primer ministro también produjo un efecto sedante en Palmerston, quien se hizo menos impaciente y dictador, prestaba gran atención a las sugerencias de la Corona y se mostraba sinceramente impresionado por la habilidad y los conocimientos del príncipe. Sin duda, existían todavía algunas fricciones, ya que la reina y el príncipe se dedicaban de lleno a la política exterior, como siempre lo habían hecho, y cuando terminó la guerra sus ideas eran de nuevo contrarias a las del primer ministro. Así ocurría en lo referente a Italia. Alberto, amigo en teoría de los gobiernos constitucionales, desconfiaba de Cavour, estaba horrorizado con Garibaldi y temía que Inglaterra se viera empujada a la guerra con Austria. Por otro lado, Palmerston ansiaba la independencia italiana; pero él ya no estaba en el ministerio de Asuntos Exteriores y era a lord Russell a quien tocaba aguantar ahora las virulencias de la indignación real. En unos años la situación había dado un cambio curioso. Ahora era lord John el que ocupaba el puesto de subordinado y desempeñaba el papel ingrato; pero el ministro de Asuntos Exteriores, en su lucha con la Corona, contaba con el apoyo, en lugar de con la oposición, del primer ministro. En cualquier caso, la lucha fue intensa y la política de enérgica solidaridad con los patriotas italianos, que se convirtió en uno de los factores decisivos para el logro final de la unidad de Italia, se llevó a cabo a pesar de la violenta oposición de la Corte.

En cuanto a la otra fuente de disturbios en Europa, la actitud del príncipe también era muy diferente a la de Palmerston. Alberto anhelaba una Alemania unida bajo la jefatura de una Prusia poderosa y constitucional. Palmerston, aunque no estaba muy de acuerdo con la idea, no tenía especial interés en la política alemana y se mostraba en buena disposición para aceptar la propuesta, defendida con gran entusiasmo tanto por la reina como por el príncipe, de que las Casas Reales de Inglaterra y Prusia se unieran mediante el matrimonio de la princesa real con el príncipe heredero de la Corona de Prusia. De acuerdo con esto, cuando la princesa no había cumplido aún los

quince años, el príncipe prusiano, un joven de veinticuatro años, fue invitado a pasar unos días en Balmoral y se anunció públicamente el compromiso. Dos años después, en 1858, se celebró el matrimonio.

Sin embargo, en el último momento pareció que podían existir dificultades. En Prusia se hizo la observación de que era costumbre que los príncipes de estirpe regia se casaran en Berlín y se daba a entender que no había razón para que este caso fuera diferente. Cuando el asunto llegó a sus oídos, Victoria enmudeció de indignación. En una enérgica nota, Su Majestad dio órdenes al ministro de Asuntos Exteriores de que comunicara al embajador de Prusia que «no acaricie tal posibilidad... La reina nunca podría aceptarla, ni por razones públicas ni privadas, y la presunción de que es demasiado para un príncipe real de Prusia venir a Inglaterra para casarse con la princesa real de Gran Bretaña es un gran absurdo, por no decir más... Cualquiera que sea la costumbre de los príncipes prusianos, no todos los días se casa uno con la primogénita de la reina de Inglaterra. Por lo tanto el tema debe considerarse decidido y zanjado». Así fue, y la boda tuvo lugar en la capilla de St. James. Hubo grandes festejos: luminarias, conciertos y galas oficiales, gran gentío y júbilo general. En el salón Waterloo de Windsor se celebró un suntuoso banquete en honor de los novios, en el que —según anotó Victoria en su diario— «todo el mundo fue muy cariñoso y simpático con Vicky y había gran entusiasmo por parte de todos, entusiasmo del que el duque de Buccleuch, que había estado confundido entre la multitud, nos dio algunos ejemplos muy gratos». Desde unos días antes de la boda, Victoria llevaba viviendo horas de honda emoción y cuando llegó el momento de que la joven pareja partiera estuvo a punto de desmoronarse, pero se pudo controlar. «¡Pobre hija mía! —escribía después—. La estreché entre mis brazos y le deseé todo lo mejor, y no supe qué decirle. Besé al querido Fritz y le apreté la mano una y otra vez. Él no podía hablar y tenía lágrimas en los ojos. Abracé a los dos otra vez a la puerta de la carroza, y Alberto y Bertie subieron con ellos... La banda empezó a tocar. Me despedí de los queridos Perponcher. El general Schreckenstein estaba muy emocionado, le estreché la mano, lo mismo que al deán, y después subí rápidamente».

Alberto, lo mismo que el general Schreckenstein, estaba muy emocionado. Perdía a su hija favorita, cuya inteligencia ya había empezado a mostrar un fuerte parecido con la suya propia, una adorable alumna que, en unos pocos años, podría haberse convertido en la compañera casi perfecta. La ironía del destino había querido que la hija que se le iba de su lado fuera comprensiva, inteligente, interesada en las ciencias y en las artes, y dotada de una gran afición por los informes, mientras que ni una sola de estas cualidades apuntaba en el hijo que se quedaba. Estaba claro que el príncipe de Gales no se parecía en nada a su padre. Los rezos de Victoria no habían sido escuchados, y cada año que pasaba era más evidente que Bertie era un verdadero vástago de la Casa de Brunswick. Pero estas evidencias de sus innatas características sólo sirvieron para multiplicar los esfuerzos de sus padres; quizá no fuera todavía demasiado tarde para dirigir la rama aún tierna a fin de que pudiera crecer derecha,

mediante continua presión y cuidadosas ataduras.

Se intentó todo. Se envió al muchacho, con un grupo de selectos preceptores, a un viaje por el continente, pero los resultados fueron muy poco satisfactorios. A petición de su padre, Bertie escribió un diario que, una vez en Inglaterra, el príncipe inspeccionó. Lo encontró penosamente pobre. ¡Cuántas reflexiones interesantes se podrían haber escrito bajo el titular «El primer príncipe de Gales que visita al papa»! Pero allí no había ninguna. «*Le jeune prince plaisait à tout le monde* —informaba el viejo Metternich a Guizot— *mais avait l'air embarrassé et très triste*». («El joven príncipe agradó a todos, pero parecía incómodo y muy triste»). El día en que Bertie cumplió diecisiete años, la reina y el príncipe le escribieron un documento en el que le decían que ahora estaba entrando en la edad viril y que en lo sucesivo había de desempeñar las obligaciones de un caballero cristiano. «La vida se compone de obligaciones —decía el escrito— y en su debido, puntual y alegre desempeño se conoce al verdadero cristiano, al verdadero soldado y al verdadero caballero... Se te abrirá una nueva etapa de la vida en la cual tendrás que aprender lo que debes y lo que no debes hacer, materia que requiere un estudio mucho más profundo que ninguna de las que hasta ahora te han ocupado». Cuando Bertie recibió el escrito, se echó a llorar. Al mismo tiempo, se redactó otro informe encabezado por la frase: «Confidencial, de uso exclusivo de los caballeros nombrados para ocuparse del príncipe de Gales». Este largo y elaborado documento establecía «ciertos principios» por los que se debían regir el «comportamiento y la actitud» de los caballeros «y que se espera redunden en beneficio del príncipe de Gales». «Las cualidades que distinguen a un caballero en la sociedad —continuaba este noble documento— son: 1) El aspecto, el porte y la forma de vestir. 2) La forma de relacionarse y de tratar con los demás. 3) El deseo y el empeño de obtener credibilidad en la conversación o en cualquier otra ocupación social en que intervenga».

Tras un análisis exhaustivo de esos subtítulos, que llenaba varias páginas, el memorándum terminaba con una última exhortación a los caballeros: «Si aprecian de verdad la responsabilidad de la labor encomendada, toman los puntos anteriormente expuestos como directrices generales, aplican su buen sentido común para actuar en todo momento de acuerdo con tales principios y piensan que no hay ningún aspecto, por pequeño que fuere, que no sea importante, manteniendo siempre una línea de conducta firme y consistente, podrán prestar un servicio valiosísimo al joven príncipe y justificar la lisonjera selección hecha por la pareja real». Al año siguiente, el joven príncipe fue enviado a Oxford, donde se extremaron los cuidados para que no se mezclara con los estudiantes no licenciados. Sí, se había intentado todo, todo... sin excepción. El único experimento que faltaba por hacer era permitir que Bertie se divirtiera. ¿Pero por qué había que hacerlo? «La vida está compuesta de obligaciones». ¿Qué cabida podía tener la diversión en la existencia de un príncipe de Gales?

El mismo año que privó a Alberto de la princesa real, le trajo otra pérdida todavía

más importante. El barón había visitado Inglaterra por última vez. Durante veinte años, como él mismo decía en una carta al rey de Bélgica, había desempeñado «el difícil y agotador cargo de amigo paternal y consejero de confianza» del príncipe y de la reina. Tenía setenta años, estaba cansado física y mentalmente; era el momento de retirarse. Volvió a su casa de Coburgo y cambió definitivamente los trascendentales secretos del arte de gobernar en Europa por los chismes de una capital de provincia y los cotilleos de la vida familiar. Ahora, sentado en su silla rígida al lado de la chimenea, daba cabezadas y revivía viejas historias, no de emperadores y generales, sino de vecinos y familiares, y de aventuras domésticas de muchos años atrás: el fuego en la biblioteca de su padre, y la cabra que subió al piso de arriba, entró en la habitación de su hermana, dio dos vueltas alrededor de la mesa y bajó rápidamente otra vez. Todavía sufría de dispepsia y de depresión, pero si volvía la vista hacia el pasado se sentía satisfecho de su vida. Tenía la conciencia limpia. «He trabajado hasta que he tenido fuerzas para hacerlo —decía— por un fin que nadie puede impugnar. Ser consciente de ello es mi premio, el único que ambicionaba».

Parecía indudable que había alcanzado su «meta». Con su sabiduría, su paciencia y su ejemplo había conseguido, a su debido tiempo, la milagrosa metamorfosis con la que había soñado. El príncipe era creación suya: un trabajador infatigable que presidía con los mejores propósitos una gran nación. Ese era su éxito. Al contemplar su trabajo, se sentía complacido. Pero ¿no tenía el barón ningún temor? ¿No se preguntó nunca si no había ido demasiado lejos? ¡Qué delicadas y qué peligrosas son las trampas que el destino tiende a hombres tan cautos! Alberto, ciertamente, parecía reunir todas las cualidades que el barón podía desear: virtuoso, trabajador, perseverante, inteligente. Y, sin embargo, ¿por qué las cosas no le iban bien? Estaba angustiado.

A pesar de todo, Alberto nunca había alcanzado una felicidad completa. Su trabajo, del que al fin llegó a disfrutar con un apetito casi mórbido, era un consuelo y no una cura; el dragón de su descontento devoraba con funesta apetencia el tributo creciente de penosos días y difíciles noches; y aún sentía hambre. Las causas de su melancolía eran secretas, misteriosas, quizá inanalizables; estaban arraigadas demasiado profundamente en lo más íntimo y recóndito de su carácter para poder ser perceptibles a los ojos de la razón. En su naturaleza había contradicciones que resultaban un enigma inexplicable para los que le conocían bien: era severo y benévolo, modesto y arrogante, suspiraba por recibir cariño y, en cambio, se mostraba distante. Se sentía muy solo, no únicamente por la soledad del exilio, sino también por la soledad que produce el ser consciente de una superioridad no reconocida. Tenía el orgullo, a la vez resignado y desmesurado, de un doctrinario. Y sin embargo, decir que era simplemente un doctrinario sería una descripción falsa, ya que el doctrinario puro se regocija siempre en una satisfacción interna, y Alberto estaba muy lejos de ello. Había algo que él quería y que nunca pudo conseguir. ¿Qué era? ¿Una solidaridad incondicional e inefable? ¿Un triunfo extraordinario y sublime?

Posiblemente una mezcla de ambas cosas. ¡Dominar y ser comprendido! ¡Conquistar, con la misma triunfante influencia, la sumisión y el aprecio de los demás: eso sí que valdría de verdad la pena! Pero, ante tales expectativas, veía con toda claridad cuán débil era la reacción del ambiente en el que se movía. ¿Quién había allí que le apreciara de veras? ¿Quién podía apreciarle en Inglaterra? Y si la honrosa virtud de una excelencia interna era de tan poco provecho, ¿podía esperar más de los amargos procedimientos de la pericia y de la fuerza? La terrible tierra de su exilio ponía ante él un sólido e inexpugnable bulto informe. No cabía duda de que había causado cierta impresión: era verdad que se había ganado el respeto de sus compañeros de trabajo, que se había reconocido su probidad, su laboriosidad y su exactitud, y que era un hombre de mucho prestigio y sumamente importante. Sin embargo, ¡qué lejos, qué lejísimos estaba todo eso de la meta de sus ambiciones! ¡Qué débiles y vanos parecían sus esfuerzos ante la enorme conjunción de torpeza, de locura, de negligencia, de ignorancia, de confusión que tenía delante de sí! Tuvo el poder y el ingenio necesarios para introducir algún pequeño cambio aquí o allá, arreglar algunos pormenores, abolir alguna anomalía, insistir en alguna reforma obvia; pero el corazón del espantoso organismo permanecía intacto. Inglaterra seguía, insensible y satisfecha de sí misma, tambaleándose hacia adelante por su insufrible camino de siempre. Él se lanzó en medio del camino, al paso del monstruo, con firme propósito y determinación, pero no se le hizo ningún caso. Incluso Palmerston permanecía indiferente, aún estaba allí para hacerle sufrir con su desinterés, con sus confusas ideas, con su total falta de principios. Era demasiado. Ni la naturaleza ni el barón le habían dotado de un espíritu optimista: las semillas del pesimismo, una vez que penetraron dentro de él, crecieron rápidamente al encontrar un suelo fértil. Alberto

*... questioned things, and did not find
One that would answer to his mind;
And all the world appeared unkind.*

Pensaba que era un fracasado y empezó a desesperar.

Sin embargo, Stockmar le había dicho que «no tenía que renunciar nunca», y nunca lo haría. Seguiría adelante, trabajando al máximo y afanándose por conseguirlo todo hasta el final. Se convirtió casi en un maníaco del trabajo. La lámpara verde se encendía cada vez más temprano; la correspondencia era más abundante; el examen de los periódicos más profundo; los interminables memorandos más meticulosos, analíticos y precisos. Las diversiones mismas se convirtieron en obligaciones. Sus horas de recreo estaban programadas, iba a las partidas de caza del venado con puntual entusiasmo y hacía juegos de palabras a mediodía; era su obligación. El mecanismo funcionaba con un rendimiento sorprendente, pero nunca paraba y nunca se engrasaba. Las innumerables ruedas dentadas giraban constantemente con monótona exactitud. No, pasara lo que pasase, el príncipe nunca renunciaría; había

asimilado las doctrinas de Stockmar demasiado a fondo. Él sabía lo que estaba bien y a toda costa lucharía por ello. Eso era cierto. Pero ¡ay!, en esta vida nuestra ¿qué certezas hay? «No se puede ser demasiado entusiasta en nada, —dice un viejo poeta griego—. Todos los trabajos que el hombre hace con mesura son más positivos. Porque, muchas veces, el que persigue con entusiasmo alguna cosa excelsa, aunque va tras una victoria, camina por un camino equivocado, atraído por la fuerza de algún poder oculto que hace que las cosas que son malas le parezcan buenas y las cosas que le parecen malas sean ventajosas para él». Sin duda, tanto el príncipe como el barón habrían podido aprender algo de la fría sabiduría de Teognis.

Victoria se dio cuenta de que su marido parecía a veces deprimido y agotado. Y trató de animarle. Le inquietaba observar que a Alberto se le consideraba todavía un extranjero y pensó que otorgándole el título de príncipe consorte (1857) mejoraría su posición en el país. «La reina tiene el derecho de exigir que su marido sea un ciudadano inglés», escribía Victoria. Pero, desgraciadamente, a pesar de la Cédula de Privilegio Real, Alberto seguía siendo tan extranjero como antes; y con el paso de los años se agudizó su abatimiento. Victoria trabajaba con el príncipe, le controlaba, paseaba con él por los bosques de Osborne mientras él silbaba con los ruiseñores, como lo había hecho hacía tantos años en Rosenau. Por sus cumpleaños, la reina ponía toda su ilusión en hacerle regalos que sabía que él apreciaría de verdad. En 1858, cuando cumplió treinta y nueve años, le regaló «un retrato de Beatriz, a tamaño natural, hecho por Horsley, una colección completa de vistas de Gotha y paisajes de los alrededores, que me había hecho Bedford, y un pisapapeles hecho con granito de Balmoral y dientes de ciervo, diseñado por Vicky». Por supuesto, Alberto quedó encantado y en la celebración familiar estaba más alegre que nunca; sin embargo... ¿qué era lo que no iba bien?

Sin duda era su salud. Se estaba deteriorando al servicio del país; y ciertamente su constitución, como Stockmar había observado desde el principio, no era la ideal para soportar grandes tensiones. Se acongojaba muy fácilmente, padecía de continuo pequeños achaques. Bastaba ver su aspecto para darse cuenta de su debilidad física. El guapo joven de hacía veinte años, de ojos expresivos y cutis terso, se había convertido en un hombre cetrino, bastante calvo por la coronilla, de aspecto cansado, cuyo cuerpo encorvado y fofo delataba al trabajador sedentario. Las malintencionadas críticas que en otros tiempos habían comparado a Alberto con un cantante de ópera podrían haber dicho ahora que más bien parecía un mayordomo. Al lado de Victoria, el contraste resultaba lastimoso. Ella también estaba gorda, pero era la gordura de una matrona robusta que derrochaba vitalidad por todas partes, en su porte, con su mirada interrogante y sus ojos saltones, con sus manos pequeñas, regordetas, competentes y dominantes. ¡Si pudiera, por arte de magia simpática, transmitir a esa figura gorda y fofa, a ese cerebro desecado y desalentado una dosis de la resistencia y confianza en sí misma que tanto abundaban en ella...!

Un repentino incidente hizo pensar a la reina que, además de la salud delicada,

había otros peligros. En 1860, durante una visita a Coburgo, el príncipe tuvo un accidente en una carroza, en el que no se mató de milagro. Sólo sufrió algunos cortes y magulladuras, pero el susto de Victoria fue tremendo, aunque no lo exteriorizó. «Cuando la reina sufre más profundamente —escribía después— es siempre cuando parece estar más calmada, y no podía ni osaba permitirse a ella misma hablar de lo que podía haber ocurrido, o incluso admitir (y no podía ni osaba ahora) el peligro ¡porque se volvería loca!». De hecho, su nerviosismo sólo fue contenido por su devoción religiosa. Sentía que no podía quedarse «sin hacer algo que dejara constancia permanente de sus sentimientos» y decidió fundar una sociedad benéfica en Coburgo. «Mil libras, o incluso dos mil, donadas de una vez o en anualidades, y todavía no sería suficiente», en opinión de la reina. Por fin, se optó por la cantidad más pequeña y se puso en una cuenta llamada «Victoria-Stift» a nombre del burgomaestre y del responsable del clero de Coburgo, quienes a su vez estaban encargados de repartir el interés anual entre ciertos jóvenes, hombres y mujeres de conducta ejemplar y pertenecientes a la clase humilde.

Poco después, la reina sufrió por primera vez en su vida la experiencia de perder a un ser querido. A principios de 1861, la duquesa de Kent se puso muy enferma y en marzo murió. El suceso abrumó a Victoria. Con mórbida intensidad, llenó páginas de su diario con descripciones minuciosas de las últimas horas de su madre, del desenlace y del cadáver, salpicadas de vehementes apóstrofes, y con la perturbada efusión de reflexiones emotivas. El dolor del presente borraba por completo las desavenencias del pasado. Era el temor y el misterio de la Muerte, de la Muerte presente y verdadera, la que se había fijado en la mente de la reina. Todo su ser, tan lleno de vitalidad, retrocedía angustiado ante el aterrador espectáculo del triunfo de esa imponente fuerza. Su propia madre, con la que tan estrechamente y por tanto tiempo había compartido su vida, que se había convertido en parte de su existencia, ¡había muerto ante sus propios ojos! Quería olvidarlo, pero no podía. Sus lamentaciones continuaban con extraña profusión, con extraña persistencia. Era como si, por una misteriosa e inconsciente intuición, se diera cuenta de que esa horripilante Majestad tenía reservado para ella un dardo fatal.

Desgraciadamente, antes de que terminara el año recibiría un golpe todavía más trágico. Alberto, que llevaba padeciendo de insomnio durante mucho tiempo, un día muy crudo de finales de noviembre fue a Sandhurst a inspeccionar los edificios de la nueva Academia Militar. Cuando volvió era evidente que el esfuerzo y el frío soportado al pasar mucho tiempo a la intemperie habían afectado seriamente a su salud. Enfermó de reumatismo, continuó con insomnio y se decía que se encontraba muy mal. Tres días después tuvo que ir a Cambridge, reclamado por una desagradable obligación: el príncipe de Gales, que el año anterior había entrado en la universidad, estaba teniendo un comportamiento que hacía necesaria la amonestación paterna. El defraudado padre, sufriendo física y mentalmente, cumplió con su deber, pero en el viaje de regreso a Windsor cogió un fatal resfriado. Durante la semana

siguiente se fue debilitando cada vez más. Pero, a pesar de lo débil y deprimido que estaba, seguía trabajando. En ese preciso momento surgió una grave crisis diplomática: había estallado la guerra civil en Estados Unidos y todo parecía indicar que Inglaterra, debido a una violenta disputa con los Estados del norte, estaba a punto de verse envuelta en el conflicto. Lord John Russell presentó a la reina un duro comunicado, y el príncipe se dio cuenta de que si se mandaba tal como estaba, la guerra sería una consecuencia casi inevitable. A las siete de la mañana del 10 de diciembre se levantó de la cama y con mano temblorosa escribió una serie de sugerencias para modificar el borrador, utilizando términos menos severos y abriendo camino para dar al problema una solución pacífica. El gobierno aceptó los cambios y se evitó la guerra. Fue el último memorándum del príncipe.

Alberto siempre había afirmado que contemplaba la perspectiva de la muerte con tranquilidad. «Yo no me aferro a la vida —había dicho a Victoria en una ocasión—, tú sí; pero yo le concedo poca importancia». Y después había añadido: «Estoy seguro de que si tuviera una enfermedad grave, desistiría de inmediato, no lucharía por vivir. No tengo apego a la vida». No se equivocaba. Cuando llevaba unos días enfermo le dijo a un amigo que estaba convencido de que no se curaría. Se moría sin remedio. No obstante, si su caso hubiera sido entendido correctamente y tratado con habilidad desde el primer momento, quizá se hubiera salvado; pero los médicos fallaron al diagnosticar sus síntomas. Hay que señalar que el médico principal era sir James Clark. Cuando se sugirió que se debía consultar a otros médicos, sir James rechazó la idea con desdén. «No había razón para alarmarse», dijo. Pero la extraña enfermedad empeoraba. Por fin, después de que lord Palmerston escribiera una furiosa carta de reconvención, se mandó llamar al doctor Watson. Cuando éste llegó, inmediatamente se dio cuenta de que su presencia había sido requerida demasiado tarde. El príncipe estaba minado por la fiebre tifoidea. «Creo que hasta ahora todo va bien», seguía diciendo sir James Clark.

El desasosiego y el intenso sufrimiento de los primeros días dieron paso a un sosegado letargo y a un pesimismo cada vez más acusado. En una ocasión, el debilitado paciente pidió escuchar música: «Una hermosa coral a lo lejos», y la princesa Alicia tocó en un piano que se había colocado en la habitación contigua algunos himnos de Lutero, después de los cuales el príncipe pidió que repitiera *The Rock of Ages*. A veces deliraba, a veces el pasado lejano se precipitaba sobre él; oía los pájaros por la mañana temprano, y se encontraba de nuevo en Rosenau, como cuando era niño. En ocasiones, Victoria le leía *Peeveril of the Peak* y él demostraba que podía seguir la historia; al terminar, ella se inclinaba sobre Alberto, que murmuraba «*liebes Frauchen*» y «*gutes Weibchen*», acariciándole la mejilla. El dolor y la inquietud de Victoria eran intensos, pero no estaba seriamente asustada. Alentada por su propia y abundante energía, no podía creer que la de Alberto fuera la que indicaba su postración. Se negaba a afrontar la terrible posibilidad. Rehusó ver al doctor Watson. ¿Por qué debía verle? ¿No le había asegurado sir James Clark que

todo iría bien? Incluso dos días antes del final, que ahora todos a su alrededor juzgaban casi inevitable, escribía al rey de Bélgica, llena de aparente confianza: «No paso la noche sentada a su lado por que no le hago falta, y no hay motivo para alarmarse». La princesa Alicia trató de que su madre abriera los ojos a la realidad, pero el optimismo de la reina era inmutable. La mañana del 14 de diciembre Alberto, como Victoria esperaba, experimentó una mejoría; quizá la crisis había pasado. Pero la mejoría fue pasajera y durante el día tuvo una fuerte recaída. Fue entonces cuando Victoria aceptó al fin que estaba al borde de un espantoso abismo. Reunió a todos los niños y, uno tras otro, dieron un silencioso y último adiós a su padre. «Fue un momento terrible —escribía Victoria en su diario—, pero, gracias a Dios, pude controlarme, conservar la calma y permanecer sentada a su lado». Él murmuró algo que Victoria no pudo entender; pensó que hablaba en francés. Después, de repente, se empezó a peinar, «como lo hacía cuando estaba bien y se arreglaba». «*Es ist Kleines Frauchen*», le susurró Victoria al oído, y parece que él lo entendió. Al caer la tarde, Victoria salió un momento de la habitación, pero fue llamada de inmediato; nada más entrar vio que se había producido un cambio fatal. Según se arrodillaba al lado de la cama, él respiró profundamente, después su respiración fue haciéndose cada vez más lenta, hasta cesar por completo. Sus facciones se volvieron rígidas. Victoria lanzó un grito agudo de dolor que retumbó en el castillo, y comprendió que había perdido a Alberto para siempre.

Viudez

I

La muerte del príncipe consorte supuso un cambio decisivo en la historia de la reina de Inglaterra. Victoria sentía que su verdadera vida había cesado con la de su marido y que el resto de sus días sobre la tierra sería como un crepúsculo, el epílogo a un drama ya terminado. Esta es exactamente la impresión que recibe su biógrafo, para quien también la segunda mitad de esa larga carrera está envuelta en la sombra. Los primeros cuarenta y dos años de la vida de la reina aparecen iluminados por una numerosa y variada información fidedigna. Con la muerte de Alberto se corre un telón que sólo de vez en cuando, a intervalos irregulares e inconexos, se descorre por un momento; entonces se pueden percibir unas cuantas ideas importantes, algunos detalles; el resto son sólo ambigüedades y conjeturas. Así, aunque la reina sobrevivió a su dolor casi durante tantos años como había vivido antes de él, la crónica de este periodo no guarda relación con la historia de la primera mitad de su vida. Ante la ignorancia, hemos de contentarnos con un lacónico y sumario relato.

El repentino fin del príncipe no supuso sólo una pérdida irreparable para Victoria, fue también un acontecimiento de importancia nacional y europea. Tenía sólo cuarenta y dos años y por ley de vida cabía esperar que viviera por lo menos otros treinta años más. Si este hubiera sido el caso, no cabe duda de que el desarrollo de la política inglesa habría cambiado por completo. En el momento de su muerte ocupaba ya un puesto único en la vida pública de Inglaterra y había sido admitido en los círculos políticos más importantes. Era, pues, una persona necesaria y fundamental en el mecanismo de la nación. Lord Clarendon, por ejemplo, consideraba su muerte como «una calamidad nacional mucho más trascendente de lo que el pueblo pueda imaginar», y lamentaba la pérdida de su «sagacidad y previsión», que hubieran sido «más valiosas que nunca» ante la posibilidad de una guerra americana. Con el paso del tiempo la influencia del príncipe habría aumentado mucho porque, además de sus cualidades intelectuales y morales, tenía, en virtud del lugar que ocupaba, una ventaja suprema de la que no gozaba ningún otro alto cargo del país: el puesto de Alberto era permanente. Los políticos alcanzaban y perdían el poder, pero el príncipe permanecía inamovible al frente de la situación. ¿Quién puede poner en duda que hacia finales del siglo un hombre semejante, que habría encanecido al servicio de la nación, virtuoso e inteligente, y con la incomparable experiencia de toda una vida de gobierno, gozaría de un extraordinario prestigio? Si en su juventud había sido capaz

de oponer los intereses de la Corona al poderoso Palmerston y había salido victorioso de la contienda, ¿qué no hubiera podido conseguir en su madurez? ¿Qué ministro, por muy competente y popular que fuese, podría haberse opuesto a la prudencia, a la intachable conducta y a la extensa autoridad legal del venerable príncipe? Es fácil imaginar que con un gobernante así Inglaterra podía haberse convertido en un Estado tan organizado, tan disciplinado, tan eficaz y tan autocráticamente controlado como la misma Prusia. Después, quizá, bajo algún líder poderoso, un Gladstone o un Bright, las fuerzas democráticas del país se hubieran unido para desencadenar un conflicto que habría hecho temblar los cimientos de la monarquía. Aunque también podría haberse cumplido la profecía de Disraeli: «Con el príncipe Alberto —había dicho— hemos enterrado a nuestro soberano. Este príncipe alemán ha gobernado Inglaterra durante veintiún años con un juicio y una energía que ninguno de nuestros reyes ha demostrado jamás... Si hubiera sobrevivido a algunos de nuestros “viejos veteranos”, nos habría traído las bendiciones de un gobierno absoluto».

La Constitución inglesa, ese ente indescriptible, es algo vivo que crece con el hombre y toma formas diversas de acuerdo con las sutiles y complejas leyes del carácter humano. Es hija del saber y de la casualidad. Los hombres sabios de 1688 le dieron la forma que conocemos, pero la casualidad de que Jorge no hablara inglés le confirió uno de sus rasgos más característicos: el sistema de un gobierno independiente de la Corona y subordinado al primer ministro. La sabiduría de lord Grey la salvó de la petrificación y la destrucción, y la puso en el camino de la democracia. Después, la casualidad intervino una vez más: resultó que una soberana se casó con un hombre tenaz e inteligente; pareció entonces que un elemento que había estado inactivo por muchos años —el elemento del poder administrativo irresponsable— estaba a punto de convertirse en su rasgo fundamental y que iba a cambiar por completo el rumbo de su desarrollo. Pero lo que la casualidad trajo, la casualidad se lo llevó. El príncipe consorte pereció en la flor de la vida, y la Constitución inglesa, desprendiéndose del miembro muerto sin apenas estremecerse, continuó su misterioso desarrollo como si él nunca hubiera existido. Un ser humano, uno sólo, sintió en todo su significado y magnitud lo que había ocurrido. El barón, sentado al lado de la chimenea en Coburgo, vio derrumbarse de repente la gigantesca estructura creada por él, convertida en una ruina absoluta e irremediable. Alberto había dejado de existir, y él había vivido en vano. Ni su más pesimista hipocondría pudo concebir nunca tamaña catástrofe. Victoria le escribió, le visitó, trató de consolarle asegurándole con ardiente convicción que ella continuaría el trabajo de su marido. Él la sonrió con tristeza y miró el fuego. Después murmuró que pronto iría a reunirse con Alberto. Se encerró en sí mismo. Sus hijos se congregaron en torno a él e hicieron lo posible por darle un poco de aliento, pero todos los esfuerzos fueron inútiles: el barón tenía el corazón destrozado. Vivió aún dieciocho meses y después, como su discípulo, se convirtió en tinieblas y polvo.

II

Con espantosa brusquedad, el sereno resplandor de la felicidad de Victoria había dado paso a la absoluta oscuridad del dolor. En los primeros momentos, cuantos la rodeaban temieron que sufriera un ataque de locura, pero su férrea voluntad la mantuvo firme, y en los intervalos de lucidez que le permitían los intensos paroxismos causados por su dolor se veía que la reina estaba serena. Recordaba que Alberto siempre había desaprobado las manifestaciones exageradas de los sentimientos, y lo único que deseaba ahora era hacer lo que a él le hubiera gustado. No obstante, había momentos en los que su angustia se desbordaba. Un día mandó llamar a la duquesa de Sutherland, la condujo a la habitación del príncipe y, una vez allí, se postró ante la ropa de su marido, hecha un mar de lágrimas, mientras imploraba a la duquesa que le dijera si había alguna persona en el mundo que superara la belleza de carácter de Alberto. En otras ocasiones, un sentimiento casi de indignación se apoderaba de ella. «La pobre criatura de ocho meses huérfana de padre —le decía al rey de Bélgica en una carta— ¡es ahora una acongojada y destrozada viuda de cuarenta y dos años! ¡Mi vida, esa vida feliz, ha terminado. El mundo ha dejado de existir para mí...! ¡Ay, quedarme sola en la flor de mi existencia, ver nuestra pura, feliz y tranquila vida doméstica, que era lo único que me hacía soportar esta posición que tanto detesto, truncada a los cuarenta y dos años, cuando yo había confiado con instintiva certidumbre en que Dios nunca nos separaría y que nos dejaría envejecer juntos (aunque él siempre hablaba de lo corta que era la vida), es demasiado horrible, demasiado cruel!». Se percibe un tono de ultrajada majestad. ¿Se preguntaba acaso, en lo más íntimo de su corazón, por qué Dios había osado hacer eso?

Pero todas sus emociones cedieron ante su inflexible decisión de continuar, sin cambiar en absoluto durante el resto de su vida, en su veneración, su obediencia, su idolatría. «Deseo repetirlo una y otra vez —le decía a su tío—: es mi firme propósito, mi irrevocable decisión que sus deseos, sus planes, sus ideas sobre cualquier asunto sean mi ley. ¡Y no habrá fuerza humana que me haga desviarme un ápice de lo que él pensaba y deseaba!». La sola idea de que cualquier posible intromisión se interpusiera entre ella y su deseo la ponía furiosa y agresiva. Cuando supo que su tío se disponía a visitarla, pensó que tal vez intentaría «llevar la batuta», como ya ocurriera en el pasado. Le hizo una indicación al respecto: «También estoy decidida —le dijo— a que nadie, ni una sola persona de mi familia, por muy buena voluntad que tenga, por muy dedicada que esté a mi, me dirija, me aconseje o me diga lo que tengo que hacer. Sé que lo desaprobaría... Aunque debilitada por la tristeza y completamente destrozada, mi espíritu se yergue cuando pienso que cualquiera de sus deseos o de sus planes [de Alberto] van a verse afectados o cambiados, o que se me va a obligar a hacer algo». Terminaba la carta con manifestaciones de dolor y de

cariño. Era, decía, su «querida niña, desdichada como nunca, pero siempre fiel, Victoria R.». A continuación miró la fecha: 24 de diciembre. La asaltó un dolor súbito y con nerviosismo añadió: «¡Qué Navidades! No quiero ni pensarlo».

Al principio, en la confusión de su desgracia, la reina manifestó que no podía atender a sus ministros, de modo que tuvo que ser la princesa Alicia, asistida por sir Charles Phipps, jefe de la oficina de gastos personales de la reina, quien desempeñara lo mejor que pudo las funciones de intermediario. Pasadas unas semanas, el gobierno, a través de lord John Russell, se atrevió a advertir a la reina que no podía continuar así. Ella se dio cuenta de que tenían razón: Alberto habría estado de acuerdo con ellos; así pues, requirió la presencia del primer ministro. Cuando lord Palmerston llegó a Osborne, rebosante de salud, enérgico, con el bigote recién teñido, vistiendo un abrigo marrón, pantalones grises, guantes verdes y botones azules, no causó muy buena impresión.

No obstante, con el paso del tiempo, Victoria se había encariñado con su viejo enemigo y la sola idea de un cambio político la perturbaba y llenaba de temores. Sabía que el actual gobierno podía ser derrotado en cualquier momento y sentía que no podría hacer nada frente a tal eventualidad; por lo tanto, a los seis meses de la muerte del príncipe dio un paso sin precedentes: envió al líder de la oposición, lord Derby, un mensaje privado en el que le decía que ella no estaba en condiciones ni físicas ni morales de someterse a las preocupaciones derivadas de un cambio de gobierno, y que si él hacía que los actuales ministros salieran del poder sería con el riesgo de sacrificar su vida o, al menos, su razón. Cuando lord Derby recibió este mensaje se quedó sorprendido. «¡Qué barbaridad! —fue su único comentario— ¡No creía que los quisiera hasta ese punto...!».

Aunque la intensidad del dolor de Victoria fue cediendo, nunca recuperó su alegría. Durante meses, durante años sucesivos, estuvo sumida en la tristeza y recluida casi por completo. Ataviada con gruesos crespones, iba tristemente de Windsor a Osborne, de Osborne a Balmoral. Rara vez visitaba la capital, se negaba a tomar parte en las ceremonias de Estado, aislándose del más mínimo contacto con la sociedad, y se volvió tan desconocida para sus súbditos como pudiera serlo cualquier reyezuelo oriental. No le importaba que la criticaran, pues pensaba que no la entendían. ¿Qué significaban para ella los espectáculos frívolos y las diversiones mundanas? ¡Nada! Estaba absorta en preocupaciones muy distintas. Era la fiel guardiana de una obligación sagrada. Su sitio estaba en el altar más secreto de la mansión del dolor, donde sólo ella tenía derecho a entrar, donde podía sentir el efluvio de una misteriosa presencia e interpretar, por débiles y tenues que fueran, los dictados de un espíritu todavía viviente. Esa, y sólo esa, era su gloriosa, su terrible obligación. Y era en verdad terrible. A medida que pasaban los años, su depresión parecía hacerse más profunda y su soledad más intensa. «Estoy en una cima monótona y triste de solitaria grandiosidad», decía. Una y otra vez sentía que su situación era cada vez más insoportable, que se le agotaban las fuerzas. Pero

inmediatamente después, aquella voz hablaba y su ánimo se fortalecía para cumplir una vez más, con minuciosa diligencia, su terrible y sagrada obligación.

Ante todo tenía que hacer suyo el objetivo central de la vida de Alberto: debía trabajar, como lo había hecho él, al servicio del país. Esa enorme carga de responsabilidad que Alberto se había echado a la espalda era la que ahora tenía que soportar ella. Asumió el gigantesco peso, y naturalmente se tambaleaba. Mientras vivió Alberto, Victoria había trabajado duro, con disciplina y aplicación; pero era un trabajo que él, con su esmero, su premeditación, sus consejos y su sabiduría, hacía que resultara fácil, agradable. El mero sonido de su voz pidiéndole que firmara un documento la hacía estremecerse; con la presencia de semejante persona podría haber trabajado feliz y contenta durante toda la vida. Pero ahora el cambio era horrible. Ahora no se encontraba los ordenados montones de documentos debidamente clasificados debajo de la lámpara verde; ahora no tenía explicaciones simples para problemas complejos; ahora no había quien le dijera lo que estaba bien y lo que estaba mal. Por supuesto, contaba con sus secretarios, sir Charles Phipps, el general Grey y sir Thomas Biddulph, que hacían todo lo que podían. Pero eran meros subordinados; todo el peso de la iniciativa y la responsabilidad caía sobre ella sola. Así tenía que ser. ¿Acaso no había dicho aquello de «estoy decidida a que nadie me dirija, me aconseje o me diga lo que tengo que hacer»? Obrar de otro modo supondría traicionar su obligación. Seguiría los pasos del príncipe en todo. Alberto rehusó siempre delegar su autoridad, examinaba personalmente cualquier detalle por pequeño que fuera; había convertido en ley la precaución de no firmar un papel sin antes no sólo leerlo, sino también tomar notas. Pues bien, Victoria haría lo mismo. Permanecía de la mañana a la noche sentada a su escritorio —que ahora, por desgracia, era el único en la habitación—, rodeada de enormes pilas de informes.

A los dos años de la muerte de Alberto, un espinoso asunto de política exterior puso a prueba la lealtad de Victoria de una forma decisiva. La enconada disputa Schleswig-Holstein, que se había estado fraguando lentamente durante más de una década, corría ahora el peligro de desembocar en una conflagración. El asunto era sumamente complejo. «Sólo hay tres personas —decía Palmerston— que hayan entendido realmente el asunto Schleswig-Holstein: el príncipe consorte, que está muerto; un profesor universitario alemán, que se ha vuelto loco; y yo, que me he olvidado de que existía». Pero, aunque el príncipe estuviera muerto, ¿no había dejado a alguien para que continuara su labor? Victoria se enfrascó en el conflicto con toda la fuerza de su inspiración. Cada día dedicaba interminables horas a estudiar todos los recovecos del asunto, y, aunque perdida en aquel laberinto, tenía una pista: recordaba perfectamente que siempre que se había suscitado la cuestión, Alberto se había puesto del lado de Prusia. Así pues, su proceder estaba claro. Se convirtió en una fervorosa defensora de las ideas de Prusia.

Esa postura era un legado del príncipe, decía. No se daba cuenta de que la Prusia de la época del príncipe estaba muerta y había nacido una Prusia nueva, la Prusia de

Bismarck. Quizá Palmerston, con su extraña intuición, percibió instintivamente el nuevo peligro; en cualquier caso, lord John y él estaban de acuerdo sobre la necesidad de apoyar a Dinamarca. Pero había una marcada división de opiniones, no sólo en el país sino en el mismo gobierno. Durante dieciocho meses la controversia continuó en pleno apogeo; en todo ese tiempo la reina se opuso con persistente vehemencia al primer ministro y al ministro de Asuntos Exteriores. Cuando por fin estalló la crisis final y parecía posible la alianza de Inglaterra con Dinamarca para declarar la guerra a Prusia, la inquietud de Victoria alcanzó una intensidad febril. De cara a sus parientes alemanes guardaba una discreta apariencia de imparcialidad, pero hacía caer sobre sus ministros un diluvio de peticiones, protestas y reconvenciones. Invocaba la sagrada causa de la paz. «La única oportunidad de mantener la paz en Europa —escribía— es no ayudar a Dinamarca, que es la causante de todo esto... La reina sufre lo indecible y sus nervios están cada vez más destrozados... Pero, aunque tanta inquietud está acabando con ella, no abandonaré su firme propósito de resistir cualquier intento de involucrar a este país en un combate absurdo e inútil». Afirmaba estar «dispuesta a oponer resistencia», incluso a costa de la dimisión del ministro de Asuntos Exteriores. «La reina —decía a lord Granville— está totalmente agotada por el nerviosismo y echa de menos de una forma abrumadora la ayuda, los consejos, el apoyo y el amor de su querido marido». Estaba tan agotada de luchar por la paz que «apenas podía sostener la cabeza sobre los hombros o la pluma en la mano». Inglaterra no entró en la guerra y Dinamarca quedó abandonada a su suerte; con nuestros actuales conocimientos, nos resulta imposible precisar hasta qué punto la actitud de la reina contribuyó a ello. Sin embargo, parece probable que el factor determinante de la postura adoptada, más que la imperiosa y conmovedora presión de Victoria, fuera el poderoso grupo de miembros del gobierno que defendía la paz.

En cualquier caso, es cierto que el entusiasmo de la reina por la sagrada causa de la paz duró poco tiempo. En unos meses sus ideas cambiaron por completo. Había comprendido la verdadera naturaleza de Prusia, cuyas intenciones respecto de Austria estaban a punto de culminar en la guerra de las Siete Semanas. Pasando precipitadamente de un extremo a otro, ahora presionaba a sus ministros para que tomaran las armas e intervinieran en ayuda de Austria. Pero presionó en vano.

La opinión pública desaprobaba tanto su actividad política como su alejamiento de la sociedad. Pasaban los años y el luto real seguía siendo tan riguroso como el primer día. Las críticas se hicieron más generalizadas y severas. Se señaló que la prolongada reclusión de la reina no sólo proyectaba tristeza en la alta sociedad, no sólo privaba al pueblo de su boato, sino que también ejercía una influencia nociva en las industrias de costura, sombrerería y calcetería. Esta última consideración tenía mucho peso. Por fin, a principios de 1864, se corrió el rumor de que Su Majestad estaba a punto de quitarse el luto y los periódicos se hacían eco de la noticia con gran júbilo; pero desgraciadamente el rumor carecía de fundamento. Victoria, en una carta al periódico *The Times* escrita de su puño y letra, desmintió la noticia. «Esta idea —

afirmaba— no puede ser más disparatada». «La reina —continuaba la carta— aprecia de corazón el deseo de sus súbditos de verla y hará todo lo que pueda para complacer ese leal y cariñoso deseo... Pero hay otras obligaciones, más importantes que la mera representación, que ahora ocupan a la reina, sola y desamparada; obligaciones que no puede desatender sin hacer daño al servicio público, que pesa constantemente sobre ella, llenándola de trabajo e inquietud». La justificación hubiera resultado más convincente si todo el mundo no supiera que esas «otras obligaciones más importantes» en las que la reina ponía tanto énfasis consistían, sobre todo, en un intento de contrarrestar la política exterior de lord Palmerston y lord John Russell. Un gran sector de la nación, quizá la mayoría, era decidido partidario de Dinamarca en la lucha Schleswig-Holstein y censuraba el hecho de que Victoria apoyara a Prusia. Se estaba empezando a levantar una ola de impopularidad en torno a la reina que a los viejos observadores les recordaba la que había tenido lugar antes de su boda, unos veinticinco años atrás. La prensa se mostró ofensiva; lord Ellenborough atacó a la reina en la Cámara de los Lores; corrieron curiosos chismes por las altas esferas de que Victoria pensaba abdicar, chismes que acababan lamentándose de que no lo hubiera hecho. Victoria, dolida y ultrajada, se sentía incomprendida. Estaba profundamente triste. Después del discurso de Ellenborough, el general Grey declaró que «nunca había visto a la reina tan afectada». «¡Ay, qué horrendo es —le escribía a lord Granville— ser acusada, no tener alegría, ni guía, ni consejero!, y ¡qué sola se encuentra la pobre reina!». Sin embargo, a pesar de sus sufrimientos, se mantenía tan firme como siempre: no se desviaría ni un ápice del curso marcado por su suprema obligación; sería fiel hasta el final.

Así, cuando el contencioso Schleswig-Holstein estaba ya olvidado e incluso la imagen del príncipe había comenzado a hacerse muy tenue en la voluble memoria de los hombres, la solitaria observadora permanecía inmutable y concentrada en su tarea. La hostilidad del pueblo, que iba en continuo aumento, fue desafiada y vencida por las impenetrables ropas de luto de Victoria. ¿Es que el mundo nunca lo iba a entender? No era mero dolor lo que la mantenía aislada de esa forma, era devoción, autoinmolación; era el penoso legado del amor. Su pluma se movía sin cesar sobre el papel siempre ribeteado de negro. La carne puede ser débil, pero tenía que soportar esa gran carga. Y aunque el mundo no la entendiera, afortunadamente había amigos fieles que sí lo hacían, como lord Granville y el bueno de sir Theodore Martin. Quizá este último, que era tan inteligente, encontraría la manera de hacer que todos se dieran cuenta de la situación. Le escribiría una carta resaltando sus penalidades y las dificultades contra las que tenía que luchar y, a lo mejor, él escribiría un artículo para alguna revista. No es, le decía en 1863, «el dolor de la reina lo que la mantiene aislada... Es su abrumador trabajo y su salud, muy debilitada por su dolor y por la aplastante cantidad de trabajo y responsabilidad, trabajo que la reina siente que realmente la agota. Alicia Helps se quedó sorprendidísima al ver la habitación de la reina; y si Mrs. Martin la viera, podría decirle a Mr. Martin qué es lo que rodea a la

reina. Desde el momento en que sale de la cama hasta que vuelve a ella, sólo tiene trabajo, trabajo y trabajo: correspondencia, preguntas que contestar, etc., lo cual resulta terriblemente agotador; y si por las noches no tuviera un descanso y una tranquilidad equivalentes, lo más probable es que a estas alturas no estaría viva. Su cabeza está siempre sobrecargada». Era la pura verdad.

III

Continuar el trabajo de Alberto era su primera obligación. Pero había otra secundaria que, sin embargo, tal vez estuviera más cerca de su corazón: grabar en la mente de sus súbditos la verdadera naturaleza del genio y el carácter de Alberto. Era consciente de que en vida no se le había apreciado como se merecía; el verdadero alcance de sus facultades y su suprema bondad habían tenido que ser necesariamente ocultados. Pero la muerte había eliminado la necesidad de que existieran barreras, y ahora su marido debía revelarse ante todos en su verdadera grandeza. Se dedicó a esta tarea metódicamente. Aleccionó a sir Arthur Helps para que recopilara una colección de discursos y conferencias del príncipe, y en 1862 apareció un pesado volumen. Después ordenó al general Grey que escribiera un resumen de los años jóvenes del príncipe, desde su nacimiento hasta su boda; ella misma se encargó de la presentación y del diseño del libro, aportó unos cuantos documentos confidenciales y añadió numerosas notas. El general Grey obedeció, y el trabajo estuvo terminado en 1866. Pero la parte más importante de la historia estaba todavía sin contar, e inmediatamente se encargó a Mr. Martin la redacción de una biografía completa del príncipe consorte. Mr. Martin trabajó en ella durante catorce años. La cantidad de documentación que tuvo que manejar fue casi increíble, pero era un infatigable trabajador y durante la realización de su tarea disfrutó de la afable ayuda de Su Majestad. El primer tomo, un grueso volumen, se publicó en 1874, y siguieron otros cuatro publicados periódicamente. La monumental obra no se terminó hasta 1880.

Mr. Martin vio su labor gratificada con la concesión del título de caballero, pero lamentablemente resultaba obvio que ni sir Theodore ni sus predecesores habían logrado el fin que la reina tenía en su mente. Quizá tuviera mala suerte con sus ayudantes, pero en realidad la responsabilidad del fracaso radicaba sólo en Victoria. Tanto sir Theodore como los demás se limitaron a cumplir fielmente la labor que la reina les había encomendado: presentar al público la imagen de Alberto que ella tenía en su cabeza. La fatalidad fue que la opinión pública no encontró atractiva esa imagen. La naturaleza sentimental de Victoria, mucho más destacable por su energía que por su delicadeza, rechazaba cualquier atenuante que la intuición o el humor pudieran sugerir, y sólo se veía satisfecha con lo absoluto y lo categórico. Tratándose de Alberto, su pasión por los superlativos se superaba a sí misma. Haberle retratado

imperfecto en algún sentido hubiera sido una blasfemia impensable: era perfecto en virtud, en sabiduría, en belleza, en todas las glorias y atributos del hombre. Por lo tanto, era absolutamente perfecto, y como tal debía ser presentado al mundo. Y así le pintaron sir Arthur, sir Theodore y el general. Dadas las circunstancias y bajo tal supervisión, hacer algo diferente hubiera requerido cualidades mucho más elevadas que las que poseían esos tres caballeros. Pero ahí no acabó todo. Por desgracia, Victoria pudo convencer a otro escritor para que le prestara su servicio, un escritor, en esta ocasión, cuyo talento era innegable. El poeta laureado, adoptando, bien por cortesía o por convicción, el tono de su soberana, se unió al coro y dotó a la fórmula real del mágico encanto del verso. De este modo el tema quedó resuelto. En lo sucesivo fue imposible olvidar que Alberto había ostentado la flor blanca, símbolo de una vida intachable.

El resultado fue aún más desafortunado. Victoria, defraudada y disgustada, sintió rencor contra la gente por negarse, a pesar de todos sus esfuerzos, a valorar a su marido como verdaderamente se merecía. No entendía que a la mayoría de los seres humanos el retrato de la perfección personificada no le resulta atractivo. Y la causa es no tanto la envidia hacia ese ser perfecto como la sospecha de que se trate de un ser inhumano; por eso, cuando se presentó ante el pueblo, como objeto de admiración, a una figura que recordaba al héroe romántico de un cuento moral más que a un hombre de carne y hueso, ese pueblo se encogió de hombros, sonrió, hizo un comentario sarcástico y se dio media vuelta. Pero el pueblo perdió tanto como Victoria. Porque, haciendo honor a la verdad, Alberto era un personaje mucho más interesante de lo que nadie imaginaba. Por una curiosa ironía, el amor de la reina hacia Alberto la había llevado a fijar en la mente popular una figura de cera impecable, mientras que la verdadera criatura a la que esa figura pretendía representar —tan llena de energía, tensión y angustias, tan misteriosa y tan desdichada, tan vulnerable y tan humana— desaparecía por completo bajo el modelo.

IV

Las palabras y los libros pueden ser memoriales equívocos; pero ¿quién puede malinterpretar la solidez visible del bronce y de la piedra? En Frogmore, cerca de Windsor, donde su madre estaba enterrada, Victoria había construido para ella y para su marido un enorme y hermoso mausoleo que costó veinte mil libras. Pero ese era un monumento privado y familiar, y la reina deseaba que dondequiera que se reuniesen sus súbditos hubiera algo que les recordara al príncipe. Su deseo se vio satisfecho: por todo el país, en Aberdeen, en Perth y en Wolverhampton, se erigieron estatuas del príncipe, y fue la propia reina, haciendo una excepción en su retiro, quien las descubrió. La capital quedó a la zaga. Un mes después de la muerte del príncipe se

convocó una reunión en Mansión House para buscar la forma de honrar su memoria.

Sin embargo, las opiniones sobre el tema estaban muy divididas. ¿Qué sería mejor, una estatua o una fundación? Entre tanto, se abrió una suscripción pública, se nombró un prestigioso comité y se consultó a la reina cuáles eran sus deseos al respecto. Su Majestad respondió que ella prefería un obelisco de granito, con esculturas en la base, antes que una fundación. El comité tenía sus dudas: un obelisco, para que fuera digno de tal nombre, necesariamente tenía que ser un monolito, y ¿qué cantera había en Inglaterra capaz de suministrar un bloque de granito del tamaño deseado? Era cierto que había granito en la Finlandia rusa, pero el comité fue informado de que no era adecuado para permanecer a la intemperie. En consecuencia, se sugirió construir un Memorial Hall y una estatua del príncipe. Su Majestad estuvo de acuerdo; pero después surgió otra dificultad: no se habían suscrito más que sesenta mil libras, cantidad insuficiente para cubrir el doble gasto. En consecuencia, se abandonó la idea del Memorial Hall y se decidió que se levantaría sólo una estatua. Se solicitaron diseños a varios arquitectos eminentes. Por último, el comité consiguió una suma de ciento veinte mil libras, ya que el pueblo suscribió otras diez mil y el Parlamento aprobó por votación conceder cincuenta mil. Algunos años después se creó una sociedad anónima que construyó el Albert Hall.

Tanto el comité como la reina seleccionaron el diseño de Gilbert Scott, arquitecto al que su laboriosidad, su escrupulosidad y su calidad humana habían colocado a la cabeza de su profesión. Su entusiasmo por el estilo gótico a lo largo de toda su vida le había hecho destacar de una forma especial; su obra era notablemente visible no sólo en una gran cantidad de edificios originales, sino también en la mayoría de las catedrales de Inglaterra. De vez en cuando se levantaban protestas contra las restauraciones que realizaba, pero Scott respondía a ellas en artículos y panfletos con tanto ardor y zalamería, que no había deán que no quedase convencido y no le permitiera continuar su trabajo sin interrupción. Sin embargo, en cierta ocasión su devoción por el estilo gótico le puso en una situación desagradable. Las oficinas del gobierno de la calle Whitehall de Londres iban a ser reformadas, y Scott presentó con éxito sus diseños. Naturalmente, eran de estilo neogótico, combinando «una cierta robustez y horizontalidad de trazado» con parteluces, tejados a dos aguas y troneras; los dibujos, como el propio Scott observó, «probablemente fueran los mejores que se habían presentado a concurso, o casi los mejores». Cuando por fin iba a iniciarse la obra, después de las dificultades y los retrasos de rigor, hubo un cambio de gobierno y lord Palmerston se convirtió en primer ministro. Lord Palmerston requirió inmediatamente la presencia de Scott. «Bien, Mr. Scott —le dijo con su aire desenfadado—, no quiero saber nada de ese estilo gótico. Quiero insistir en mi deseo de que haga usted un diseño de estilo italiano, que sin duda su ingeniosa mente puede crear». Scott se quedó atónito. El estilo del Renacimiento italiano le parecía no sólo feo, sino verdaderamente inmoral, y se negó con firmeza a utilizarlo. Acto seguido, lord Palmerston adoptó un tono paternal. «Ciertamente no se puede esperar que un

arquitecto gótico levante un edificio clásico; debo buscar a otra persona». Aquello resultaba intolerable. Scott, nada más volver a casa, escribió una carta muy fuerte al primer ministro en la que recalca su posición como arquitecto, que había ganado dos concursos europeos, que tenía la medalla de oro del Colegio de Arquitectos y que era catedrático de arquitectura de la Real Academia; pero todo fue en vano: lord Palmerston ni siquiera le contestó. Después, Scott pensó que con una sensata mezcla quizá podría hacer un diseño que, conservando fundamentalmente las características del gótico, diera una impresión superficial de estilo clásico. Así lo hizo, pero no logró convencer a lord Palmerston, quien dijo que el nuevo diseño no era «ni lo uno ni lo otro —un verdadero proyecto bastardo— y que tampoco quería saber nada de él». Después de aquello, Scott tuvo que pasar dos meses de descanso a la orilla del mar, en Scarborough, «con un tratamiento de quinina» para restablecerse. Por fin recuperó la serenidad, aunque a costa de sus convicciones. Sentía que por sus obligaciones familiares tenía la desgraciada obligación de obedecer al primer ministro y, estremeciéndose de horror, construyó las oficinas del gobierno en un estilo estrictamente renacentista.

Poco después, Scott encontraría consuelo construyendo el Hotel de San Pancraccio en su propio estilo.

Y ahora se le encomendaba otra tarea mucho más satisfactoria todavía. «Mi idea al diseñar el monumento —decía— era levantar una especie de ciborio que albergara la estatua del príncipe; y la característica especial del ciborio es que en cierto modo está inspirado en los sepulcros antiguos. Tales sepulcros eran imitaciones de edificios imaginarios que nunca se levantaron en realidad, y mi idea era realizar una de esas imaginarias estructuras con sus materiales preciosos, sus incrustaciones, sus esmaltes, etc., etc.». El proyecto de Scott resultaba especialmente apropiado, ya que daba la casualidad de que al propio príncipe se le había ocurrido un proyecto similar, aunque en orden inverso de magnitud, y había diseñado y realizado varias maquetas de plata en miniatura basándose en el mismo modelo. A petición de la reina se eligió un lugar en los jardines de Kensington, lo más cerca posible del que ocupara la Gran Exposición, y en mayo de 1864 se empezó a cavar en el césped. La obra fue larga, complicada y difícil; se contrató a un gran número de trabajadores, además de a varios escultores auxiliares y profesionales del metal, todos bajo la dirección de Scott. Según se iban completando las fases, se presentaban a la reina dibujos y maquetas que ella estudiaba con minuciosidad, sugiriendo constantemente mejoras. El friso que rodeaba la base del monumento constituía en sí mismo una importante obra de arte. «Este friso —decía Scott— es quizá una de las obras escultóricas más laboriosas que jamás se hayan emprendido. Consta de una serie continua de ciento setenta figuras, esculpidas con el más primoroso detalle en altorrelieve muy pronunciado y de tamaño natural; la serie tiene más de doscientos pies de longitud, y está hecha del mármol más duro que se pudo obtener». Después de tres años de trabajo ininterrumpido, el monumento estaba aún muy lejos de su conclusión, y Scott

pensó que sería conveniente dar una comida a los obreros «como muestra de reconocimiento a su destreza y energía». Se dice que «se improvisaron dos largas mesas, hechas con tablonos de andamios, y se colocaron en los talleres cubiertas con periódicos que hacían las veces de manteles. Más de ochenta hombres se sentaron a ellas. Se sirvió vaca y cordero en abundancia, y de postre tarta de ciruelas y queso, y todo el que quiso pudo beber hasta tres pintas de cerveza; también se proporcionó gaseosa a los abstemios, que eran un grupo considerable... Hubo varios brindis y muchos obreros dedicaron algunas palabras a la concurrencia; casi todos ellos empezaron por dar gracias a Dios porque disfrutaban de buena salud; algunos aludieron al hecho de que entre ellos predominaban los abstemios, otros hicieron la observación de lo poco que juraban, y todos, sin excepción, mencionaron lo contentos y orgullosos que se sentían de trabajar en una obra tan grandiosa».

Poco a poco se fue terminando el monumento. Se cinceló la figura de tamaño natural número 170 del friso, se pusieron los pilares de granito, se insertaron los mosaicos en los frontones alegóricos, se alzaron en sus puestos las cuatro estatuas colosales que representaban las principales virtudes cristianas y las de las principales virtudes morales, y se colocaron en sus relucientes pináculos los ocho bronce que simbolizaban las ciencias más importantes: astronomía, química, geología, geometría, retórica, medicina, filosofía y fisiología. La estatua de la fisiología produjo especial admiración. «En la mano izquierda —dice la descripción oficial— tiene un niño recién nacido, como representación del desarrollo más grande y más perfecto de la fisiología; la otra mano señala hacia un microscopio, el instrumento que ayuda a investigar las formas más diminutas de los organismos animales y vegetales». Por fin, la dorada cruz coronó la decreciente galaxia de ángeles superpuestos; en las cuatro esquinas de la base estaban representados en mármol blanco los cuatro continentes. En julio de 1872, siete años después de su comienzo, el monumento se abrió al público con todos los honores.

Pero tendrían que pasar cuatro años más antes de que la figura central estuviese lista para ser colocada debajo de su estrellado baldaquino. Fue diseñada por Foley, si bien hubo un detalle en el que la iniciativa del escultor se vio limitada por el criterio de Scott. «He escogido la postura sentada —decía Scott— porque expresa mejor la idea de dignidad que corresponde a un personaje real». Mr. Foley plasmó con mucha habilidad la idea de su jefe. «En cuando a la actitud y la expresión —decía—, el objetivo ha sido, junto a la individualización del retrato, personificar su categoría, carácter e ilustración, y ofrecer una idea de esa inteligencia sensible indicando su interés activo por las ocupaciones de la civilización representadas en las figuras, en los grupos y en los relieves que están a su alrededor... Para identificar la figura con una de las más memorables empresas de la vida pública del príncipe —la Exposición Internacional de 1851—, su mano derecha tiene un catálogo de las obras que se exhibieran en esa primera reunión de la industria internacional». La estatua era de bronce dorado y pesaba casi diez toneladas. Con buena lógica se pensó que una sola

palabra, «Alberto», grabada en el pedestal, sería suficiente para identificarla.

Mr. Gladstone y lord Beaconsfield

I

La risa de lord Palmerston, aquél «ja, ja, ja» metálico y extraño que recordaba la época de Pitt y la del Congreso de Viena, ya no se oía en Piccadilly; lord John Russell se consumía en la senilidad; lord Derby se tambaleaba sobre el escenario. Comenzaba un nuevo acto con nuevos protagonistas: Mr. Gladstone y Mr. Disraeli forcejeaban entre sí y eran el centro de la atención. Victoria, desde su estratégica posición, observaba el desarrollo de la obra con el interés apasionado y personal que siempre ponía en la política. Sus preferencias resultaron sorprendentes. Mr. Gladstone había sido el discípulo de su venerado Peel y había contado con la aprobación de Alberto; Mr. Disraeli había acosado a sir Robert hasta su caída, y el príncipe había comentado que en su naturaleza «no había ni un sólo rasgo de caballero». No obstante, la reina miraba a Mr. Gladstone con desconfianza y antipatía cada vez mayores, mientras que brindaba a su rival una confianza, una estima y un afecto que casi no había conocido ni el mismo lord Melbourne.

El cambio de su actitud hacia el ministro *tory* se había producido repentinamente, cuando se enteró de que era el único político que había entendido sus sentimientos ante la muerte de Alberto. De los demás, la reina podría haber dicho: «Se compadecen de mí pero no de mi dolor»; en cambio Disraeli lo había comprendido, y mostró su condolencia con reverenciales elogios al difunto. La reina afirmaba que era «la única persona que apreciaba al príncipe». Empezó a manifestar una preferencia muy marcada por él; cuando se celebró la boda del príncipe de Gales les proporcionó, a él y a su mujer, dos de los más codiciados asientos de la capilla de San Jorge, y les invitó a pasar una noche en Windsor. En el debate celebrado en la Cámara de los Comunes sobre la subvención para el Albert Memorial, Disraeli, como líder de la oposición, apoyó el proyecto con elocuencia. Fue recompensado con un ejemplar de los discursos del príncipe encuadernado en piel blanca y con una dedicatoria personal de la reina. En su carta de agradecimiento, Disraeli se «aventuró a tocar un tema sagrado» y, en un estilo que armonizaba con magistral fidelidad con los sentimientos de Victoria, se explayó sobre la absoluta perfección de Alberto. «Entre las personas que Mr. Disraeli ha conocido —decía— el príncipe es la única que alcanzó su Ideal. Ninguna otra ha estado ni siquiera cerca de conseguirlo. Había en él una mezcla de finura varonil y sublime sencillez, y a su caballerosidad unía el esplendor intelectual de la Academia Ática. El único personaje de la historia inglesa que en cierto modo

podría comparársele es sir Philip Sidney: la misma alta distinción, la misma capacidad para todo, la misma fría mezcla de ternura y vigor, la misma rara combinación de energía romántica y serenidad clásica». En cuanto a su conocimiento personal del príncipe, había sido «una de las mejores cosas que le habían ocurrido en su vida: estaba lleno de delicados y hermosos recuerdos que indudablemente ejercerían sobre él una influencia dulce y estimulante durante el resto de sus días». A Victoria le impresionó mucho «la profundidad y la delicadeza de esta sensibilidad», y en lo sucesivo Disraeli tuvo asegurado un lugar en su corazón. Cuando los conservadores llegaron al poder en 1866, Disraeli, como ministro de Economía y líder de la Cámara de los Comunes, necesariamente mantuvo una relación más estrecha con la soberana. Dos años después, lord Derby dimitió y Victoria recibió con hondo entusiasmo y singular afabilidad a Disraeli como primer ministro.

Sin embargo, sólo duró en el poder nueve agitados meses. El ministro, con minoría en la Cámara de los Comunes, desapareció de la escena tras unas elecciones generales. No obstante, al término de ese corto período los lazos que unían a la reina y a su primer ministro se habían hecho mucho más fuertes de lo que nunca fueran hasta entonces; la amistad que tenían ahora ya no era simplemente la que pudiera existir entre un ama agradecida y un sirviente fiel: eran amigos. Las cartas oficiales de Disraeli, en las que siempre había sido perceptible un toque personal, se convirtieron en entretenidos relatos de noticias políticas y de cotilleos sociales, escritos, como lord Clarendon decía, «en su mejor estilo novelesco». Victoria estaba encantada; afirmaba que nunca en su vida había recibido cartas semejantes ni había estado, como entonces, enterada de todo. En contrapartida, cuando llegó la primavera ella le mandó varios ramos de flores cogidas con sus propias manos. Él le envió una colección completa de sus novelas, que Victoria agradeció y apreció mucho, según sus propias palabras. También la reina había publicado hacía poco un libro: *Páginas del diario de nuestra vida en las tierras altas de Escocia*, y se supo que por aquella época, cuando conversaba con ella, el primer ministro repetía constantemente la frase «nosotros los escritores, Majestad». En las cuestiones políticas Victoria era su seguidora incondicional. «Francamente, nunca se conoció una conducta semejante a la de la Oposición», escribía Victoria. Y cuando el gobierno fue derrotado se llevó «un disgusto tremendo por la forma en que actuó la Cámara de los Comunes; no hacen más que desacreditar a los gobiernos constitucionales». Le horrorizaba la perspectiva de un cambio; temía que si los liberales insistían en separar a la Iglesia irlandesa del Estado, su juramento de la Coronación podía verse comprometido. Pero el cambio era irremediable y Victoria trató en vano de consolarse por la pérdida de su primer ministro favorito concediendo un título de nobleza a la esposa de Disraeli.

Mr. Gladstone estaba en su casa de Hawarden en mangas de camisa talando un árbol en el jardín cuando recibió el mensaje real. Al terminar de leer la carta comentó: «Muy importante», y continuó talando el árbol. Sus pensamientos íntimos al respecto eran más explícitos y los confió a su diario. «El Todopoderoso —escribió

— parece tenerme en reserva para algún determinado fin Suyo, pese a lo indigno que yo me considero. Gloria al nombre del Señor».

Sin embargo, la reina no compartía las ideas de su nuevo primer ministro respecto a las intenciones del Todopoderoso. No creía que existiera ningún fin divino en el programa de cambios radicales que Mr. Gladstone estaba dispuesto a llevar a cabo. Pero ¿qué podía hacer ella? Gladstone, con su demoníaca energía y su poderosa mayoría en la Cámara de los Comunes, era irresistible; y Victoria se vio condenada durante cinco años (1869-74) a vivir en una agitada atmósfera de interminables reformas: la reforma de la Iglesia irlandesa, la reforma agraria en Irlanda, reformas en educación, reformas en las elecciones parlamentarias, reformas en la organización del ejército y de la marina, reformas en la administración de la justicia. Victoria estaba en contra, luchaba, se enfadaba muchísimo; pensaba que si Alberto viviera las cosas nunca habrían sido así; pero sus protestas y sus quejas no servían de nada. El mero esfuerzo de hacer frente a la cantidad de documentos que se le venían encima y que progresivamente la inundaban suponía un trabajo agotador. Cuando recibió el borrador del extenso e intrincado proyecto de ley para la reforma de la Iglesia irlandesa —una docena de páginas tamaño holandesa, de texto compacto— acompañado por una carta aclaratoria de Gladstone, estuvo a punto de desesperarse. Leía el proyecto de ley y pasaba a las aclaraciones y de éstas otra vez al proyecto, y no sabía cuál de los dos documentos era más confuso. Pero cómo debía cumplir su obligación, no sólo tenía que leerlo sino también tomar notas. Al fin, entregó la pila de papeles a Mr. Martin, que entonces se encontraba en Osborne, y le pidió que hiciera un resumen. Cuando lo leyó, su desaprobación de las medidas que contenía fue más acusada que nunca; pero la fuerza del gobierno era tal que de hecho se vio obligada a recomendar a la oposición que actuara con mesura para evitar consecuencias peores.

En medio de esa crisis, cuando el futuro de la Iglesia irlandesa estaba pendiente de un hilo, la atención de Victoria se centró en otra propuesta de reforma. Se sugería que en lo sucesivo la marina autorizara a los marineros a llevar barba. La reina, muy angustiada, escribió al ministro del departamento diciéndole: «¿Ha averiguado algo Mr. Childers respecto al tema de la barba?». En principio, Su Majestad estaba a favor del cambio. «La reina, personalmente, se inclina por la barba —decía—, pero sin bigotes, ya que éstos dan más bien un aspecto de soldado; pero entonces no se conseguiría el objetivo que se persigue, es decir, evitar la necesidad de afeitarse. Por tanto, tendrá que ser como se ha propuesto, barba y bigote, pero deben mantenerse cortos y muy limpios». Después de madurar la cuestión una semana más, la reina escribió una última carta en la que decía que deseaba «hacer una observación más aspecto a la barba, y ésta es que bajo ningún concepto se permitirá llevar bigote sin barba. Esto debe quedar bien claro».

Los cambios en la marina se podían tolerar, pero meter mano al ejército era un asunto mucho más serio. Desde tiempo inmemorial existía una relación

especialmente estrecha entre el ejército y la Corona; Alberto había dedicado más tiempo y atención a los pormenores de los asuntos militares que al proceso de la pintura al fresco o a la planificación de viviendas higiénicas para los pobres. Sin embargo, ahora se iban a producir grandes cambios: la orden de Gladstone había sido enviada; y el jefe supremo militar, que hasta entonces dependía directamente del soberano, pasó a depender del Parlamento y del ministro de la Guerra. De todas las reformas liberales, ésta fue la que provocó en Victoria el resentimiento más amargo. Consideraba el cambio como un ataque a su posición personal; más todavía, casi un ataque a la posición personal de Alberto. Pero se sentía impotente y el primer ministro hacía lo que quería. Cuando se enteró de que aquel hombre terrible tenía en mente otra reforma más, consistente nada menos que en la abolición de la compra de las graduaciones militares, lo único que Victoria pudo pensar fue que aquello era algo esperado. Por un momento, confió en que la Cámara de los Lores saldría al paso; los nobles se opusieron al cambio con inusitada energía, pero Gladstone, más convencido que nunca de que el Todopoderoso estaba de su parte, tenía preparada una ingeniosa táctica. Originalmente la compra de graduaciones había sido autorizada por una Real Orden, y ahora debía ser desautorizada por el mismo procedimiento. Victoria se vio ante un curioso dilema: detestaba la abolición de la compra de graduaciones, pero se le pedía que la aboliera ejerciendo su poder soberano, lo que la atraía mucho. No lo dudó demasiado, y cuando el Consejo de Ministros en un acta formal le aconsejó que firmara la orden, lo hizo de buena gana.

Por muy inaceptable que le pareciese a Victoria la política de Mr. Gladstone, había otra cosa en él que aún le desagradaba más. Detestaba su conducta personal hacia ella. No se trataba de que Gladstone, en las relaciones que ambos mantenían, le faltara a la cortesía o al respeto en algún momento; por el contrario, su comportamiento con la soberana estaba impregnado de una reverencia extraordinaria, tanto en las conversaciones como en la correspondencia. En efecto, con ese profundo y apasionado reaccionarismo que a lo largo de su increíble carrera había añadido una faceta tan inesperada a su inexplicable carácter, Gladstone veía a Victoria envuelta en una aura que le inspiraba pavor y un respeto casi religioso, como si se tratara de una representación sacrosanta de tradiciones venerables, como un elemento vital de la Constitución británica, una reina por decreto parlamentario. La conocida queja: «Me habla como si yo fuera una asamblea», aunque no se sabe si es auténtica o no, porque ciertamente el estilo de la frase es demasiado epigramático como para considerarlo genuinamente victoriano, sin duda expresa el elemento esencial de su antipatía. No le molestaba ser considerada como una institución, porque lo era y ella lo sabía. Pero también era una mujer, y ser considerada sólo como una institución le parecía intolerable. En consecuencia, todo el entusiasmo y la devoción de Mr. Gladstone, sus ceremoniosas frases, sus reverencias, su puntillosa corrección, eran una pérdida de tiempo; y cuando, en un exceso de lealtad, iba más lejos y, con servil ceguera, atribuía al objeto de su veneración la delicadeza de intelecto, la cultura y el entusiasmo

que él poseía, el malentendido era absoluto. La discordancia existente entre la verdadera Victoria y esa extraña «Divinidad» creada por la imaginación de Gladstone produjo desastrosos resultados. El malestar y la antipatía que sentía la reina terminó convirtiéndose en verdadera hostilidad, y aunque su comportamiento siguió siendo perfecto, nunca, ni por un momento, se mostró afable; Gladstone, por su parte, estaba abrumado por la decepción, la humillación y la perplejidad.

No obstante, su fidelidad permanecía incommovible. Cuando se celebraba el Consejo de Ministros, el primer ministro, lleno de venerable fantasía, abría la sesión leyendo las cartas que había recibido de la reina acerca de las cuestiones del momento. La asamblea permanecía en absoluto silencio mientras las misivas reales resonaban, una tras otra, al salir con toda solemnidad de los labios de Mr. Gladstone, con su énfasis, sus exclamaciones y sus peculiaridades gramaticales. Nadie se atrevía a hacer ningún comentario, y después de una obligada pausa, el Consejo pasaba a examinar los asuntos del día.

II

A pesar de lo poco que Victoria apreciaba la actitud de su primer ministro hacia ella, se dio cuenta de que tenía sus ventajas. El descontento popular provocado por su prolongado retiro llevaba intensificándose durante muchos años, y ahora estallaba de una forma nueva y alarmante. El republicanismo se cernía en el ambiente. Las ideas radicales, alentadas por la caída de Napoleón III y la instauración de un gobierno republicano en Francia, se hicieron de pronto tan extremas en Inglaterra como no lo habían sido nunca desde 1848. También por primera vez el republicanismo era casi respetable. El cartismo había sido un movimiento de las clases bajas; pero ahora, miembros del Parlamento, profesores eruditos y damas de la nobleza expresaban abiertamente las opiniones más subversivas. Se atacaba a la monarquía tanto en la teoría como en la práctica. Y se la atacaba en un punto vital: afirmando que resultaba demasiado cara. Se preguntaba qué ventajas obtenía la nación a cambio de las enormes sumas que se invertían en los soberanos. El retiro al que estaba sometida Victoria era otro pretexto más para defender este argumento. Se hizo la observación de que las funciones de gala de la Corona prácticamente habían desaparecido y quedaba la terrible duda de si alguna de las funciones que seguían teniendo lugar valía realmente 385 000 libras al año. Se examinó con detalle el balance real. Circuló un panfleto anónimo titulado «¿Qué hace la Reina con ello?» que reflejaba la situación económica con malévol claridad. Puntualizaba que la reina recibía del presupuesto de gastos de la Casa Real sesenta mil libras al año para gastos privados, y que el resto de su amplia anualidad era —así constaba en el Decreto— para permitirle «cubrir los gastos de su Casa Real y para mantener el honor y la dignidad

de la Corona». Ahora bien, resultaba evidente que desde la muerte del príncipe los gastos por los dos conceptos citados debían de haber disminuido considerablemente, y no quedaba más remedio que llegar a la conclusión de que anualmente se estaba desviando una importante suma de dinero del uso al que había sido destinado por el Parlamento, para pasar a engrosar la fortuna privada de Victoria. Resultaba imposible averiguar el importe exacto de dicha fortuna privada, pero había buenas razones para suponer que era enorme; quizá alcanzara los cinco millones de libras. El panfleto era una protesta contra tal estado de cosas, y las mismas protestas se repetían enérgicamente en los periódicos y en mítines. Aunque es cierto que el cálculo de la riqueza de Victoria resulta exagerado, no lo es menos que era una mujer sumamente rica. Probablemente ahorraba veinte mil libras al año del presupuesto de gastos de la Casa Real, más los ingresos del ducado de Lancaster, que se incrementaban regularmente; además, había heredado del príncipe consorte importantes bienes y en 1852 un excéntrico avaro, Mr. John Neild, le dejó una herencia de medio millón de libras. Dadas estas circunstancias, resulta comprensible que cuando, en 1871, se pidió al Parlamento la aprobación de una dote de treinta mil libras para la princesa Luisa, que iba a contraer matrimonio con el primogénito del duque de Argyll, y una anualidad de otras seis mil, se levantaran fuertes protestas.

Para calmar a la opinión pública, la reina en persona abrió el Parlamento, y la moción fue aprobada casi por unanimidad. Pero a los pocos meses se hizo otra petición: el príncipe Arturo había alcanzado la mayoría de edad y se pedía a la nación que le concediera una anualidad de quince mil libras. Las protestas se multiplicaron. Los periódicos aparecían llenos de airados artículos, Bradlaugh arremetía contra los «pobres principillos» ante una de las mayores multitudes que jamás se hubiera congregado en Trafalgar Square; y sir Charles Dilke expuso el caso en un mitin republicano y radical celebrado en la ciudad de Newcastle. Finalmente, la anualidad del príncipe fue aprobada en la Cámara de los Comunes por una gran mayoría, aunque una minoría de cincuenta miembros votó a favor de reducir la suma a diez mil libras.

En todo lo concerniente a este asunto, Mr. Gladstone mostraba una actitud férrea. Estaba de acuerdo con el sector extremista de su partido. Decía que la totalidad de los ingresos de la reina estaban, con pleno derecho, a disposición personal de la soberana; sostenía que protestar por los ahorros reales implicaba, simplemente, fomentar el despilfarro en la Corte, y defendió con éxito en el Parlamento las impopulares anualidades, que, en su opinión, estaban perfectamente de acuerdo con lo habitual en tales casos. Cuando en 1872 sir Charles Dilke volvió a la carga una vez más, en la Cámara de los Comunes, proponiendo una moción para investigar a fondo los gastos de la reina como paso previo para llevar a cabo una reforma completa del presupuesto de la Casa Real, el primer ministro echó mano de su efectiva e ingeniosa elocuencia para apoyar a la Corona. Su éxito fue absoluto, y en una sesión muy confusa la moción fue ignominiosamente rechazada. Victoria se quitó un importante

peso de encima, pero no por ello aumentó su escaso afecto hacia Mr. Gladstone.

Quizá fuera ésta la época más desdichada de la vida de la reina. Los ministros, la prensa, el pueblo, todos conspiraban contra ella para contradecirla, para malinterpretar sus acciones, sin manifestarle la menor comprensión. Era «una mujer cruelmente incomprendida», decía a Mr. Martin, quejándose amargamente de los ataques tan injustos de que era objeto y afirmando que «los grandes problemas, las preocupaciones y el trabajar duro durante diez años, sola, desamparada, cada vez con más edad y sin gozar nunca de buena salud», la estaba agotando y «poniéndola al borde de la desesperación». La situación era ciertamente deplorable. Parecía como si toda su existencia hubiera sido inútil; como si un fatídico antagonismo se hubiera interpuesto entre la reina y la nación. Si Victoria hubiera muerto a principios de la década de los setenta, es casi seguro que su pueblo la habría considerado como un fracaso.

III

Pero el destino le tenía reservado algo muy diferente. De hecho, el estallido del republicanismo no había sido más que el último estertor de una causa moribunda. La corriente liberal, que había crecido constantemente desde la Ley de Reforma, alcanzó su punto culminante con el primer gobierno del Mr. Gladstone, y hacia el final de su mandato empezó el inevitable reflujo. La reacción fue repentina y drástica. Las elecciones generales de 1874 dieron un cambio total a la política. Mr. Gladstone y los liberales sufrieron una derrota aplastante, y el partido *tory*, por primera vez en más de cuarenta años, alcanzó una incuestionable supremacía en Inglaterra. Estaba claro que su sorprendente victoria se debía principalmente a la estrategia y a la actividad de Disraeli. A su vuelta al poder, ya no era el líder inseguro de un partido minoritario, sino el héroe victorioso recibido con repique de tambores y banderas al viento. Y como a un héroe triunfante dio Victoria la bienvenida a su nuevo primer ministro.

A continuación siguieron seis años de entusiasmo, de encanto, de felicidad, de gloria, de romanticismo. Este hombre extraordinario, que a sus setenta años había conseguido por fin hacer realidad los más fantásticos sueños de su adolescencia tras una vida de luchas increíbles, sabía muy bien cómo conquistar el corazón de la dama soberana, de la que tan milagrosamente se había convertido en sirviente y maestro. Para él, el corazón de las mujeres había sido siempre como un libro abierto. Toda su carrera había girado en torno a esos curiosos seres, y cuanto más curiosos eran, mejor se sentía con ellos. Pero lady Beaconsfield, con su chiflada adoración, y Mrs. Brydges-Williams, con sus zuecos, su corpulencia y su fortuna, habían quedado atrás: un personaje mucho más importante ocupaba su puesto. Disraeli inspeccionó lo que tenía ante sí con los ojos de un experto, y no se le escapó ni un detalle. Era consciente

de todo: de las complejas relaciones entre circunstancia y carácter que se daban en la reina; del orgullo que produce ocupar un puesto de superioridad, entrelazado en este caso de modo inextricable con la arrogancia personal; del excesivo sentimentalismo de la soberana; de la ingeniudad de sus puntos de vista; de su seria y pesada respetabilidad, tan incongruentemente salpicada de caprichosos impulsos repentinos, de actitudes extrañas y pintorescas; de los singulares límites intelectuales de Victoria y del esencial elemento femenino que impregnaba misteriosamente cada partícula de su ser. Disraeli puso una sonrisa permanente en sus imperturbables facciones y apodó a Victoria «el Hada». El nombre le parecía encantador porque, con esa epigramática ambigüedad que tanto le gustaba, definía exactamente su visión de la reina. La alusión a Spencer —la elegante evocación de Gloriana— era muy agradable; pero encerraba algo más que eso: le sugería la figura de una diminuta criatura dotada de propiedades mágicas —y míticas— y de una aparatosa grandiosidad que no estaba en consonancia con el resto de su carácter. Decidió que en lo sucesivo el Hada debía mover su varita mágica sólo para él. La objetividad es una cualidad de por sí poco común, y menos común probablemente entre los políticos, pero este veterano egoísta la poseía en grado sumo. No sólo sabía lo que tenía que hacer, y lo hacía, sino que se las arreglaba para estar al mismo tiempo entre el público y en el escenario. Con el exquisito placer de un entendido, disfrutaba con cada detalle del divertido argumento, con cada escena del delicado drama y con todos los pormenores de su propia y perfecta actuación.

La sonrisa permaneció en su rostro durante algún tiempo. Luego se desvaneció, y entre reverencias de oriental seriedad y sumisión, se puso resueltamente a desempeñar su tarea. Disraeli comprendió desde el principio que para tratar con el Hada el mejor método a seguir era precisamente el contrario al utilizado por Gladstone; naturalmente, ése sería el suyo. No acostumbraba a lanzar arengas ni discursos, ni a extenderse sobre asuntos oficiales. Le gustaba sembrar el camino de los negocios con flores, reducir un duro argumento a una frase ingeniosa, insinuar lo que pensaba con un deje de amistad y confianza. Nada que no fuera personal le atraía, y había observado que esa era la llave que abría el corazón del Hada. Por consiguiente, nunca permitió, ni por un momento, que sus relaciones con la reina perdieran el tono personal, y revestía todos los asuntos del Estado con el encanto de las conversaciones familiares. Ella era siempre la dama real, la adorada y venerada señora; Disraeli, el amigo fiel y respetuoso. Una vez que la relación personal estaba bien establecida, todas las dificultades desaparecían. Pero para mantener siempre esa relación en un camino llano y sin baches se necesitaba un cuidado muy especial: había que engrasar el mecanismo con mucha frecuencia. Disraeli no tenía ninguna duda sobre la naturaleza del lubricante a utilizar. «Usted ha oído que a mí me llaman el adulator —le decía a Matthew Arnold—, y es verdad. A todo el mundo le gustan los halagos, y cuando se trata de la realeza hay que aumentar la cantidad». Predicaba con el ejemplo: su adulación era incesante y la empleaba en grandes dosis. «No hay

honor ni recompensa —decía— que puedan igualarse a la posesión de los afectuosos pensamientos de Su Majestad. Todos mis pensamientos, mis sentimientos, mis deberes y mis afectos están ahora concentrados en Su Majestad, y lo único que deseo para los años que me queden de vida es servir a Su Majestad, o, si ese servicio cesara, vivir del recuerdo de esta época de mi existencia, la más interesante y fascinante». «En la vida —le decía también— uno debe tener un pozo sagrado donde depositar sus pensamientos, y lord Beaconsfield se ha tomado la libertad de buscarlo en su Soberana y Señora». La reina era no sólo su único apoyo personal, sino también el único sostén del Estado. «Si Su Majestad estuviera enferma —escribió durante una grave crisis política—, estoy seguro de que yo también caería enfermo. En realidad todo depende de Su Majestad». Aseguraba que vivía solo para ella, que trabaja sólo para ella y que sin ella nada tenía sentido. Cuando llegó su cumpleaños le hizo una rebuscada composición de hiperbólicos agasajos. «Hoy sería apropiado, quizá, que lord Beaconsfield felicitase a su poderosa Soberana por su imperial influencia, por la inmensidad de su Imperio y por los triunfos y el poderío de sus flotas y ejércitos. Sin embargo, no puede hacerlo, porque su mente está ocupada con otra idea: pensar en la suerte que el destino le ha deparado al convertirle en el servidor de alguien tan grande, cuya infinita bondad, la brillantez de su inteligencia y la determinación de su voluntad le han permitido emprender tareas que en otras circunstancias no hubiera podido llevar a cabo, y que le ha apoyado en todo con condescendiente simpatía, esa que en los momentos difíciles nos alienta y nos entusiasma. Que la Providencia derrame sobre la Soberana de muchas tierras y muchos corazones todas las bendiciones que el sabio puede desear y el virtuoso merecer». Saliendo de tan experta mano, la adulación se convierte en un arte.

Tales elogios eran maravillosos, pero permanecían en el nebuloso mundo de las palabras, y Disraeli había decidido dar a sus halagos una solidez mayor. Avivaba intencionadamente esos conceptos tan altos de la posición de Victoria, los mismos que siempre estuvieron en la mente de la reina y que habían sido reforzados por los principios de Alberto y las doctrinas de Stockmar. Disraeli manifestaba su creencia en la teoría de una Constitución que otorgaba al soberano un lugar destacado en el gobierno del país; pero sus pronunciamientos sobre el tema eran confusos, y cuando afirmaba con mucho énfasis que tenía que haber «un verdadero trono», probablemente lo hacía pensando que lo verdaderamente quimérico sería un trono cuyo ocupante no fuera sensible a sus halagos. Pero la misma vaguedad con que se expresaba suponía un aliciente más para Victoria. Una vez que consiguió ofuscar hábilmente a la mujer y a la reina, puso el gobierno de Inglaterra a sus pies con un gesto grandioso, como si al hacerlo le estuviera rindiendo un homenaje personal. En la primera audiencia que tuvo al volver al poder aseguró a la reina que «se haría todo lo que ella deseara». Cuando el gabinete estaba discutiendo el enrevesado proyecto de ley para la regulación del culto público, Disraeli dijo al Hada que su «único objetivo en este asunto» era «promover los deseos de Su Majestad». Cuando obtuvo su

inesperado éxito en el asunto del Canal de Suez, se expresó de una forma que implicaba que la única que iba a salir ganando con la operación era Victoria. «Todo está resuelto —escribía triunfante—; aquí tiene, Excelencia... ¡Cuatro millones de libras!, y obtenidas casi en el acto. Sólo había una empresa que pudiera hacerlo: Rothschild. Se portaron de maravilla; adelantaron el dinero a un interés muy bajo, ahora toda la participación del Sultán es suya, Excelencia». Pero tampoco se limitaba a exageradas insinuaciones. Con toda la autoridad que le daba su cargo, informaba a la reina de su derecho constitucional de destituir a un ministro que contara con el apoyo mayoritario de la Cámara de los Comunes, e incluso la alentaba a hacerlo, si «el gobierno de Su Majestad, bien por exceso de voluntad, o por falta de ella, la ha defraudado». Gladstone veía con horror que Disraeli no sólo mantenía a la reina informada de la marcha general de los asuntos en el gabinete, sino que le revelaba lo que cada miembro decía en sus intervenciones personales. Lord Derby, hijo del anterior primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores de Disraeli, contemplaba el desarrollo de los acontecimientos con gran recelo. Y se aventuró a escribir a su jefe: «¿No resulta arriesgado incitar a la reina a que tenga un gran concepto de su poder personal y una absoluta indiferencia hacia las expectativas populares? Yo sólo pregunto; a usted le corresponde juzgar».

Victoria, por su parte, lo aceptaba todo sin ningún escrúpulo: cumplidos, halagos, prerrogativas isabelinas. Tras la larga oscuridad en que había estado sumida a causa de su dolor, tras la frialdad de la disciplina de Gladstone, ahora, con los rayos de la fidelidad de Disraeli, se abría como una flor expuesta al sol. Su situación había cambiado como por milagro. Ya no se veía obligada a pasar horas y horas descifrando los complicados pormenores de ciertos asuntos; sólo tenía que pedir una explicación a Mr. Disraeli y él se le daba de la forma más concisa y amena. Ya no se inquietaba a causa de novedades alarmantes. Ya no tenía que enojarse viéndose tratada por un ceremonioso caballero de cuello duro como si ella fuera la personificación de alguna deidad griega. Y su libertador era, ciertamente, uno de los hombres más admirables. El estilo dicharachero que inconscientemente la había cautivado en Napoleón III estaba ejerciendo el mismo efecto encantador en el caso de Disraeli. Como un bebedor ocasional cuya vida diaria transcurre en monótona sobriedad, su cándida inteligencia engullía los barrocos halagos del ministro con singular entusiasmo. Estaba ebria, extasiada. Al creerse todas las alabanzas que él le dedicaba, recuperó por completo la confianza en sí misma que había ido perdiendo a lo largo del deprimente periodo posterior a la muerte de Alberto. Estaba llena de un júbilo nuevo, mientras que él, poniendo ante sus ojos maravillosos sueños orientales, la deslumbraba con una grandiosidad imperial que ella sólo había imaginado muy remotamente. La influencia era tan fuerte que llegó incluso a alterar su semblante. Su pequeña y corpulenta figura, envuelta en pliegues de terciopelo negro, con sus cintas de muselina y sus gruesas perlas alrededor de su no menos rotundo cuello, adquiría un aire casi amenazador. En su rostro, del que había desaparecido ya hacía mucho

tiempo el encanto de la juventud sin mostrar todavía la dulzura que suele conferir la edad, se veían las huellas del dolor, de la desilusión y del sufrimiento, aunque encubiertas por miradas arrogantes y pronunciadas arrugas de enérgica altanería. Sólo cuando aparecía Mr. Disraeli, su expresión cambiaba instantáneamente y su severo rostro se llenaba de sonrisas. Por él era capaz de hacer cualquier cosa. Para agradecerle todo el estímulo que de él recibía, empezó a salir de su retiro; hizo apariciones semioficiales en Londres, donde visitó hospitales y asistió a conciertos; abrió el Parlamento, pasó revista a las tropas y distribuyó medallas en Aldershot. Sin embargo, tales muestras públicas de favor hacia el primer ministro no eran nada comparadas con las atenciones que le demostraba en privado. Durante sus audiencias, la reina contenía con dificultad su emoción y entusiasmo. En una ocasión, Disraeli escribió a un amigo diciéndole: «La mejor forma de describirte el recibimiento que me dispensó es si te digo que, de verdad, creía que me iba a abrazar. Tenía la cara muy sonriente y mientras charlaba se movía de un lado a otro de la habitación deslizándose con la agilidad de un pájaro». Cuando Disraeli estaba ausente, hablaba de él sin cesar, y era casi anormal el desmesurado interés que mostraba por su salud. «John Manners —decía Disraeli a lady Bradford—, que acaba de venir de Osborne, dice que el Hada sólo tiene un tema de conversación: su Premier. Según él, la opinión de Su Graciosa Majestad es que el gabinete debería hacer de mi salud una cuestión de Estado. El pobre John se quedó bastante sorprendido con todo lo que allí oyó, pero usted está más acostumbrada a esas muestras de entusiasmo». Victoria le enviaba regalos con frecuencia; el día de Navidad recibía puntualmente un álbum ilustrado procedente de Windsor. Pero los regalos más valiosos le llegaban con la primavera: ramos de flores cogidas por ella y sus damas en los bosques de Osborne, prueba inequívoca de la intensidad y la ternura de sus sentimientos. De entre las flores que recibía, sus preferidas eran las primulas. Disraeli decía que eran «las embajadoras de la primavera», «las piedras preciosas y las alhajas de la Naturaleza». Le aseguraba que le gustaban mucho, «mucho más por ser flores silvestres; son como una ofrenda de los faunos y las dríades de Osborne». «Revelan —le decía— que el cetro de Su Majestad ha tocado la Isla encantada». En una ocasión, durante una cena, el ministro se sentó a la mesa entre floreros llenos de primulas y comentó a sus invitados: «La reina me las ha mandado todas esta mañana desde Osborne porque sabe que son mis flores favoritas».

Pasado el tiempo, como cada vez recibía muestras más claras de que la esclavitud del Hada era total, sus manifestaciones se hicieron más personales y más desenfadas. Al final se atrevió a introducir en sus halagos una nota de adoración que era casi abiertamente romántica. Con frases de barroco rebuscamiento le transmitía el mensaje de su corazón. Le escribía diciéndole que la urgencia del trabajo «le ha absorbido y agotado hasta tal punto, que cuando llegó la hora de la salida del correo no tenía la mente despejada ni la pluma elocuente para comunicar sus pensamientos y sus acciones al ser más querido y más ilustre que se digna a

considerarlos». Victoria le envió unas primulas y Disraeli le contestó que podía «decir con sinceridad que son más preciosas que los rubíes, viniendo como vienen de una soberana a la que él adora». Después le envió campanillas blancas, y sus sentimientos se desbordaron poéticamente: «Ayer por la noche apareció en su casa, Whitehall Gardens, una delicada caja con un sobrescrito real; cuando él la abrió, lo primero que pensó fue que la reina le había otorgado graciosamente las estrellas de las principales condecoraciones de Su Majestad. Y estaba de verdad tan emocionado con ésa hermosa ilusión que, como tenía un banquete al que asistirían muchas estrellas y galones, no pudo resistir la tentación de colocarse algunas de las campanillas blancas en el corazón para demostrar que él también había sido condecorado por una Graciosa Soberana».

«Después, a medianoche, se le ocurrió que tal vez era un encantamiento, el regalo de un Hada, enviado por la reina Titania, que había recogido flores mágicas con su Corte en una isla apacible en medio del mar y se las había mandado a él; flores mágicas que, según se dice, trastornan la mente de quien las recibe».

¡El regalo de un Hada! ¿Bromeaba al escribir la frase? Quizá, pero sería precipitado concluir que sus apasionadas declaraciones carecían por completo de sinceridad. Los dos personajes, el actor y el espectador, estaban tan íntimamente mezclados en la extraña personalidad de Disraeli que formaban un todo inseparable, y no se podía decir que uno de ellos fuera menos genuino que el otro. Uno le permitía juzgar con frialdad la capacidad intelectual del Hada, observar con sorpresa que algunas veces era «muy interesante y divertida», para continuar después las alabanzas con su irónica solemnidad. El otro le permitía mostrarse rebosante de alegría ante la inmemorial pompa de la realeza y emocionarse al pensar en su propia suerte; se imaginaba a sí mismo en una maravillosa fantasía de coronas, poderes y amor caballeresco. Cuando decía a Victoria que «en su vida, bastante romántica e imaginativa, nunca le había ocurrido nada tan interesante como esta correspondencia confidencial con alguien tan elevado y tan arrebatador», ¿acaso no lo decía realmente en serio? En una carta dirigida a una dama, hablaba así de la Corte: «Quiero a la reina; quizá es la única persona que me queda en este mundo a la que quiero de verdad». ¿No estaba creándose para sí un palacio encantado, como en *Las mil y una noches*, lleno de melancolía y de brillantez, y en el que de hecho creía? El estado de ánimo de Victoria era mucho más sencillo; carente de anhelos imaginativos, nunca se perdía en esa nebulosa región del espíritu donde la realidad y la imaginación se confunden. Sus emociones, con toda su intensidad y toda su exageración, guardaban la prosaica proporción de la vida cotidiana, y era justo que las expresase con la misma sencillez. En la despedida de una carta oficial le decía a su primer ministro: «Un abrazo cariñoso, V. R. y yo». En semejante frase se refleja claramente la profunda veracidad de sus sentimientos. El Hada pisaba en tierra firme; era el cínico maniobrero el que andaba flotando en el aire.

Sin embargo, Disraeli había enseñado a la reina una lección que ella había

aprendido con alarmante rapidez. ¿No le había dicho que era una segunda Gloriana? Pues bien, ella iba a demostrar que se merecería el piropo. Y no tardó en hacerlo. En mayo de 1874, el zar, cuya hija se acababa de casar con el segundo hijo de Victoria, el duque de Edimburgo, se encontraba en Londres, y por un desafortunado malentendido se había planeado su partida para dos días después de la fecha en que su real anfitriona tenía previsto salir para Balmoral. Su Majestad se negó a modificar sus planes, pese a que se le hizo la observación de que el zar, con toda seguridad, se ofendería, lo cual podría tener graves consecuencias. Lord Derby protestó; lord Salisbury, el ministro de la India, estaba muy inquieto. A pesar de todo, el Hada se mostraba inflexible: tenía previsto irse a Balmoral el 18, y se iría el 18. Al fin, Disraeli, ejerciendo toda su influencia, la convenció para que se quedase en Londres dos días más. «Todavía tengo la cabeza sobre los hombros —decía a lady Bradford—, y ¡la gran señora ha pospuesto su partida! Nadie había conseguido persuadirla, ni siquiera el príncipe de Gales... y estoy seguro de que no le gustó que yo lo hiciera. Pero lo tuve que hacer, no me quedaba más remedio. Salisbury dice que he evitado una guerra con Afganistán, y Derby me felicita por mi incomparable triunfo».

Pero poco después se presentó otro asunto, y en esta ocasión el triunfo correspondió al Hada. Disraeli, que súbitamente se había orientado hacia un nuevo imperialismo, sugirió que la reina de Inglaterra debía ser también la emperatriz de la India. Victoria se aferró a la idea con avidez, y a todas horas estaba apremiando a su primer ministro sobre la conveniencia de llevar a la práctica su propuesta. Disraeli ponía objeciones, pero ella no cedía; y en 1876, muy a pesar suyo y de todo su gabinete, el primer ministro se vio obligado a sumar más problemas a la ya turbulenta sesión del Parlamento introduciendo un proyecto de ley para modificar el título real. Con su actitud logró conquistar definitivamente el corazón del Hada. La medida fue atacada con virulencia en las dos Cámaras, y Victoria estaba muy conmovida por el incansable ardor con que Disraeli la defendía. Estaba, decía, apesadumbrada por «las preocupaciones y las molestias» a las que se había visto sometido; se sentía la causante de todo y nunca olvidaría lo mucho que debía a «su bondadoso, complaciente y apreciado amigo». Al mismo tiempo, su ira se desencadenó contra la oposición. Afirmaba que su comportamiento era «inaudito, incomprensible y equivocado», y en una enfática frase, que parecía contradictoria en sí misma y contradecir sus anteriores procedimientos, declaraba que «estaría muy contenta si fuera conocido por todos que aquel era su deseo, pues parece que la gente cree que le ha sido impuesto». Cuando el asunto concluyó con éxito, el triunfo imperial se celebró con todos los honores. El día de la Proclamación de Delhi, el nuevo conde de Beaconsfield fue a Windsor a cenar con la nueva emperatriz de la India. Esa noche el Hada, generalmente vestida con trajes muy sencillos, apareció resplandeciente luciendo enormes diamantes sin tallar, obsequio de la princesa reinante en su imperio indio. Al final de la cena, el primer ministro, rompiendo con todas las reglas de la etiqueta, se puso en pie y con un florido discurso propuso un brindis a la salud de la

reina-emperatriz. Su osadía fue muy bien acogida y su discurso premiado con una sonriente reverencia.

Ambos episodios fueron importantes, pero al año siguiente, durante la crisis final de la vida de Beaconsfield, se produjo una manifestación mucho más seria del genio de Victoria. El creciente imperialismo de Disraeli, su deseo de agrandar el poder y el prestigio de Inglaterra, su insistencia sobre una «política extranjera enérgica», chocaron con los intereses de Rusia. Ya se vislumbraba el terrible problema del Este, y cuando estalló la guerra entre Rusia y Turquía, la gravedad de la situación se hizo extrema. La política del primer ministro estaba llena de dificultades y peligros. Incluso siendo consciente de las espantosas implicaciones de una guerra anglo-rusa, parecía dispuesto a afrontar dicha eventualidad con tal de conseguir sus objetivos. Opinaba que Rusia deseaba la ruptura menos que Inglaterra y, por tanto, si él jugaba su juego con suficiente audacia e inteligencia, llegado el momento, Rusia accedería sin rechistar a todas sus pretensiones. Era evidente que la línea de acción que se había marcado encerraba muchos riesgos y requería mucho valor; un sólo paso en falso y él, o Inglaterra, podían verse sumidos en el desastre. Pero nunca le había faltado valor. Empezó su tarea diplomática pisando con pies de plomo y con gran serenidad; y entonces descubrió que, además del gobierno ruso, además de los liberales y de Mr. Gladstone, existían otras dos fuentes de peligro con las que tendría que contar. En primer lugar, en el gobierno había un grupo muy fuerte, encabezado por lord Derby, ministro de Asuntos Exteriores, que no estaba dispuesto a correr el riesgo de una guerra. Pero su principal preocupación era el Hada.

Desde el principio Victoria adoptó una postura intransigente. El viejo odio hacia Rusia, suscitado por la guerra de Crimea, volvió a invadirla; recordaba la prolongada enemistad de Alberto; sentía las punzadas de su propia grandeza, y se metió de lleno en el problema con apasionado ardor. Estaba infinitamente indignada con la oposición y con cualquiera que se atreviera a simpatizar con los rusos en su lucha contra los turcos. Cuando se celebraban en Londres mítines contra los turcos presididos por el duque de Westminster y lord Shaftesbury y apoyados por Mr. Gladstone y otros destacados radicales, Victoria decía que «el fiscal de la Corona debería encargarse de estos hombres»; «¡no puede ser constitucional!», exclamaba. Nunca en su vida, ni siquiera en la crisis de las camareras, mostró un partidismo tan frenético. Pero su indignación no iba dirigida sólo contra los radicales; los conservadores también sufrieron su efecto. Victoria estaba descontenta hasta con el mismo lord Beaconsfield. No llegaba a comprender lo difícil y complicado de su política y le acosaba con constantes exigencias de acciones enérgicas; interpretaba cualquier acción hecha con diplomacia como una señal de debilidad y, ante cualquier coyuntura, se mostraba dispuesta a movilizar a las fuerzas armadas. Con el desarrollo de los acontecimientos su angustia se hizo febril. «La reina —escribía— está sumamente inquieta por miedo a que la dilación nos haga llegar demasiado tarde y perder para siempre nuestro prestigio. Esta es su constante preocupación». «El Hada

—decía Beaconsfield a lady Bradford— me escribe cada día y me telegrafía a cada hora; y no exagero». Victoria protestaba estrepitosamente contra los rusos. «¡Y el lenguaje —gritaba—, el insultante lenguaje que usan los rusos contra nosotros! ¡Hace hervir la sangre de la reina!». «¡Ay —escribía poco después—, si la reina fuera un hombre iría a dar a esos rusos, en los que no se puede confiar, una buena paliza! No volveremos a ser amigos hasta que no ajustemos cuentas...».

El pobre primer ministro, incitado por un lado a la violencia por Victoria, tenía que vérselas por el otro con un ministro de Asuntos Exteriores que se oponía rotundamente a cualquier política de intervención activa. Entre la reina y lord Derby, Disraeli se movía como entre la espada y la pared. Sin embargo, obtenía cierta satisfacción enfrentándolos a ambos, pinchando a lord Derby con las misivas de la reina, y apaciguando a la reina al desechar las opiniones de aquél. En una ocasión, a petición de Victoria, llegó incluso a redactar una carta en la que atacaba enconadamente a su colega, carta que Su Majestad firmó en el acto y que fue enviada, sin cambiar ni una palabra, al ministro de Asuntos Exteriores. Pero semejantes técnicas sólo surtieron efecto temporalmente; pronto se hizo evidente que la pasión marcial de Victoria no podía contentarse con las hostilidades contra lord Derby; lo que ella quería, perseguía y debía tener eran hostilidades con Rusia. De modo que, desechando los últimos restos de moderación, la reina empezó a atacar a su amigo con una serie de estrategias incocebibles. Más de una vez le intimidó con la terrible amenaza de su inminente abdicación. «Si Inglaterra —decía a Beaconsfield en una carta— va a besar los pies de Rusia, yo no formaré parte de la humillación de Inglaterra y renunciaré a la Corona»; y añadía que el primer ministro podía, si lo consideraba conveniente, transmitir sus palabras al gabinete. «¡Por esta dilación —exclamaba— y por esta indecisión estamos perdiendo nuestro prestigio y nuestro puesto en el extranjero, mientras Rusia continúa avanzando y dentro de poco estará a las puertas de Constantinopla! Entonces se culpará al gobierno y la reina se sentirá tan humillada que piensa que abdicará al instante. ¡Seamos valientes!». «La reina siente —reiteraba— que no puede, como ya dijo antes, seguir siendo la soberana de un país que se está rebajando a besar los pies de los grandes bárbaros que obstaculizan toda la libertad y civilización existentes». Cuando los rusos llegaron a las afueras de Constantinopla, Victoria despachó tres cartas en un día exigiendo la guerra; y cuando se enteró de que el gabinete sólo había decidido mandar a la armada a Gallípoli, declaró que «su primer impulso» fue «deponer la Corona de espinas, cuya conservación le produce tan escasa satisfacción, si la situación de este país ha de continuar como está ahora». Es fácil suponer el efecto perturbador que tales afirmaciones produjeron en Beaconsfield. Aquella ya no era el Hada, sino más bien una hechicera a la que él había sacado imprudentemente de su botella y que ahora estaba decidida a demostrar sus poderes. Disraeli, desmoralizado, deprimido y enfermo, pensó en más de una ocasión en abandonar definitivamente el juego. Sólo una cosa, según dijo a lady Bradford con una sonrisa fingida, le detenía: «Si tuviera

fuerzas para soportar la escena que tendría lugar en el Parlamento a causa de mi dimisión, la presentaría ahora mismo».

Sin embargo, aguantó, y al final salió victorioso. La reina se apaciguó, lord Derby fue sustituido por lord Salisbury, y en el Congreso de Berlín, *der alte Jude* («el viejo Judío») superó todos los obstáculos. Volvió a Inglaterra triunfante y aseguró a la emocionada Victoria que en un futuro muy próximo sería, si no lo era ya, la «dictadora de Europa».

Pero pronto surgió un inesperado contratiempo. En las elecciones generales de 1880, el país, receloso de la política extremista de los conservadores y entusiasmado con la oratoria de Gladstone, llevó a los liberales de nuevo al poder. Para Victoria aquello supuso un duro golpe y estaba horrorizada. Pero un año después iba a recibir un golpe mucho más fuerte todavía. El cuento maravilloso llegaba a su fin. Lord Beaconsfield, rendido por la edad y las enfermedades, aunque todavía activo y yendo de cena en cena, donde era como una momia asidua, dejó de moverse para siempre. Cuando Victoria supo que el desenlace era inevitable, por un instinto patético pareció renunciar a su realeza y con callada ternura se puso a su lado como una simple mujer. Con conmovedora sencillez le escribió una carta en la que le decía: «Le mando unas primulas de Osborne; tenía intención de hacerle una breve visita este fin de semana, pero lo he pensado bien y creo que es mejor que usted esté tranquilo y sin hablar. Le ruego que sea bueno y obedezca a los médicos». Iría a verle, añadía, «cuando volvamos de Osborne, dentro de poco. Todo el mundo lamenta muchísimo que usted no se encuentre bien», y se despedía, «como siempre, muy afectuosamente, V. R. I.». Cuando le fue entregada la carta real, el extraño y viejo comediante se estiró en su lecho de muerte, la sopesó en la mano, pareció meditar profundamente y después musitó a los que le rodeaban: «Esto debería serme leído por un consejero privado».

9

Vejez

I

Mientras tanto, en la vida privada de Victoria se habían producido muchas novedades. Los matrimonios de sus hijos mayores ampliaron el círculo familiar, llegaron los nietos y surgieron nuevas y numerosas ocupaciones domésticas. Con la muerte del rey Leopoldo, en 1865, había desaparecido el personaje más importante de la generación anterior, y las funciones que él había desempeñado, como centro y asesor de un gran número de familiares en Alemania y en Inglaterra, le incumbían ahora a Victoria. La reina no regateaba esfuerzos en ese cometido y mantenía una abundante correspondencia para seguir al detalle los pormenores de las biografías de los primos, que se ramificaban de forma incesante. Así, experimentó profundamente los aspectos dulces y amargos del cariño familiar. Sus nietos le producían una especial satisfacción y manifestaba hacia ellos una tolerancia que sus hijos nunca conocieron, aunque también podía mostrarse muy severa si la ocasión lo requería. El mayor de todos, el príncipe Guillermo de Prusia, era un niño sumamente obstinado y se comportaba de forma insolente incluso con su abuela. En Osborne, en una ocasión en que Victoria le dijo que saludara cortésmente a una visita, el niño se negó en redondo. Pero eso no podía quedar así: la orden fue repetida con severidad, y el desobediente niño, al darse cuenta de que su cariñosa abuelita se había convertido de pronto en una señora mucho más seria, se sometió a su deseo e hizo una marcada reverencia, esta vez sin rechistar.

Todo hubiera ido bien si los restantes problemas domésticos de la reina se hubieran resuelto tan fácilmente. Uno de sus mayores disgustos era el comportamiento del príncipe de Gales. El joven ya estaba casado y era independiente; se había sacudido el yugo familiar y empezaba a hacer verdaderamente lo que quería. Victoria estaba muy preocupada y sus peores temores se confirmaron, en 1870, cuando su hijo apareció como testigo en un caso de divorcio de la alta sociedad. Era evidente que el heredero al trono se había mezclado con gente cuya conducta Victoria no aprobaba en absoluto. ¿Qué podía hacer? Comprendió que el culpable no era sólo su hijo, sino también todo el sistema social, y en consecuencia, envió una carta a Mr. Delane, el editor del periódico *The Times*, pidiéndole que escribiera «con frecuencia en su periódico artículos que subrayasen el inmenso peligro y el daño causado por la excesiva frivolidad e informalidad de las ideas y de la vida de la alta sociedad». Y cinco años después, Mr. Delane escribió un artículo precisamente sobre ese tema. En

cualquier caso, surtió muy poco efecto. ¡Ah, si la alta sociedad aprendiera a vivir como ella lo hacía en la doméstica discreción de su refugio de Balmoral! Cada vez encontraba mayor consuelo y descanso en sus dominios de las montañas, y dos veces al año, en primavera y en otoño, partía hacia el norte con un suspiro de alivio, haciendo caso omiso de las veladas protestas de los ministros, quienes en vano apuntaban con timidez que una distancia de mil kilómetros añadía considerables problemas al gobierno de los asuntos del Estado. También sus damas sentían a veces un ligero desagrado ante la perspectiva de partir, ya que, sobre todo en los primeros tiempos, la larga peregrinación tenía sus inconvenientes. Durante muchos años el conservadurismo de la reina no permitió que se prolongara la vía del ferrocarril hasta el valle del río Dee, de modo que la última etapa del viaje tenía que hacerse en carruajes. Aunque, después de todo, los carruajes tenían sus ventajas: por ejemplo, era fácil subir y bajar de ellos, detalle importante si se tiene en cuenta que el tren real permaneció por mucho tiempo inmune a las comodidades modernas, y cuando paraba en medio de un despoblado, sin andén ni nada parecido, las exquisitas damas se veían obligadas a saltar al suelo desde el peligroso estribo, ya que la única escalera portátil disponible estaba reservada para el coche-salón de Su Majestad. Dicha operación de descenso, en la época de los miriñaques, podía resultar un tanto complicada; en ocasiones era necesario solicitar la ayuda de Mr. Johnstone, director de la Compañía de Ferrocarriles Caledonian, hombre bajo y robusto, que más de una vez, en medio de un vendaval y de una lluvia incesante, «empujó» (según su propia descripción) con gran dificultad a alguna desafortunada lady Blanche o lady Agatha para que pudieran subir a su departamento. Pero Victoria no se preocupaba por estos incidentes. Su único empeño era verse de nuevo en su castillo encantado, donde cada rincón estaba cargado de recuerdos, donde cada recuerdo era sagrado y donde la vida transcurría en medio de la encantadora rutina de acontecimientos triviales. Pero no adoraba sólo el lugar, sino también a los «sencillos montañeses», a los que tenía mucho cariño y de los que decía que «aprendió muchas lecciones de fe y resignación». Por todos ellos, por Smith, Grant, Ross, Thompson, tenía verdadera devoción; pero muy por encima estaba el cariño que sentía hacia John Brown. El ayudante de caza del príncipe se había convertido en el criado personal de la reina, el servidor del que nunca se separaba: la acompañaba en sus paseos en coche, la servía durante el día y dormía en la habitación contigua por la noche. A Victoria le gustaba su fuerza, su solidez y la sensación de seguridad física que le proporcionaba; le agradaba incluso su aspecto rudo y la tosquedad de su lenguaje. Permitía que la tratara con una familiaridad inconcebible en cualquier otra persona. Imponerse a la reina, mandarla de acá para allá, reprenderla, ¿quién podía atreverse a semejantes osadías? Sin embargo, cuando John Brown la trataba así, parecía que Victoria disfrutaba de verdad. Semejante excentricidad resultaba increíble; pero, después de todo, no parece tan insólito que una autocrática reina viuda permita que algún criado de confianza adopte hacia ella una actitud autoritaria rigurosamente prohibida a familiares o amigos: el poder de un

subordinado, utilizado con habilidad psicológica, se convierte en el propio poder que el amo ejerce sobre sí mismo. Cuando Victoria obedecía con sumisión las bruscas órdenes de su guardaespaldas de que se bajara del caballo o que se pusiera el chal, ¿acaso no estaba haciendo un supremo alarde de la fuerza de su propia voluntad? La gente quizá se escandalizaba, pero ¡allá ellos! Victoria no podía evitarlo; esa era la forma en que quería actuar, lo hacía así, y no había más que hablar. Tal vez hubiera sido más prudente o más natural pedir opinión a un familiar o a un ministro, pero eso sólo podía hacerlo a costa de perder su independencia. Y, a pesar de todo, suspiraba por depender de alguien. Su vida estaba empeñada en la ardua tarea de dominar a los demás. Cuando paseaba en su carruaje por los páramos se reclinaba silenciosamente, agobiada y abatida; pero ¡qué alivio al pensar que John Brown iba en el asiento trasero y le tendería su robusto brazo para ayudarla a descender!

En la mente de Victoria John Brown estaba ligado de una forma muy especial al recuerdo de Alberto. En sus expediciones, el príncipe siempre había depositado en él más confianza que en ninguna otra persona; para Victoria, el brusco, bondadoso y velludo escocés, por alguna razón misteriosa, era una herencia que le había dejado el difunto. Parece que incluso llegó a creer que el espíritu de Alberto se hallaba más próximo cuando Brown se encontraba cerca de ella. Muchas veces, cuando buscaba inspiración sobre algún complicado asunto de importancia política o doméstica, miraba fijamente, con profunda concentración, el busto de su difunto marido. Y también se observó que en otros momentos de vacilación similares la mirada de Su Majestad se clavaba en John Brown.

Con el tiempo, el «sencillo montañero» llegó casi a convertirse en una personalidad del Estado y no se podía menospreciar la influencia que ejercía. Lord Beaconsfield tenía buen cuidado de incluir de vez en cuando en sus cartas a la reina atentos saludos «para Mr. Brown», y el gobierno francés puso especial esmero en hacer agradable su estancia durante la visita que la soberana inglesa hizo a Francia. Era lógico que entre los miembros mayores de la familia real, Brown no fuera aceptado y que sus defectos (que los tenía, aunque Victoria hiciera la vista gorda y nunca quisiera enterarse del desmedido aprecio que profesaba al *whisky* escocés, por ejemplo) se convirtieran en tema de mordaces comentarios en la Corte. Pero Brown sirvió a su señora fielmente y sería una falta de respeto que el biógrafo de la reina lo ignorase, sobre todo si se tiene en cuenta que Victoria, lejos de mantener en secreto su cariñosa amistad, se ocupó de darla a conocer a todo el mundo. Dio órdenes de que se acuñaran dos medallas de oro en su honor; a su muerte, en 1883, apareció en el Noticiero de la Corte una larga y elogiosa nota necrológica, y Su Majestad diseñó una insignia conmemorativa de oro, con la cara del difunto ayudante de cazador por un lado y el monograma real por el otro, para entregársela a sus criados y a los aldeanos escoceses a fin de que pudieran lucirla, prendida en un pañuelo de luto, en el aniversario de la muerte de Brown. En la segunda serie de extractos del diario de Escocia de la reina, publicada en 1884, su «fiel criado personal y su leal amigo»

aparece en casi todas las páginas y realmente es el héroe del libro. Con una falta de discreción inconcebible en las personas de su rango, Victoria parecía exigir en este asunto tan delicado y privado la comprensión de toda la nación; sin embargo —¡así es el mundo!— había gente que usaba las relaciones entre la soberana y su criado como tema de chistes obscenos.

II

Los ajetreados años corrían deprisa y el paso del tiempo iba dejando su huella en Victoria: la vejez había hecho acto de presencia. Su pelo gris se volvió blanco, las facciones maduras se suavizaron, la pequeña y firme figura se ensanchó, y ahora se movía más despacio y con ayuda de un bastón. Al mismo tiempo, se produjeron otros muchos cambios en la vida de la reina. La actitud de la nación, que durante muchos años había sido crítica e incluso hostil hacia la soberana, dio un giro completo, y Victoria respondió a él de la misma forma.

Las causas que determinaron este cambio fueron muchas. Entre ellas, las reiteradas desgracias personales que sobrevinieron a Victoria en el corto y cruel espacio de unos años. En 1878 la princesa Alicia, que se había casado en 1862 con el príncipe Luis de Hesse-Darmstadt, murió en circunstancias trágicas. Al año siguiente, el príncipe imperial, hijo único de la emperatriz Eugenia, a la que Victoria se había sentido muy estrechamente unida desde la catástrofe de 1870, murió en la guerra contra los zulúes. Dos años más tarde, en 1881, la reina perdió a lord Beaconsfield y, en 1883, a John Brown. En 1884, el príncipe Leopoldo, duque de Albany, inválido de nacimiento, moría prematuramente al poco tiempo de casarse. Victoria estaba realmente aturdida por el dolor, y el pueblo, al ver a la madre viuda llorar por sus hijos y por sus amigos, mostraba hacia ella una constante y creciente simpatía.

Un suceso que tuvo lugar en 1882 puso de manifiesto los sentimientos de la nación. En Windsor, cuando la reina iba caminando desde el tren hacia su carruaje, un joven llamado Roderick Maclean disparó contra ella con una pistola a una distancia de escasos metros. Un alumno del colegio de Eton dio un golpe al arma de Maclean antes de que la pistola se disparase; no hubo que lamentar ningún daño y el delincuente fue detenido de inmediato. Este fue el último de una serie de siete atentados perpetrados contra Victoria, atentados que, pese a haberse producido a intervalos esporádicos en un periodo de cuarenta años, tenían todos una curiosa similitud: menos en un caso, siempre fueron llevados a cabo por adolescentes cuyos móviles no parece que fueran homicidas, ya que, excepto en el caso de Maclean, ninguno tenía la pistola cargada. Estos desdichados jóvenes, que compraban armas baratas, las llenaban de pólvora y de papel y se iban, con la certeza de que serían detenidos inmediatamente, a disparar contra la reina, presentaban un complejo

problema a los psicólogos. Sin embargo, aunque en todos los casos los móviles parecían ser prácticamente los mismos, sus destinos fueron muy diferentes. El primero de ellos, Edward Oxford, que disparó contra Victoria a los pocos meses del matrimonio de la reina, fue procesado por alta traición, declarado demente y encerrado en un manicomio para el resto de sus días. No obstante, a Alberto no le pareció adecuada esta sentencia, ya que, cuando dos años después John Francis cometió la misma ofensa y fue procesado por el mismo delito, el príncipe declaró que no se trataba del acto de un demente. «La despreciable criatura —le decía a su padre— no estaba fuera de sí, sino que es un consumado delincuente. Confío en que su caso sea llevado con el máximo rigor». Por lo visto, así fue; de todos modos, el jurado compartía las ideas del príncipe; el alegato de desequilibrio mental se desestimó, y Francis fue declarado culpable de alta traición y condenado a muerte; pero, como no había pruebas de que su intención fuera matar, ni siquiera herir a la soberana, esta sentencia, después de interminables deliberaciones entre el ministro del Interior y los jueces, fue conmutada por una condena de trabajos forzados a perpetuidad. Según la ley, estos atentados, aunque no se consumaran, sólo podían considerarse como alta traición; la desproporción entre el acto en sí y las tremendas penas que acarrearía resultaba a todas luces grotesca; además, estaba claro que cualquier jurado, al ser consciente de que un veredicto de culpabilidad llevaba implícito la sentencia de muerte, optaría por declarar al acusado no culpable, sino demente, conclusión que, a la vista de los hechos, parecía la más razonable. Por consiguiente, en 1842 se aprobó una ley en la que se declaraba que cualquier intento de herir a la reina se consideraría como delito punible con siete años de deportación o encarcelamiento, con o sin trabajos forzados, por un periodo no superior a los tres años, y el delincuente, a discreción del tribunal, «será pública o privadamente azotado, con la frecuencia y de la forma que aquel determine, no excediendo de tres veces». Los cuatro atentados siguientes fueron juzgados según la nueva ley: William Bean, en 1842, fue sentenciado a dieciocho meses de prisión; William Hamilton, en 1849, fue deportado por siete años; y, en 1850, se aplicó la misma sentencia al teniente Robert Pate, quien en Piccadilly propinó a la reina un bastonazo en la cabeza. Pate fue el único de todos estos delincuentes de edad avanzada; había sido oficial del ejército, vestía como un dandi y el príncipe afirmaba que era «evidentemente un trastornado mental». En 1872 Arthur O'Connor, un muchacho de diecisiete años, disparó contra la reina con una pistola descargada a la puerta del palacio de Buckingham; fue inmediatamente detenido por John Brown, y condenado a un año de prisión y a veinte bastonazos. El acto de valentía de Brown fue premiado con una medalla de oro. En todos estos casos el jurado se había negado a aceptar la eximente de desequilibrio mental, pero el atentado de Roderick Maclean, en 1882, era una cuestión diferente. En esta ocasión se comprobó que la pistola estaba cargada, y la indignación pública, acentuada por la creciente popularidad de Victoria, fue enorme. Por esta o por otras razones, se abandonó el procedimiento de los últimos

cuarenta años y Maclean fue procesado por alta traición. El resultado fue el que cabía esperar: el jurado le declaró «inocente, pero demente», y ordenó su reclusión en un manicomio por el tiempo que determinara la reina. El veredicto, sin embargo, trajo consigo graves consecuencias.

Victoria, que sin duda recordaba la desaprobación de Alberto de un veredicto similar en el caso de Oxford, estaba muy indignada. ¿Qué quería decir el jurado, preguntaba, afirmando que Maclean no era culpable?

Estaba bien claro que era culpable, ella le había visto con sus propios ojos disparar la pistola. Fue inútil que los asesores constitucionales de Su Majestad le recordaran el principio de la ley inglesa que decía que ninguna persona podía ser declarada culpable de un crimen mientras no se comprobara que sus intenciones eran criminales. Victoria seguía sin dar su brazo a torcer. «Si esa es la ley —dijo—, hay que cambiar la ley».

Y se cambió. En 1883 se aprobó una ley para alterar la forma del veredicto en casos de demencia, y esta confusa anomalía figura todavía hoy en el código penal inglés.

Pero los sentimientos de solidaridad personal, conmiseración o indignación no eran la única causa de que la reina y su pueblo se acercaran cada vez más; ahora, por fin comenzaban a estar en estrecho y permanente acuerdo sobre los asuntos públicos. El segundo gobierno de Mr. Gladstone (1880-85) fue una sucesión de fracasos desastrosos; el liberalismo estaba desacreditado en el país y Victoria percibía con regocijo que una creciente mayoría de sus súbditos compartía la desconfianza que ella sentía hacia sus ministros. Durante la crisis de Sudán, la opinión popular también coincidió con la suya. La reina había sido una de las primeras personas en resaltar la apremiante necesidad de enviar una expedición a Jartum, y cuando llegó la noticia de la trágica muerte del general Gordon, su voz presidía el coro de acusaciones que se desencadenó contra el gobierno. Movida por su indignación, envió un fulminante telegrama a Mr. Gladstone, escrito en inglés, no en la clave habitual, y una carta de pésame a Mrs. Gordon, en la cual atacaba a sus ministros por abuso de confianza, carta que fue ampliamente divulgada. Se rumoreó que había mandado llamar a lord Hartington, el ministro de la Guerra, y que censuró duramente su actitud. Se dice que Hartington comentó después a un amigo: «Me regañó como si yo fuera un lacayo». «¿Por qué no llamó al mayordomo?», preguntó el amigo. «¡Ay! —fue su respuesta—, el mayordomo se las arregla para escurrir el bulto en tales ocasiones».

Pero llegó el día en que le resultó imposible seguir escurriendo el bulto. Mr. Gladstone fue derrotado y dimitió. Victoria, en su última audiencia, le recibió con la amabilidad acostumbrada, pero, al margen de las formalidades propias de la ocasión, el único comentario personal que le hizo fue que suponía que Mr. Gladstone necesitaría ahora un poco de descanso. Gladstone recordaba con pena cómo, en 1874, en una audiencia similar, la reina había expresado su confianza en él como defensor del trono; pero no le sorprendió el cambio. «Su mente y sus opiniones —escribiría

más tarde en su diario— se han alterado seriamente desde aquel día».

Tal era la opinión de Mr. Gladstone. Pero la mayoría de la nación no estaba en absoluto de acuerdo con él, y las elecciones generales de 1886, que sumieron a los promotores de la autonomía irlandesa en la más profunda oscuridad y otorgaron el poder a lord Salisbury, demostraron claramente que la política de la reina era la que la nación deseaba. La satisfacción de Victoria fue inmensa. Una oleada de insólita esperanza la invadió, estimulando su vitalidad con una fuerza sorprendente. Su ritmo de vida cambió por completo; abandonó la larga reclusión, que sólo había interrumpido momentáneamente a causa de las insistentes ruegos de Disraeli, y se lanzó con brío a desarrollar numerosas actividades públicas. Se la vio en salones, en conciertos, o pasando revista en desfiles militares; puso la primera piedra de diversos edificios; fue a Liverpool a inaugurar una exposición internacional y paseó por las calles en su coche descubierto en medio de una lluvia torrencial y de los aplausos de la multitud. Fascinada por los recibimientos de que era objeto, se entusiasmó con su trabajo. Visitó Edimburgo, donde se repitió con creces la ovación de Liverpool. En Londres inauguró con gran pompa la Exposición Colonial e India, en South Kensington. En esta ocasión la ceremonia fue especialmente solemne: un toque de trompeta anunció la llegada de Su Majestad, y a continuación fue interpretado el himno nacional; la reina, sentada en un magnífico trono de oro, contestó personalmente al discurso con que fue recibida. Después se levantó y, avanzando con porte regio por la tribuna, agradeció las aclamaciones de la multitud con una serie de reverencias de impresionante y exquisita elegancia.

Al año siguiente se cumplía el quincuagésimo aniversario de su reinado, acontecimiento que se celebró en junio con toda solemnidad. Victoria, rodeada por los más altos dignatarios de su reino, escoltada por una brillante galaxia de reyes y príncipes, atravesó las tumultuosas y entusiasmadas calles de la capital para ir a dar gracias a Dios a la abadía de Westminster. En ese momento triunfal desaparecieron por completo los últimos vestigios de las antipatías y las críticas de otro tiempo. La reina fue aclamada como madre de su pueblo y como símbolo personificado de su imperial grandeza, y ella respondió a este doble sentimiento con toda su alma. Ahora sabía, sentía, que Inglaterra y los ingleses eran, de una forma maravillosa pero sencilla, algo suyo. Júbilo, cariño, agradecimiento, un profundo sentido del deber, un orgullo infinito: tales eran sus emociones; y coloreando y reforzando ese estado de ánimo, otro sentimiento: felicidad. Por fin, después de mucho tiempo, la había recuperado; quizá fuera una felicidad incompleta y un tanto solemne, pero en cualquier caso verdadera e inconfundible. El insólito sentimiento la inundó de alegría. De vuelta ya en el palacio de Buckingham, una vez terminada la ceremonia, alguien le preguntó cómo se sentía, a lo que Victoria respondió: «Estoy muy cansada, pero me siento muy feliz».

III

Y así, a los afanes y al tumulto del día siguió una noche larga, apacible, serena e iluminada por un resplandor dorado. Resultaba indudable que el último periodo de la vida de Victoria estuvo envuelto en una atmósfera inigualable de éxito y de adoración. Su triunfo era el resumen, la coronación de un triunfo mayor: la culminante prosperidad del país. Al esplendor alcanzado durante la década comprendida entre los dos jubileos de Victoria difícilmente se le puede encontrar paralelo en los anales de la historia de Inglaterra. Las sabias medidas de lord Salisbury produjeron no sólo riqueza y poder, sino también seguridad; el país se dispuso, con sosegada confianza, a disfrutar de una duradera grandeza. Y Victoria, como era natural, hizo lo mismo, puesto que ella era parte de la sociedad, al parecer una parte esencial, una parte fija, un valioso e inamovible aparador en el inmenso salón del Estado. Sin ella, el suntuoso banquete de 1890 hubiera perdido su característica peculiar: la reconfortante disposición de sustanciosos e inequívocos manjares sobre un fondo casi imperceptible de pesado *glamour*.

Su propia existencia se armonizó cada vez más con lo que la rodeaba. Paulatina e imperceptiblemente, Alberto desapareció. No es que lo relegara al olvido —eso hubiera sido imposible—, sino que el vacío creado por su ausencia se hizo menos angustioso, e incluso, al final, menos evidente. Llegó el día en que Victoria pudo lamentarse del mal tiempo sin añadir inmediatamente que su «querido Alberto decía siempre que no podíamos cambiarlo, que lo teníamos que dejar como estaba»; podía incluso disfrutar de un buen desayuno sin comentar cómo le hubieran gustado a su «querido Alberto» los huevos con mantequilla. Y a medida que la figura de Alberto se desvanecía, su lugar lo iba ocupando, inevitablemente, la propia Victoria. Su ser, que durante tantos años había girado en torno a un objeto externo, cambiaba ahora el movimiento y giraba en torno a sí mismo. Tenía que ser así: su posición en casa, la gran cantidad de tareas públicas, su irrenunciable sentido de la obligación, hacían que no pudiera ser de otra forma. El egotismo de Victoria imponía sus derechos. Su edad incrementaba más aún el respeto hacia su persona, y la fuerza de su carácter, que ahora se manifestaba en toda su plenitud, acabó imponiéndose por completo a cuantos la rodeaban gracias al esfuerzo consciente de su férrea voluntad.

Poco a poco los últimos vestigios externos de la dominación póstuma de Alberto tendían a hacerse menos visibles. El rigor del luto se atenuó en la Corte. Cuando la reina paseaba por el parque en su carruaje descubierto seguida de sus montañeses, las niñeras comentaban con ilusión que en sus sombreros de terciopelo ya no predominaba el color negro, sino el violeta, y admiraban los adornos de azabache que Victoria exhibía en su pequeña cabeza reclinada.



[\[Ver imagen a mayor tamaño\]](#)

La autoridad de Victoria entre su familia alcanzó su punto culminante. Todos sus hijos estaban casados, el número de sus descendientes crecía rápidamente, hubo muchos matrimonios en la tercera generación, y a su muerte tenía por lo menos treinta y siete bisnietos. Una fotografía de la época muestra a toda la familia real reunida en uno de los grandiosos salones de Windsor, un nutrido grupo de más de cincuenta personas, con la imperial matriarca en el centro. Ejercía el más absoluto dominio sobre todos ellos. Ponía gran interés en los problemillas de los pequeños, y trataba a los mayores como si fueran todavía niños. El príncipe de Gales, en particular, sentía un temor reverencial hacia su madre. La reina se había negado a permitirle participar ni siquiera remotamente en los asuntos del gobierno y, en consecuencia, él se ocupaba de otras actividades. No queremos decir con esto que no se divertiera, pero lo hacía siempre a espaldas de su madre; en presencia de aquella imponente mujer su virilidad se eclipsaba por completo. En Osborne, en una ocasión en que por causas ajenas a su voluntad llegó muy tarde a una cena, se le vio limpiándose el sudor de la frente detrás de una columna, tratando de armarse de valor para acercarse a la reina. Cuando al fin lo hizo, su madre le recibió con un frío movimiento de cabeza, después del cual el príncipe desapareció inmediatamente detrás de otra columna, y allí permaneció hasta el final de la fiesta. Cuando ocurrió este incidente el príncipe de Gales tenía más de cincuenta años.

Era inevitable que las actividades familiares de la reina invadieran a veces el terreno de la alta diplomacia; así ocurrió cuando los intereses de su hija mayor, la princesa heredera de la corona de Prusia, se vieron en peligro. El príncipe heredero tenía ideas muy liberales, estaba muy influido por su mujer, y ambos eran detestados por Bismarck, quien afirmaba con grosero énfasis que la inglesa y su madre suponían una amenaza para el Estado prusiano. La enemistad se agudizó todavía más a la muerte del viejo emperador (1888), cuando el príncipe heredero subió al trono. Un enredo familiar produjo una crisis muy violenta. Una de las hijas de la nueva emperatriz se había prometido en matrimonio con el príncipe Alejandro de Battenberg, quien recientemente había sido expulsado del trono de Bulgaria debido a la hostilidad del zar. Tanto Victoria como la emperatriz veían con buenos ojos el matrimonio. De los dos hermanos del príncipe Alejandro, el mayor estaba casado con otra nieta de la reina, y el pequeño era el marido de su hija, la princesa Beatriz. Victoria adoraba a los guapos y jóvenes hermanos y estaba encantada con la perspectiva de que el tercer hermano (para ella el más guapo de los tres) se

convirtiera en miembro de su familia. Pero, por desgracia, Bismarck se oponía al plan. Presentía que el matrimonio podía poner en peligro las relaciones entre Alemania y Rusia, que eran vitales para su política exterior y, en consecuencia, anunció que no podía celebrarse. La decisión provocó una dura polémica entre la emperatriz y el canciller. Victoria, que sentía un odio infinito hacia el enemigo de su hija, fue a Charlottenburg a unirse a la batalla. Bismarck, con su pipa y su cerveza en la mano, soltó un bufido de alarma. Aseguró que el objetivo de la reina de Inglaterra era claramente político, que lo que deseaba era enemistar a Alemania y a Rusia, y que probablemente lo conseguiría. «En asuntos familiares —añadía Bismarck— no está acostumbrada a que se le lleve la contraria; traerá al pastor en el maletín y al novio en la maleta, y el matrimonio se celebrará en el acto». Pero el hombre de hierro no iba a dejarse derrotar tan fácilmente y solicitó una entrevista privada con la reina. Los pormenores de la conversación se desconocen, pero es cierto que en el curso de la misma Victoria se vio obligada a comprender lo que significaba la resistencia en aquel personaje extraordinario, que prometió hacer uso de toda su influencia para evitar el matrimonio. El compromiso se rompió, y al año siguiente el príncipe Alejandro de Battenberg se casaba con Fralein Loisinger, actriz del teatro de la corte de Darmstadt.

Sin embargo, esos incidentes nada gratos eran muy poco frecuentes. Victoria se encontraba cada vez más envejecida y, al no disponer de la guía de Alberto ni de la inspiración de Beaconsfield, estaba dispuesta a dejar las difíciles cuestiones diplomáticas en manos de la sabiduría de lord Salisbury, para centrar sus energías en temas que la afectasen más directamente y sobre los que ella pudiera ejercer un absoluto control: su casa, su Corte, los monumentos de Balmoral, las provisiones almacenadas en Windsor, la organización de sus compromisos, la supervisión de los numerosos detalles de su rutina diaria, tales aspectos jugaban ahora en su existencia un papel incluso más importante que antes. Su vida transcurría con perfecta regularidad. Cada minuto del día estaba planeado de antemano; la secuencia de sus compromisos era fija e inalterable; las fechas de sus viajes a Osborne, a Balmoral, al sur de Francia, a Windsor o a Londres eran prácticamente las mismas cada año. Exigía de los que la rodeaban una estricta precisión en cualquier detalle y detectaba con insólita rapidez el más leve desvío de las normas establecidas por ella. Era tan irresistible la fuerza de su personalidad que nadie osaba mantener otra actitud que no fuera la más absoluta obediencia a sus deseos. Sin embargo, a veces alguien se retrasaba, y la falta de puntualidad era uno de los pecados más graves. Entonces, su indignación —su terrible indignación— se ponía de manifiesto abiertamente. En tales momentos, dejaba al descubierto su condición de hija de una persona extremadamente severa.

Pero esas tormentas, aunque mientras duraban intimidaban mucho, tenían la virtud de pasar pronto, y con el tiempo se hicieron cada vez menos frecuentes. Al sentirse nuevamente feliz, la anciana reina emanaba una apacible benevolencia. La

sonrisa, en otro tiempo rara visitante de sus tristes facciones, revoloteaba ahora por ellas con mucha asiduidad; sus ojos azules brillaban y su cara, durante tanto tiempo rígida e inexpresiva, se iluminó de repente y se suavizó llenándose de un encanto inolvidable para quienes la miraban. Y es que en sus últimos años Victoria tenía un poder de fascinación del que había carecido incluso en su juventud. Hechizó a todos o a casi todos los que en aquellos momentos estaban cerca de ella. Sus nietos la adoraban, sus damas la cuidaban con un amor reverencial. El honor de servirla hacía que se desvanecieran miles de inconvenientes, como la monotonía de la vida en la Corte, el cansancio de estar de pie, el tener que poner una atención sobrehumana en los más mínimos detalles. Cuando uno cumplía con una obligación tan maravillosa, bien se podía olvidar de que le dolían las piernas de tanto recorrer los interminables pasillos de Windsor, o de que los brazos se le estaban poniendo azules a causa del intenso y penetrante frío de Balmoral.

Pero la verdadera causa de que tales trabajos resultasen deliciosos era el interés que la reina se tomaba por todos los pormenores de la vida de cuantos la rodeaban. Su desbordante pasión por los tópicos fáciles, los problemas sin importancia, los constantes sentimentalismos de la vida doméstica, no se agotaba en el ámbito de su propia familia, a pesar de lo numerosa que era, sino que exigía un campo de acción más amplio para poder ser saciada. Así, se convirtió en la confidente de las menudencias diarias de sus damas, y su interés alcanzaba también a las sirvientas del palacio; al parecer, incluso las criadas y las fregonas eran objeto de sus preguntas y de su más sincera preocupación cuando a sus novios les tocaba irse al extranjero con el ejército, o si sus tías sufrían un ataque de reuma más agudo que de costumbre.

Sin embargo, las debidas distinciones de categorías se observaban de una forma impecable. La sola presencia de la reina bastaba para que así fuera, pero además la obligación de respetar la etiqueta de la Corte era estricta. El mismo complicado y estricto código que había hecho que lord Melbourne se sentara rígido en el sofá y que los demás invitados se colocaran en silencio alrededor de la mesa redonda por riguroso orden de categoría, se seguía cumpliendo con la meticulosidad de siempre. Cada noche, después de la cena, la alfombra de la chimenea, consagrada a la realeza, extendía ante los profanos toda su inaccesible gloria y, en una o dos grandiosas ocasiones, los atraía magnéticamente hacia el borde mismo del abismo. La reina, a su debido tiempo, se volvía hacia sus invitados; uno tras de otro, eran conducidos a su presencia; y mientras los diálogos se sucedían con aire cohibido y turbado, el resto de los asistentes permanecían inmóviles y sin decir palabra. Sólo en una ocasión especial se permitió transgredir la rigidez de la Corte. Durante la mayor parte del reinado se siguió a rajatabla la norma de que los ministros permanecieran de pie durante sus audiencias con la reina. Cuando lord Derby, el primer ministro, tras una grave enfermedad, tuvo una audiencia con la soberana, al finalizar mencionó, como prueba del favor real, que la reina le había hecho la observación de que «sentía mucho no poder invitarle a tomar asiento». Posteriormente, a Disraeli, que acababa de sufrir un

ataque de gota y en un momento de expansión por parte de Victoria, le fue ofrecida una silla, pero él creyó más oportuno y humilde no hacer uso del privilegio. Sin embargo, en sus últimos años la reina siempre ofrecía asiento a lord Gladstone y a lord Salisbury.

A veces la solemnidad de la noche se suavizaba un poco con un concierto, una ópera, o incluso una obra de teatro. Una de las muestras más claras de que Victoria se había emancipado de la esclavitud de la viudez era que, después de un intervalo de treinta años, se había reanudado la costumbre de que las compañías teatrales de Londres fueran a Windsor a representar sus obras ante la Corte. En tales ocasiones se mostraba muy animada. La gustaba mucho la acción, le gustaba una trama interesante; sobre todo, le gustaba la farsa. Absorta en todo lo que pasaba en el escenario, seguía con la inocencia de un niño el desarrollo de la historia; a veces adoptaba un aire de superioridad y cuando llegaba el desenlace hacía comentarios y exclamaciones como: «¡Así es! No esperaba eso, ¿verdad?». Su sentido del humor era grande, aunque primitivo. Había sido una de las pocas personas capaces de apreciar siempre los chistes del príncipe consorte; al cabo de los años todavía la hacían reír a carcajadas cuando los recordaba en la intimidad de su casa; en general, versaban sobre las peculiaridades de algunos embajadores o sobre las meteduras de pata de algunos ministros. Cuando el chiste era algo más sutil, le gustaba menos; y si se aproximaba a los confines de la indecencia, el peligro era serio. La osadía de tomarse ciertas libertades suscitaba de inmediato la más abrumadora amonestación por parte de Su Majestad, y decir algo indecoroso era la mayor libertad que uno podía tomarse. Entonces, los labios reales se contraían, los ojos asombrados y saltones miraban fijos, y la expresión real se volvía completamente hostil. El transgresor se estremecía en silencio, mientras la terrible frase «No nos hace gracia» asolaba el comedor. Después, la reina solía comentar en su círculo privado que desgraciadamente la persona en cuestión era «indiscreta», veredicto ante el que no había apelación posible.

En general, sus gustos estéticos apenas habían variado desde la época de Mendelssohn, Landseer y Lablache. Todavía se deleitaba con la ópera italiana y se mostraba muy exigente en la interpretación de un dúo al piano. En cuanto a la pintura, sus ideas estaban bien definidas: afirmaba que sir Edwin era perfecto, el estilo de lord Leighton la impresionaba mucho, y desconfiaba abiertamente del de Mr. Watts. De vez en cuando pedía que se hicieran retratos de algún miembro de la familia real, y en tales casos el artista tenía que presentarle a ella las primeras pruebas. Victoria, después de inspeccionarlas con minuciosidad, señalaba los errores e indicaba cómo corregirlos. A los artistas siempre les parecían muy valiosas las sugerencias de Su Majestad. En cuanto a la literatura, su interés era más limitado. Le gustaba lord Tennyson, y como el príncipe consorte había sido admirador de George Elliot, ella leyó detenidamente *Middlemarch*, pero la defraudó. Sin embargo, hay razones para creer que las novelas sentimentales de otra escritora, cuya popularidad

entre las clases humildes de los súbditos de Su Majestad fue en cierto momento muy grande, contaban igualmente con la aprobación de la reina. Lo cierto es que no leía mucho.

No obstante, en una ocasión le llamó la atención un libro que no podía ignorar. Mr. Reeve publicó *Las memorias de Greville*, llenas de valiosa información histórica, pero también de descripciones poco lisonjeras de Jorge IV, Guillermo IV y otros personajes reales. Victoria leyó el libro y se sintió horrorizada. Afirmaba que era «un libro malísimo y realmente inmoral», y que no podía ocultar lo «escandalizada e indignada» que estaba por «la indiscreción, la falta de delicadeza, la ingratitud hacia los amigos, por el abuso de confianza y la vergonzosa deslealtad hacia su soberana». Escribió a Disraeli para decirle que, en su opinión, era «muy importante que el libro fuera severamente censurado y desacreditado». «El tono en el que habla de la realeza —añadía— no se encuentra ni en los libros de historia, y es de lo más reprobable». Su indignación iba dirigida casi con la misma vehemencia contra Mr. Reeve por haber publicado «un libro tan abominable», y encomendó a sir Arthur Helps que le comunicara su descontento. Pero Mr. Reeve no se inmutó. Cuando sir Arthur le dijo que en opinión de la reina «el libro degradaba a la realeza», contestó: «En absoluto; más bien la exalta por el contraste que ofrece entre el presente y el pasado estado de cosas». Sin embargo, la hábil defensa no convenció a la reina, y cuando Mr. Reeve se jubiló de su cargo en el gobierno no recibió el título de sir que se solía conceder en tales casos. Quizá si la reina hubiera llegado a conocer todos los comentarios mordaces sobre su persona que Mr. Reeve había suprimido discretamente en las memorias publicadas, se hubiera mostrado poco menos que agradecida hacia él; pero, en ese caso, ¿qué hubiera dicho de Greville? No podemos ni imaginarlo. Respecto a otros ensayos más recientes sobre el mismo tema, es de temer que Su Majestad los hubiera calificado de «indiscretos».

Pero, en general, las horas de ocio de la reina transcurría en ocupaciones de naturaleza más tangible que el estudio de la literatura o la apreciación del arte. Victoria era dueña de vastas fincas y de otras innumerables posesiones. Había heredado una inmensa cantidad de muebles, de adornos, de porcelanas, de joyas y otros muchos objetos valiosos, a lo que había que añadir todas las adquisiciones hechas por ella durante su larga vida; además, de todas partes del mundo le llegaban continuamente numerosos regalos. Victoria ejercía sobre todos estos objetos una incansable y minuciosa supervisión, los ordenaba cuidadosamente y se sentía íntimamente satisfecha al contemplar cada uno de sus detalles. El instinto de coleccionar hunde sus raíces en las profundidades de la naturaleza humana; en el caso de Victoria, parecía deber su fuerza a dos de los impulsos dominantes de la reina: el profundo conocimiento de su propia personalidad que siempre la había caracterizado y el deseo vehemente —que, al agudizarse con el paso de los años, ya se había convertido casi en una obsesión— por la permanencia de las cosas, por la solidez, por la colocación de barreras visibles contra las atrocidades del cambio y del tiempo.

Cuando se paraba a pensar en la multitud de objetos que poseía o, mejor todavía, cuando contemplaba algunos que la atraían en un momento dado, verdaderamente saboreaba la intensa exquisitez de sus cualidades individuales, se veía a sí misma deliciosamente reflejada en un millón de facetas, milagrosamente proyectada sobre un espacio sin fronteras, y se sentía feliz. Así es como debía ser. Pero entonces la asaltaba la idea de que todo desaparece con el tiempo, se desintegra, se desvanece; las vajillas de Sévres se rompen; las vasijas de oro se extravían inexplicablemente; incluso uno mismo, con el bagaje de recuerdos y de experiencias que constituye nuestro ser, fluctúa, perece, se evapora... ¡Pero, no! ¡No podía ser, no debía ser así! ¡No debía haber cambios ni pérdidas! ¡No tenía que alterarse nada, ni el pasado ni el presente, y mucho menos ella! Y así, aquella tenaz mujer, guardando celosamente todos sus objetos de valor, pretendió inmortalizarlos con toda la fuerza de su ser. No perdería ni un sólo alfiler, ni un recuerdo.

Dio órdenes estrictas de que no se tirara nada, y nada se tiró. Allí estaban guardados, en multitud de cajones y en numerosos armarios, todos los vestidos utilizados durante setenta años. Pero no había sólo vestidos, sino también pieles, mantos, adornos, manguitos, quitasoles y sombreros, todo fechado y clasificado por orden cronológico. Un enorme armario estaba dedicado a las muñecas; en una mesa del salón de las porcelanas de Windsor estaban todas las jarras que había usado en su infancia, y también las de sus hijos. Todo un cúmulo de recuerdos del pasado la rodeaba. En todas las habitaciones las mesas estaban cubiertas con una gruesa capa de fotos de la familia; retratos de las diferentes épocas de su vida cubrían las paredes. Las figuras de mármol se levantaban sobre pedestales y las estatuillas de oro y plata relucían desde las repisas. La muerte, en todas las formas posibles —miniaturas, porcelanas, cuadros al óleo de tamaño natural—, estaba permanentemente a su alrededor. Un John Brown de oro macizo reposaba encima de su escritorio. Sus caballos y perros favoritos, provistos de una nueva existencia, le salían al paso continuamente: Sharp, en plata dorada, dominaba la mesa del comedor; Boy y Boz, en bronce, descansaban juntos entre ramos de flores inmarcibles. Pero no era suficiente que cada partícula del pasado tuviera la solidez del mármol o del metal: la colección entera, tanto en su naturaleza como en su disposición, debía permanecer inmutable. Podía haber adiciones, pero nunca cambios. Ni los tapetes, ni las alfombras, ni las cortinas podían sustituirse; y, si por el deterioro de los años había necesidad de hacerlo, las telas y los dibujos tenían que ser idénticos a los anteriores hasta el punto de que ni el ojo más observador pudiera detectar la diferencia. En las paredes de Windsor no se podía colgar ningún cuadro nuevo porque los ya existentes habían sido colocados por Alberto, y sus decisiones eran eternas. Y, por supuesto, las de Victoria también. Para asegurarse de que sería así, recurrió a la fotografía: se sacaron fotografías desde varios ángulos de todos y cada uno de los objetos de la reina. Estas fotografías fueron presentadas a Su Majestad, y cuando, después de examinarlas minuciosamente, dio su aprobación, se colocaron en álbumes

lujosamente encuadernados. Al pie de cada fotografía figuraba una nota con el número del objeto, el número de la habitación en que se hallaba, la posición exacta que ocupaba en la habitación y sus principales características. El destino de los objetos sometidos a este proceso quedaba irrevocablemente sellado. Así, toda aquella ingente cantidad de cosas adquirió, de una vez para siempre, su inalterable posición. Y Victoria, siempre con uno o dos de aquellos gigantescos e interminables catálogos a su lado, los hojeaba, meditaba, se extendía en alabanzas y sentía, con redoblada satisfacción, que había conseguido detener la transitoriedad de este mundo...

De este modo, la colección, multiplicándose e invadiendo continuamente nuevas áreas de la vida consciente, arraigándose cada vez con más firmeza en las profundidades del instinto, pasó a convertirse en una de las influencias dominantes de la extraña existencia de Victoria. No era sólo una colección de objetos y pensamientos, sino de estados de ánimo y de formas de vida. Y la celebración de aniversarios se convirtió en una importante prolongación de dicha colección: cumpleaños, aniversarios de bodas, de muertes, cada uno de los cuales exigían un sentimiento adecuado que, a su vez, tenía que ser exteriorizado de un modo apropiado. Y, por supuesto, la forma, la ceremonia de alegría o de tristeza, era tan estricta como todo lo demás: formaba parte de la colección. Por ejemplo, un día determinado había que esparcir flores por el monumento de John Brown en Balmoral, y la fecha del viaje anual a Escocia estaba determinada por ese hecho. Inevitablemente, esta sed conmemorativa se manifestaba de forma más intensa alrededor de la circunstancia central de la muerte, el último testigo de la humana mutabilidad. ¿Pero no era posible vencer incluso a la muerte teniéndola presente en la memoria, afirmando con un énfasis lo suficientemente apasionado y reiterado la eternidad del amor? Todas las camas en que Victoria dormía tenían en el lado derecho de la cabecera, encima de la almohada, una fotografía de Alberto de medio cuerpo, tomada en su lecho de muerte, aureolada con una corona. En Balmoral, donde los recuerdos se amontonaban, sus manifestaciones visibles aparecían con sorprendente profusión: obeliscos, pirámides, tumbas, estatuas, mojones y bancos de granito con inscripciones proclamaban la devoción de Victoria por el difunto. Allí, dos veces al año, al día siguiente de su llegada, tenía lugar un solemne peregrinaje de inspección y meditación; y el 26 de agosto, día del cumpleaños de Alberto, la reina, su familia, su Corte y su servidumbre se reunían en silencio al pie de la estatua de bronce del príncipe con el traje típico escocés y brindaban a la memoria del difunto. También en Inglaterra había una gran profusión de recuerdos conmemorativos. Todos los días se añadía alguna pieza más a la variada colección: una estuilla de oro de Ross, el gaitero; una estatua de mármol de tamaño natural de Alberto y Victoria con trajes medievales y con una inscripción en el pedestal: «Subió al cielo y preparó el camino»; una losa de granito colocada en el jardín de Osborne informaba al visitante de que «Waldman, el perrito favorito de la Reina Victoria, que le trajo de Baden en abril 1872, murió el 11 de julio, 1881».

Cuando la Corte estaba en Windsor, la reina visitaba casi diariamente el gran mausoleo de Frogmore, continuamente enriquecido. Sin embargo, en Windsor había otro sepulcro más secreto, aunque no menos sagrado: las habitaciones que Alberto había ocupado en el castillo, que fueron cerradas para siempre a los ojos de la mayoría, pero no a los de los más privilegiados. Allí todo permanecía como había quedado a la muerte del príncipe; pero, movida por su misteriosa inquietud, Victoria había ordenado que cada noche se pusiese la ropa limpia de su marido encima de la cama y el agua en la palangana, como se hacía en vida del príncipe; este increíble rito se llevó a cabo con escrupulosa regularidad durante casi treinta años.

Hasta ese punto llegaba su secreta adoración; y su cuerpo todavía obedecía a su mente. Las horas diarias de trabajo seguían demostrando la consagración de Victoria al deber y al ideal de su difunto esposo. Sin embargo, con el paso de los años, su espíritu de autosacrificio se fue debilitando. Victoria quemaba las energías naturales de su ardiente ser con su dedicación a los asuntos públicos; su sentido del cumplimiento del deber, plenamente arraigado desde su adolescencia, se reafirmaba ahora con toda su intensidad: verse privada en la vejez de sus papeles y de sus portafolios le hubiera supuesto no un alivio, sino una auténtica agonía. Pero no sólo era eso. Según un antiguo precedente, la validez de un gran número de documentos oficiales dependía de que fueran avalados por el vistobueno real, de modo que una gran parte de las horas de trabajo de la reina estaban dedicadas a esa mecánica labor. Victoria no mostraba ningún deseo de que se la liberara de ella. Por el contrario, reanudó voluntariamente la obligación de firmar los nombramientos del ejército, obligación de la que había sido dispensada por decreto parlamentario y de la que se había abstenido cuando era más joven. Además, se negaba a utilizar un sello. Por fin, y dado que el volumen cada vez mayor de asuntos pendientes no era compatible con los retrasos que ocasionaba el anticuado sistema, la reina consintió en que para cierta clase de documentos fuera suficiente su aprobación oral. De esta forma, se le leía en voz alta un papel tras otro, y al final ella decía: «Aprobado». Estas sesiones duraban muchas veces varias horas, durante las cuales Victoria permanecía sentada, con el busto de Alberto delante y pronunciando a intervalos desiguales la palabra «aprobado». La palabra adquiría una sonoridad majestuosa, porque la voz de la reina —¡cuánto había cambiado el tono suave de tiple de la adolescente!— era ahora profunda y fuerte como la de una contralto.

IV

Los últimos años fueron años de apoteosis. En la deslumbrada imaginación de sus súbditos Victoria se elevaba en una nube de purísima gloria hacia las regiones de la divinidad. Las críticas enmudecieron; fallos que veinte años antes hubieran sido

universalmente reconocidos, ahora eran universalmente ignorados. El hecho de que el ídolo de la nación fuera un representante muy poco adecuado a las circunstancias apenas se tenía en cuenta y, sin embargo, era totalmente cierto. Porque los numerosos cambios que habían tenido lugar en Inglaterra desde 1837 hasta 1897 en realidad parecían no haber afectado a la reina. El enorme desarrollo industrial de la época, cuya importancia comprendió Alberto tan profundamente, significaba muy poco para Victoria. El extraordinario movimiento científico, que Alberto había igualmente apreciado, a Victoria le resultaba indiferente. Su concepto del universo del lugar que el hombre ocupa en él y de los asombrosos problemas de la naturaleza y la filosofía no sufrió el menor cambio a lo largo de su vida. Su religión era la que había aprendido de la baronesa Lehzen y de la duquesa de Kent. Hay que suponer que también en este aspecto las ideas de Alberto la habrían influenciado, porque el príncipe era progresista en asuntos religiosos. Desconfiaba de los espíritus diabólicos y tenía sus dudas acerca de la veracidad de los milagros en los que intervenían. Incluso Stockmar, en un notable memorándum sobre la educación del príncipe de Gales, había apuntado la sugerencia de que, aunque el niño «debe ser educado, indudablemente, en el credo de la Iglesia de Inglaterra», no obstante, de acuerdo con el espíritu de la época, podría excluirse de su formación religiosa ciertas creencias de «doctrinas sobrenaturales del cristianismo». Esto, sin embargo, hubiera sido ir demasiado lejos, y todos los infantes fueron educados en la más estricta ortodoxia. De haberlo hecho de otra forma, Victoria se habría disgustado mucho, aunque sus propias concepciones de lo ortodoxo no eran muy claras. Pero su naturaleza, tan poco imaginativa y nada sutil, instintivamente la hacía apartarse del complicado misticismo de la Alta Iglesia anglicana; parecía encontrarse más a gusto en la fe sencilla de la Iglesia presbiteriana de Escocia. Era lógico que así fuera, ya que Lehzen era hija de un pastor luterano, y los luteranos y los presbiterianos tienen mucho en común. El doctor Norman Macleod, un enérgico pastor escocés, fue su principal director espiritual durante muchos años; y cuando él faltó, Victoria encontraba consuelo charlando tranquilamente sobre la vida y la muerte con los montañeses de Balmoral. Su sincera devoción encontró lo que buscaba en las sensatas exhortaciones del viejo John Grant y en los piadosos refranes de Mrs. P. Farquharson. Ambos poseían las cualidades que Victoria había admirado tan sinceramente, cuando tenía catorce años, en la Exposición del Evangelio según San Mateo, del obispo de Chester; eran «sencillos y comprensibles, y estaban llenos de verdad y buenos sentimientos». La reina que dio su nombre a la época de Mill y de Darwin nunca evolucionó más allá.

También se mantuvo igualmente ajena a los movimientos sociales de su tiempo. Permaneció inflexible ante cualquier cambio, fuera grande o pequeño. Durante su juventud y su madurez había estado prohibido fumar en la buena sociedad, y nunca se retractaría de esta prohibición. Aunque protestaran los reyes, o los obispos y los embajadores invitados a Windsor se vieran obligados a tumbarse boca arriba en el

suelo de sus habitaciones para fumar y echar el humo por la chimenea..., la prohibición continuaría. Parece lógico pensar que una mujer soberana debería haber acogido con los brazos abiertos una de las reformas más vitales de todas las que se produjeron en la época: la emancipación de la mujer; pero, por el contrario, el mero hecho de oír mencionar este asunto hacía que la sangre se le subiera a la cabeza. En 1870 cayó en sus manos un informe sobre un mitin a favor del sufragio de la mujer y, llena de furia, escribió a Mr. Martin: «La reina ansía conseguir que todo el mundo que sepa hablar o escribir ayude a detener este descabellado, perverso y erróneo movimiento de “los Derechos de la Mujer”, con todos los horrores que lleva consigo, y hacia el que su pobre sexo débil se inclina, olvidándose de todos sus instintos femeninos y de su decencia. Lady... se merece una buena paliza. Este es un tema que indigna tanto a la reina, que no se puede controlar. Dios creó al hombre y a la mujer diferentes: dejadles, pues, a cada uno en su sitio. Tennyson escribió en *La princesa* unos versos maravillosos sobre la diferencia del hombre y la mujer. La mujer se convertiría en el más odioso, cruel y repugnante de los seres humanos si consintiera perder su feminidad, ¿y dónde iría a parar la protección de que el hombre dispone para ofrecérsela al sexo débil? La reina está segura de que Mrs. Martin está de acuerdo con ella». El argumento era irrefutable. Mrs. Martin estaba de acuerdo, pero, a pesar de todo, la enfermedad se propagó.

Respecto a otro tema, sin embargo, se ha afirmado constantemente que Victoria comprendió el espíritu de su tiempo. Es ya casi tradicional entre los historiadores complacientes y los políticos aduladores felicitar a la reina por su actitud tan correcta hacia la Constitución. Pero tales elogios no se corresponden con los hechos. En los últimos años de su vida, Victoria se lamentó en más de una ocasión de su comportamiento durante la crisis de las camareras, y daba a entender que desde entonces se había vuelto más prudente. Sin embargo, a lo largo de su vida es difícil encontrar algún cambio importante en su actitud, ni en la teoría ni en la práctica, en cuestiones constitucionales. El mismo espíritu despótico que la llevó a romper las negociaciones con Peel aparece en su hostilidad hacia Palmerston, en sus amenazas de abdicación a Disraeli y en su deseo de procesar al duque de Westminster por asistir a un mitin sobre las atrocidades búlgaras. Los complejos y sutiles principios de la Constitución sobrepasaban sus facultades, y en la evolución que ésta experimentó durante su reinado, Victoria desempeñó un papel pasivo. De 1840 a 1861 el poder de la Corona en Inglaterra se incrementó constantemente; de 1861 a 1901 disminuyó en la misma medida. El primer proceso fue debido a la influencia del príncipe consorte, el segundo a la de una serie de grandes ministros. Durante el primer periodo Victoria no pasó de ser una mera comparsa; durante el segundo, dejó escapar de sus manos los resortes de poder que Alberto había conseguido reunir con tanta dificultad, y que irremediablemente quedaron bajo el férreo control de Mr. Gladstone, lord Beaconsfield y lord Salisbury. Absorta en su vida rutinaria y poco capacitada para distinguir con claridad entre lo accesorio y lo esencial, Victoria sólo era remotamente

consciente de lo que estaba ocurriendo. De esta forma, al final de su reinado la Corona era más débil que en ningún otro momento de la historia de Inglaterra. Resulta bastante paradójico que Victoria recibiera grandes elogios por asentir a una evolución política que, si se hubiera dado cuenta de su verdadero alcance, la habría llenado de profunda indignación.

A pesar de todo, no se puede decir que Victoria fuera un segundo Jorge III. Su autoritarismo, tan fuerte y sin ningún principio que lo limitara, estaba sin embargo refrenado por ciertas dosis de prudencia. Era capaz de oponerse a sus ministros con extraordinario vigor; podía permanecer totalmente insensible a los argumentos y a las súplicas; la firmeza de sus resoluciones parecía invencible; pero en el momento decisivo su obstinación cedía. Su innato respeto hacia los asuntos públicos, su habilidad para afrontarlos y quizá también el recuerdo de la exquisita diplomacia de Alberto para evitar acciones extremas impedían siempre que Victoria se metiera en un callejón sin salida. Tenía un sexto sentido que le hacía darse cuenta del momento en que una situación empezaba a estar fuera de su control, y en ese punto, invariablemente, transigía. Después de todo, ¿qué otra cosa podía hacer? Pero, si en todos esos aspectos existía entre la reina y su época una profunda separación, había también otros muchos puntos en los que la soberana coincidía plenamente con su tiempo. Victoria entendió muy bien el significado y los atractivos del poder y de la propiedad, y también la nación inglesa había ido adquiriendo un creciente dominio de tales enseñanzas. Durante los quince últimos años de su reinado —puesto que la breve administración de los liberales en 1892 fue un simple paréntesis—, el imperialismo fue el credo dominante tanto del país como de Victoria. En esta dirección, si no en otras, sí que había permitido que su mente evolucionara. Bajo la tutela de Disraeli, los Dominios británicos en el extranjero habían llegado a tener para ella una importancia mucho mayor que hasta entonces y, sobre todo, Victoria se habría convertido en una enamorada de Oriente. Se sentía fascinada por la India; incluso consiguió aprender un poco de indostaní; contrató a algunos criados hindúes, que se convirtieron en sus inseparables sirvientes, y uno de ellos, Munshi Abdul Karim, llegó a ocupar en su vida un puesto casi similar al que en otro tiempo tuviera John Brown. Al mismo tiempo, el espíritu imperialista de la nación dotaba a la realeza de un nuevo significado, en perfecta armonía con las más íntimas inclinaciones de Victoria. El Estado inglés era, fundamentalmente, una estructura del sentido común; pero siempre había algún rincón inaccesible al sentido común, determinados aspectos en los que, por alguna razón, los principios normales no eran aplicables y quedaban fuera de las leyes usuales. De esta forma, los antiguos ingleses habían sido lo suficientemente inteligentes como para dejar sitio a esa especie de elemento místico que, según parece, nunca puede ser erradicado de la actividad humana. Y naturalmente, fue en la Corona, con su venerable antigüedad, sus reminiscencias sagradas y su imponente espectacularidad, donde se centró el misticismo del Estado inglés. Pero durante casi dos siglos el sentido común había

predominado en el gran edificio, y el pequeño, inexplorado e inexplicable rincón apenas suscitaba interés. Posteriormente, con el desarrollo del imperialismo, se produjo un cambio. Porque el imperialismo, además de un negocio, era una creencia; según se fue extendiendo, se extendió con él el misticismo en la vida pública inglesa y, simultáneamente, la Corona empezó a adquirir una nueva importancia. La necesidad de un símbolo —un símbolo del poderío de Inglaterra, de su importancia y de su misterioso y extraordinario destino— se hizo más urgente que nunca. La Corona era ese símbolo, y la Corona descansaba sobre la cabeza de Victoria. Así, ocurrió que al final de su reinado, aunque el poder de la soberana se hallaba notablemente disminuido, su prestigio había aumentado enormemente.

Sin embargo, este prestigio no era sólo el resultado de los cambios políticos; tenía también un marcado carácter personal. Victoria era la reina de Inglaterra, la emperatriz de la India, el eje en torno al cual giraba la magnífica maquinaria, ¡y otras muchas cosas! Y algo importante: Victoria tenía muchos años, cualidad casi indispensable para alcanzar popularidad en Inglaterra. Había dado reiteradas pruebas de poseer una de las características más admirables del género humano: una permanente vitalidad. Había reinado durante sesenta años, y aún lo seguía haciendo. Y, además, era todo un personaje. Los rasgos fundamentales de su personalidad estaban muy bien perfilados y resultaban claramente visibles, incluso a través de esa nube que envuelve a la realeza. En la mente popular su bien conocida figura ocupaba un lugar memorable e inequívoco. Además, tenía la figura adecuada para suscitar espontáneamente la admiración y la simpatía de la gran mayoría de la nación. La bondad era entonces la cualidad más apreciada, y Victoria, que a los doce años había prometido ser buena, cumplió su palabra. El deber, la conciencia, la moralidad..., la luz de esas altas antorchas había iluminado siempre a la reina. Había dedicado su vida al trabajo y no al ocio, entregándose a sus deberes públicos y a sus obligaciones familiares. El modelo de sólida virtud que se había impuesto hacía tantos años en el ambiente hogareño de Osborne no decayó ni por un instante. Durante más de medio siglo ninguna dama divorciada había entrado a formar parte de la Corte. Victoria, llevada por su entusiasmo de esposa fiel, había establecido una norma aún más estricta: rechazaba tajantemente a toda viuda que contrajera matrimonio de nuevo. Teniendo en cuenta que ella era el fruto del segundo matrimonio de una viuda, dicha prohibición podía considerarse como una excentricidad; pero indudablemente era una excentricidad bien encaminada. Los miembros de la clase media, firmemente asentados en el bastión de su respetabilidad, disfrutaban con un júbilo especial de la más respetable de las reinas; tanto, que la consideraban casi como uno más de ellos, aunque esto hubiera sido exagerar demasiado. Si bien es cierto que muchas de las características de Victoria se daban con frecuencia entre la clase media, en otros aspectos —en sus modales, por ejemplo— era decididamente aristocrática. Y había algo importante que no compartía ni con la aristocracia ni con la clase media: su actitud para consigo mismo era sencillamente regia.

Todas estas cualidades eran evidentes e importantes; pero la verdadera fuerza de una personalidad reside en algo más profundo, en algo fundamental y común a todas sus cualidades, que es lo que realmente la distingue. En el caso de Victoria la naturaleza de ese elemento subyacente es fácil de percibir: se trataba de una sinceridad peculiar. Su veracidad, su franqueza, la intensidad de sus emociones y la forma en que las expresaba eran las variantes que asumía esa característica dominante. Era su sinceridad la que la hacía parecer, a la vez, impresionante, encantadora y absurda. Iba por la vida con la majestuosa certeza de quien es incapaz de mantener una actitud ambigua, tanto de cara a los demás como respecto a sí mismo. Se manifestaba tal cual era: la reina de Inglaterra, íntegra e incuestionable; el mundo podía aceptarla o no; ella no tenía nada más que demostrar, explicar o modificar; y con su incomparable porte seguía su camino. No se trataba sólo de que prescindiera de todo disimulo, sino que ni la discreción, la reserva, y a veces ni siquiera los imperativos de su propio rango afectaban su sinceridad. Como decía lady Lyttelton, «hay una transparencia en su verdad que resulta muy sorprendente; no existe sombra de exageración cuando describe sentimientos o hechos; he conocido a muy poca gente así. Tal vez haya personas tan sinceras como ella, pero creo que siempre muestran algún tiempo de reserva. Victoria lo dice todo tal como es, ni más ni menos». Lo decía todo, y también lo escribía todo. Sus cartas son un torrente de expresividad que no cesa de inundarnos. Todo cuanto hay en su mente se precipita y surge con fuerza espontánea. Su estilo, aunque nada literario, tiene el indudable mérito de ser el vehículo idóneo para plasmar sus sentimientos y sus ideas; y hasta sus frases tópicas están impregnadas de un toque personal característico. No cabe duda de que fueron sus escritos los que conmovieron el corazón del pueblo. Tanto sus *Diarios de Escocia*, esa crónica sencilla en la que relata sus experiencias personales sin un ápice de afectación ni de timidez, como los significativos mensajes a la nación que de vez en cuando publicaba en los periódicos hacían que la gente se identificara con ella. El pueblo percibía instintivamente la irresistible sinceridad de Victoria y respondía a ella. Verdaderamente era un rasgo encantador.

Tal vez fuera su personalidad y su posición —la maravillosa combinación de ambas— lo que en definitiva resultó fascinante. La menuda y anciana dama, con su pelo blanco y su sencilla ropa de luto, solía aparecer sentada en la silla de ruedas o en su carroza, y detrás, a escasa distancia, envolviéndola en una sugerente atmósfera de misterio y poder, iban los criados indios. Esta era la imagen más frecuente, y resultaba admirable; pero en ciertos momentos era preciso que la viuda de Windsor se manifestase como reina. La última y más gloriosa de tales ocasiones fue el Jubileo de 1897. En aquella ocasión, en la que el espléndido cortejo que escoltaba a Victoria recorrió las calles de Londres, llenas de gente y resonantes de alegría, en dirección a la catedral de San Pablo, donde tendría lugar la ceremonia de acción de gracias, la grandeza de su reino y la adoración de su súbditos brillaron juntas. Las lágrimas brotaban de los ojos de Victoria y, mientras la multitud que la rodeaba prorrumpía en

gritos de júbilo, ella repetía una y otra vez: «¡Qué cariñosos son conmigo!, ¡qué cariñosos son conmigo!». Aquella noche su mensaje llegó a todos los rincones del Imperio: «Doy las gracias de todo corazón a mi querido pueblo. ¡Qué Dios le bendiga!». El largo viaje estaba a punto de concluir. Pero la viajera, que había llegado hasta tan lejos atravesando tantas experiencias distintas, caminaba con su paso resuelto de siempre. La joven, la esposa, la anciana, todas eran la misma persona: la vitalidad, la diligencia, el orgullo y la sencillez la acompañaron hasta el último momento.

El final

El atardecer había sido dorado, pero el día terminó entre nubes y tempestades. Por necesidades imperiales, por ambiciones imperiales, el país se vio implicado en la guerra de Sudáfrica. Se produjeron algunos reveses, contratiempos, desastres cruentos; por un momento la nación se estremeció y la reina compartió con ansiedad su angustia. Pero su optimismo era grande, y ni su valor ni su confianza vacilaron en ningún momento. Se lanzó a la lucha en cuerpo y alma, trabajó con intensificado ardor, se interesó por todos los pormenores de las hostilidades y trató por todos los medios a su alcance de servir a la causa nacional. En abril de 1900, cuando contaba ochenta y un años, tomó la extraordinaria decisión de cancelar su visita anual al sur de Francia y viajó a Irlanda, que había abastecido con un gran número de reclutas a los ejércitos en activo. Pasó tres semanas en Dublín recorriendo las calles de la ciudad sin escolta armada, a pesar de todas las advertencias de sus consejeros. La visita fue un éxito rotundo. Sin embargo, durante su estancia en tierras irlandesas empezó a dar por primera vez en su vida muestras de agotamiento.

Las grandes tensiones y preocupaciones ocasionadas por la guerra acabaron afectándola. Dotada por la naturaleza de una constitución robusta, aunque en sus periodos de depresión ella misma se consideraba enferma, Victoria había gozado de una excelente salud a lo largo de sus muchos años. Siendo ya anciana había padecido de reuma, lo que la obligó a ayudarse con un bastón y, más tarde, a utilizar una silla de ruedas, pero no sufrió ninguna otra enfermedad, hasta que en 1898 una incipiente catarata le dificultó la visión. A partir de entonces cada vez le resultaba más difícil leer, aunque todavía podía firmar e incluso, con alguna dificultad, escribir cartas. Sin embargo, en el verano de 1900 aparecieron síntomas más preocupantes: la memoria, de la que por tantos años se había sentido tan orgullosa, ahora le fallaba a veces; presentaba algunos indicios de afasia y, hacia el otoño, aunque no padecía ninguna enfermedad concreta, daba muestras inconfundibles de una decadencia física generalizada. No obstante, incluso en estos últimos meses, su voluntad de hierro se mantuvo firme. El trabajo rutinario de cada día seguía al mismo ritmo e incluso se incrementaba, ya que la reina, con asombroso tesón, insistía en comunicarse personalmente con muchos hombres y mujeres que se habían visto directamente afectados por la guerra. Hacia finales del año los restos de sus últimas fuerzas casi la habían abandonado, y en los primeros días del nuevo siglo resultaba evidente que lo único que la mantenía en pie era su fuerza de voluntad. El 14 de enero mantuvo en Osborne una entrevista de una hora con lord Roberts, que acababa de volver

victorioso de Sudáfrica. Se interesó por todos los pormenores de la guerra y aparentemente logró soportar el esfuerzo, pero cuando terminó la audiencia sufrió un colapso. Al día siguiente, sus médicos comprendieron que la situación era irreversible; sin embargo, el indómito espíritu de Victoria siguió luchando. Durante dos días más desempeñó las obligaciones de la reina de Inglaterra. Fueron sus últimas jornadas de trabajo. Entonces, y sólo entonces, se desvaneció el optimismo de los que la rodeaban. Su cerebro se debilitaba y su vida se extinguía lentamente. Su familia se reunió en torno a ella; aún vivió un poco más, silenciosa y aparentemente insensible, y falleció el 22 de enero de 1901.

Cuando se hizo pública la noticia del inminente final, dos días antes del desenlace, una inmensa ola de dolor sacudió al país. Parecía como si estuviera a punto de producirse un espantoso cataclismo de la naturaleza. La inmensa mayoría de los súbditos de Victoria no había conocido una época en la que ella no fuera su reina. Se había convertido en una parte indisoluble de sus esquemas vitales, y la sola idea de que estaban a punto de perderla les resultaba inconcebible. Ella misma, cuando yacía ciega y silenciosa, parecía, a los ojos de quienes la contemplaban, estar despojada de todos sus pensamientos, haberse sumido de pronto en el olvido. Sin embargo, tal vez en las cámaras secretas de la conciencia seguían latiendo sus recuerdos. Quizá en su desfallecida mente todavía flotaban las sombras del pasado y por última vez recordaba las imágenes evanescentes de su larga historia, retrocediendo más y más entre la niebla de los años hasta llegar a los antiguos, a los más remotos recuerdos: los bosques de Osborne, repletos de primulas para lord Beaconsfield; las ropas estafalarias de lord Palmerston y su distinguido porte, y la cara de Alberto a la luz de la lámpara verde, y el primer ciervo cazado por Alberto en Balmoral, y Alberto con su uniforme azul y plata, y el barón entrando por la puerta, y lord Melbourne soñando en Windsor mientras graznaban los grajos en los olmos, y el obispo de Canterbury de rodillas al amanecer, y las exclamaciones ridículas del viejo rey, y la voz suave del tío Leopoldo en Claremont, y Lehzen con los globos terráqueos, y las plumas de su madre acariciándola a su paso, y el antiguo reloj de su padre en su estuche de concha de tortuga, y la alfombra amarilla, y aquellos queridos volantes de muselina bordada, y los árboles y el césped de Kensington.

* * *



[Volver a Cap. 9] <<



GILES LYTTON STRACHEY (Londres, 1 de marzo de 1880 - Ham, Wiltshire, 21 de enero de 1932) fue un escritor y biógrafo inglés, miembro del Círculo de Bloomsbury.

Inicialmente ejerció la crítica literaria en *The Spectator*. Pacifista, se fue inclinando al género de la biografía, en el que llegó a destacar como un maestro, pero del que se valió sobre todo para satirizar la moral hipócrita y las conductas intolerantes de la Inglaterra victoriana; sin embargo escribió primero *Hitos en la literatura francesa* (Landmarks in French Literature) en 1912, y luego sus celebérrimos *Victorianos eminentes* (Eminent Victorians) en 1918, colección de cuatro semblanzas de destacados héroes de la generación anterior: el católico cardenal Manning, la famosa enfermera Florence Nightingale, el pedagogo y humanista director del Colegio de Rugby Thomas Arnold y el maniático general Charles Gordon, que pereció en el asedio de Kartum. El estilo irónico e irreverente que adoptó hacia esas venerables figuras forjó una nueva manera de escribir biografías, donde importaba más la índole del personaje, el detalle revelador de su personalidad, que la acumulación documental de minucias históricas poco significativas.

Su obra maestra en el género es su biografía de *Queen Victoria* (1921), pero también compuso algunas biografías más, como *Isabel y Essex*, y algunas piezas narrativas, como *Ermyntrude y Esmeralda*, una novelita epistolar donde dos damas victorianas de clase alta intercambian cartas informándose sobre sus mutuos descubrimientos en torno al sexo.